

DIRECTOR DE LA DIVISIÓN
DE HISTORIA
Rafael Rojas

DIRECTOR FUNDADOR
Jean Meyer

JEFE DE REDACCIÓN
David Miklos

CONSEJO DE REDACCIÓN
Luis Barrón
Adolfo Castañón
Clara García Ayluardo
Luis Medina
Antonio Saborit
Mauricio Tenorio

DISEÑO Y FORMACIÓN
Natalia Rojas Nieto

CORRECCIÓN
César Albarrán Torres

Comité Editorial
Yuri Afanasiev
*Universidad de Humanidades,
Moscú*

Carlos Altamirano
*Editor de la revista Prisma
(Argentina)*

Pierre Chaunu +
Institut de France

Jorge Domínguez
Universidad de Harvard

Enrique Florescano
CONACULTA

Josep Fontana
Universidad de Barcelona

Manuel Moreno
Fraginals +
Universidad de La Habana

Luis González +
El Colegio de Michoacán

Charles Hale +
Universidad de Iowa
Matsuo Kazuyuki
Universidad de Sofía, Tokio

Alan Knight
Universidad de Oxford
Seymour Lipset +
Universidad George Mason

Olivier Mongin
Editor de Esprit, París

Daniel Roche
Collège de France

Stuart Schwartz
Universidad de Yale

Rafael Segovia
El Colegio de México

David Thelen
Universidad de Indiana

John Womack Jr.
Universidad de Harvard

- ISTAR es una publicación trimestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).
- El objetivo de ISTAR es ofrecer un acercamiento original a los acontecimientos y a los grandes debates de la historia y la actualidad internacional.
- Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores. La reproducción de los trabajos necesita previa autorización.
- Los manuscritos deben enviarse a la División de Historia del CIDE. Su presentación debe seguir los atributos que pueden observarse en este número.
- Todos los artículos son dictaminados.
- Dirija su correspondencia electrónica a: david.miklos@cide.edu
- Puede consultar ISTAR en internet: www.istor.cide.edu
- Editor responsable: Jean Meyer.

• Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C., Carretera México-Toluca 3655 (km 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.
• Certificado de licitud de título: 11541 y contenido: 8104.
• Reserva del título otorgada por el Indautor: 04-2000-071211550100-102

• ISSN: 1665-1715
• Impresión: IMDI Suiza 23 Bis, Colonia Portales, C.P. 03300, México, D.F.
• Suscripciones: Tel.: 57 27 98 00 ext. 6091
e-mail suscripciones: publicaciones@cide.edu
e-mail redacción: david.miklos@cide.edu



El gran maestro, Hector Hyppolite (1894-1948). Colección del Musée d'Art Haïtien du Collège Saint-Pierre.

ISTOR, palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, *istor*, "el que sabe", el experto, el testigo, de donde proviene el verbo *istoreo*, "tratar de saber, informarse", y la palabra *istoria*, búsqueda, averiguación, "historia". Así, nos colocamos bajo la invocación del primer *istor*: Heródoto de Halicarnaso.

DOSSIER

- 3 **Johanna von Grafenstein.** Haití en el siglo XIX: desde la Revolución de esclavos hasta la ocupación norteamericana (1791-1915)
- 33 **Haroldo Dilla Alfonso.** Los retozos de Eros y Tanatos: notas para la historia de la frontera dominico-haitiana
- 63 **Dolores Hernández Guerrero.** Realidades comunes: soldados polacos en la Revolución haitiana (1802-1804) e irlandeses en la guerra de México con los Estados Unidos (1846-1848)
- 83 **Rafael Rojas.** La revolución silenciada
- 95 **Apéndice:** una bibliografía sobre Haití

TEXTOS RECOBRADOS

- 105 **Isidoro de Antillón.** Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros
- 117 **Victor Hugo.** Bug-Jargal

NOTAS Y DIÁLOGOS

- 137 **Roger Fry y D.S. Mirsky.** Conversación en el monasterio
- 145 **Francisco J. Santamaría.** Un sabio visita a otro, con noticias de una voz censurada

COINCIDENCIAS Y DIVERGENCIAS

- 151 **Joseph Hodara.** El creciente divorcio de Israel con la diáspora

161 CAJÓN DE SASTRE

RESEÑAS

- 168 Luis Barrón. El inicio de nuestro desastre
- 170 Mauricio Tenorio Trillo. Mircea Eliade y su Portugal
- 174 Roberto Breña. La paradójica Clío
- 180 Sergio Francisco Rosas Salas. Memoria presente de la vieja España
- 187 Luis Medina. La República en riesgo

194 IN MEMORIAM

Haití en el siglo XIX: desde la Revolución de esclavos hasta la ocupación norteamericana (1791-1915)

Johanna von Grafenstein

Las trágicas consecuencias del terremoto del 12 de enero de 2010 –300 mil muertos y un millón y medio de personas damnificadas en el oeste y sur de Haití, especialmente en los barrios ubicados en terrenos bajos de su capital, Puerto Príncipe, así como en partes extensas de las ciudades sureñas de Grand y Petit Goâve, Léogane, Miragôane, Jacmel y otras, con la destrucción de viviendas, infraestructura, edificios públicos, hospitales, escuelas y universidades– han atraído de nuevo las miradas del mundo sobre este país caribeño, miradas muchas veces cargadas de incomprensión o paternalismo condescendiente. También han dado un renovado impulso a la búsqueda de explicaciones de la fragilidad del país, puesta de manifiesto ante la catástrofe y sus desmesuradas secuelas. En la cobertura mediática de los meses posteriores al terremoto volvió a surgir con insistencia una pregunta: ¿por qué es Haití hoy tan pobre cuando en el siglo XVIII era considerada la colonia de plantación más rica del mundo? Esta pregunta encierra una falacia que en este ensayo se tratará de poner de manifiesto. En él se argumentará que el camino recorrido por la isla antillana no fue el de un país inmensamente rico hacia la pobreza absoluta o, como se ha querido ver, que la historia de esta nación caribeña no fue más que la de un “Estado fallido” desde sus inicios.

El texto se concentrará en el proceso histórico de Haití a lo largo del siglo XIX. Podemos fechar el inicio este largo siglo XIX en 1791, año del estallido de la gran revolución de esclavos en el norte de la colonia francesa de Saint-Domingue que –junto con guerras civiles, invasiones extranjeras y la guerra de independencia propiamente dicha de los años 1802 a 1803– desembocó en la constitución del segundo estado independiente de América.

El siglo bajo estudio se extiende a la segunda década de la siguiente centuria, cuando la ocupación estadounidense de la república de Haití interrumpió la búsqueda de un camino de desarrollo nacional propio en los términos de un estado moderno.

El artículo intenta dialogar con interpretaciones que encuentran las causas del “atraso”, “despotismo” y “fracaso” haitiano en su historia desde la independencia o incluso antes. En mi opinión el Haití de este largo siglo XIX (1791-1915) es más que un supuesto periodo oscuro en el que enraizaron los atributos negativos que parecen hoy inherentes al país caribeño, como algunos autores han querido demostrar. Difiero de las interpretaciones según las cuales Haití ha recorrido un camino inexorablemente encauzado a la tiranía y violencia, atraso y pobreza, desde sus años como colonia hasta la actualidad. Robert Fatton sostiene esta tesis, apoyándose en el concepto de “habitus como estructura estructurante” de Pierre Bourdieu.¹ Según Fatton, el *habitus* autoritario y depredador que ha estado presente en todas las etapas de la historia haitiana proviene del despotismo de la sociedad esclavista francesa. El autor citado atribuye el fracaso de la constitución de un “Estado integral” a la incapacidad de la clase gobernante de establecer una gobernanza hegemónica, es decir, de poder prescindir de la fuerza bruta para gobernar de manera efectiva. Esta ausencia de un estado integral es la causa del subdesarrollo y de la pobreza aguda, sostiene Fatton. La inseguridad de las posiciones políticas de la clase gobernante llevó a que ésta no invierta en proyectos a largo plazo ni construya estructuras institucionales efectivas porque sus intereses están atrapados en lo inmediato. Esta ausencia de un estado integral, Fatton la encuentra ya en el despotismo represivo del colonialismo, en la violencia de la lucha por la independencia y en todo el desarrollo político de los siglos XIX y XX.

Sauveur Pierre Étienne, en *L'énigme haïtienne—Échec de l'État moderne en Haïti*, sostiene que desde el inicio de la creación del Estado independiente en 1804 no había más que una ilusión de soberanía interna y externa sin legitimación en el exterior; las instituciones estatales eran ficticias, al igual que el monopolio estatal de violencia y de coerción fiscal. La falta de consenso, el marasmo económico, las crisis financieras, la alternancia de los

¹ Robert Fatton Jr., *The Roots of Haitian Despotism*. Boulder: Lynne Rienner Publishers, 2007.

gobiernos vía golpes de Estado y asesinatos, la corrupción generalizada, todos estos factores “contribuyeron a la instalación de un régimen político muy poco favorable a la sobrevivencia del Estado haitiano y aun menos a la emergencia de un Estado moderno”.²

A diferencia de los autores mencionados, en este trabajo se tratará de mostrar que, en las primeras décadas poscoloniales, Haití era considerado en el exterior como un Estado fuerte y con suficientes recursos como para garantizar su independencia e incluso para apoyar a proyectos de emancipación en el exterior, como los de Nueva España, Venezuela y Nueva Granada; incluso en la segunda mitad del siglo varios gobiernos haitianos apoyaban a diferentes facciones en lucha en la vecina República Dominicana, en la que se enfrentaban adherentes a proyectos de protectorados externos y defensores de una república independiente. La misma Francia, Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos veían en Haití un socio comercial atractivo, una isla que contaba con recursos naturales y producciones agrícolas útiles para sus respectivas economías nacionales y que antes de 1844 constituía el único mercado abierto en la región para los productos manufacturados de diversa procedencia.³ Se argumentará, además, que en el interior del país, a pesar de la existencia de fuertes desigualdades sociales, pudo surgir y afianzarse un campesinado relativamente próspero, en comparación con muchos países latinoamericanos durante el siglo en cuestión.⁴ En cuanto al desarrollo político, Haití no se diferenciaba mayormente de muchas de sus contrapartes de América Latina. Guerras civiles, inestabilidad política, instituciones precarias, caudillismo y relaciones políticas clientelares caracterizaban a la isla, tal como era el caso en gran número de los países del continente, en mayor o menor grado. Se tratará de mostrar que hubo proyectos de fortalecer el país institucionalmente, que estaba activo un grupo de intelectuales

² Sauveur Pierre Étienne, *L'énigme haïtienne. Échec de l'État moderne en Haïti*. Montréal: Les Presses de l'Université de Montréal, 2007, pp. 133, 135, 136 y *passim*.

³ En los años veinte del siglo XIX, Haití ocupaba el sexto lugar como receptor de las exportaciones norteamericanas. Johanna von Grafenstein, *Haïti, una historia breve*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Universidad de Guadalajara, Alianza Editorial Mexicana, Colección Centroamericana y el Caribe, 1988, p.101.

⁴ Celso Furtado ha sostenido que el campesinado haitiano del siglo XIX vivía en condiciones más favorables que la mayor parte de los campesinos en países latinoamericanos, citado en: Patrick Bellegarde-Smith, *Haïti, the Breached Citadel*. Boulder, San Francisco, Londres: Westview Press, 1990, p. 66.

que plasmaron en una extensa producción ensayística sus propuestas de un Estado moderno. Ciertamente la mayoría de estos proyectos se perdieron o su alcance fue limitado en el tiempo y espacio, pero es importante detenerse en su estudio, darlos a conocer y de esta manera matizar visiones excesivamente simplificadoras del proceso histórico haitiano.

LA COLONIA FRANCESA DE SAINT-DOMINGUE

El Santo Domingo francés o Saint-Domingue ocupaba la tercera parte de la isla La Española y era vecina de la colonia española de Santo Domingo. Era una colonia inmensamente productiva, principal abastecedor del mercado europeo de azúcar y café, además de generar importantes exportaciones de añil, algodón y cacao. Se le consideraba ejemplo de un colonialismo exitoso e importante dinamizador del comercio exterior francés. Este modelo de éxito descansaba sobre el trabajo de casi medio millón de africanos esclavizados, en su gran mayoría nacidos en África y deportados a América por los tratantes franceses y de otras naciones. Una pequeña parte de la población era constituida por blancos (9.3 por ciento) y un porcentaje aún menor correspondía a la gente de color libre (6.2 por ciento).⁵

Con los acontecimientos que se dieron en la metrópoli en 1789, también los diferentes sectores sociales en la colonia empezaron a movilizarse, cada uno con un proyecto de libertad e igualdad propio. Fueron primero los colonos blancos quienes buscaron mayor autonomía en lo administrativo y comercial, enviando representantes a la Asamblea Nacional para que defendieran sus intereses y tratando de crear en la colonia instancias gubernativas autónomas. De forma paralela, la gente de color libre inició su lucha en la metrópoli y en la colonia en pos de la igualdad política y civil con los blancos. Los esclavos aparentemente quedaban a la expectativa. Pero se ha podido comprobar que aumentaron notablemente las reuniones clandestinas y las ausencias temporales de las plantaciones en los años previos al

⁵ Porcentaje calculado a partir de los datos poblacionales que ofrece M. E. Moreau de Saint-Mery, *Description topographique, physique, civile, politique et historique de la partie française de l'île Saint-Domingue, Philadelphia*, consultado en Gallica, Bibliothèque Numérique de la Bibliothèque Nationale de France, 1797, tomo I, p.5.

estallido social de 1791.⁶ Fue a partir de enero de este año que se dieron las primeras movilizaciones, primero en la provincia del sur y luego, en agosto, en la rica y productiva planicie del norte, donde unos 200 esclavos iniciaron la rebelión, quemando los campos y destruyendo los ingenios, de manera que en pocas semanas la mayoría de las parroquias estaban en llamas y el número de rebeldes creció a varias decenas de miles. En las provincias del oeste y sur la participación de los esclavos en la guerra civil⁷ estuvo atada a los intereses de los plantadores blancos y de color, pero su papel fue decisivo en varios momentos. En 1792-1793 se dio una segunda rebelión en el sur, liderada por los esclavos mismos.⁸

En los años siguientes, la revolución haitiana seguía estando estrechamente vinculada a los sucesos de la metrópoli. Con la proclamación de la república en septiembre de 1792 y la ejecución de Luis XVI a inicios del año siguiente, España y Gran Bretaña declararon la guerra a la Francia republicana y regicida e invadieron a Saint-Domingue. En verano de 1793 los representantes de la República tuvieron que llamar en su ayuda a los esclavos rebeldes de la provincia del norte, con la promesa de darles la libertad a cambio. Así, se produjo la abolición de facto en 1793, que adquirió carácter de ley pocos meses después y vigencia para todas las colonias de Francia (el 4 de febrero de 1794).⁹

La siguiente etapa de este proceso revolucionario corresponde al ascenso del líder militar y político Toussaint Louverture, quien había sido esclavo hasta los 37 años y después vivió como pequeño propietario libre hasta el inicio de la gran rebelión del norte. Toussaint expulsará a los ingleses y franceses de la colonia y llevará a ésta al borde de la independencia

⁶ Carolyn E. Fick, *The Making of Haiti: the Saint Domingue Revolution from Below*. Knoxville: The University of Tennessee Press, 1990.

⁷ Que surgió allí entre “gente de color” y los llamados “pequeños blancos” –blancos pobres sin empleo, artesanos y comerciantes en pequeño, soldados rasos, empleados de diferente categoría– con la participación de varios “grandes blancos”, es decir de colonos ricos, propietarios de grandes ingenios.

⁸ Estos líderes habían adquirido experiencia de mando y destreza en el uso de armas durante la guerra civil. Llamados a regresar a las plantaciones y desarmar a sus tropas, en junio de 1792, se negaron y desafiaron el control social ejercido por propietarios blancos y mulatos durante más de un año, atrincherándose en las montañas inaccesibles de los *Platons*. Véase al respecto Fick, *The Making of Haiti*, parte III del libro.

⁹ En las demás posesiones de Francia en el Caribe y Océano Índico, la abolición fue revocada en 1802.

con la constitución que proclamó en 1801 que, si bien declaró a Saint-Domingue colonia francesa, le confirió una gran autonomía y a él la gubernatura vitalicia. Sin embargo, Napoleón Bonaparte tenía otros planes; quería restituir el poder francés en América, con Saint-Domingue como centro, la recién adquirida Luisiana y los antiguos territorios de Martinica, Guadalupe y Guayana como demás partes constitutivas.¹⁰ El primer cónsul envió un ejército de más de 20 mil hombres al mando de su cuñado Victor Emmanuel Leclerc.¹¹ Durante dos años (1802 y 1803) estas fuerzas trataron de someter a Toussaint y sus lugartenientes; lograron apresar al militar y político autonomista, quien fue enviado a Francia, donde murió aislado del mundo en una gélida celda de un fuerte en el Jura francés. A partir de octubre de 1802, sus seguidores, negros y mulatos, volvieron a la lucha y se unieron bajo el mando del Jean Jacques Dessalines, quien venció y expulsó a los franceses. Es interesante notar que estas fuerzas locales anticolonialistas y antiesclavistas se llamasen indígenas, aunque todos eran de origen africano. Se llamaron así para expresar que ellos eran los dueños legítimos de las tierras de Saint Domingue, mientras que los colonos y ejércitos franceses eran vistos como invasores externos. Por ello dieron al nuevo Estado que crearon el antiguo nombre taíno de Haití.¹²

Así nació el segundo Estado independiente de América, el primero de América Latina, en medio de las cenizas de las plantaciones y ciudades; con la pérdida de una tercera parte de su población;¹³ la desaparición de la

¹⁰ Este proceso ha sido estudiado por Dolores Hernández en *La Revolución haitiana y el fin de un sueño colonial, 1791-1803*. México: Centro Difusor y Coordinador de Estudios Latinoamericanos, UNAM, 1997.

¹¹ Según cálculos de Pamphile de Lacroix, 55,132 hombres fueron enviados por Napoleón Bonaparte a Saint-Domingue en los años 1802-1803, citado en Madiou, *Description topographique*, tomo. III, p. 136).

¹² Que significa tierra alta o tierra montañosa. David P. Geggus, "The Naming of Haiti", en *Haitian Revolutionary Studies*, Bloomington, Indiana, University Press, 2002, pp. 207-220 y Guy Pierre, "En torno al nombre de una nación: Haití", en Juan Carlos Chiriamonte, Carlos Marichal y Aimer Granados (eds.) *Crear la nación: los nombres de los países de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008.

¹³ Si Saint-Domingue contaba en 1789 con medio millón de personas no blancas, el censo de 1805 arrojó la cifra de 380 mil, la mayoría de ellos mujeres, niños y ancianos. James Barskett, *History of the Island of St. Domingo, From Its First Discovery by Columbus to the Present Period*. Nueva York: Mahlon Day, 1824 (primera edición: Londres, 1818), p. 192, consultada en Google Books.

antigua clase dominante blanca que emigró o murió durante la guerra; el único Estado en el mundo a inicios del siglo XIX, gobernado por exesclavos y sus descendientes.

HAITÍ DURANTE LAS PRIMERAS DÉCADAS POSCOLONIALES (1804-1859)

Para el análisis de la sociedad poscolonial he considerado útil establecer un primer periodo que termina en 1859, durante el cual se sentaron las bases de la sociedad haitiana decimonónica. En lo político el periodo 1804-1859 se caracterizaba por una sucesión de gobiernos encabezados por exlíderes de la revolución y guerra de independencia, con el breve gobierno inicial de Jean Jacques Dessalines (1804-1806); seguido por la división del país en dos Estados con el gobierno de Aléxandre Pétion en la república del Sur (1806-1818) y el de Henri Christophe (1807-1820) en el Norte, a partir de 1811 como monarca; la larga administración de Jean Pierre Boyer (1818-1843) que terminó en una crisis política, misma que dio pie a los llamados gobiernos efímeros o de “*doublure*”, es decir, de cuatro presidentes negros, excombatientes de la guerra de independencia al igual que los jefes de Estado anteriores, octogenarios, poco instruidos y fácilmente controlables por la élite mulata.¹⁴ Sin embargo, el último de ellos, Faustin Soulouque, impuso un régimen autocrático y autoritario y aún se coronó emperador en 1853, para el regocijo de la comunidad internacional despectiva y racista. Su caída en 1859 marca en nuestra periodización el fin de este primer periodo nacional haitiano.

Con respecto a las bases materiales del país durante los 55 años posteriores al acceso a la independencia, es importante resaltar la “pérdida” de la extraordinaria capacidad exportadora que lo había caracterizado en el

¹⁴ Las alusiones al color de la piel de los protagonistas se hacen en el sentido que la misma historiografía haitiana ha concedido a este aspecto “epidémico” que es una herencia de una esca-la valorativa impuesta por Europa al resto del mundo. Dada la llamada “cuestión de color” que recorre la historia haitiana, los apelativos de *noir* y *mulâtre* aparecen profusamente en todo texto histórico, sociológico, de ciencia política, y de otras disciplinas. Ciertamente, las primeras constituciones declaraban que todo haitiano era *noir*, independientemente de su color de la piel. Y efectivamente en *créole nèg* significa hombre y si uno quiere hablar de un hombre “negro” se dice *nèg nèg*, un blanco es *nèg blan*. Sobre el “complejo de color” en Haití, véase Michel Rolph Trouillot, *Haiti. State against Nation. The Origins and Legacy of Duvalierism*. Nueva York: Monthly Review Press, 1990, pp.110-113.

periodo colonial. Haití dejó de exportar azúcar en gran escala, sólo el café y algunos otros productos se mantuvieron de los cultivos comerciales. También creció la exportación de maderas preciosas y de tinte. Pero la mayor parte de la agricultura estaba orientada hacia el consumo interno, una tendencia que Alexander von Humboldt consideró como altamente favorable al desarrollo poblacional y social de la joven nación. A diferencia de la mayoría de los observadores contemporáneos, Humboldt criticaba la dependencia del exterior de las economías de plantación antillanas, tanto para la colocación de sus producciones, como para el suministro de casi todo lo que consumían. La producción de Haití, orientada desde la independencia en gran medida hacía el consumo interno, le pareció mucho más benéfica para su población, en cuyo crecimiento acelerado el viajero alemán veía una prueba fehaciente de lo positivo de este tipo de economía.¹⁵

Los factores que determinaron los cambios productivos durante las primeras décadas del siglo XIX fueron la destrucción de instalaciones productivas y de vías de comunicación durante los trece años de guerra que precedieron la proclamación del Estado soberano en 1804; el retiro de capitales con la emigración de la mayor parte de los plantadores franceses y la precariedad de capitales internos. Fue también importante la renuencia de los antiguos esclavos a regresar al trabajo en las pocas plantaciones que se reactivaron después de la destrucción de la guerra y de los que se apoderaron los miembros de la nueva élite social y económica –líderes políticos y militares, negros y mulatos, así como los descendientes “de color” de los propietarios mulatos y blancos de la época colonial–. Los repetidos reglamentos agrarios tenían como objetivo obligar a las masas campesinas a un trabajo semi-forzado en las grandes propiedades, pero su éxito fue bastante escaso.¹⁶ Los “cultivadores”, como se denominaba a los ex esclavos, huían

¹⁵ Sin contar a la población de la parte este de la isla, Haití tenía 871,867 habitantes según el censo de 1824, mientras que el realizado por Dessalines en 1805 había reportado 380 mil personas. Este rápido crecimiento poblacional sólo era comparable con el de los Estados Unidos, decía Humboldt. Alexander Freiherr von Humboldt, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, (Introd. por Fernando Ortiz; correcciones, notas y apéndices por Francisco Arango y Parrreño, J. S. Thrasher). La Habana: Cultural, 1960, p. 323.

¹⁶ Los reglamentos agrarios que impusieron Dessalines, Christophe y Boyer, contemplaban el trabajo de sol a sol, prohibían al trabajador abandonar su plantación de adscripción sin permiso expreso y castigaban la “vagancia”. Bajo estas condiciones, observadores contemporáneos calculaban que los cultivadores hacían dos terceras partes del trabajo realizado antes por los esclavos.

del trabajo en las plantaciones, se refugiaban en terrenos montañosas donde sembraban en pequeñas parcelas todo lo necesario para su consumo, al tiempo que cultivaban café, producto que seguía teniendo una alta demanda en el exterior por su gran calidad. El siguiente cuadro muestra las exportaciones de los últimos años coloniales (los datos para 1791 se refieren a los meses anteriores al estallido de la revolución de esclavos en el norte de la colonia y constituyen un máximo en la producción colonial) hasta fines del periodo que se considera en este apartado.

SAINT-DOMINGUE Y HAITÍ: EXPORTACIONES EN LIBRAS, 1791-1859

	1791(a)	1795(b)	1801(c)	1804(d)	1822(e)	1830(f)	1859(f)
Azúcar	163.345.220	1.750.387	18.535.112	47.600.000	652.541	---	---
Café	68.151.180	2.228.184	43.420.270	31.000.000	35.117.834	42.000.000	50.000.000
Algodón	6.286.126	47.988	2.480.340	3.000.000	891.950	1.400.000	938.000
Cacao	---	---	648.518	201.800	322.145	457.000	1.400.000
Índigo	930.016	5.148	804	35.400	---	---	---
Melazas (toneles)	29.502	438	---	10.655	---	---	---
Campeche	---	---	---	---	3.816.583	16.000.000	88.000.000
Caoba (pies cúbicos)	-----	---	---	---	20.100	4.500.000	2.700.000

FUENTES: (a) Estado General de las producciones y manufacturas de la parte francesa de Santo Domingo en el año de 1791”, apéndice I, número II, en James Barskett, *History of the Island of St. Domingo*, p. 232. (b) cifras calculadas por Tadeusz Lepkowski, *Haití*, La Habana, Casa de la Américas, 1968, tomo 1, p. 75, a partir de datos Anténor Firmin de 1892. (c) T. Lepkowski, 1968, tomo 1, p. 83. (d) James Franklin, *The Present State of Hayti (Saint Domingo) with Remarks on its Agriculture, Commerce, Laws, Religion, Finances and Population*, Londres, J. Murray, 1828 (reimpreso por Negro University Press, Westport), p. 325. (e) *Ibid.*, p. 329. (f) Sir Spencer St. John, *Hayti or the Black Republic*, citado en Grafenstein, *Haití, una historia breve*, p. 100, con excepción de la cifra de exportaciones del café que se tomó de la gráfica contenida en Leslie F. Manigat, “Substitution de la prépondérance française par la prépondérance américaine en Haïti (1910-1911)”, en *Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine*, vol. 14, oct-dic., 1967.

Había poca producción que no fuera agrícola; Christophe buscó fomentar algunas pequeñas fábricas de artículos de consumo inmediato, como telas, zapatos, sombreros y herramientas sencillas, entre otros. La demanda de productos manufacturados que no podía satisfacer esta incipiente producción fabril y artesanal fue cubierta con importaciones. Los artículos de consumo amplio provenían en su mayoría de Estados Unidos y los de consumo suntuario de Francia, ya que las nuevas élites sociales y económicas seguían los patrones de consumo y gustos prevalecientes en la antigua metrópoli.

En el ámbito comercial-financiero llaman la atención los altos gastos militares, por la necesidad de mantener un gran número de soldados sobre las armas para impedir posibles agresiones externas. Los ingresos públicos se basaban principalmente en el cobro de gravámenes aduanales que dependían del volumen de exportación e importación. No había impuestos directos como en la mayoría de los países latinoamericanos de la época. Las rentas de las tierras confiscadas a los antiguos propietarios franceses proporcionaban también una parte importante de los ingresos del Estado. Un lastre importante para las finanzas públicas fue la llamada “deuda de independencia” que surgió a raíz de la aceptación de Jean Pierre Boyer de las condiciones de una ordenanza emitida por Carlos X en 1825, que “concedía” la independencia a su antigua colonia a cambio del pago de 150 millones de francos como indemnización a los propietarios franceses de antaño. Esta suma se debía pagar en cinco anualidades y con el fin de cubrir la primera el Estado haitiano gestionó un préstamo de 30 millones de francos. En 1838 el reconocimiento de la independencia de Haití fue reafirmada por el gobierno francés, esta vez sin condiciones, y la deuda reducida a 60 millones de francos, más los 30 millones del primer préstamo.

Haití nació como un Estado militarizado, después de trece años de guerra y ante el peligro de una eventual reconquista por parte de Francia.¹⁷ Su definición jurídica se plasmó en sendas constituciones, la primera

¹⁷Dessalines mantuvo un ejército cuyos activos se calculaban entre 15 y 37 mil hombres sobre una población de 380 mil. El emperador mandó a construir fortificaciones y tenía listo un plan de emergencia en caso de una agresión externa que incluía el abandono y la destrucción de los puertos, así como el retiro de la población a los lugares fortificados del interior. James Barskett, *History of the Island of St. Domingo*, p. 323. Jonathan Brown, *The History and Present Condition of St. Domingo*. Filadelfia: William Marshall, 1837.

proclamada en junio de 1805 que declaró a Jean Jacques Dessalines emperador y le otorgaba los poderes ejecutivo y legislativo. El país fue dividido en seis distritos militares en cuya dirección se encontraban los comandantes de las fuerzas armadas locales, directamente responsables ante el emperador en cuestiones administrativas y en lo militar ante el comandante en jefe de las fuerzas armadas del país, para el cual Dessalines designó a Henri Christophe. “Nadie es digno de ser haitiano, si no es buen padre, buen hijo, buen esposo y sobre todo buen soldado”, reza el artículo 9 de la declaración constitucional preliminar.¹⁸ Los artículos más importantes de este texto fundacional declaran la independencia y soberanía absoluta, la abolición de la esclavitud, la fraternidad entre los ciudadanos –mulatos y negros– cuya denominación conjunta como *noirs* debería borrar las diferencias étnicas. El artículo 12 prohíbe a todo blanco –con excepción de los residentes de origen polaco y alemán¹⁹ y de las mujeres naturalizadas– “pisar el territorio haitiano en calidad de dueño”. El mismo artículo prescribe que “toda propiedad que haya pertenecido a un francés blanco queda confiscada a favor del Estado, sin apelación y por virtud de la ley”. Este mandato dio origen al llamado dominio o patrimonio nacional (*domaine nacional*), es decir, a los terrenos controlados por el Estado que incluían, se ha calculado, entre el 60 y 90 por ciento de las tierras cultivables. Dessalines planeaba eventualmente el reparto de una porción de estas tierras a los campesinos; el dominio nacional servía también para reforzar el control estatal sobre unidades agrícolas grandes, necesarias para la producción de cultivos comerciales y para, con su exportación, asegurar ingresos al Estado.²⁰

Después del asesinato de Dessalines en octubre de 1806 por un grupo de mulatos descontentos con la política agraria del emperador que iba a afectar sus intereses, se eligió una asamblea constituyente en diciembre de

¹⁸ Consultado en http://www.haiti-reference.com/histoire/constitutions/const_1805.html, 23-05-2011.

¹⁹ Esta exclusión se debe a que los soldados polacos y alemanes que habían venido con el ejército de Leclerc en 1802, pronto dejaron las tropas invasoras, y se pasaron del lado del ejército indígena.

²⁰ Mats Lundahl, “Defense and Distribution: Agricultural Policy in Haiti during the Reign of Jean-Jacques Dessalines, 1804-180”, en *Scandinavian Economic History Review*, vol. 32, 1984; Pierre-Charles Gérard, *La economía haitiana y su vía de desarrollo*, México, Cuadernos Americanos, 1965, pp. 32-34.

1806 que redactó un nuevo texto constitucional de carácter liberal, con un poder legislativo fuerte que dejaba poco margen de acción al ejecutivo. Los diputados del centro y norte del país desconocieron su validez, alegando que los liberales habían obtenido la mayoría por vías ilegales.²¹ Pétion, quien gobernó entre 1808 y 1812 sin senado, promovió en 1816 reformas a la constitución que instauraban la presidencia vitalicia, disminuían las facultades del legislativo a favor del ejecutivo, e introdujeron una segunda cámara. El nuevo texto incluía también un artículo referente a la educación primaria en el país, que se buscaba promover. Henri Christophe, por otra parte, hizo votar por sus consejos de Estado dos constituciones, en 1807 y 1812, la segunda de carácter monárquico. A estos primeros textos constitucionales seguían otros, uno liberal votado en diciembre de 1843, que establecía tres poderes electivos y temporales; concedía un amplio poder a las dos cámaras legislativas y a los gobiernos comunales; consagraba la libertad de prensa, palabra y cultos y determinaba la instalación de escuelas primarias en cada comuna. El texto de 1846, en cambio, era del corte centralista que fortalecía el poder del ejecutivo y significaba el fin de la obra reformista del 43. Estos dos textos constituirán la base para futuras constituciones, que se inspiraban en ellas según la tendencia política del grupo en el poder.

En lo social, durante las primeras cinco décadas de vida independiente la mayoría de la población —se calcula que el 90 por ciento— estaba integrada por exesclavos y sus descendientes. Vivían en las zonas rurales como campesinos libres, aunque enfrentando condiciones precarias de propiedad, o como trabajadores remunerados con una parte de la cosecha, en las pocas plantaciones que se mantenían o fueron reconstruidas, ahora en manos de militares y funcionarios del nuevo Estado. Las grandes plantaciones predominaban en las planicies costeras y en los valles: el valle del río Artibonite, las planicies de Cul-de-Sac en el oeste, las llanuras alrededor de Los Cayos en el sur, y sobre todo la extendida planicie del norte. La economía campesina se desarrollaba con más fuerza en las zonas montañosas, en terrenos menos fértiles, ya que las tierras más ricas y aptas para la agricultura fueron acaparadas por los miembros de las nuevas élites. Sobre todo en el

²¹ Decían que en el oeste y sur se habían creado nuevas parroquias para aumentar el número de diputados electos en ellas.

sur prosperaba la pequeña propiedad independiente.²² En las numerosas ciudades-puertos del país un pequeño grupo poblacional de “piel clara” controlaba el comercio de exportación e importación; Dessalines trató de fiscalizar este sector mediante el sistema de comercio a consignación.²³ Al lado de los grupos mencionados había algunos profesionistas, muchos de ellos al servicio del Estado. El control político y económico del país estaba en manos de los sectores referidos, militares, importantes funcionarios, grandes propietarios y comerciantes.

En el entorno colonialista y esclavista antillano el Estado haitiano era considerado un “mal ejemplo”, una “anomalía” cuya influencia entre los esclavos de las islas vecinas se temía y se denunciaba frecuentemente. Por ello los primeros gobiernos tuvieron que moverse con mucha cautela en el ámbito internacional, con el fin de proteger la soberanía ganada con tanto sacrificio. En la declaración de independencia de enero de 1804, redactada por el mulato Boisrond Tonnerre, en nombre de Dessalines, prevalecen expresiones violentas contra Francia, al mismo tiempo que está presente un tono conciliatorio con respecto a las posesiones vecinas.²⁴ También Henri Christophe se cuidaba de fomentar rebeliones en las islas aledañas. Alexandre Pétion y Jean Pierre Boyer, en cambio, a pesar de sus repetidas manifestaciones de “guardar una estricta neutralidad”, apoyaban frecuentemente a independentistas hispanoamericanos. Simón Bolívar recurrió en dos ocasiones a la ayuda haitiana para armar sendas expediciones a costas venezolanas. El gobierno de Aléxandre Pétion recibió también a los refugiados de Cartagena, asediada y vencida en 1815 por el ejército realista de Pablo Morillo. Los insurgentes novohispanos mantenían en Puerto Príncipe agentes que debían negociar ayuda de la República del Sur y también se envió un emisario a la corte de Henri Christophe al norte implorando su apoyo. Xavier Mina estuvo en Puerto Príncipe durante los últimos meses

²² La pequeña propiedad fue favorecida por los repartos agrarios realizados por Aléxandre Pétion en 1809 y 1812 y por Henri Christophe en 1819.

²³ Que consistía en la asignación de los barcos, que entraban a los puertos, a los llamados comerciantes consignatarios y sustraer así este “reparto” de las manos de los empleados aduanales que asignaban los barcos con sus mercancías al comerciante que más les pagaba.

²⁴ “Paz a los vecinos pero maldición al nombre francés, eterno odio a Francia: ¡he ahí nuestro grito!” en Thomas Madiou, *Histoire d’Haïti*. Puerto Príncipe: Éditions Henri Deschamps, 1989, tomo III, p. 148).

de 1816 y, al igual que los demás insurgentes y patriotas, recibió apoyo del presidente Pétion. Otros aliados multinacionales comprometidos en mayor o menor medida con los proyectos de independencia preparaban en puertos haitianos sendas expediciones de invasión y conquista a territorios españoles, como el escocés Gregor McGregor y el francés Louis Aury, entre otros.²⁵

Jean Pierre Boyer logró unificar bajo su gobierno todo el territorio de la isla La Española. En diciembre de 1821, cuando un grupo de independentistas dominicanos declaró la separación de España y la incorporación del país a la Gran Colombia, Boyer marchó sobre Santo Domingo y prácticamente sin resistencia obtuvo de José Núñez de Cáceres la entrega de la ciudad. La unión entre ambas partes de la isla perduró durante 22 años. A fines de los años treinta se hacía manifiesto un notorio descontento social y político con el gobierno excluyente de Boyer, que beneficiaba sólo a reducidos círculos, predominantemente mulatos. En el occidente de la isla, esta desafección se expresó en la cámara de representantes, en la que diputados de ciudades sureñas encabezaban la oposición. Boyer no supo encauzar este descontento que se ventilaba en el seno de la élite urbana y liberal. Endureció su gobierno en los años críticos de 1838 a 1842, tomó presos a periodistas críticos, destituyó a funcionarios sospechosos y mandó a expulsar a los diputados opositores de la cámara. Frente a la represión, surgió un movimiento armado dirigido por el mulato Rivière Hérard, quien marchó con sus tropas sobre la capital.

En el este, la oposición política a la “dominación” haitiana fue encabezada por un grupo que operaba en la clandestinidad, llamado *La Trinitaria*, una conspiración antiboyerista, que se proponía la independencia del territorio de la antigua colonia española. Las causas principales de la oposición en el este al gobierno de Boyer eran las contribuciones al pago de la deuda de independencia haitiana; la confiscación de propiedades de dueños ausentes, así como de la Iglesia; la imposición de una política agraria ajena a los patrones de producción y propiedad de la tierra en esta parte de la isla, cuyas características eran la ganadería extensiva en terrenos indivisos y el cultivo de subsistencia y de tabaco. Finalmente, si bien Boyer había respe-

²⁵ Paul Verna, *Pétion y Bolívar*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1980, pp. 277-287.

tado los valores culturales hispánicos en el este, gran parte de sus élites veían afectados sus intereses, mientras que extensos sectores populares habían obtenido beneficios: la abolición de la esclavitud y el acceso a parte de las tierras confiscadas, aunque fuese de manera irregular y sin títulos de propiedad, había atraído a Boyer el apoyo de alrededor de diez mil esclavos que había en 1822 y de productores rurales en pequeños grupos.²⁶ El resultado de los años de crisis de fines de la década de los treinta y primeros años de los cuarenta, fue la renuncia y partida al exilio de Boyer, así como el desprendimiento de la parte este, que se declaró independiente el 27 de febrero de 1844.²⁷ Pero el grupo vencedor bajo el liderazgo de Rivière Hérrard, proclamado presidente de Haití—reducido a sus límites anteriores a 1822—era tan excluyente como el de Boyer y encontró una nueva oposición, ahora por parte de propietarios negros del Sur, encabezados por la familia Salomon que movilizó a sus *deux-moitiés*,²⁸ y contaba además con el apoyo de los campesinos independientes, así como de sectores populares de Puerto Príncipe. Poner fin al excesivo liberalismo e integrar a personas del ala negra de la élite al gobierno eran las principales demandas. Sin embargo, los Salomon tuvieron que marchar al exilio después de su derrota de mano de las tropas gubernamentales.

En este momento surgió un movimiento campesino de gran envergadura en la península del sur, cuyos líderes eran los pequeños propietarios Louis Jean Jacques Acaau, Dugué Zamor y Jean Claude. A la cabeza de sus *piquets*²⁹ exigían el fin de la “tiranía” de los comerciantes que pagaban mal los productos agrícolas y vendían muy caro los importados; la abolición de prisión por deuda; el regreso de la familia Salomon del exilio; la derogación

²⁶ Boyer ha sido considerado como “padre” del campesinado dominicano. Sobre el campesino en la historia de la República Dominicana, véase la obra de Pedro L. San Miguel, entre otros textos de este autor: *Los campesinos del Cibao: economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*, San Juan, Editora de la Universidad de Puerto Rico, Decanato de Estudios de Graduados e Investigación-UPR, 1997 y *La guerra silenciosa. Las luchas sociales en la ruralidad dominicana*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, 2004.

²⁷ Frank Moya Pons, *La otra historia dominicana*. Santo Domingo: Librería La Trinitaria, 2009, pp. 263-297.

²⁸ Se llamaba *deux-moitiés* o “dos mitades”, a los trabajadores de las plantaciones por el tipo de remuneración que consistía, como ya se ha apuntado, en una parte de la cosecha, generalmente una cuarta parte de los beneficios netos.

²⁹ El sobrenombre de *piquets* se refería a los campesinos del sur porque llevaban como armas unas lanzas largas con una punta de metal atada en uno de sus extremos.

de la ley marcial; el “fin de la preponderancia de la gente de color” y la proclamación de un presidente negro. En el descontento influían también los precios bajos del café en los años de 1838 a 1848, causa de una situación precaria de la economía campesina, así como varios desastres naturales que causaron grandes daños: en 1839 y 1843 Los Cayos y Puerto Príncipe fueron parcialmente destruidos por incendios y en 1842 un sismo afectó la zona norte del país, destruyendo varias localidades, entre ellas la ciudad de El Cabo.

Los insurgentes se apoderan de Jérémie, Los Cayos, Aquin y Miragoâne y lograron la destitución de Rivière Hérard, cuya presidencia fue seguida por la de tres presidentes negros, los mencionados gobiernos de *doublure* de Philippe Guerier, Louis Pierrot y Jean Baptiste Riché. Es cierto que se dio la manipulación del movimiento campesino por políticos ex boyeristas que aprovecharon el malestar social en el sur para lograr la caída de Rivière Hérard pero, a pesar de sus limitaciones, la rebelión puso en jaque a la oligarquía sureña que ante el impulso de la insurrección huyó a las islas vecinas o se atrincheraba en sus propiedades. El movimiento campesino también fue expresión de la llamada “cuestión de color”, sin embargo, la famosa frase de Acaau de que “el negro rico es mulato y el mulato pobre es negro” muestra que había conciencia entre los líderes campesinos sobre el carácter social de la crisis que vivía el país.³⁰ La rebelión perdió fuerza hacia 1846 ante la división entre sus líderes y el aislamiento de su figura principal, Jean Jacques Acaau, quien murió asesinado en marzo de este año.

Faustin Soulouque, el último presidente de la generación de participantes en la guerra de independencia, se afianzó muy pronto en el poder mediante un control férreo y despiadados actos de represión hacia la élite mulata que pensaba poder manipularlo como a las figuras presidenciales que le precedieron. Soulouque buscó frenar la especulación comercial imponiendo el monopolio estatal sobre la compra-venta del café y la importación de artículos de primera necesidad. En lo financiero, retomó el pago de la “deuda de independencia”, suspendida en 1843. También trató de incorporar de nuevo la parte este de la isla al Estado haitiano, pero sus campañas militares de 1848-49 y 1855 encontraron una fuerte y exitosa resistencia

³⁰ Grafenstein, *Haití, una historia breve*, p. 111.

en las tropas dominicanas al mando de Pedro Santana. Al final del periodo 1804-1859 el territorio del Estado nacional haitiano quedó circunscrito en lo esencial al de la antigua colonia francesa aunque con algunas nuevas regiones incorporadas (Hinche, Ouanaminthe), producto de las campañas militares de Soulouque.³¹

AVANCES Y RETROCESOS EN LA CONSOLIDACIÓN DEL ESTADO HAITIANO (1859-1915)

En el periodo 1859-1915 no se pueden detectar grandes cambios en la economía con respecto a las primeras seis décadas del siglo, aunque sí son observables coyunturas de bonanza y desmejoramiento y, al final, de franco deterioro. Con respecto a la propiedad agraria, se mantenían los dos tipos de propiedad, la pequeña y mediana propiedad campesina, muchas veces una propiedad *de facto*, no regularizada, y las grandes unidades de producción sobre todo en tierras de alto rendimiento. El Estado controlaba grandes superficies; no obstante, la mayoría de estos terrenos estaba dada a concesión a grandes propietarios u ocupada *de facto* por campesinos. Los políticos y militares eran beneficiarios de frecuentes donaciones o venta de tierras del Estado. El presidente Lysius Salomon, hijo del opositor de 1843, puso en marcha una Ley agraria en 1883 que preveía la concesión de tres a cinco *carreaux* (un *carreau* corresponde a 1.5 hectáreas) de tierra a los campesinos bajo la condición de que las dedicasen a cultivos de exportación. La ironía de este esfuerzo es que su principal limitación se encontraba en el analfabetismo de la población rural, que se quería beneficiar pero que en gran medida era incapaz de cumplir con la exigencia de formular las respectivas solicitudes de concesión por escrito.³² Con el crecimiento de la población, la poca efectividad de eventuales repartos de tierra y el pronto alcance de los límites de la frontera agrícola, el minifundismo se hacía cada vez más

³¹ Murdo J. McLeod, "The Soulouque Regime in Haiti 1847-1859: A Reevaluation", en *Caribbean Studies*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, año, 10, vol. 10, núm. 3, 1970.

³² Se ha subrayado que la planeada distribución de tierras por Salomon tenía más bien carácter económico que social, ya que buscaba en primer lugar fomentar los cultivos de exportación. Mats Lundahl, *Man, Land and Markets: Essays on the Haitian Economy*. Londres y Canberra: Croom Helm, 1983.

acentuado hacia finales del siglo. El avance sobre terrenos boscosos y de fuerte declive constituía muchas veces para el campesino la única posibilidad de ensanchar las superficies de cultivo.

Los principales productos de exportación en los años 1859-1915 seguían siendo café, algodón, cacao, añil, maderas preciosas y de tinte, además de tabaco, miel, cera, ron y pieles. Hubo coyunturas favorables para la exportación de algunos de estos productos, como el algodón durante los años de la Guerra de Secesión en Estados Unidos, durante los cuales la superficie cultivada se duplicó y las cifras de exportación de este producto se triplicaron, pero, con la reanudación de la producción en el sur de Estados Unidos en 1864, las exportaciones haitianas decayeron. El café experimentó una acentuada demanda en el exterior entre 1870 y 1875; entre 1860 y 1890 aumentaron las exportaciones de cacao, así como de maderas de tinte y maderas preciosas.

EXPORTACIONES DE PRODUCTOS AGRÍCOLAS Y FORESTALES, 1860-1910
(EN LIBRAS)

	1860	1864	1891	1910
Café	60.000.000		79.000.000	80.000.000
Algodón	670.000	2.200.000	1.000.000	
Cacao	1.500.000		3.335.000	
Campeche	104.000.000		165.000.000	
Caoba*	2.264.000		35.000.000	

FUENTE: Información tomada de: Paul Moral, *Le Paysan Haïtien*. París: Maisonneuve, 1961 y Benoit Joachim, *Les Racines du Sous-développement en Haïti*, [s.l.], Prix Deschamps 1979. *pies cúbicos.

Algunos de los gobiernos del periodo bajo estudio emprendieron esfuerzos por modernizar la producción agrícola. El presidente Fabre Nicolas Geffrard (1859-1867) fomentaba el uso de despepitadoras mecánicas de algodón e invitaba a técnicos extranjeros para que asumiesen funciones de dirección en la producción. También hubo iniciativas para mejorar la producción del café; el presidente Lysius Salomon fomentó en los ochenta la

introducción de molinos de café a vapor y promovió mejoras técnicas para el procesamiento del grano. De forma adicional se buscaba promover la inmigración de agricultores extranjeros que debían transmitir sus conocimientos a la población local. Todas estas medidas tenían como objetivo mejorar las técnicas de cultivo en diferentes ramos; donde había mayor atraso, era en el cultivo de víveres en el que predominaba el uso del azadón y machete. Los campesinos sembraban sus tierras sin los beneficios de sistemas de riego o de abonos artificiales, sin embargo, el cultivo simultáneo de diferentes plantas que no competían por los mismos nutrientes de la tierra, que aprovechaban la sombra de otra planta o tenían diferentes ritmos de crecimiento, permitían un relativo alto aprovechamiento de las parcelas.³³

La producción manufacturera era prácticamente inexistente con excepción de algunas fábricas de productos de consumo inmediato (sombreros, jabones, cerveza, entre otros). En la industria extractiva se hicieron algunas concesiones para la explotación de maderas, sobre todo en las islas adyacentes de La Vaca, Gonâve y Tortuga; a principios del xx, una empresa belga cultivaba cacao, hevea y vainilla sobre una superficie de 300 hectáreas en la región de Puerto Margot y de Bayeux.³⁴ Lo interesante es que subsistía en el exterior la fama de que Haití podía generar grandes riquezas, se crearan las instalaciones necesarias y se hicieran las inversiones requeridas. Por ejemplo, se habían encontrado yacimientos de carbón, hulla, cobre, zinc, estaño y mercurio, susceptibles de ser explotados con grandes ganancias. Sin embargo, en el periodo estudiado no se dieron todavía inversiones en este ramo. Grandes deficiencias caracterizaban a las comunicaciones terrestres. Había pocos caminos en buenas condiciones, el carácter montañoso del país dificultaba el transporte, la mayoría de las mercancías y productos agrícolas se transportaban a lomo de mula en el interior y por navegación de cabotaje en las costas. Hubo varios proyectos para construir vías férreas y se dieron concesiones para su realización. La primera línea se construyó en la planicie Cul-de-Sac en los años ochenta. En 1910, el norteamericano James MacDonald, en nombre de la National Railroad Company, adquirió una concesión para completar dos líneas, iniciadas con anterioridad.

³³ Paul Moral, *Le Paysan Haïtien*. París: Maisonneuve, 1961.

³⁴ Grafenstein, *Haití, una historia breve*, p.123.

Este permiso incluía el usufructo de quince millas de tierra a cada lado de la línea férrea para el cultivo de plátano. El contrato MacDonald se convirtió en un escándalo, ya que cuatro años más tarde las líneas planeadas seguían sin terminarse y sólo se habían concluido tres secciones aisladas a un costo excesivamente alto. Durante el gobierno de Florvil Hyppolite (1889-1906) se hicieron varias obras de infraestructura en Puerto Príncipe y otras localidades, como la instalación de alumbrado público, la construcción de puentes y caminos y el mejoramiento de las instalaciones portuarias.

En los años anteriores a la ocupación norteamericana el monto de las inversiones extranjeras totales en Haití era comparable al que recibía Ecuador en la misma época y superior a las inversiones colocadas respectivamente en Bolivia, República Dominicana, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Panamá y Paraguay.³⁵ La mayor parte de los capitales extranjeros se vinculaban a la deuda pública y al comercio. También se colocaban en la construcción de líneas férreas y tranvías, en la iluminación eléctrica de las ciudades y ampliaciones portuarias. En 1915 las inversiones norteamericanas ascendían a cuatro millones de dólares, un monto similar a lo invertido por Estados Unidos en República Dominicana, los países centroamericanos, Panamá, Paraguay, Uruguay o Venezuela. A diferencia de los países sudamericanos, Haití no contaba con inversiones británicas. En cambio, Francia tenía invertidos cerca de 24.5 millones de dólares como resultado de los préstamos de 1875, 1896 y 1910. No había inversión en la producción, ya que las constituciones haitianas del siglo XIX prohibían la presencia de extranjeros en calidad de propietarios. Algunos intelectuales criticaban esta prohibición, como el liberal Anténor Firmin, quien proponía concesiones de tierras y unidades productivas en préstamo enfiteútico por 99 años.³⁶

En el comercio exterior se dieron algunos cambios durante la segunda mitad del periodo bajo estudio. Siguiendo el patrón ya establecido en el periodo anterior, Estados Unidos proporcionaba la mayor parte de las manufacturas y alimentos básicos como pescado salado y harina de trigo.

³⁵ Hans R. Schmidt, *The United States Occupation of Haiti, 1915-1934*. New Brunswick: Rutgers University Press, 1995.

³⁶ Anténor Firmin, *Lettres de Saint-Thomas*. Puerto Príncipe: Imprimerie Estatale, 1976, pp. 1-8. Lysius F. Salomon expidió una ley que concedía el derecho a la naturalización a los extranjeros que invirtieran en la producción agrícola en gran escala y en el procesamiento de los productos de exportación. Poco se sabe del resultado que tuvo dicha disposición legal.

En cambio, Francia era el primer cliente para las exportaciones, sobre todo para el café. En promedio, el 70 por ciento de importaciones provenían de Estados Unidos, mientras que 75 por ciento de las exportaciones tenían como destino a Francia.³⁷ Desde fines del siglo la presencia de comerciantes extranjeros se hacía cada vez más fuerte: ingleses, franceses, alemanes, sirio-libaneses, y algunos norteamericanos tenían casas comerciales en los principales puertos.³⁸ Su control sobre el comercio exterior a principios del siglo xx era casi completo: sólo uno de los nueve exportadores de café era haitiano. En 1890, todavía el 70 por ciento del comercio exterior se encontraba en manos nacionales.³⁹ Sólo en la exportación de rones y licores se logró mantener una mayor participación haitiana. Los comerciantes en grande, cuyo número se ha calculado en diez mil personas para 1900,⁴⁰ residían en los puertos más importantes: Puerto Príncipe, Cabo Haitiano, Saint Marc, Gonaïves, Jacmel, Miragoâne y Jérémie. Además de dedicarse al comercio de exportación e importación, fungían como prestamistas del Estado, y controlaban el mercado financiero del país durante los años anteriores a la reorganización del Banco Nacional en 1910. En el “sindicato financiero” que se formó en 1886 sólo uno de los socios era haitiano. Era frecuente que los comerciantes extranjeros, a través de los cónsules de sus países de origen, intervinieran en asuntos políticos internos, financiando a los diferentes grupos en pugna.

En lo financiero la situación era precaria. Las guerras civiles de 1867-69, 1881-1883, 1887 y 1902 trastornaron el equilibrio financiero del Estado.⁴¹ En estas coyunturas se reducía la recaudación de impuestos, los gobiernos recurrían con mayor frecuencia a préstamos internos o emitían papel moneda, lo que causaba inflación. Igualmente el contrabando y el carácter deficitario de la balanza comercial iban en detrimento de ingresos fiscales,

³⁷ Alain Turnier, Turnier, Alain, *Avec Mérisier Jeannis, Une tranche de vie jacmelienne et nationale*. Puerto Príncipe: Imprimerie Le Natal, 1982, p. 127.

³⁸ Estas casas muchas veces se escrituraban a nombre de las esposas haitianas, ya que muchos comerciantes extranjeros se casaban con mujeres del país. De esta manera se eludía la prohibición de que un extranjero tuviera bienes inmobiliarios a su nombre.

³⁹ Brenda Gayle Plumer, “The Metropolitan Connection: Foreign and Semiforeign Elites in Haiti, 1900-1915”, en *Latin American Research Review*, Austin, University of Texas Press, año 19, vol. 19, núm. 2, mayo-agosto, 1984.

⁴⁰ *Idem*.

⁴¹ Paul Moral, *Le Paysan Haïtien* p. 128.

ya que los aranceles seguían siendo la principal fuente del erario público. También pesaban sobre el erario el servicio de la llamada doble deuda francesa, los altos gastos militares en una época de sempiternos pronunciamientos militares y de malversación e ineficiencia en el manejo de los recursos públicos. Los precios volátiles de los productos de exportación, las concesiones arancelarias dadas a la antigua metrópoli y el pago de altas indemnizaciones a comerciantes extranjeros, que a menudo se declaraban víctimas de saqueos y destrucciones durante las guerras civiles, eran otros factores que deterioraban el presupuesto del Estado.

Un primer paso hacia modernización financiera constituyó la creación del Banco Nacional de Haití en 1880 con capital francés que ascendió a diez millones de dólares. Entre sus prerrogativas estaban el control sobre la emisión de la gourde, moneda nacional, y la administración de la tesorería. Durante las tres décadas que el Banco estuvo en funcionamiento, se comportaba más bien como un rival del Estado haitiano que como proveedor de servicios y asesor. En estas circunstancias pronto surgieron fricciones; en 1903 el Estado sustrajo al Banco el servicio de la tesorería y por diversas irregularidades detectadas, se procedió en 1910 a una reestructuración, con la creación de la Banque Nationale de la République d’Haïti. Esta institución también detentaba la emisión de dinero y el control de la reserva nacional en oro y dólares. Las inversiones provenían de la Banque d’Union Parisienne, la National City Bank, otros tres bancos norteamericanos y algunas instituciones bancarias alemanas.

La deuda contraída con establecimientos financieros franceses para el pago de las indemnizaciones exigidas por los antiguos colonos se liquidó en 1887 pero engendró un nuevo débito. En 1874 el presidente Michel Domingue solicitó un préstamo para cubrir el déficit público y para liquidar la “deuda de independencia”, de la quedaban cerca de 14 millones de francos a pagar. De esta y nuevas transacciones emprendidas por el gobierno de Domingue resultó una deuda de 36.5 millones de francos; sólo una mínima parte fue recibida en efectivo, el resto se iba en comisiones y primas. Ante el escándalo que causaron estas negociaciones, tan desventajosas para Haití, Francia redujo la cantidad a pagar a 21 millones en 1881. Nuevos préstamos siguieron en 1896 y 1910, que resultaron en una deuda con Francia de 113 millones de francos (aproximadamente 22.5 millones de dólares). Ante las

presiones para el pago oportuno, durante los años anteriores a la ocupación norteamericana, el pago de esta deuda consumía 2/3 partes de los ingresos fiscales y tuvo prioridad ante otros gastos.

En cuanto a las relaciones con el exterior es importante mencionar que Haití logró superar su aislamiento diplomático. En 1860 se firmó un concordato con el Vaticano que regularizó la situación del clero católico en el país; el reconocimiento por parte de Estados Unidos por fin se dio en 1862.⁴² En 1874 se firmó un tratado de amistad, comercio y límites con la República Dominicana que garantizó relaciones pacíficas entre los dos países. En las últimas décadas del siglo XIX adquirió gran relevancia la ubicación de Haití sobre una de las entradas/salidas más transitadas del mar Caribe, el Canal del Viento. Varias potencias extranjeras se mostraban interesadas en tener una base naval y de carbón sobre esta vía, especialmente Gran Bretaña, Francia, Alemania y Estados Unidos. La cesión o renta del puerto de aguas profundas Môle St. Nicolas en el extremo noroeste del país era objeto de negociación en repetidas ocasiones.

En lo político el periodo 1859-1915 se caracterizaba por intensas luchas. Algunas figuras políticas lograban mantenerse bastante tiempo en el poder, así las presidencias de ocho gobernantes se extendieron por 46 años con periodos de gestión que variaban entre 3 y 9 años. Ciertamente, sólo uno de ellos corresponde al periodo constitucionalmente prescrito (el gobierno de Nissage Saget de 1870 a 1874, quien era además el único que entregó pacíficamente el poder). En cambio, en los cuatro años anteriores a la ocupación norteamericana se sucedieron seis presidentes. En las luchas por el poder político tuvieron que ver rivalidades entre las diferentes regiones del país (Norte, Sur y Oeste), la mencionada “cuestión del color” y sobre todo proyectos antagónicos de conducción política.

Dos proyectos, dos campos se enfrentaban. En los años setenta, miembros de la élite “ilustrada” de los puertos, dedicados al comercio de exportación e importación, a actividades profesionales y a la política, se agruparon en el partido liberal.⁴³ Eran en su mayoría mulatos pero también había entre

⁴² Después del reconocimiento de la independencia de Haití por Francia en 1825, otros países siguieron el ejemplo de la antigua metrópoli, como Gran Bretaña, Dinamarca y Suecia.

⁴³ Partido entendido como agrupación política suelta, sin la estructura de un partido político moderno.

ellos miembros destacados del ala negra, como Edmond Paul y Anténor Firmin. Los liberales abogaban por una forma de gobierno representativo, civil y descentralizado. Los nacionales se agrupaban alrededor de Lysius F. Salomon y otras figuras; tampoco aquí era absolutamente determinante el factor de “color”. Habían varios mulatos entre ellos, como Frédéric Marcelin y Callisthène Fouchard. Si bien defendían un gobierno republicano, parlamentario y representativo, la mayoría de los líderes nacionales se habían afianzado sobre la base de relaciones clientelares entre masas rurales y su caudillo regional.

En la base de la lucha política que se libraba en Haití en los años bajo estudio, estaría, en opinión de los liberales, la dicotomía entre el Haití citadino, “ilustrado”, en camino a la “modernidad” y el Haití rural caudillesco y “atrasado”. En las pugnas regionales se enfrentaban grupos políticos del norte y sur que pedían su “turno” en la silla presidencial. En ella predominan hasta 1889 los políticos del sur, mientras que después había más presidentes cuyo lugar de origen era alguna ciudad o villa de las provincias del centro y norte. La política en esta época, escribe Alain Turnier, era la industria más importante del país.⁴⁴ Se hacía poca diferenciación entre los recursos públicos y privados, el enriquecimiento personal de los líderes y sus allegados era lo común, sin embargo estas prácticas no eran más escandalosas que en otros países de América Latina ni de la Europa del Sur. Para reivindicar la pertenencia de Haití a la “civilización occidental”, y dar a conocer sus esfuerzos por seguir el “camino hacia el progreso”, Louis Joseph Janvier, miembro del grupo nacional, escribió apasionadas defensas del gobierno de Lysius F. Salomon. Janvier se empeñaba en demostrar que Haití no era un caso aislado debido a sus dificultades de crear gobiernos estables, eficientes y probos. Ante los frecuentes juicios racistas de que Haití se debatía en tantos problemas por estar gobernado por afrodescendientes, Janvier recurría a frecuentes comparaciones para mostrar que los Estados latinoamericanos y europeos contemporáneos se enfrentaban a obstáculos muy similares.⁴⁵

⁴⁴ Alain Turnier, *Avec Mérisier Jeannis, Une tranche de vie jacmelienne et nationale*. Puerto Príncipe: Imprimerie Le Natal, 1982.

⁴⁵ Louis Joseph Janvier, *La République d’Haïti et ses Visiteurs (1840-1862)*. Puerto Príncipe: Ateliers Fardin, 1979, vols. 1 y 2, *passim*.

En opinión de los liberales la conducción del Estado debía estar en manos de individuos instruidos y capaces. Se pronunciaban en contra de la omnipresencia de los militares; criticaban, además, la “ignorancia e ineptitud” de estos últimos, suponiendo que muchos tenían una instrucción mínima. Quien exasperaba el orgullo nacional era Antoine Simon (1908-1911), por su bajo nivel cultural e intelectual. Pero también había militares cultos, capaces administradores y políticos como Salomon (1879-1888) o sus ministros François Légitime y François Manigat. Quien representaba el “viejo Haití de los sátrapas militares” era Nord Alexis (1902-1908), sin que se le identificara con uno u otro campo político. Otros militares habían hecho una carrera marcial auténtica, como Florvil Hippolyte (1889-1896), quien se apoyaba más bien en los liberales. Por otra parte, los únicos liberales que llegaron a gobernar (Nissage Saget de 1870 a 1874 y Boisrond Canal de 1876 a 1879) eran militares. Liberales civiles como Anténor Firmin y Boyer Bazalais no lograron ocupar la silla presidencial y fue en 1914 que llegó el primer civil a la presidencia, Michel Oreste, de la ciudad sureña Jacmel. Los militares se entendían como auténticos líderes del pueblo y muchas veces adoptaban un estilo paternalista de gobierno, como los presidentes llamados cacos, Cincinnatus Leconte, Oreste Zamor, Damilvar Théodore y Vilbrun Guillaume Sam, quienes gobernaban en los años anteriores a la ocupación. Criticaban el elitismo de los liberales, su desprecio por el pueblo y sus mecanismos electorales excluyentes.⁴⁶

La participación de los liberales en la política quedó plasmada en la creación de varios textos constitucionales.⁴⁷ Los de 1888 y 1889 retomaron las ideas centrales de la constitución de 1867 y ésta las de la ley básica de 1843. Sus elementos eran: mayor autonomía de los poderes legislativo y judicial frente al ejecutivo; limitación del mandato presidencial a cuatro años en los textos de 1843 y 1867 y a siete años en las constituciones de 1888 y 1889; prohibición de la reelección inmediata; garantía de las libertades individuales y mayor autonomía de los gobiernos locales. La constitución de 1874 seguía el modelo del texto de 1846 con énfasis en un gobierno

⁴⁶ Grafenstein, *Haití, una historia breve*, p. 75.

⁴⁷ En el siglo XIX Haití fue regido por quince textos constitucionales que muestran el interés de codificar, en medio de constantes enfrentamientos de las fuerzas políticas, las relaciones de poder, y de proporcionar y legitimar gobiernos de facto, producto de las luchas armadas.

central fuerte y concentración del poder político en el ejecutivo. La constitución de 1889, de la que Anténor Firmin era uno de los principales creadores, estuvo vigente hasta 1918, cuando fue votada por plebiscito una nueva ley básica, que había redactado Franklin D. Roosevelt, en el momento secretario auxiliar de Marina, y que abolía varios de los principios constitucionales vigentes a lo largo del siglo anterior, como la prohibición a extranjeros de poseer bienes inmobiliarios en el país.

Entre los grandes temas que intelectuales y políticos liberales y nacionales discutían en la prensa, folletos y libros, se encontraba también la cuestión de la base del desarrollo productivo del país. Los liberales defendían la necesidad de desarrollar la industria mientras que los nacionales veían a la agricultura como sustento principal de la economía; otro tema de discusión era el papel que debería desempeñar la propiedad extranjera. Las opiniones iban desde el rechazo total hasta la búsqueda de atraer inversionistas extranjeros; también la función del Estado como promotor de ciertas ramas de la economía y creador de infraestructura figuraba entre las materias abordadas con mayor frecuencia.⁴⁸

Es importante destacar la participación popular en las contiendas políticas durante varias coyunturas. La política antielitista que puso en marcha Sylvain Salnave en los años de 1867 a 1869 le garantizaba la adhesión de sectores populares de Puerto Príncipe –artesanos, trabajadores del puerto, empleados eventuales y de baja categoría del Estado y comercio–, y también tenía el apoyo de los minifundistas del sur, los *piquets*, y de las tropas. “Ese mulato peligroso”, decían los terratenientes del norte al referirse al militar carismático que logró movilizar las masas desheredadas que irrumpieron en 1868 en la Cámara de diputados. Otra participación de carácter popular en las luchas políticas era la de los *piquets* en la guerra civil

⁴⁸ Aparte de las obras mencionadas hay un número grande de obras formales escritas en el último tercio del siglo XIX y primera década del XX, además de los artículos periodísticos publicados dentro y fuera de Haití. Desmevar Delorme, *La Misère au Sein des Richesses. Reflexions diverses sur Haïti*, Puerto Príncipe, Ateliers, 1873; y *Les Théoriciens au Pouvoir*, 1870; Frédéric Marcelin, *Haïti et sa Banque Nationale*, París, 1896; Joseph Marcelin, *Haïti ses Guerres Civiles, leurs Causes, leurs Consequences Presentes, futures et finales*, París, 1892; Edmond Paul, *Les Causes de nos Malheurs*, Kingston, 1889 y *Questions Politico-Economiques*, París, 1861-1863, 3 vols.; Joseph Justin, *Étude sur les Institutions Haïtiennes*, París, 1894-1895, 2 vols. y *De la Nationalité en Haïti*, Puerto Príncipe, 1905,

de 1881-1883, cuando los campesinos del sur desempeñaron un papel importante en la derrota de la oligarquía liberal que se había refugiado en Miragoâne, Léogane y Jacmel. Incluso llegaron a la capital, donde participaron en el saqueo de los negocios de grandes comerciantes. Tanto en 1867-1869 como en 1881-1883 las masas urbanas y campesinos del sur se levantaron en contra de *élite* comercial que era vista como explotadora y excluyente.

Quien personificaba mejor el conflicto entre las masas populares y la *élite* era Mérisier Jeannis, pequeño propietario del sur y heredero de dos *hounfours*. Un cacique “decide hacer política a través de la guerra”, escribió Alain Turnier sobre Jeannis cuando éste entró a las tropas de Sylvain Salnave en 1867. Durante la guerra civil de 1881-1883 Merisier Jeannis tomó por asalto la ciudad de Jacmel y recibió como reconocimiento el nombramiento de jefe de la plaza. Para la oligarquía cafetalera del puerto eso significaba la dominación del campo “bárbaro” sobre la ciudad “ilustrada”.

También los campesinos-peones del norte, los mencionados “dos mitades” de las plantaciones, conocidos también como cacos, tuvieron un papel activo en las múltiples asonadas, siguiendo como huestes a sus líderes terratenientes y militares de alto rango. Estos aprovechaban el vínculo étnico existente ya que tanto caudillos como campesinos eran en su mayoría negros. Enrolarse en las tropas de caciques y caudillos regionales significaba una oportunidad para los campesinos de manifestar su descontento social; la perspectiva de saquear las riquezas de oligarquía comercial una vez que se tomaba una ciudad era aliento suficiente para arriesgar la vida en el campo de batalla. Imponer su fuerza “bruta, arbitraria y temporal” a la ciudad significaba para ellos, como observa Turnier “la venganza del héroe primitivo sobre la vanidad y el orgullo seculares del ciudadano, de la campaña humillada y reprimida sobre la ciudad arrogante”.⁴⁹

CONCLUSIONES

Este ensayo reunió evidencias históricas con el objetivo de mostrar que el desarrollo político, económico y social de Haití en el siglo XIX fue más complejo de lo que algunas interpretaciones de la última década de nuestra

⁴⁹ Citado en Grafenstein, *Haití, una historia breve*, p. 136.

centuria dejan entrever. Este proceso encierra esfuerzos y proyectos por dotar al país de instituciones, por modernizar la economía y la política, esfuerzos a los que se ha prestado poca atención y que se han perdido en las “grandes explicaciones” del desarrollo histórico del país desde la época de la colonia hasta la actualidad. Ciertamente los resultados de estos proyectos fueron efímeros; en conjunto se puede decir que la sociedad citadina derrotó a la rural, que la presión sobre la frontera agrícola se agudizó hacia fines del siglo XIX e incrementaba la pobreza del campesinado; que las nuevas *élites* despreciaban la cultura campesina; que sus esquemas de desarrollo social fueron excluyentes y beneficiaron sólo a algunos sectores.⁵⁰

Sin embargo, me pareció importante mostrar, por un lado, que Haití se diferenciaba poco o nada de los demás países latinoamericanos en cuanto a inestabilidad política, periodos gubernamentales inciertos, abortados por asonadas, elaboración de constituciones que dieran legitimidad a gobiernos de facto, rivalidades regionales, lucha entre caudillos locales, ausencia de proyectos de construcción nacional hegemónicos, creciente exclusión de los sectores populares de los modelos de desarrollo, entre un largo etcétera. Por otro lado, los dos proyectos de construcción estatal en pugna contaban con políticos e intelectuales que tenían una visión bastante precisa del papel de Haití en el contexto histórico de su momento, que se nutrían de ideas provenientes de Europa, especialmente de Francia, y defendían la idea del necesario progreso y perfectibilidad de las sociedades “modernas”, siguiendo los planteamientos del positivismo comtiano. Ambos grupos en pugna, liberales y nacionales, se nutrían de la misma matriz cultural, pero se diferenciaban en las vías que había que tomar para implementar los principios organizativos. A inicios del siglo XX surgió una discusión, librada en la tribuna del periódico *Le Matin*, entre defensores de los valores culturales galos y los que abogaban por la superioridad de los valores anglosajones, una discusión que se dio en el marco de la rivalidad entre Estados Unidos y varias potencias europeas por el control político y económico del área caribeña y centroamericana.

⁵⁰ Cfr. al respecto Jean Casimir, *La cultura oprimida*, México, Nueva Imagen, 1981 y *Haití, acuérdate de 1804*, México, Siglo XXI, 2007.

A pesar de los esfuerzos realizados, Haití entró al siglo xx con instituciones frágiles, que sufrieron un embate adicional por las fuerzas de ocupación estadounidense que impidieron todo funcionamiento independiente de los poderes políticos y desmantelaron las instituciones existentes: el parlamento fue disuelto y sustituido por un Consejo de Estado, después de que los miembros de la Cámara de Diputados y del Senado se negaran a aprobar la constitución política impuesta por las fuerzas de la ocupación; se instalaron individuos dóciles en el ejecutivo, “legitimados” por elecciones simuladas. Ciertamente se construyeron algunas carreteras, caminos y puentes, por cierto recurriendo al trabajo forzado de miles de campesinos; su trazo respondía además a las necesidades del control militar del país ocupado; se crearon también algunas escuelas agrícolas, centros de salud y obras de infraestructura urbana en las principales ciudades, como redes de agua potable, de drenaje e instalación del servicio telefónico en la capital; se reorganizaron las finanzas y la administración del país. Sin embargo, en conjunto el saldo de la ocupación y su impacto en el desarrollo nacional han sido considerados negativos y las medidas de modernización superficiales.⁵¹ La erogación para las obras públicas (1.44 millones de dólares en 1927) en comparación con las que se dedicaban al pago de la deuda pública (2.68 millones) y al mantenimiento de las fuerzas de represión (1.25 millones) muestran que no eran juzgadas prioritarias, ni recibieron el financiamiento adecuado. En lo económico la intervención no cambió las pautas preexistentes, la dependencia de las exportaciones de café se acentuó incluso más; el pago del débito adquirido en 1922 con el National City Bank tuvo absoluta prioridad, de manera que en 1947 se había liquidado. La ocupación constituyó una humillación para la nación, dejó truncadas vías propias de construir un Estado moderno, subsumió aún más a las masas campesinas en la pobreza e ignorancia con la pérdida de vitalidad de las regiones y la concentración del poder político y económico en la capital Puerto Príncipe.

La creación del un ejército profesional cuyo mando se concentraba en el periodo postocupacional en el presidente en turno, el fortalecimiento de la

⁵¹ Suzy Castor, *La ocupación norteamericana en Haití y sus consecuencias, 1915-1934*, México, Siglo XXI, 1971; Patrick Bellegarde-Smith, *Haiti, the Breached Citadel*. Boulder: Westview, 1990.

élite mulata en lo político y económico en detrimento de los sectores negros de la sociedad, el desprecio hacía las tradiciones populares, todos ellos fueron factores que incidieron negativamente en el desarrollo político y social de las décadas posteriores y en última instancia abrieron el camino a la dictadura duvalierista. *Ø*

Los retozos de Eros y Tanatos: notas para la historia de la frontera dominico-haitiana

Haroldo Dilla Alfonso

Pensar la historia de la frontera dominico/haitiana como un complejo proceso de construcción social en el que han intervenido intereses, argumentos y actores diversos, es un ejercicio ineludible para entender el presente y planear el futuro. Pedro Mir (1975) lo advirtió de forma temprana: “[...] la tarea que tienen por delante los espíritus más esclarecidos de ambas naciones no puede cumplirse sin una depuración a fondo de los problemas históricos”. Aún hoy es una tarea pendiente, tanto para Haití como para República Dominicana.

De manera esquemática –y con el único objetivo de facilitar esta exposición argumental que sólo aspira a ser parte del debate– distinguiríamos varias fases evolutivas de la frontera:

- Un primer período *formativo*, que transcurre entre principios del siglo xvii y fines del xviii. Se corresponde con una frontera imperial/colonial caracterizada por la hegemonía de la parte francesa sobre la española y el continuo desplazamiento de la línea divisoria hacia el lado oriental debido a la presión demográfica y eventualmente militar de la parte occidental. Fue un primer momento de articulación de la sociedad fronteriza en el norte y centro de la línea.
- Una segunda etapa transcurre entre 1795 y 1856. En esta larga etapa la frontera desapareció varias veces por la pretensión haitiana de unificar políticamente a la isla, lo que provocó una ocupación de dos décadas (1822-1844) y varias invasiones militares hasta 1856. Fue un momento de desarticulación de las sociedades locales establecidas del lado dominicano.

- Un tercer período transcurre desde 1856 –año en que cesan las invasiones militares haitianas– hasta las primeras décadas del siglo xx. Es un período en que no existen conflictos territoriales o posicionales, y la frontera deviene un espacio de intenso intercambio comercial y cultural caracterizado por la preponderancia demográfica, económica y militar haitiana. Dada la incapacidad del Estado dominicano para llevar su dominio hasta su propio límite, la franja dominicana experimentó un proceso de haitianización y de brotes autonomistas protagonizados por caudillos militares o por líderes sociales dominicanos.
- A este momento sucede un período en que la frontera comienza a ser objeto de una mayor atención del naciente Estado centralizado dominicano, y se inician nuevos procesos de delimitación y demarcación. Este período marca el fin de la preponderancia occidental en la isla y se caracteriza por un rol muy marcado del Estado en el control fronterizo y la represión de las relaciones comunitarias transfronterizas. Transcurre de la cuarta hasta la última década del siglo xx.
- Por último, la frontera vive desde la década de 1990 un proceso de transición hacia una frontera interdependiente muy asimétrica, marcada por la preponderancia dominicana. Se trata de una transición fragmentada y discontinua que se caracteriza por un notable atraso en la normatividad y la institucionalidad y por la configuración de diferentes corredores desconectados entre sí y con niveles de desarrollo muy dispares. Aunque el Estado conserva aquí un rol muy relevante, los intereses económicos se imponen sobre las consideraciones geopolíticas.

LA FRONTERA EN MOVIMIENTO

La división de la isla de Aytí (según los nativos arahuacos) o La Española (según los fundadores del primer asentamiento europeo en América) fue el resultado directo de la creciente depauperación de la colonia española. Esta colonia, fundada a fines del siglo xv por Cristóbal Colón, tuvo algunas décadas de un auge modesto –alentado por la explotación de algunos yacimientos menores de oro y los privilegios políticos de “colonia primada”– hasta que desde la segunda mitad del siglo xvi comenzó a despoblarse y los habitantes que quedaron en ella se sumieron en un letargo miserable.

MAPA 1: LAS DEVASTACIONES DE OSORIO



FUENTE: © Ciudades y fronteras. Hecho por Maron Rapilly, 2009.

A principios del siglo XVII la población había quedado reducida a unos pocos miles de habitantes. La ciudad capital, Santo Domingo, no llegaba al millar de pobladores. La población esclava, algo menos de diez mil personas, se distribuía en estancias ganaderas o productoras de jengibre. Las relaciones comerciales con la metrópoli eran muy irregulares, por lo que los vecinos preferían el siempre inseguro intercambio con comerciantes holandeses, franceses e ingleses. Este comercio ilegal se desarrollaba principalmente en el norte y oeste de la isla (Pons, 2002).

Fue justamente para prevenir este comercio ilícito que la corona española dispuso –el 6 agosto de 1603– el traslado de todas las poblaciones de la banda norte de la isla hacia el sureste. Con un celo implacable y el concurso de un centenar y medio de soldados traídos de Puerto Rico, entre 1605 y 1606 el gobernador Antonio Osorio acarreó a los habitantes de los relativamente prósperos poblados de Bayajá, Baguana, Monte Cristy, Puerto Plata y San Juan de la Maguana hacia el área permitida, un triángulo en torno a la capital (Rojas, 1993).

La posteridad bautizó a este proceso como “las devastaciones de Osorio”, en alusión al fatalmente obstinado gobernador español, y lo recuerda como una verdadera tragedia humana que los franceses aprovecharon para

penetrar en el occidente de la isla. Casi un siglo más tarde, un alto prelado colonial, el arzobispo Carvajal y Rivera, aún se quejaba de que “[...] quedaron sin haciendas sus pobladores, porque las casas y las monterías no se conducen, halló puerta franca el francés, entrose en ellas, nuestro descuido y mal gobierno los dejó multiplicarse y extenderse” (citado por Hernández, 2006: 22). Había nacido una frontera imperial que dividió en dos soberanías diferentes y a menudo opuesta a la pomposamente llamada colonia primada de América.

La entrada de los franceses por el oeste fue un proceso paulatino y sujeto a avances y retrocesos determinados por la cambiante fortuna militar de las partes. Se acepta que ya en 1630 los bucaneros y corsarios habían logrado establecer un asentamiento en la pequeña Isla de la Tortuga, que actuó como cabeza de playa de sucesivas penetraciones al interior de la isla. En 1664 la Compañía Francesa de Indias Occidentales recibió la concesión para comenzar el desarrollo de nuevos asentamientos. En 1673, 1680 y 1690 los franceses aprovecharon los conflictos europeos para lanzar vigorosas incursiones sobre la débilmente poblada colonia española, que fueron rechazados por las tropas criollas.

Pero ya por entonces los días de las confrontaciones estaban terminando para ceder lugar a acuerdos que permitieran la convivencia en mutuo beneficio. En realidad, la historia bélica siempre estuvo acompañada de contactos pacíficos, negociaciones e intentos de tratados. Un momento destacado fue cuando los gobernadores de ambas colonias, estimulados por el tratado europeo de Nimega de 1678 entraron en contacto para acordar un *Modus Vivendi* conocido como el Convenio Segura-Pouancey (1680), que trazaba el límite en el río Guayubín o Rebouc, varias decenas de kilómetros al este de donde hoy está situada la línea. Así lo interpretó Páez Piantini (2006): “Esta notificación revistió los caracteres de un verdadero acto diplomático y reconocía, de manera implícita, la validez de la ocupación por parte de Francia”.

Pero fue sobre todo a partir del Tratado de Ryswick de 1697 –que reconocía por parte de España las posesiones coloniales francesas– y del ascenso al trono español de un miembro de la familia borbónica francesa, que la convivencia franco-española en la isla permitió una primera recomposición social de la frontera.

El fin de las acciones bélicas facilitó el desarrollo en la parte francesa de una activa colonia agroexportadora (azúcar, café, algodón, añil) y que representó a todo lo largo del siglo XVIII la más importante de su género y un pulmón económico para el naciente capitalismo europeo. En la penúltima década del siglo XVIII la colonia albergaba 792 ingenios azucareros, 3,150 añilerías y 3,117 plantaciones de café, entre otras unidades agrícolas productivas que permiten a Emilio Cordero Michel (1974) estimar un aprovechamiento intensivo del 90 por ciento de la tierra cultivable. Esta prosperidad se apoyaba en una sociedad altamente polarizada, donde el 87 por ciento de la población (unas 700 mil personas) eran esclavos sometidos a un salvaje régimen de explotación.¹

El dinamismo económico del oeste, sumado al interés español por contener la expansión francesa con una frontera “viva”, fue un factor vital para el repoblamiento de la franja fronteriza dominicana. En un valioso aporte a la historiografía insular, Hernández (2006) ha relatado los procesos de incremento en la población de la frontera norte y sur-central, y la manera como estos nuevos colonos se vinculaban con la economía esclavista de plantaciones de Saint Domingue proveyendo alimentos y en particular carne, así como maderas y otras materias primas.² Así –a partir de una fuerte inmigración canaria– fueron fundadas (o refundadas) las villas de Bánica (1664), Hincha (1704), San Juan de la Maguana (1733), Neiba (1735), Dajabón (1740), Montecristi (1751), San Rafael (1761), San Miguel (1768) y Las Caobas (1768).

Los nuevos poblados tenían como principal actividad el comercio con el área francesa, una parte muy significativa del cual era un activo contrabando que involucraba a importantes funcionarios de la corona como los legendarios Gaspar de Leoz y Echalas en la zona norte y José Guzmán, Barón de la Atalaya, en la parte central.

Así, Montecristi jugó un papel clave en la conexión de Cabo Francés (Cabo Haitiano) y Fort Dauphin (Fort Liberté) con el mercado dominicano, pero

¹ En consecuencia, apunta Jean Casimir (2004): “Cuando Haití era rico, es decir, cuando se llamaba Saint-Domingue, los trabajadores eran más pobres que Job y más miserables que perros de la calle. La opulencia de los amos era proporcional a la indigencia de los servidores”.

² “El comercio intercolonial –escribe Moya Pons (2002)– fue el resultado de demandas naturales surgidas de las propias estructuras económicas de ambas regiones [...] Este comercio fue lo que permitió a los vecinos de Santo Domingo salir del estado de miseria en que vivió sumida la colonia española durante el siglo XVII”. (125)

también con los comerciantes de América del Norte. Dajabón, por su parte, fue siempre concebido por sus fundadores como un centro de contrabando sobre el río Masacre y en estrecha relación con la actual Ouanaminthe. Hacia 1764 –solo diez años después de su traslado desde su asiento original en Sabana Larga– tenía unos dos mil habitantes y la villa continuaba creciendo con campesinos interesados en los oscuros pero lucrativos negocios que pululaban a lo largo de la franja.

La extensa región que albergaba a Hinchá, Las Caobas, San Rafael, San Miguel y Bánica –hoy en su mayor parte incorporada a la República de Haití como su Departamento Central– era un lugar de producción y suministro de carne, madera y otras materias primas a las plantaciones agroexportadoras francesas asentadas en las fértiles llanuras del Artibonito. Probablemente fue la región más dinámica de la colonia española y la que atesoraba una mayor riqueza ganadera. Para tener una idea de la magnitud de este asentamiento, Hinchá tenía en 1764, es decir medio siglo después de su fundación, 500 casas, 4,500 habitantes y unas 3,000 cabezas de ganado de diferentes tipos, cifras impresionantes para una colonia de tan parco desempeño como Santo Domingo (Hernández, 2006).

Aunque hablamos aquí de un largo período en que los contactos predominaron sobre la separación, no se trató de una relación idílica. En realidad esta frontera imperial había devenido una línea de contacto de dos mundos muy diferentes. De un lado, una economía de plantaciones agroexportadoras esclavistas intensamente vinculada al naciente mercado mundial capitalista; y del otro, una economía extensiva de carácter mercantil simple, irrelevante para el sistema mundial en formación. Y por tanto, se trató de una relación comercial basada en el intercambio desigual, es decir en el flujo neto de plusproducto desde el lado español al francés, aún cuando para ese lado español fuera casi la única oportunidad de acceso a un conjunto de productos (manufacturas, esclavos) vitales para la letárgica vida económica de la colonia.

Es justamente en este momento cuando comienzan a dibujarse las percepciones recriminatorias de las partes.

Desde la óptica francesa resultaba intolerable la lentitud precapitalista de los españoles, lo que achacaban a rasgos psicológicos. Un destacado cronista, Moreau de Saint Mery (1944), lo describía así:

MAPA 2: POBLADOS FRONTERIZOS EN EL SIGLO XVIII



Pasando a lo largo de la costa española [...] no tenemos a la vista más que un país deshabitado, salvo cuando llegamos al pequeño poblado de Montecristi. A medida que continuamos captamos la desembocadura del río Masacre y el triste reducto donde los españoles mantienen una guardia con algunos hombres [...] Descubriendo la parte francesa el aspecto cambia [...] distinguimos construcciones y lugares cultivados. Sobre las montañas distinguimos los plantíos, las casas y se reconoce la estancia del hombre industrialo. [...] La cosa más sorprendente y la que es tal vez la más propia para mostrar el carácter de las dos naciones, es ver del lado oeste del Masacre, establecimientos

en los que todo anuncia una industria activa y goces que se extienden hasta objetos de lujo; mientras que del otro lado todo enseña la esterilidad [...] Por todas partes se encuentra la miseria, y la miseria más difícil de curar, la que está acompañada por el orgullo [...].

Por su parte, los sectores más conservadores del lado este veían con temor el contacto con vecinos tan atractivos, a los que achacaban vicios y fallas morales. Era el caso, por ejemplo, del cura Juan Quiñones, párroco de Montecristi y Dajabón en 1783, para quien la cercanía de “Juana Méndez” (Ouanaminthe) era una amenaza capital:

[...] pueblo francés comercial, abundante en judíos, protestantes y religionarios, en donde domina el libertinaje, la libertad de conciencia y todas suertes de irreligión, de cuya proximidad que resulta, como que todo es de los mozos de aquí, a quienes no les permitimos comunicaciones que no sean de todo honestas, tienen allí sus amigas, como todos los franceses públicamente tienen la suya [...] De la misma manera las mujeres de esta población que declinan por este vicio hallan allí lugar y abrigo para sus desenvolturas [...].

Y concluía afirmando, con cierta exageración, lo que constituía el núcleo del problema:

Dajabón es una mina de Juana Méndez (ya que no solo los franceses venden) sus producciones, sino que nos revenden las que son propias nuestras [...] y lo mismo sucede en orden a los oficios” (cit. por Hernández, 2006).

Sin embargo, a pesar de las buenas relaciones entre Francia y España –y de sus respectivas posesiones coloniales en la isla– la frontera aún carecía de delimitación y demarcación, con la excepción del precario acuerdo de 1680 que nunca fue reconocido por las metrópolis. En consecuencia, en 1770 se produjo un nuevo acuerdo, en este caso de carácter provisional, entre los comandantes de frontera de la isla, y en 1773 se nombró una comisión para que se encargara de proponer una solución definitiva. La comisión realizó un estudio sobre el terreno del cual surgió el llamado Tratado de San Miguel de la Atalaya que precisaba mejor el límite fronterizo. El estudio incluyó el diseño de un mapa y la descripción de los lugares y accidentes geográficos por donde debía pasar la línea fronteriza (ver mapa 2).

La resolución de la comisión bicolonial fue ratificada por ambas metrópolis en 1777 mediante el Tratado de Aranjuez, que consagraba definitivamente la división de la isla en dos y reconocía la legitimidad de la ocupación francesa (Del Monte y Tejada, 1853). Este tratado tuvo poca vigencia, pero fue un punto de referencia obligado de todas las negociaciones y prácticas fronterizas hasta el siglo xx.

La razón de su fragilidad estriba en que representaba un orden político a punto de ser quebrado por los sucesos europeos que se presentaron desde 1789 y por la vigorosa revolución antiesclavista e independentista en Haití.

LA FRONTERA VIOLENTADA

En 1789, animados por los sucesos revolucionarios en Francia, los sectores libertos y esclavos no blancos de Saint Domingue comenzaron a exigir sus derechos frente al régimen de discriminación y opresión esclavista, lo que desembocó en 1791 en una insurrección de esclavos que duraría 13 años. Fue una jornada particularmente sangrienta, tanto como lo había sido la propia esclavitud. “Los negros –ha escrito Price Mars (2000: 27)– anhelosos de sacrificios, estaban dominados por la esperanza de vencer. Y en efecto, la victoria era la conquista sangrienta y definitiva de la libertad; la victoria era el derecho de afirmar sus méritos en condiciones de igualdad; la victoria, por último, era la suprema reivindicación de sus títulos de nobleza humana”.³

En 1795, menos de dos décadas después de Aranjuez, la totalidad de la isla fue cedida a Francia mediante el Tratado de Basilea. Sin embargo, los primeros en usar este derecho no fueron los franceses, sino los revolucionarios haitianos. Ya desde 1795 las tropas haitianas ocuparon Hincha,

³ En una fecha tan temprana como 1972, Emilio Cordero Michael alertaba sobre la manera distorsionada como se abordaba el tema de la revolución haitiana en República Dominicana, presentándola como una secuencia de actos violentos inaceptables. Leyburn (1986) nos presenta al respecto una argumentación irrefutable: “La insurrección de 1791 devolvió diente por diente y ojo por ojo a los plantadores todas sus anteriores crueldades. Sea quien sea que cuente la historia esta siempre será la misma: las ferocidades de ambos bando eran casi increíbles. Los negros des-tripaban a los niños y violaban a las mujeres, los blancos rompían los huesos a los negros que capturaban, les echaban aceite hirviendo en los oídos, y los desollaban vivos. El odio, reprimido durante décadas, se abrió paso con fuerza incontenible. Un puñado de blancos se hallaba en una situación de absoluta impotencia contra un millón y medio de negros rebeldes” (33).

Las Caobas, San Rafael y San Miguel, transgrediendo definitivamente el Tratado de Aranjuez (Moya Pons, 1992). Y en 1801, Toussaint Louverture enarbó los derechos de Basilea y ocupó la parte oriental de la isla, con lo cual pretendía garantizar un espacio más seguro para el emergente Estado haitiano. Fue una ocupación incruenta, que aprovechó el vacío político institucional que sufría la colonia española, pero también la poca madurez de una conciencia nacional.

De acuerdo con las crónicas, la mayoría de la población de la parte dominicana recibió positivamente la ocupación. Cuando en 1802 Louverture regresó a la ciudad de Santo Domingo, según una carta de un prominente miembro de la oligarquía colonial, “[...] sólo faltó recibirlo debajo del palio, porque según entiendo a nuestro monarca (español) no se le hubiera hecho más” (Rodríguez Demorizi, 1955: 72). Pero al mismo tiempo, la ocupación despertó la aversión de la influyente oligarquía colonial que optó por emigrar o quedó como una franja opositora, desde la cual se incubarían las primeras argumentaciones racistas y antihaitianas.⁴

La historia inmediata posterior proveyó nuevos elementos para la construcción antitética de lo que ya comenzaba a ser una relación binacional. En 1802 Louverture tuvo que retirarse precipitadamente de la parte oriental ante la inminencia de una invasión francesa mayor, pero tres años más tarde, su sucesor Jean Jacques Dessalines intentó la reocupación –que comenzó a ser percibida por los dirigentes haitianos como imprescindible para la seguridad de la asediada joven nación– pero tuvo que retirarse nuevamente ante el peligro de otra invasión. En su retirada, puso en práctica en algunos puntos la misma política de “tierra arrasada” aplicada contra los europeos en su país, incluidas horrendas masacres y secuestros de pobladores que previamente habían aclamado su entrada.⁵

⁴ Un oligarca capitalino, Arredondo y Pichardo, se quejaba de una “igualdad que veíamos acompañada de la ignominia y la cruel amenaza” y narra que durante el año de gobierno de Toussaint “fuimos vejados de todos modos y nivelados con nuestros propios esclavos en el servicio de las armas y en todos los actos públicos” (Cordero Michel, 1974: 60).

⁵ “Al verse frustrado en su empresa y burlado por la circunstancias –analizaba Price Mars (2000: 96)–, Dessalines montó en cólera. Su irritación y su despecho no tuvieron límites. Se enorgullecía de haber ordenado a sus subalternos que por doquier arrasaran con todo en el territorio enemigo por el que volvieron a pasar. Y de tal suerte, la retirada del ejército haitiano fue uno de los episodios más dramáticos y sangrientos de una dramática y sangrienta historia. Incendios de chacras; destrucción de ganado; fusilamiento de rehenes; apresamientos de mujeres

Tras varios lustros en que la parte oriental fue sometida a la dominación francesa y luego restituida a España, en 1822 se produjo una declaración de independencia animada por algunos sectores de la oligarquía y la burocracia colonial, y que no tardó en pedir la anexión a Colombia. Pero en ese mismo año, los haitianos volvieron a ocupar el país y permanecieron en él por 22 años.

La medida en que la población dominicana aceptó la nueva entrada de los haitianos es un dato impreciso. Según Cordero Michel (1994), al conocerse la proclamación de la independencia, los habitantes de la segunda ciudad, Santiago de los Caballeros, enviaron una carta al presidente haitiano Boyer exhortándole a ocupar el país y cerrar el paso a lo que consideraban una independencia “infame”, lo que fue secundado por el 95 por ciento de los comandantes militares y la casi totalidad de los ayuntamientos. Y pudiera ser al menos parcialmente así si tenemos en cuenta que la independencia proclamada por Núñez de Cáceres tenía muy poco apoyo popular y que el Santo Domingo español había vivido en las primeras dos décadas del siglo una etapa de acefalía política y desordenes poco envidiables.

Sin embargo, no puede perderse de vista que el presidente haitiano Boyer había despachado a la parte oriental una red de agitadores y propagandistas que debieron influir en el ánimo de las personas comunes y de las élites locales. Por lo que el supuesto entusiasmo de los habitantes del este podría no haber sido tan espontáneo como sucedió con Louverture a principios de la centuria, en particular si tenemos en cuenta que entre uno y otro suceso se acumuló una secuela de desmanes y crímenes que aún podían ser recordados por los habitantes de la empobrecida excolonia española.

Según varios historiadores dominicanos y de manera especial Cordero Michel (1994), los haitianos desempeñaron un rol progresista en la aletargada sociedad dominicana. A su haber se cuentan diversas medidas como la abolición de la esclavitud y de la discriminación racial estamental —con su innegable efecto sobre la movilidad social—, la reforma agraria y el fomento comercial. En términos jurídicos, pusieron a la sociedad dominicana en

y niños, la brutal transferencia de los mismos al Oeste, detrás del ejército; nada faltó a tan triste cuadro de inútiles horrores. Para Dessalines la gente del Este se asemejaba a los franceses, sus sempiternos enemigos”.

contacto con legislaciones más avanzadas y orgánicas al derecho revolucionario francés. Fueron acciones que ganaron el apoyo de los sectores populares y la oposición de los remanentes de la oligarquía colonial capitalina.

Sin embargo, la hegemonía política haitiana fue seriamente dañada por la imposición, desde principios de la década de 1840, de nuevos impuestos dirigidos a pagar la deuda contraída con Francia a cambio del reconocimiento de la independencia, a lo que se agregó una crisis política en Haití que derribó el gobierno de Boyer y abrió un período de relativa inestabilidad.

En 1844, alegando “una larga serie de injusticias, violaciones y vejámenes... de la más absoluta tiranía” (Avelino, 1977), un grupo de patriotas proclamó la República Dominicana. Las tropas haitianas fueron expulsadas pero Haití incluyó en su constitución el principio de la indivisibilidad política de la isla y en su política el deseo manifiesto de conseguirla a cualquier precio, por lo que sus tropas regresaron en varias ocasiones hasta que en 1856 fueron definitivamente derrotadas por los patriotas dominicanos (Lovatón, 1977). Fueron en total doce años de cruentas invasiones animadas por la obstinación fusionista del último general de la guerra de independencia que gobernó a Haití con el título de emperador, Faustin I (Faustin-Élie Soulouque). Fueron cuatro invasiones y doce años de guerra que empobrecieron a ambos países y profundizaron las heridas dejadas por los abusos de Dessalines.

En 1858 el gobierno de Fabre Nicolás Geffrard, nombrado presidente perpetuo de Haití tras el derrocamiento de Soulouque, decidió poner un alto razonable a los ímpetus expansionistas haitianos y renunciar definitivamente a la parte este. No obstante, en 1861 los sectores dominicanos conservadores solicitaron la reanexión a España (aduciendo precisamente el peligro haitiano), la que se produjo ese mismo año, pero fue inmediatamente seguida de una intensa guerra de liberación que restauró la república en 1865.

En todo este período los patriotas liberales dominicanos habían recibido un apoyo inestimable de parte del gobierno haitiano, para quien era más inquietante el establecimiento de una potencia extranjera en la parte oriental que de una república independiente. Haití fue la retaguardia logística de las tropas restauradoras.⁶

⁶Una extensa información al respecto puede hallarse en Barcácel (2007).

En 1867 Haití reconoció la independencia dominicana y eliminó de su constitución el artículo referido a la unidad política de la isla.⁷ En ese mismo año ambos gobiernos intentaron un primer acuerdo binacional que proponía “la paz y amistad eternas” pero que naufragó dada la inestabilidad política en Haití. A partir de entonces las relaciones binacionales pudieron desarrollarse en un clima más positivo y, como había sucedido a todo lo largo del siglo XVIII, permitieron una segunda recomposición social de la franja fronteriza.

LA FRONTERA POROSA

Aún cuando la revolución haitiana y la guerra contra los invasores europeos habían significado una gran destrucción de fuerzas productivas, Haití continuó siendo desde todos los puntos de vista la parte más fuerte del binomio insular. En términos económicos los haitianos lograron una cierta actividad comercial con las potencias europeas y Estados Unidos, mientras que República Dominicana no pudo rebasar en lo fundamental su letargo autárquico. En términos político/militares, el Estado haitiano era sin lugar a dudas más fuerte y estable que su contraparte dominicana, aquejada de regionalismos centrífugos y de varios intentos de secesiones territoriales en beneficio de potencias extranjeras. En el plano demográfico Haití casi duplicaba la población dominicana sobre un territorio considerablemente más pequeño (Theodat, 1997).

Un primer efecto de esta asimetría fue la fuerte presión demográfica haitiana sobre el territorio dominicano, despoblado y sin jurisdicción político-administrativa efectiva. Ello implicó en primer lugar una fuerte presencia de campesinos haitianos y dominico-haitianos en toda la franja fronteriza, una rica amalgama cultural que fue reprimida brutalmente por

⁷ En este punto cabe una aclaración. La retórica antihaitiana en República Dominicana ha hecho de este principio constitucional haitiano un punto fuerte, y aún hoy muchas personas en el país creen que la actual constitución haitiana retiene el postulado de la indivisibilidad política de la isla. En realidad este postulado únicamente estuvo vigente en breves momentos, entre 1801 y 1806 amparado en el acuerdo de Basilea y entre 1849 y 1867, al calor de los afanes expansionistas del gobernante haitiano Soulouque. En otras ocasiones la constitución argumenta sobre la indivisibilidad y unicidad de la República de Haití, y en algunos momentos fue un enunciado dirigido a contrarrestar las rivalidades entre el norte y el sur haitiano (Moya Pons, 1994).

las matanzas trujillistas en 1937. Y en segundo lugar, nuevas pérdidas territoriales aunque de dimensiones menores a las experimentadas en la primera mitad del siglo XIX.

Pero en realidad no se produjeron conflictos territoriales o posicionales interestatales (Prescott, 1987), debido a tres razones:

- La primera era que se trataba de una frontera mal delimitada y pobremente demarcada. Los puntos más firmes de referencia continuaban siendo los ríos Masacre al norte y Pedernales al sur. El resto –toda la zona central constituida por las actuales provincias de Elías Piña e Independencia– estaba sujeta a interpretaciones como consecuencia de las alteraciones que había sufrido la línea acordada en Aranjuez.
- La segunda razón, no menos poderosa, señalaba a la incapacidad del Estado dominicano para ejercer su jurisdicción sobre su territorio;⁸ y el propio despoblamiento de la zona.
- En tercer lugar, porque el Estado haitiano, beneficiado de la situación y con una cultura fuertemente aglutinante, nunca estuvo inclinado (como tampoco en la actualidad) a adoptar una política fronteriza. En cierta medida ello explica el desinterés haitiano por llegar a un acuerdo de delimitación en toda la segunda mitad del siglo XIX que llevó los intentos de 1867 y de 1874 al fracaso (Peña Batlle, 1946).

Una segunda consecuencia fue el mantenimiento de la situación comercial desigual que caracterizó a todo el siglo XVIII y que colocaba a los haitianos en una posición de predominio como suministradores de productos manufacturados (técnicamente se trataba de reexportaciones) a cambio de materias primas y alimentos.

El comercio fronterizo, si excluimos algunos breves intentos del gobierno dominicano para establecer ferias comerciales en su territorio, se materializaba principalmente en Haití o a cargo de comerciantes haitianos, lo

⁸ Baud (1993) narra que en 1905 un oficial norteamericano que inspeccionaba la franja fronteriza sur/central halló que solamente en la zona de El Limón (a unos diez kilómetros de la actual línea demarcatoria) había presencia militar y consistía en dos guardias con sendas carabinas y un cartucho cada una. Estaban a cargo de controlar tres caminos distantes en razón de varios kilómetros uno de otro.

que perjudicaba a los comerciantes y al fisco dominicanos. Este fue un objeto de atención de uno de los más brillantes pensadores de fines del siglo XIX –nacido en la frontera Montecristi– José Ramón López, quien hablaba con amargura de una “decadencia de la frontera” dada por la mayor habilidad de franceses y haitianos para llevar “la batuta” del comercio, “[...] ciñéndose con más juicio que nosotros a las verdades de la economía política”. Y proponía una política de incentivos aduanales de la parte dominicana que moviera los mercados hacia la parte oriental.

Es inútil toda medida política que dicte nuestro gobierno con respecto a la frontera [...] aquí no hay problemas políticos de importancia, sino problemas económicos [...] su actual decadencia se debe a errores económicos, y solo los consejos de la economía pueden resarcirnos de los daños sufridos (López, 2005:81).

Hacia 1889 las ventas formales a Haití desde la provincia de Azua (que entonces abarcaba toda la frontera excepto la zona norte ocupada por Dajabón y Montecristi) eran de unas seis mil cabezas de ganado, cifra que en el 1892 se había elevado a ocho mil, además de unas 30 mil libras de productos agrícolas. Aunque son cifras inferiores al total del comercio (una parte considerable del cual no era registrado), son impresionantes teniendo en cuenta la pobreza de la economía dominicana y fronteriza (Baud, 1993^a).

Los habitantes de la frontera vendían a Haití pieles de vacas, reses para carne, animales de tiro, alimentos, maderas preciosas, miel, cera y otros productos con muy poco valor agregado. Regularmente las mercancías se transportaban en caravanas hasta los grandes centros urbanos (Puerto Príncipe, Cabo Haitiano, Hinche), o hacia mercados de recepción y acopio de mercancía, como Fond Verette y Croix des Bouquets. Pero también existían comerciantes haitianos profesionales –principalmente mujeres– que recorrían la franja fronteriza dominicana y eventualmente actuaban como prestamistas.

En sus estudios sobre el tema, Baud (1993, 1993^a) ha reseñado extensamente tanto la indignación crematística como los celos políticos centralistas que generaban el comercio transfronterizo y la creciente autonomía de estas regiones, una situación que no difiere sustancialmente de la que experimentaron los pioneros fundadores del siglo XVIII y de la que aún hoy puede advertirse en el escenario nacional.

Por un lado, como antes exponía, los comerciantes haitianos constituían una formidable competencia para sus homólogos dominicanos, quienes a duras penas tenían acceso a los potenciales mercados fronterizos, y sus mercancías reexportadas –mejores y más baratas dados los bajos aranceles haitianos– entraban al país por circuitos irregulares que copaban el exiguo mercado interno.⁹ En consecuencia, la transferencia neta de valores desde la parte dominicana hacia Haití era percibida como un acto lesivo por los débiles grupos comerciantes dominicanos.

Al mismo tiempo, esta relación económica umbilical generaba e iba acompañada de una modelación comunitaria específica, fuertemente sincrética, y de un cuadro de expectativas que mostraba el predominio del lado haitiano. Hacia 1920, año del primer censo hecho en República Dominicana, se calculaba que había unos 28,258 haitianos residiendo en territorio dominicano, pero el 70 por ciento se concentraba en las franjas fronterizas. Ello representaba el 3.15 por ciento de la población de entonces a nivel nacional, pero en las provincias fronterizas el porcentaje de haitianos y descendientes pudo haber sido de cerca del 20 por ciento de la población (Gobierno provisional, 1975).

Un cronista de principios del siglo xx (Ramírez, 2000), habla de una franja fronteriza dominicana (la actual provincia de Independencia) con fuerte población haitiana, uso extenso del creole como “lengua franca”, predominio del gourde y una población que (incluyendo a los dominicanos) siempre recordaba a Puerto Príncipe como su metrópoli.¹⁰ En el corredor contiguo al norte –las actuales provincias de Elías Piña y San Juan– Baud (1993) argumenta acerca de movimientos populares de protesta de ambos lados de la

⁹ Un político fronterizo denunciaba en 1889: “Una irrupción creciente de pacotilleros haitianos, que, sin trabas de ningún género, venden a muy bajos precios todas las mercancías que traen del vecino Estado”; y un año más tarde un periódico de Santiago alertaba: “De tal modo hemos llegado en el tráfico con la República de Occidente que ya no se limitan los compradores de allende el Masacre y a hacer sus negocios en Dajabón, sino que recorren el interior del Cibao y tienen muy buenas compras pues vienen cargados de buenos dineros y en oro, cuyo metal tienen más aceptación entre los ganaderos que la acostumbrada plata” (Baud, 1993^a: 13).

¹⁰ “Conocer a Puerto Príncipe –escribió Ramírez (2000: 23)– era el sueño de todos los fronterizos que desde siempre oíamos hablar de sus grandes tiendas, de sus mercados y de los alambiques y licorerías [...] era una ciudad muy activa, con más movimiento comercial que el Santo Domingo que conocería cinco años después”. Valga mencionar que mientras el viaje a la capital haitiana tomaba dos días, un viaje a la capital dominicana tomaba diez.

frontera que unieron acciones contra los ocupantes norteamericanos en la segunda y tercera década del siglo XX, cuya manifestación más conocida fue el movimiento de Olivorio y sus relaciones con los *cacos* haitianos.

Incluso en el norte (Dajabón y Montecristi), más poblado y activo económicamente, se reportaba una población numerosa de haitianos y dominico/haitianos que usaban el creole como lengua cotidiana, mientras que el comercio informal transfronterizo –técnicamente contrabando– resultaba el medio principal de vida y en buena medida una moneda de prestigio social.¹¹ Zonas como el actual municipio de Restauración albergaban mayoritariamente habitantes haitianos o de ese origen. Hacia principios de siglo la porción norte de la frontera operaba como un espacio políticamente autónomo encabezado por el caudillo Desiderio Arias, una de las primeras víctimas de Trujillo cuando éste puso en marcha su proyecto de centralización política.

Existe, sin embargo, una diferencia sustancial respecto al tipo de relación entre las partes durante el siglo XVIII y lo que ocurrió en el siglo XIX.

La expansión territorial francesa sobre la colonia española (así como los intercambios comerciales que tenían lugar) de alguna manera se acercan a aquella “hipótesis fronteriza” que nos ofreció Turner (1921), en la misma medida en que esta expansión territorial era una condición para la expansión de la economía de plantaciones exportadora, y en consecuencia también para el desarrollo capitalista europeo. En cambio, el proceso que tuvo lugar en el siglo XIX habla, del lado haitiano, de un campesinado pobre migrante en busca de parcelas de subsistencia y de una economía en retroceso que ejercía una influencia positiva sobre la letárgica vida dominicana de entonces, pero que no podía alterar cualitativamente su funcionamiento mercantil simple. Como lo demuestra Baud (1993^a) la relación mercantil tendía a ser frágil y volátil, y en el lado sur fue puesta tempranamente en jaque por las primeras olas de expansión azucarera en República

¹¹ José Martí, dirigente independentista cubano que visitó la región a fines del XIX, captó con particular agudeza esta peculiaridad de la cultura fronteriza: “En el contrabandista –escribía– se ve al valiente que se arriesga; al astuto que engaña al poderoso; al rebelde, en quien los demás se ven y admiran. El contrabando viene a ser amado y defendido como la verdadera justicia. Pasa un haitiano que va a Dajabón a vender su café: un dominicano se le cruza que viene a Haití a vender su tabaco de mascar, su afamado andullo: ‘Saludo’, ‘Saludo’” (Cit. por Prestol, 1948: 16).

Dominicana a fines del XIX. Haití había dejado de ser la plaza agroexportadora de antaño y junto a su vecina oriental semejaban, al decir jocoso de López (2005, p. 83) “[...] dos perros flacos (que) no pueden ladrar uno al otro, sin caerse”.

LOS INTENTOS DE NEGOCIACIÓN Y LA REGULARIZACIÓN FRONTERIZA

Como anotaba, desde el mismo momento en que Haití reconoció la existencia de República Dominicana, ésta intentó establecer un esquema más riguroso de delimitación y administración fronteras. El 26 de julio del 1867 se firmó un Tratado de Paz y Comercio con Haití por medio del cual el gobierno dominicano aceptó tácitamente la situación post-bellum, y por tanto la soberanía de Haití sobre los territorios fronterizos ocupados después de Aranjuez. Este acuerdo era ambiguo y no solucionaba el conflicto fronterizo. En esencia, este tratado:

- Postergaba la definición de la línea fronteriza. En primer lugar, el Tratado sostenía que la delimitación se establecería conforme a los intereses recíprocos a través de un acuerdo especial que se firmaría posteriormente. En segundo lugar, establecía que ambos Estados mantendrían sus posesiones, conservando de este modo las mencionadas ambigüedades y disyuntivas entre las leyes y los hechos, entre el Tratado de Aranjuez y la ocupación haitiana de hecho en los territorios fronterizos.
- Para el área comercial, el Tratado establecía el libre comercio entre ambas naciones, los principios de reciprocidad y de nación más favorecida, y la exoneración de impuestos por el cruce fronterizo de los productos nacionales de ambos países.
- Para el área política y de seguridad, los Estados se comprometían a impedir que en ambos países se establecieran grupos que atentaran contra la independencia, soberanía y/o constitucionalidad del otro Estado. Ello constituía un paso de avance teniendo en cuenta la alta (y justificada) sensibilidad haitiana al posible uso del territorio dominicano por terceras potencias.

El Tratado fue ratificado por el congreso dominicano, pero no así por su homólogo haitiano, de manera que feneció sin más resonancia.

El 9 de noviembre de 1874 fue firmado un nuevo Tratado de Paz, Amistad, Comercio, Navegación y Extradición, mucho más ambicioso que el anterior, pero lastrado por indefiniciones similares. Como novedad establecía el pago a República Dominicana de 150 mil pesos por ocho años como “devolución de derechos de aduanas, y esto bajo el pie de la más estricta equidad” (Páez Piantini, 2006). Este acuerdo fue firmado y ratificado por ambos países, pero, aunque tenía una validez de 25 años, fue anulado por Haití pocos años después tras un golpe de Estado (Moya, 1991). A este intento sucedieron convenciones binacionales en 1880, 1895, 1898, así como los primeros intentos de delimitación desde los lejanos tiempos de Aranjuez, todas las cuales son reseñadas y transcriptas por Páez Piantini (2006).¹²

En realidad la regulación fronteriza afrontaba varios obstáculos formidables. Como antes anotábamos, la clase política dominicana –aquejada de regionalismos y de una tremenda inestabilidad– no poseía capacidades reales para imponer a su contraparte haitiana un tratado de delimitación, ni los medios económicos y políticos para extender su soberanía hasta la misma línea; mientras que su homóloga haitiana nunca estuvo interesada en un acuerdo fronterizo, en la misma medida en que una frontera porosa y descontrolada –por razones antes explicadas– constituía el mejor escenario para ella.

De esta manera, el *leit motiv* de todas las discordias, la delimitación, no era una cuestión técnica, sino política. Tras décadas de acuerdos imperiales, invasiones militares, ocupaciones pacíficas de terrenos, etcétera, el tema se encontraba, por decirlo de alguna manera, jurídicamente sobresaturado. Cualquier delimitación enfrentaba un menú de tres criterios contradictorios con pretensiones de legitimidad: el Tratado de Aranjuez de 1777 (consagrado por todas las constituciones dominicanas de la época); la configuración post bellum heredada de 1856; y la situación de facto creada por la ocupación de territorios por los campesinos haitianos.

Debido a que había ocurrido una paulatina expansión haitiana, estos criterios resultaban más desfavorables a República Dominicana según se

¹² Es en este contexto que se produce una página muy poco explicada de la historia binacional: la compra de la aquiescencia del gobierno dominicano de Ulises Hereaux a la situación post-bellum por 400 mil dólares en la última década del siglo. “Se aseguraba –escribió Price Mars–, que el recibo enviado por el general Hereaux al gobierno haitiano mencionaba que la totalidad del valor del millón de dólares le había sido remitida” (2000: 757).

acercaran en el tiempo. Así, la opción de Aranjuez (reconocida como legítima por los dominicanos y rechazada por los haitianos) hubiera restituido a la República Dominicana los extensos territorios de San Rafael, Las Caobas e Hinche, ocupados por Haití desde principios del siglo XIX. En cambio, el reconocimiento de la situación de facto implicaba el traspaso a Haití de otras franjas territoriales habitadas principalmente por haitianos pero formalmente dominicanas.¹³

El empuje final a la delimitación fronteriza no vino de ninguna fuerza autóctona insular, sino del creciente interés geopolítico y económico norteamericano por la región, la ocupación militar tanto de República Dominicana (1916-1924) como de Haití (1915-1934) y la inserción de la isla en el mercado mundial capitalista en calidad de agroexportadora, principalmente de azúcar.

El objetivo económico fue plenamente logrado en República Dominicana, donde –al precio de numerosas expropiaciones rurales y de la brutal represión de las protestas campesinas– quedó configurada una economía de plantaciones que fue la base de la modernización capitalista dependiente de este país. Pero no fue así en Haití, donde la alta densidad demográfica y la fragmentación de la propiedad agrícola impidieron la extensión de la plantación. Haití acentuó su empobrecimiento y quedó relegado al rol de suministrador de mano de obra barata a las plantaciones azucareras en Cuba y en República Dominicana. En consecuencia, hacia la cuarta década del siglo XX ya la correlación de fuerzas había variado y República Dominicana superaba a su vecina en términos económicos y militares, al mismo tiempo que mostraba un crecimiento demográfico más rápido.

Por otro lado, la inserción dominicana a la nueva dinámica de la economía de plantaciones agroexportadoras suponía ciertas condiciones políticas, como la reorganización y modernización de la estructura político/administrativa y la centralización estatal, lo que a su vez conllevaba a la extensión de la jurisdicción estatal a los límites formales de la nación.

Ya en 1907 la frontera había sido declarada zona de utilidad pública, y en 1908 se decidió trazar una demarcación provisoria entre República

¹³ El tratado de 1874 naufragó precisamente en los escollos de la delimitación: “Las altas partes contratantes –afirmaba en su artículo 4– se comprometen formalmente a establecer de la manera más conforme a la equidad y a los intereses recíprocos de los dos pueblos las líneas fronterizas que separan sus posesiones actuales” (Piantini, 2006: 117).

Dominicana y Haití, así como establecer una guardia fronteriza a cargo del cobro de los impuestos aduanales, condición esencial para sanear las finanzas dominicanas y pagar la deuda externa contraída.¹⁴ En 1924, el mismo año de la retirada de las tropas norteamericanas de República Dominicana, el recién estrenado gobierno de Horacio Vásquez dictó una disposición para alentar la fundación de colonias de agricultores en la despoblada frontera, y tres años después se reportaban seis colonias, una en Pedernales y el resto en el norte. En 1929 el número de colonias había crecido a nueve, algunas de ellas con migrantes europeos que recibían tierras, casas y aperos de labranza. Con estas colonias se ponía de manifiesto la voluntad del Estado dominicano para producir un giro en su uso de la frontera y comenzar lo que se ha denominado como el proceso de *dominicanización fronteriza*.

Los pasos posteriores más significativos fueron la conclusión, el 21 de enero de 1929, del acuerdo de delimitación y demarcación fronteriza y unos días más tarde del Acuerdo de Paz, Amistad Perpetua y Arbitraje que complementaba el anterior. Estos acuerdos establecían una delimitación provechosa para República Dominicana y una serie de normativas en cuanto al uso de los recursos naturales, las limitaciones para el uso de la franja fronteriza, etcétera. Pero dejaba algunos litigios territoriales pendientes de decisión, principalmente en la franja central, lo que determinó su no aprobación por las instituciones haitianas que insistían en mayores concesiones del lado dominicano (Vega, 1995).

EL SIGNIFICADO DE LA DOMINICANIZACIÓN FRONTERIZA

En 1930 subió al poder en República Dominicana Rafael Leonidas Trujillo, quién permaneció en él por tres décadas. Trujillo fue en muchos aspectos el fundador del Estado nacional dominicano y el garante político de la inserción subordinada de República Dominicana al mercado mundial como productora de bienes primarios, particularmente de azúcar. Fue, para el tema que nos ocupa, el constructor por excelencia de una relación con Haití y

¹⁴El interés del gobierno central por la frontera fue duramente resistido por los pobladores y políticos locales. Decenas de inspectores de aduanas y soldados fueron asesinados al mismo tiempo que se incrementaron las bandas binacionales dedicadas al comercio y eventualmente el robo de ganado (Baud, 1993, 1993^a).

una visión de la frontera que aún hoy prevalece en muchos aspectos y que supo convertir la “cuestión haitiana” en un tema multiuso para la legitimación política de su régimen y para los espacios emergentes de acumulación capitalista en la agroindustria (Dilla, 2004).

En este contexto, la frontera y su “dominicanización” estaban llamadas a adquirir un valor simbólico muy caro para el discurso político fundacional. De hecho la dominicanización ha sido la única política específica de desarrollo de la franja fronteriza puesta en marcha por el Estado dominicano. Sólo que su razón de ser era una modalidad excluyente y hermética de administración fronteriza, y por consiguiente buscaba negar su propia condición fronteriza. La denominación dada a la zona –“el confín de la patria”– le otorgaba un sentido inexorable de retaguardia, final de algo, un gueto más allá del cual se encontraba el otro antitético, de alguna manera, la anti-patria.¹⁵

Un primer problema a resolver era la culminación de la delimitación y demarcación territorial, para lo cual el recién estrenado dictador dominicano sostuvo varias reuniones con el presidente haitiano Stenio Vincent y en 1936 logró un acuerdo definitivo. En virtud de este acuerdo, según Vega (1988) Trujillo cedió grandes porciones territoriales a cambio de acciones represivas del gobierno haitiano contra los exiliados dominicanos en Cabo Haitiano. Así, si en 1929 los haitianos cedían a República Dominicana unas 51 mil hectáreas de terreno y recibían tres mil, en 1936 la relación se había invertido y cedían solamente 7 mil a cambio de 44 mil hectáreas: una ganancia neta de 37 mil hectáreas de terreno a expensas del espacio nacional dominicano.¹⁶

Un año después de este acuerdo, Trujillo ordenó una virtual limpieza étnica que costó la vida a miles de haitianos y dominicanos de origen haitiano

¹⁵ Según Manuel Machado (1955: 53), uno de los intelectuales al servicio de la dictadura, “Dominicanizar la frontera es volver la patria entera a la hispanidad, a su origen [...] Quitar del espíritu nacional lo que sea dilapidación, estragamiento o torcedura por obra de las extrañas influencias, eso es lo que ha realizado Trujillo en la frontera. Lo que es igual a devolver al súbdito nacional actual el sentido histórico primigenio que los avatares esfumaron o enterraron y reponer en él la formula armoniosa de un vivir civilizado en plenitud: cristiano [...] esto es construir un ciudadano que viva en Dios, para su patria, para sus antepasados, en libertad. Eso es dominicanizar la frontera”.

¹⁶ “Más de una generación de dominicanos otorga a Trujillo mucho crédito por haber resuelto el problema fronterizo. La propaganda oficial fue muy efectiva, pues muy pocos saben que Trujillo cedió a Haití 666 mil hectáreas que, según el acuerdo de Horacio Vásquez de 1929, eran territorio dominicano y las cedió en un ‘dando y dando’ a cambio de un pacto político que imposibilitaba a los exiliados antitrujillistas residir en Haití” (Vega, 1988: Vol. I, 230).

que vivían en el lado este. Las cifras de personas asesinadas nunca han sido precisadas, pero algunos autores estiman una cantidad de víctimas entre diez y 20 mil. La mayor parte de los asesinatos ocurrieron entre fines de septiembre y principios de octubre de 1937, en la zona norte de la frontera y el valle del Cibao (Mateo, 2004; Vega 1988), pero otras crónicas hablan de una limpieza étnica sistemática en los años siguientes en las zonas central y sur (Ramírez, 2000).¹⁷

Todavía a mediados de julio de 1938 un prefecto de Puerto Príncipe tomó declaración a un sobreviviente de las masacres, un campesino haitiano de apellido Verdreu quien había escapado escondido por un mes en un bosque donde pudo reponerse de sus múltiples heridas.

Me declaró que los haitianos detenidos son encerrados en las casas y quemados vivos; hasta Savanne Bomme pudo ver las casas en llamas. Todos los civiles dominicanos están armados de escopetas de caza. En Barahona supo él que asesinaban a los haitianos en todo el territorio dominicano. Aquellos que regresan a Haití por la carretera internacional viajan tranquilamente pero todos los que pasan por los bosques son pasados por las armas o asesinados a machetazos... (Cuello, 1985: 565)

Aunque a fuerza de propaganda e intimidación el régimen consiguió la colaboración de pobladores locales, todo indica que la fuerza de choque de las bandas genocidas estaba compuesta de criminales “importados” de otros puntos de la geografía nacional, y que los pobladores intentaron ayudar de muchas maneras a los perseguidos. Un novelista haitiano ha dejado testimonio de esta solidaridad:

Todas las casas estaban cerradas, los mismos dominicanos temblaban; en el estado en que se hallaban los fascistas no estaban de humor para respetar nada. Las puertas se entreabrían furtivamente ante los fugitivos. El pueblo dominicano libraba batalla como podía; con todo su corazón, con todas sus manos, disputaba cada vida a los asesinos fascistas y a la muerte... Ese día se sucedieron

¹⁷ Al mismo tiempo, Trujillo dio órdenes precisas de no molestar a los contingentes de haitianos contratados por los centrales azucareros –que aterrizados por las nada halagüeñas noticias, ansiaban regresar a su país– según un documento oficial de la época, “[...] para evitar que los trabajos de la zafra de los ingenios azucareros sean interrumpidos por falta de braceros” (Vega, 1988).

tales horrores bajo la lluvia torrencial, que la boca tenía gusto a ceniza, que el aire resultaba amargo de respirar, que la vergüenza oprimía el corazón, que la vida tenía un sabor repugnante. Cosas que jamás se habrían podido imaginar sobre la tierra dominicana. (Alexis, 1976)

Las comunidades fronterizas fueron diezmadas, centenares de familias fueron separadas y la vida cotidiana resultó destrozada por esta nueva violentación de un orden que había estado madurando por cerca de un siglo. La dominicanización fue, en este sentido, un proceso de colonización, des/institucionalización y represión de valores y de prácticas sociales de autonomía. Las relaciones transfronterizas consuetudinarias guiadas por la costumbre y la oportunidad pasaron a ser, recordando una alegoría de Massiah y Tribillion (1993) a la colonización francesa en África, “simples escorias de civilizaciones anteriores”, definitivamente superadas por la implantación de nuevos valores *civilizatorios* que otorgaban a la región el discutible privilegio de “confín de la patria” y salvaguarda de sus valores hispanos y católicos frente al peligro haitiano, africano, pagano y negro.

El efecto de la masacre y expulsión de los haitianos fue nefasto para la frontera. En términos demográficos, la franja fronteriza quedó en muchos puntos virtualmente despoblada, y la mayoría de los lotes sembrados quedaron abandonados.¹⁸

Para compensar la despoblación, el gobierno dominicano trazó una política de migraciones inducidas que lanzó sobre la frontera a ex presidiarios,¹⁹ deportados políticos, campesinos de diversos puntos del país e inmigrantes ultramarinos, todos ellos destinados a reafirmar los valores hispánicos y blancos frente a la amenaza haitiana, aunque curiosamente entre los últimos había inmigrantes japoneses, cuyos descendientes mestizados

¹⁸ En 1938, afirma un cronista, no había alimentos en Dajabón: “Las batatas y las yucas las traían desde Moca y Santiago, para consumo de la población, especialmente de los forasteros, funcionarios y empleados que trajo la nueva provincia Libertador” (Prestol, 1948: 18). Ramírez (2000: 47) por su parte, afirma que “Las lomas quedaron vacías, hubo parajes donde sólo quedó el alcalde pedáneo. Las mejores propiedades de los haitianos fueron tomadas por dominicanos, pero en la mayoría de los casos, en los conucos de tumba y quema, creció la hierba”.

¹⁹ “[...] como parte de la dominicanización de la frontera muchos prisioneros, incluyendo asesinos condenados a 15 o más años de prisión, eran llevados a la frontera y dejados allí en libertad, bajo la condición de que no regresasen a sus hogares”. (Vega, 2007)

aún habitan en algunos poblados. La mayoría de estos inmigrantes eran ubicados en el tipo de colonias agrícolas iniciadas por Horacio Vásquez, y que se multiplicaron por todas las provincias limítrofes.

De igual manera se produjo una nueva división administrativa y la habilitación de las ciudades y los poblados existentes, en particular aquellos llamados a ser cabeceras provinciales. Algunas ciudades, como Pedernales, Jimaní y Comendador, surgieron en este período. Otras previamente existentes, como Dajabón y Montecristi, fueron dotadas de edificios públicos y obras infraestructurales.²⁰

Un asunto que debe ser dilucidado en investigaciones concretas es el alcance real que tuvo el cierre fronterizo y las posibles variaciones regionales. Los testimonios recogidos indican que en toda la franja existieron acciones represivas y castigos –en ocasiones cruentos– por parte de las autoridades trujillistas contra los dominicanos que se aventuraban a cruzar o a establecer contactos informales con los haitianos. De igual manera estos contactos fueron perseguidos por las autoridades haitianas y numerosos haitianos y dominicanos que vivieron en aquella época indican que ni siquiera existían contactos visuales entre los habitantes de ambos lados. En términos generales puede afirmarse que la frontera estaba cerrada excepto cuando se producía el cruce de braceros o de los cargamentos de mercancías que componían el escuálido comercio formal binacional. Pero es probable que existieran algunas diferencias regionales.

Así mientras la emblemática Dajabón mantenía una estricta distancia de sus vecinos –de hecho todavía hoy muy pocos haitianos viven en la ciudad– en el centro la relación era más distendida. Hacia 1931 existían unos 102 dominicanos “padres de familia” viviendo en el corredor Belladere-Las Caobas, y según se desprende de la correspondencia de los cónsules dominicanos –recogida y cuidadosamente publicada por Despradel

²⁰ No conozco de ningún proyecto similar de habilitación infraestructural del lado haitiano a excepción del caso de Belladere durante el mandato de Estimé. Este presidente concentró los recursos en esta ciudad, dotándola de calles pavimentadas, viviendas, edificios públicos y de servicios comerciales, acueductos entre otras obras. Aún hoy es la ciudad haitiana ubicada en el borde que posee una mejor dotación de infraestructura. Los edificios aún existen, solo que arruinados por el paso del tiempo y la pobreza (Despradel, 2005). Price Mars (2000) relata el establecimiento de varias colonias campesinas financiadas con parte de la indemnización pagada por Trujillo, pero que tuvieron corta duración.

(2005)—, los contactos se mantenían, aunque bajo la severa mirada de los guardias de ambas partes.

Tras el ajusticiamiento de Trujillo y por más de tres décadas, continuó siendo en lo fundamental una frontera cerrada.

LAS RAZONES Y LOS SIGNOS DE LA APERTURA

Pero la frontera cerrada era una situación transitoria cuya existencia dependía de algunas condiciones que paulatinamente irían desapareciendo desde la penúltima década del siglo xx.

Una primera condición era la coexistencia de dos regímenes políticos dictatoriales capaces de actuar de consuno y sin más límite que el alcance de sus propias autoridades. En 1978, se dio en República Dominicana una apertura democrática liberal que, aún cuando dejó intacto el régimen militar fronterizo, produjo una primera fisura importante en el funcionamiento del binomio. Menos de un decenio más tarde, en 1986, fue derrocada la dictadura de Jean Claude Duvalier en Haití, abriendo un período de inestabilidad política y de disolución de las fuerzas armadas y cuerpos paramilitares que hasta el momento habían sido piezas claves en el control de la franja haitiana. A partir de ese momento comienzan a relajarse los controles militares y paramilitares sobre el borde. Y no es casual que sea precisamente 1986 el año en que los habitantes de la frontera insisten en señalar como el momento en que comenzaron los cruces de personas en ambas direcciones.

Una segunda condición era el desinterés económico de cada parte en la otra. Como previamente anotábamos el comercio entre ambos países fue muy limitado hasta bien avanzada la última década del siglo xx. Según las estadísticas oficiales disponibles, hasta 1994 el intercambio comercial se caracterizó por sus volúmenes oscilantes y discretos. En 1973, por ejemplo, República Dominicana exportó a Haití 1.8 millones de dólares e importó menos de medio millón; y una década más tarde exportó 5.6 millones e importó algo más de 11 millones (ONAPLAN, 1987).

La razón de esta pobre relación comercial residía en el modelo económico de corte desarrollista puesto en práctica desde fines de la década de 1960 en República Dominicana. En esencia se trataba de un modelo que

subsidiaba una estructura productiva ineficiente (y en particular a un sector industrial con una orientación mercado internista) a partir de los excedentes de la agro exportación, y que por consiguiente no tenía entre sus objetivos el acceso a los mercados externos. Desde la década de 1980, asediado por el alto costo de la energía y los bajos precios del azúcar, el modelo sucumbió, lo que motivó un ajuste de corte neoliberal al calor de varios acuerdos con el FMI. A partir de entonces, los empresarios dominicanos se vieron motivados a exportar, para lo que el mercado haitiano resultaba una invitación indeclinable, por su cercanía, sus bajos costos de transporte y sobre todo su poca exigencia.

La reestructuración y diversificación económica de República Dominicana tuvo otro efecto importante sobre la apertura de la frontera. La migración de braceros haitianos pudo ser una actividad centralizada mientras se limitó a la industria azucarera. En cantidades acordadas entre ambos gobiernos, los braceros haitianos eran transportados en ómnibus y camiones desde varios puntos fronterizos hasta los bateyes de los ingenios azucareros, desde donde la mayoría era enviada de vuelta cuando terminaba la zafra. Pero cuando la demanda de fuerza de trabajo haitiana comenzó a generarse desde sectores económicos diversos (agricultura, construcciones, servicios) y desde una infinidad de puntos geográficos (urbanos y rurales), el flujo migratorio también se diversificó, sea de manera individual o mediante contratistas privados.

Finalmente, otro factor que propició la apertura estuvo relacionado con el escenario internacional. Desde los ochenta, y en particular desde la caída de Duvalier, algunas agencias internacionales de cooperación comenzaron a impulsar la idea de proyectos transfronterizos y binacionales para dar respuesta a una serie de temas que únicamente podían concretarse a nivel insular, como es el caso del medio ambiente. Fue en particular el caso de la Unión Europea y de sus acuerdos multilaterales con el grupo ACP (Asia, Caribe, Pacífico), al que pertenecían tanto Haití como República Dominicana.

La apertura ocurrió paulatinamente, pero a una velocidad notable si tenemos en cuenta los trágicos antecedentes de la relación binacional. Desde la segunda mitad de los 80s los cruces de la línea por nacionales de ambas partes comenzaron a ser tolerados, principalmente para realizar compras,

lo que permitió cierta reanimación económica y sobre todo el mutuo reconocimiento, justamente la situación que debieron haber observado los técnicos de ONAPLAN. Pero la explosión se produjo en 1993, cuando tras la imposición de un bloqueo económico a Haití por los Estados Unidos, el gobierno dominicano autorizó –por alegadas razones humanitarias– la provisión de alimentos y medicinas, en realidad de todo tipo de mercancías y en particular de combustible. Fue una verdadera orgía comercial que duró dos años, y tras la cual quedó en vigencia una práctica de intercambios que fue creciendo hasta alcanzar varios centenares de millones de dólares anuales.

En la actualidad la parte dominicana de la franja fronteriza sólo alberga unos 300 mil habitantes, la mayoría por debajo de los niveles de pobreza. Como resultado de la actividad comercial tan intensa –República Dominicana exporta a Haití cada año varios centenares de millones de dólares de mercancías– la franja comienza a evolucionar hacia una economía de servicios con mayor peso de la población urbana. En la parte haitiana existe una densidad poblacional 4.5 veces mayor y se está produciendo una aglomeración de población pobre que busca alguna oportunidad en relación con el relativamente más rico espacio dominicano. Comienzan a aparecer complejos urbanos transfronterizos y alianzas y concertaciones políticas locales para gobernar esta realidad emergente.

La frontera vive hoy un nuevo proceso de recomposición que no omite tensiones. Ello es parte de una historia y de cualquier manera si la frontera ha logrado cautivar la imaginación de sus observadores, es porque constituye un mundo complejo, un eterno andar de Eros y Tánatos en sus múltiples y díscolas reafirmaciones. Y así será por mucho tiempo. 

REFERENCIAS

- Francisco Antonio Avelino, “Instituciones jurídicas y políticas en el nacimiento de la primera república” en *La sociedad dominicana durante la primera república*, (compilado por Tirso Mejía Ricart). Santo Domingo: UASD, 1977.
- Juan D. Barcácel, (coord.), *Ensayos sobre la Guerra Restauradora*. Santo Domingo: Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2007.
- Michiel Baud, “Una frontera refugio: dominicanos y haitianos contra el Estado

- (1870-1930)", en *Estudios Sociales*, núm. 92, abril-junio, Santo Domingo, 1993, pp. 21-34.
- "Una frontera para cruzar: la sociedad rural a través de la frontera dominico/haitiana (1870-1930), en *Estudios Sociales*, núm.94, octubre-diciembre, Santo Domingo, 1993^a, pp. 5-28.
- Jean Casimir, *Acuérdate de 1804*. México: Siglo XXI, 2004.
- Emilio Cordero Michel, *La revolución haitiana y Santo Domingo*. Santo Domingo: Editora Taller, 1974.
- "Proyecciones de la Revolución Haitiana a la sociedad dominicana", *Ecos*, año II, Santo Domingo, 1994, pp. 79-93.
- José Israel Cuello, *Documentos del conflicto dominico-haitiano de 1937*. Santo Domingo: Editora Taller, 1985.
- Antonio Del Monte y Tejada, *Historia de Santo Domingo, Tomo III*. Ciudad Trujillo: Biblioteca Dominicana, 1953.
- Alberto Despradel, *El consulado de Belladere en las relaciones dominico-haitianas*. Santo Domingo: Editora Manatí, 2005.
- Haroldo Dilla, "República Dominicana y Haití: entre el beneficio tangible y el peligro supuesto", *Nueva Sociedad*, 192, julio-agosto, Buenos Aires, 2004.
- Gobierno Provisional de la República Dominicana, *Primer censo nacional de República Dominicana (1920)*. Santo Domingo: Editora UASD, 1975.
- Manuel Hernández, *La colonización de la frontera dominicana 1680-1795*. Santo Domingo: AGN/Academia Dominicana de la Historia, Vol. LXXI, 2006.
- José Ramón López, *Escritos dispersos*, (editado por Andrés Blanco). Santo Domingo: Archivo General de la Nación, Santo Domingo, Tomo I, 2005, pp. 81-88.
- James Leyburn, *El pueblo haitiano*. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1986.
- Máximo Lovatón, "Las guerras dominico/haitianas" en *La sociedad dominicana durante la primera república* (comp. por Tirso Mejía Ricart). Santo Domingo: UASD, 1977.
- Antonio Machado, *La dominicanización fronteriza*. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1955.
- "¿Una e indivisible?", *Rumbo*, Santo Domingo, marzo, 1994, pp.3-9. *Manual de Historia Dominicana*. Santiago de los Caballeros: UCMM, 2002.
- Andrés Mateo, *Mito y cultura en la Era de Trujillo*. Santo Domingo: Editora Manatí, 2004.

- M. L. Moreau de Saint Mery, *Descripción de la parte española de Santo Domingo*. Ciudad Trujillo: 1944.
- Frank Moya Pons, “Las tres fronteras: introducción a la frontera dominico/haitiana” en *La cuestión haitiana en Santo Domingo* (editado por W. Lozano). Santo Domingo: FLACSO, 1991.
- William Páez Piantini, *Relaciones dominico-haitianas: 300 años de historia*. Santo Domingo: Mediabyte, 2006.
- Manuel A. Peña Batlle, *Historia de la cuestión fronteriza. dominico/haitiana*. Ciudad Trujillo: 1946
- J.R.V. Prescott, *Political Frontiers and Boundaries*. Londres: Allen and Unwin, 1987.
- Freddy Prestol, *Paisajes y meditaciones de una frontera*. Ciudad Trujillo: Editorial Cosmopolita, 1948.
- Jean Price Mars, *La República de Haití y la República Dominicana*. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2000.
- Jesús M. Ramírez, *Mis 43 años en la Descubierta*. Santo Domingo: Editora Centenario, 2000.
- Emilio Rodríguez Demorizi, *La Era de Francia*. Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, tomo II, 1955.
- Jacques Stephen, *Mi compadre el General Sol*. Santo Domingo: Editora Taller, 1976.
- Vicente Tolentino Rojas, *Historia de la división territorial 1492-1943*. Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1993.
- Frederick J. Turner, *The Frontier in American History*. Nueva York: Holt, 1921.
- Jean Marie Theodat, “Haití, Quisqueya: los límites de la insularidad” en *Estudios Fronterizos*, núm. 40, julio/diciembre, México, 1997, pp.23-37.
- Bernardo Vega, *Trujillo y Haití* (vol. 1). Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1988.
- *Trujillo y Haití* (vol. 2). Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1995.

Realidades comunes: soldados polacos en la Revolución haitiana (1802-1804) e irlandeses en la guerra de México con los Estados Unidos (1846-1848)

Dolores Hernández Guerrero

Dos países latinoamericanos, México y Haití, enfrentaron situaciones parecidas en el tránsito de su liberación colonial y en su conformación como Estados independientes.

En este ensayo se contrastan dos momentos de la historia de ambos países: la guerra de liberación sostenida por el pueblo haitiano frente al gobierno de Napoleón Bonaparte (1802-1804) y el conflicto bélico surgido entre México y los Estados Unidos en 1847.

El punto de enlace, que nos permite construir similitudes y diferencias, es el papel desempeñado por las legiones y batallones de soldados polacos e irlandeses como miembros de los ejércitos invasores.

Para cumplir nuestro cometido se revisan las condiciones históricas que llevaron a tales combatientes a integrarse a los ejércitos francés y estadounidense respectivamente. A la vez, se examina su toma de partido por la causa de los pueblos invadidos y la suerte de estos soldados durante y al final de los conflictos.

ANTECEDENTES

Dos testimonios despiertan la curiosidad de quien revisa la historia de los conflictos bélicos que Haití y México han enfrentado con el exterior. El primero, la primera Constitución de Haití independiente (1805) que decreta en sus primeros artículos: la libertad, soberanía e independencia del pueblo haitiano y la abolición de la esclavitud; y en artículos subsecuentes establece que ningún blanco, de cualquier nación que sea, pisará su territorio en calidad de amo y propietario ni podrá adquirir en el futuro

ninguna propiedad. Deja tal disposición sin efecto para las mujeres blancas que han sido naturalizadas haitianas y para los *alemanes* y *polacos* también naturalizados por el mismo gobierno.

¿Qué significado histórico puede darse al hecho de que estos extranjeros, ajenos a la guerra que Francia declaró a su ex colonia, sean considerados ciudadanos haitianos?

El segundo: una placa en la plaza de San Jacinto, en San Ángel, al sur de la Ciudad de México, adornada con una cruz céltica y un águila mexicana, con una inscripción que dice: “En memoria de los soldados irlandeses del heroico batallón de San Patricio que dieron su vida por la causa de México durante la injusta invasión norteamericana de 1847”. En esa misma plaza, cada 12 de septiembre, cientos de personas, entre ellas los alumnos de la escuela pública denominada Batallón de San Patricio, se reúnen para rendir homenaje a los soldados de esta agrupación. Una ceremonia similar se lleva a cabo anualmente en Galway, Irlanda, tierra natal del fundador del batallón, John Riley.

¿Qué condiciones históricas mediaron para que estos soldados irlandeses estuvieran presentes en el conflicto de México con los Estados Unidos y muchos de ellos tomaran partido por la causa mexicana?

En ambos casos, surge el interés por analizar el contexto histórico que rodeó la actuación de estos europeos.

Una mirada desde la perspectiva de una historia global que busca lograr una visión de conjunto de los acontecimientos históricos y de contextualizarlos en el panorama interno y externo de la época, relacionando otros campos de la investigación histórica –como historia de las ideas y de los comportamientos– y resaltando similitudes y diferencias, podrían llevarnos a una mejor comprensión del asunto.

SOLDADOS POLACOS EN LA REVOLUCIÓN HAITIANA

Durante varios siglos Polonia se había erigido como país independiente y había desempeñado a lo largo del siglo XVIII un papel de nación que mantenía el equilibrio en la geopolítica de Europa oriental. Sin embargo, a finales de ese siglo las consecuencias de una política interna convulsionada le hicieron perder estabilidad y favorecer los embates expansionistas de sus

poderosos vecinos: Austria, Prusia y Rusia. Desde 1795 fue invadida y dividida entre estas tres potencias, que al imponer modelos de desarrollo económico y político distintos, religiones diferentes (católica, protestante y ortodoxa) acentuaron las diferencias regionales y propiciaron el desequilibrio social al favorecer la emigración de numerosos polacos. De manera paralela, el estallido de la Revolución francesa convulsionaba a la Europa de fines del siglo XVIII. Francia abría excitantes expectativas para los liberales interesados en subvertir el sistema absolutista.

Ante esta situación de sujeción y división, se levantó un movimiento patriótico en defensa de la soberanía, organizado por grupos de jóvenes que coincidían con las ideas del liberalismo. Su lucha provocó la reacción tanto de las fuerzas conservadoras internas como de los gobiernos impuestos por los invasores. En ese marco, el movimiento patriótico polaco que románticamente albergaba la idea de impulsar un levantamiento campesino, veía la posibilidad de enfrentar a los ejércitos invasores.

Tadeuz Kosciusko, general de brigada con sólida formación obtenida en París y participante en la guerra de independencia de los Estados Unidos, se colocó en 1794 al frente de la rebelión de los patriotas polacos. Se enfrentó al ejército zarista, el cual, en poco tiempo, derrotó al movimiento y tomó como prisionero a su principal líder. Éste fue liberado en 1798 y regresó a París, donde fue reconocido por la Convención jacobina como ciudadano de honor.

Durante el Consulado y el Imperio el país galo se convirtió, para los liberales polacos y en el imaginario popular, en el ejemplo a seguir, y en la nación capaz de apoyar la liberación de Polonia. De ahí que numerosos polacos de diferentes grupos sociales emigraran a Francia o a Italia, por entonces campo de batalla entre el ejército napoleónico y las tropas del decadente imperio austriaco. Fue en esa época cuando se organizaron las Legiones Polacas: la de Italia y la del Danubio, agrupamientos que aglutinaban a cerca de seis mil hombres.

A estos destacamentos militares se integró un amplio grupo de generales y oficiales, muchos de ellos antiguos patriotas que profesaban ideas liberales y ex combatientes del movimiento encabezado por Kosciuszko, quien fue nombrado general en jefe de las Legiones. En su nuevo papel de legionarios, dichos polacos veían la oportunidad de alcanzar dos objetivos:

integrar un ejército en el exilio que podría ser enviado a Polonia para lograr su liberación, lo que constituiría un argumento de peso en las negociaciones que llevaría a cabo Bonaparte con las potencias invasoras de aquel país, y por otro lado, abría la oportunidad de recibir reconocimientos honoríficos y aumentar la fortuna personal de generales y oficiales al recibir pagos cuantiosos por dirigir a este ejército.

El mando militar se encargó de agrupar y convencer a numerosos polacos que habían emigrado de su país por distintas razones, entre ellas las de tipo económico y político, para enrolarse en la Legión en calidad de voluntarios. A su vez, numerosos soldados polacos captados por los ejércitos de Austria y Prusia, formaron parte de las Legiones al desertar. Voluntarios y ex soldados vislumbraban en su papel de legionarios la forma de obtener una paga segura, de verse beneficiados con los botines y la gloria que proporcionaba luchar con el ejército napoleónico y participar en acciones encaminadas a conseguir la liberación de su país.¹

POLÍTICA DE BONAPARTE HACIA LOS POLACOS

Por su parte, Bonaparte consideraba que estas fuerzas, que se ponían a su servicio, representaban un soporte militar importante en la consolidación de la expansión continental francesa en Europa, y más tarde en la conformación de un imperio colonial en América.

Desde la perspectiva del Primer Cónsul, para lograr la expansión de Francia en el Nuevo Mundo era necesario ejercer el control de su colonia más floreciente, Saint Domingue, más tarde nombrada Haití y Santo Domingo. Había que establecer posesión francesa donde era necesario y desde su perspectiva, imponer de nuevo la autoridad metropolitana; restablecer la esclavitud, que había sido abolida por la lucha de los propios esclavos y ratificada por la Convención jacobina; y suprimir el poder autonómico alcanzado por Toussaint Louverture. En el caso de Polonia,

¹ Se dice que en un manifiesto, el General Dabrowski, comandante de las legiones polacas, exaltaba los fines de tales agrupaciones: “Servimos la causa común de las naciones, luchamos por la libertad bajo órdenes del valiente Bonaparte, vencedor en Italia. Los triunfos de la República francesa son nuestra única esperanza. Por medio de su ayuda y la de sus aliados podremos volver a nuestra patria y ver restituidos nuestros derechos” (Krakowski, 1934: 322-323).

aplicaba astutamente un doble juego: por un lado, alentaba el sostenimiento y avituallamiento de las Legiones, de las que recibía un decidido apoyo militar en Italia, y por otro retrasaba la formalización de un compromiso para apoyar mediante la presión diplomática la liberación del país. En la paz de Luneville (1801) llevada a cabo con Austria, Bonaparte evadió tratar el asunto al dejarlo fuera de la mesa de negociaciones a fin de no retrasar el cese de hostilidades con dicha nación.

La política ambigua de Bonaparte desilusionó a los altos mandos de las Legiones, que comprendieron que eran utilizados en los planes de dominio del gobierno francés. Surgió entonces una división entre ellos: unos que proponían la disolución de las Legiones, entre ellos Kociuszco,² y aquellos que consideraban que la alianza con Francia era de suma importancia porque era la potencia con el peso político suficiente para presionar a las potencias invasoras de Polonia. Esta posición fue defendida por el general Jan Henryk Dabrowski, combatiente del movimiento insurreccional en Polonia y participante en las campañas napoleónicas en Italia (1791-1801). Dabrowski asumió el mando de las Legiones polacas, transformadas por Bonaparte en semibrigadas del ejército francés y que, no obstante de conservar a polacos en los altos mandos, estaban subordinadas a generales franceses.

Algunos historiadores contemporáneos de la expedición enviada por Bonaparte a Saint Domingue consideran que el Primer Cónsul se sirvió de la guerra en contra de su colonia para deshacerse de aquellos militares que podían cuestionar su política, cada vez más autoritaria. En ese sentido, las legiones polacas entraban en esta acepción al estar formadas por combatientes liberales con ideales republicanos, algunos de los cuales habían sido miembros de logias masónicas y manifestaban sentimientos antibonapartistas. Los altos jefes conocieron con anticipación los propósitos de la expedición y aceptaron sin objeciones participar en tal empresa. No así a las tropas que, siguiendo las órdenes de Bonaparte, nunca fueron informadas del destino y fines de la misma.

² En 1800, Kociuszco advertía, en un folleto titulado *¿Pueden los polacos conquistar la libertad?*, “[...] que en vez de dejarse vislumbrar por promesas de socorro de parte de las potencias occidentales, la nación polaca haría mejor en contar con sus propias fuerzas, sobre todo con las del pueblo” (Zychowski y Stanislaw, 1963: 81).

LOS POLACOS EN SAINT DOMINGUE: DESÁNIMO Y FRUSTRACIÓN

Las cartas enviadas por los soldados polacos a sus familiares y que se conservan en el archivo del General Dabrowski, manifiestan el desconocimiento del destino de la expedición y el hecho de no ser bien tratados por los altos mandos franceses, quienes no los proveían de armamento en buenas condiciones, ni de vestimenta adecuada, y les proporcionaban su paga tardíamente (Pachonski y Revel, 1986: 76 y 137). Este rico material deja ver la frustración de las tropas polacas al estar involucradas en una lucha tan ajena a las aspiraciones republicanas de muchos de ellos, y en las que además se sentían discriminados y utilizados como instrumento en la defensa de los intereses coloniales de Francia (Auguste, 1980: 28-29). En la medida que la lucha fue recrudeciéndose, aumentaron sus desdichas, sufrimientos e infortunios.

Desde su llegada a la colonia, los miembros de esta expedición –20 mil en el primer desembarco y meses más tarde auxiliados por cerca de 23 mil refuerzos–, se enfrentaron a situaciones totalmente insospechadas. Los habitantes de la colonia conocieron a través de los agentes de inteligencia inglesa los propósitos de dominio, sujeción y restablecimiento de la esclavitud que encerraba la expedición, razón que dio pie a organizar una dura resistencia que se tradujo en incendios de ciudades, devastación de campos y una forma de guerrear no habitual para los ejércitos europeos: la guerra de guerrillas.

Lammonier de la Fosse, miembro de la expedición, comenta en sus memorias:

Esta guerra nueva para nosotros, en la que el enemigo no estaba visible nunca, derrotó a oficiales y soldados, era una nueva escuela que hacer, pues ya no se entendía nada, y en cuanto más se adelantaba, más se agravaban los peligros. Perdimos desde el comienzo a mucha gente. El ejército de ellos, invisible que no se podía encontrar, inalcanzable, se ocultaba en los montes o entre los matorrales y disparaba a tiro seguro contra nuestras masas compactas, fue necesario, pues, limitarse a ocupar las ciudades, después de haber expulsado al enemigo (Lammonier de la Fosse, 1946: 52).

No obstante, lo peor de estos ataques, que causaron la muerte y el cautiverio de numerosos expedicionarios, la mayor adversidad a la que se

enfrentaron consistió en la epidemia de fiebre amarilla, que ocasionó miles de muertos en sus filas. El general Pamphile de Lacroix, alto mando del ejército francés en esta guerra, escribió en sus memorias sobre estragos de esta epidemia.

Para 1803, “habían llegado en forma sucesiva 34 mil hombres, de los cuales, meses más tarde, habían muerto 24 mil, mientras siete mil heridos estaban en los hospitales o soportaban, después de ser dados de alta, una vida azarosa. En todo Saint Domingue no quedaban más que dos mil y pico de soldados europeos, mientras las enfermedades continuaban su desastrosa actividad” (Lacroix, 1995: 372).³

Los efectos de este desastre se dejaron ver rápidamente entre las tropas polacas; se dice que de los 5,280 legionarios que llegaron a Saint Domingue, cuatro mil murieron, en su mayoría de la epidemia. Otros perecieron en acción y en las prisiones inglesas, a donde fueron conducidos al finalizar la guerra.

El desánimo y frustración fueron creciendo entre todos los expedicionarios que vivían la guerra sin cuartel dada por los insurgentes, quienes, una vez más, demostraron su capacidad para repeler al enemigo, tal como lo habían hecho anteriormente frente a ingleses y españoles. Los polacos, cada día más se convencían de que luchaban en una guerra que no era justa. Sus apreciaciones se conocen a través de la correspondencia en donde ponen de manifiesto su sorpresa por la valentía con que combatían los haitianos, así como la crueldad y métodos utilizados por los contrincantes (especialmente la represión ejercida por el general Rochambeau, que incluía ahogamientos de familias enteras, la utilización de perros de caza para perseguir a los rebeldes, la venta como esclavos de algunos prisioneros, etcétera). En una carta el subteniente polaco Neygel relató lo siguiente:

Aquí la guerra no es como en Europa, hace tres días trajeron 200 perros de las colonias españolas [...], mañana llegarán otros 400. El costo mensual de la

³ Esta fuente es de primera mano, por representar las memorias del general de Lacroix, alto mando del ejército francés. Puede decirse también que en esta guerra colonial se dio una catástrofe epidemiológica, argumento que fue utilizado por algunos historiadores franceses del siglo XIX para minimizar la derrota del ejército galo ante las tropas insurgentes haitianas.

alimentación de cada perro es de 6 escudos franceses, sus cuidadores son españoles y cada uno cuida de dos perros, los lleva al ataque por delante de la infantería y su salario es de 20 escudos por mes. El entrenamiento cotidiano se hace con negros vivos que son desgarrados y devorados despiadadamente.⁴

Asimismo, expresan su desamparo ante el flagelo que representaba la epidemia.

Probablemente esta es mi última carta antes de mi muerte, porque de la tercera semibrigada sólo quedamos 300 hombres y pocos oficiales, [...] y algunos más que no conozco, todos los demás han fallecido, entre los cuales tu hermano alcanzado por la muerte pocos meses después de su llegada; te escribo sumido en la desesperanza, reprochándome mi deseo absurdo de ir a América, y no le deseo mi suerte ni a mi peor enemigo, porque vale más mendigar el pan en Europa que buscar fortuna en América donde mil enfermedades le asechan a uno. Uno se alegra de no padecer alguna, ya que aquí no hay descanso, sólo hay que servir y combatir; cuando los negros lo atrapan a uno, ellos aplican las mayores crueldades [...].⁵

Mientras tanto, los generales y oficiales franceses reportan el desánimo y falta de coraje de los polacos en los enfrentamientos dados en esta guerra.

En septiembre de 1802, el general Víctor Manuel Leclerc, Comandante en Jefe de la expedición y cuñado de Bonaparte escribía que “los polacos aunque son bravos, son demasiado lentos y se dejan matar por los negros”. De igual manera, oficiales franceses reportaban que los polacos no estaban adaptados a combatir contra un ejército primitivo, se les criticaba porque no sabían combatir en terreno montañoso, aún cuando la mayoría de los soldados era originaria de la parte montañosa de Polonia. El mismo general Rochambeau, quien a la muerte de Leclerc, de fiebre amarilla, lo sustituyó en el mando de la expedición, en noviembre de 1802, argumentaba que los polacos estaban mal preparados para la guerra colonial, les faltaba valor e iniciativa personal.⁶ “Esta gente apática y lenta, ignorantes de nuestras

⁴ Dossier 9 Dabrowski. *Carta del subteniente Neygel*. Correspondencia polaca, marzo de 1804, hoja 1, en Saint Juste, 1983: 19.

⁵ 9 Dabrowski. *Carta de J. Zadora*. Correspondencia polaca, marzo de 1803, hoja 35, en Saint Juste, 1983: 17.

⁶ D. Rochambeau. *Rapport des opérations de l'armée de Saint Domingue pendant les années X-XXII*, ÄN, BB, 181, pp. 124-124, en Pachonski, 1986: 174.

costumbres e idioma, alejados de su país pierden toda su energía, son incapaces de soportar los rigores de la marcha y están aterrados por el estilo desconocido e inusual de guerrear”.⁷

DESERCIONES DE POLACOS Y RECONOCIMIENTOS DE LOS INSURGENTES

En la primavera de 1803, empezaron a darse numerosas deserciones de soldados polacos, y de algunos alemanes y suizos, quienes se unieron a los insurgentes haitianos. Los generales rebeldes apreciaban mucho estas defecciones; uno de ellos fue el general Boisrond Tonnerre, quien conocía bien las razones de los polacos para tomar esta determinación. Se sabía que provenían de un país invadido, así como de las inquietudes libertarias que impulsaban a muchos soldados polacos a entrar en las filas del ejército francés, del trato que recibían de parte de los altos jefes, así como de los resentimientos que crecían cada día hacia los invasores franceses al ver incumplidas sus expectativas y padecer los rigores de esa cruenta guerra.

Cuando fue conocida en el campo insurgente, la actuación de un grupo de polacos, que en el sitio de Saint Marc se negaron a obedecer la orden de masacrar a 400 soldados del ejército de Jean Jacques Dessalines, primer jefe del ejército haitiano, creció el aprecio por estos soldados entre las filas de los insurrectos. Fácilmente se les identificaba por el idioma y por su uniforme. Dessalines fue uno de los primeros en reconocer la adhesión de estos soldados a la causa insurgente y de valorar su actuación. En la medida en que este jefe revolucionario fue ganando terreno frente a los expedicionarios franceses, formó nuevos cuerpos de soldados, a uno de ellos lo denominó Les Polonais en honor y en reconocimiento a los polacos de Saint Marc.

Dessalines decretó en marzo de 1804 que los polacos fuesen considerados como ciudadanos haitianos por su papel desempeñado en la guerra. Thomas Madiou, el destacado historiador haitiano que, con base

⁷ *Thouvenot's report from Port-au-Prince to Minister Bertier*, mayo 10 de 1803, citado por Skalowski, *Polacy*, pp. 171-172, f.n. en Pachonski, 1986: 178.

en testimonios orales de los participantes en la guerra de independencia, reporta que al final de la guerra 160 polacos solicitaron a Dessalines regresar a Europa. Éste consiguió que viajaran a Jamaica, donde el gobernador de la colonia británica exigió que los polacos se pusieran al servicio de la corona inglesa, y ante su negativa, los reenvió a Haití y exhortó a Dessalines a expulsarlos del país. La respuesta del gobernante haitiano fue enfática al decir que esos polacos se habían convertido en ciudadanos haitianos y que él como jefe de un pueblo libre, no podía, en consecuencia, obligar a sus nacionales a abandonar su patria (Madiou, 1989: 106).

LOS POLACOS QUE PERMANECIERON EN HAITÍ

Al finalizar la guerra, quedaban en Haití alrededor de 400 exlegionarios polacos. Entre ellos se encontraban antiguos prisioneros de los insurgentes que se unieron a la causa de los rebeldes y otros, que por la fuerza de las circunstancias optaron vivir en la isla. De acuerdo al historiador polaco Tadeuz Lepkowski, alrededor de 120 polacos se unieron voluntariamente a la causa haitiana (Pachonski, 1986: 314).

De este grupo, unos continuaron prestando sus servicios en el ejército, otros se incorporaron a trabajos agrícolas. Poco a poco se fueron asimilando a la nueva sociedad, se casaron y formaron familias. En cuatro regiones del sur de Haití pueden observarse huellas de esos asentamientos: Cazale, en el Valle de Jacmel, en Fonds des Blancs (Valle de los blancos) y en la ciudad de Port Salut. Algunos habitantes de estas regiones conservan rasgos físicos de sus antecesores. Algunos nombres y apellidos inscritos en las lápidas de los cementerios de la zona se resisten a perderse en el olvido.

IRLANDESES EN LA GUERRA MÉXICO-ESTADOS UNIDOS, 1846-1844

Desde el siglo XII se dejó sentir en tierras irlandesas la presencia de una Inglaterra dominante que impuso su fuerza económica, política y trató también de implantar su dominio ideológico y cultural. La identidad cultural de los irlandeses, estrechamente vinculada a la religión católica, presentó desde el siglo XVI una particular resistencia a aceptar la creencia anglicana. La historia de Irlanda se presenta como una interminable serie de rebeliones y reconquistas de parte de sus pobladores frente al poderío de la corona

inglesa. Terratenientes y comerciantes irlandeses colaboraron con el nuevo orden impuesto por los británicos. Desde el siglo xvii se impusieron una serie de leyes penales y discriminatorias en contra de la población irlandesa que, entre otras cosas, prohibía a los irlandeses ocupar puestos públicos y educar a sus hijos en los principios de la religión católica. El gobierno inglés mandó a Irlanda a numerosos pobladores protestantes que recibieron tierras. Estas propiedades pertenecían a campesinos irlandeses católicos, quienes vieron reducida su heredad y fueron obligados a cultivar determinados productos, entre ellos las papas; además se redujeron las extensiones de pasteo. En síntesis, entre los dos pueblos se recrudecía el antagonismo económico, político y religioso surgido desde la Edad Media.

La Revolución de Independencia de las Trece Colonias reforzó las ideas libertarias entre los militantes irlandeses. Vieron salir a numerosos contingentes de jóvenes compatriotas que enrolados en el ejército inglés iban a reprimir a los insurgentes americanos. De igual manera, los acontecimientos de 1789 inquietaban a los patriotas irlandeses. El descontento social se reflejó en un movimiento de protesta en 1798, que llevó a las autoridades inglesas a replantear la integración de Irlanda.

Bajo el ministerio de William Pitt (1783-1801) se constituyó el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, propuesta que fue aceptada por numerosos irlandeses que vieron en esta unidad la posibilidad de lograr la representación en el parlamento inglés y, sobre todo, conseguir la derogación de las leyes penales.

En las últimas décadas del siglo xviii se dio en Irlanda una corta reactivación económica y demográfica con la demanda de productos agropecuarios solicitados a raíz de la Revolución Industrial. Desde esa época inició una migración sistemática de irlandeses hacia Inglaterra, donde engrosaron las filas del naciente proletariado.⁸

Más tarde, en 1829, Daniel O'Connell, miembro de la aristocracia católica irlandesa, enarboló un movimiento que, a través de la vía parlamentaria, consiguió la emancipación civil de los ciudadanos irlandeses.

⁸ En la medida que Inglaterra se enfrentaba primero a la revolución de sus colonos en América y a la lucha con la Francia republicana y napoleónica, valoró el potencial económico y estratégico de Irlanda. O'Beirne, 1999: 92-93.

LA PLAGA DE LA PAPA Y LA EMIGRACIÓN IRLANDESA

Una de las severas crisis económico-demográficas que afectaron el desarrollo de este país lo constituyó la llamada “plaga de la papa”. Este cultivo representaba el sustento de la mayor parte de la población campesina que, como ya se dijo, dependía de la explotación de una pequeña parcela. Entre 1845-1850 los campos de papa se vieron afectados por un hongo devastador que causó gravísimas repercusiones en un marco de desigualdad y pobreza. Se calcula que más de 750 mil personas murieron de hambre y cerca de dos millones se vieron forzadas a emigrar a diferentes partes de Europa, del Nuevo Mundo –especialmente Estados Unidos y Canadá–, y hacia Australia.

Desde 1830 se generó una oleada migratoria hacia los Estados Unidos. Alrededor de 50 mil nuevos pobladores entraban cada año, cifra que aumentó abruptamente en el trienio de 1845 a 1847, lapso que coincidía con la guerra de México con los Estados Unidos.

Para entonces, la política y la economía estadounidenses, propias de un país agrícola, buscaban expandir su poderío territorial e incrementar el comercio.

La guerra declarada a México en 1847 tomó como pretexto la reclamación de Tejas, antigua provincia mexicana. A su vez, la doctrina del Destino Manifiesto impregnaba la política del Estado, fundada en los principios del protestantismo, religión predominante en la población anglosajona de aquel país. Asimismo, esta doctrina pregonaba la superioridad étnica de los anglosajones y les atribuía la capacidad de conquistar y dominar el Hemisferio Norte. Se acompañaba de una fuerte intolerancia religiosa hacia los seguidores del catolicismo, a quienes se consideraba, desde la óptica calvinista, representantes de un viejo sistema monárquico, sujetos del Papa y contrarios al espíritu democrático e independiente. Varios actos anticatólicos se desarrollaron en la medida en que, a lo largo del siglo XIX, aumentaba la población católica: en 1834 se incendió intencionalmente un convento en Massachussets; en 1835, se incendió el barrio irlandés de Filadelfia.

En la década de 1840-1850 se vivía un ambiente de fuertes tintes racistas, en que además de otros factores influyó la frenología, corriente que atribuía a ciertos grupos étnicos, entre los que destacaban mexicanos, africanos e irlandeses, conductas negativas tales como la pereza, la indisciplina, la

embriaguez, la propensión a crear escándalos y una incapacidad para gobernarse a sí mismos.

En ese contexto llegaron masivamente los irlandeses a los Estados Unidos.

SOLDADOS IRLANDESES MIEMBROS DEL EJÉRCITO MEXICANO

Los nuevos emigrantes enfrentaron serios problemas de desempleo y de marginación. De ahí su interés por enrolarse en el ejército, reducto que garantizaba una forma de sobrevivir. Como voluntarios engrosaron las tropas preparadas para combatir en Texas y posteriormente en la invasión a México. Se enrolaban por seis meses o un año, se les proveía de uniforme o un caballo, según fuera el caso, y de una paga. El ejército que invadió a México en 1847 estaba compuesto en un 50 por ciento por soldados extranjeros y de ellos un 25 por ciento eran irlandeses.

Para la mayoría de los inmigrantes que prestaban sus servicios en el ejército, se reservaban los trabajos secundarios: encargados de tareas domésticas, ayudantes de jefes superiores o transportadores de material, por ejemplo. Contrastaba la posición de las tropas con la de los oficiales, quienes en buen número eran egresados de la academia de West Point.

El racismo y la intolerancia que se vivía en la sociedad estadounidense impregnaban de igual manera al ejército. A los irlandeses se les insultaba con el mote de “cabeza de papa”, se les negaban los ascensos a puestos superiores y se les restringía el acceso a sus servicios religiosos. La mayoría de las tropas respondían a cierta unidad de carácter regional más que nacional. No existía ningún concepto patriótico, ni tampoco el sentimiento de lealtad y compromiso a la nación. (Hogan, 2000: 117).

Las condiciones en que vivían los soldados inmigrantes explican sus desertiones. Al final de la guerra del 47 más de nueve mil soldados habían desertado, en su mayoría inmigrantes y de religión católica. “Esto ha sido el mayor número de hombres que han desertado en alguna guerra peleada por los Estados Unidos antes o después, incluida la de Vietnam” (Hogan, 2000: 117). En ese entorno cargado de prejuicios, la comunidad irlandesa de carácter civil y militar desarrolló lazos comunitarios fuertes.

Además, influían otros factores de naturaleza más subjetiva, tal como las semejanzas que encontraban los irlandeses en la causa del pueblo mexica-

no como país débil y católico que enfrentaba una lucha parecida a la de Irlanda frente a un invasor poderoso, anglicano y protestante. En ese sentido, el factor religioso debió ser también de peso.

De igual manera, estuvieron presentes en la decisión de los desertores los constantes llamados que el gobierno mexicano hacía para reclutarlos, en los que daba muestras de conocer la situación por la que pasaban los inmigrantes irlandeses y en donde se removían sus sentimientos religiosos. Según Michael Hogan, “cuando se examina el grupo étnico de los San Patricio, con su propia bandera y cuya composición era sobre todo católica e irlandesa y quienes no desertaron del ejército norteamericano para huir, sino quedarse y pelear al lado de los mexicanos, el argumento religioso es más convincente” (Hogan, 2000: 157). Por ejemplo, en agosto de 1847, el presidente Santa Anna llamaba a la deserción:

El Presidente de la República Mexicana: a las tropas que vienen enganchadas en el Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica;

Los sucesos de la guerra os han traído hasta el hermoso valle de México en medio de un país lleno de riqueza y fertilidad. El Gobierno americano os trajo por contrata para pelear contra un país de quien no habéis recibido injuria ni mal alguno; después de la pelea, vuestros compañeros no han tenido ni recibido más que el desprecio de los Estados Unidos y el baldón de los pueblos de la ilustrada Europa que mira llena de escándalo que aquel gobierno busque enganches para sus combates, lo mismo que solicita un bestia de carga para tirar de sus carruajes.

A nombre de la nación que represento y cuya autoridad ejerzo, os ofrezco una recompensa, si dejando las banderas de Norteamérica os presentáis como amigos de una nación que os ofrece campos llenos de riqueza y grandes terrenos, que cultivados por vuestra industria os colmarán de felicidad y comodidades.

La Nación Mexicana no considera en vosotros más que unos extranjeros engañados; y por eso os tiende una mano amiga, os convida con la dicha y con la fertilidad de un territorio.

Aquí no hay distinción de razas. Aquí hay libertad y no esclavos (sic); aquí la naturaleza derrama a manos llenas sus favores y en vuestra mano está disfrutarlos. Tened confianza en lo que os ofrezco a nombre de una Nación; presentaos como amigos y tendréis: patria, hogar, terrenos, la felicidad que se disfruta en un país de costumbres dulces y humanas. La civilización (sic), la humanidad y no el temor os hablan por mi voz (Molina Álvarez, 2002: 178 y 179).

En septiembre de 1847, se hacía la siguiente invitación a los irlandeses:

Únete a nosotros, serás recibido bajo las leyes de la verdadera hospitalidad cristiana y con la buena fe a que los visitantes irlandeses tienen derecho a esperar de una nación católica. ¿Pueden ustedes pelear al lado de aquellos que prenden fuego a sus templos de Boston y Filadelfia? ¿Fueron ustedes testigos de sus terribles crímenes y sacrilegios sin hacer un solo voto a Nuestro Señor? Si ustedes son católicos, así como nosotros, si ustedes siguen la doctrina del Señor nuestro Salvador, ¿Por qué se les ve asesinando a sus hermanos? ¿Por qué son ustedes antagonistas de aquellos que defienden su país y su propio Dios? (Bruek, 2000: 148).

También se hacían llamados con incentivos más concretos como el del general Pedro Ampudia, de dotar a los desertores del ejército estadounidense con 320 acres de tierra (128 hectáreas) al finalizar la guerra (Molina Álvarez, 2002: 79).

EL BATALLÓN DE SAN PATRICIO

El 12 de abril de 1846 John Riley, de origen irlandés y quien había desertado del ejército norteamericano un mes antes de la declaración de guerra a México (13 de marzo de 1846), formó una compañía de 48 irlandeses, a la que se unirían en pocos meses más de 200 hombres, entre los que se encontraban alemanes y escoceses. Se le dio el nombre de Batallón de San Patricio, en honor del santo patrono de Irlanda y una bandera con los símbolos del trébol y el arpa de Irlanda y el águila de México y como lema *erin go bragh, Irlanda por siempre*.

El citado batallón, que en el curso de la guerra aglutinaba a dos compañías de 102 hombres, participó con entusiasmo y eficacia en la mayor parte de las batallas, entre ellas Buena Vista, Monterrey y Cerro Gordo. Destacaron como buenos artilleros, y por sus méritos en combate fueron distinguidos con la Cruz de Honor en la batalla de la Angostura y por su heroísmo y valentía en la batalla de Churubusco, en donde pelearon en la última línea en la defensa del convento. Cabe agregar que para esta batalla, aparte de los militares mexicanos, se habían unido al batallón escoceses, ingleses, polacos y norteamericanos residentes en México.

En diferentes partes militares de los altos jefes del ejército mexicano se reportó la valentía y el coraje de estos soldados. El reconocimiento lo

recibieron los sobrevivientes después de la guerra. De acuerdo con contemporáneos de la guerra,

A los únicos que sirvió el parque fue a los soldados de San Patricio, cuyos fusiles tenían el calibre correspondiente. Su comportamiento merece los mejores elogios, pues todo el tiempo que duró aun el ataque, sostuvieron el fuego con un valor extraordinario. Gran parte de ellos sucumbió al combate: los que sobrevivieron, más desgraciados que sus compañeros, sufrieron una muerte cruel, o tormentos horrorosos, impropios de un siglo civilizado, y de un pueblo que aspira al título de ilustrado y humano (Alcaraz, 1999: 254-255).

Al finalizar la guerra los soldados del Batallón de San Patricio se enfrentaron a crueles represalias. Aquellos que sobrevivieron a la batalla de Churubusco, fueron encarcelados y se les aplicaron castigos crueles y severos a fin de poner un fuerte escarmiento y terminar con las desertiones. Se aplicó el castigo máximo que consistía en el ahorcamiento masivo, acto que se llevó a cabo el mismo día que se izaba la bandera de los Estados Unidos.

Los restantes prisioneros del Batallón de San Patricio fueron condenados a muerte por ahorcamiento y ejecutados de conformidad que lo que dispusieron las Órdenes Generales 281, 282 y 283, la primera contenía la lista de los 20 sentenciados por la Corte de San Ángel, ejecutados en Mixcóac al día siguiente y la tercera de los 30 ahorcados frente al Castillo de Chapultepec el 13 de septiembre (Molina Álvarez, 2002: 240).

Nueve soldados, aquellos que habían desertado antes de la declaración de guerra, fueron perdonados del ahorcamiento, recibiendo en cambio azotes en la espalda y la marca de la letra D de desertores en la mejilla izquierda con fierro candente y prisión.

Guillermo Prieto en sus *Memorias...* reproduce una carta que refiere los hechos ocurridos en San Ángel:

[...] Lo que ha dejado en mí, profundísima impresión fue el suplicio de los prisioneros irlandeses de San Patricio. Como sabes, esos infelices pertenecían al Ejército Americano, y fueron en mucha parte seducidos por la influencia religiosa, porque todos eran cristianos, y por los escritos elocuentísimos de Martínez de Castro dirigido por los señores don Fernando Ramírez y Baranda.

Los de San Patricio se habían credo vivísimas simpatías por su conducta irreprochable y por el valor y el entusiasmo con que defendían nuestra causa. A la noticia de la ejecución de los irlandeses, cundió la alarma, se movieron todo género de resortes, se aprontó dinero y se pusieron en juego todo género de influencias.

Por último, las señoras más distinguidas y respetables hicieron una sentidísima exposición a Scott, pidiendo la vida de los prisioneros.

Nadie se arriesgaba a llevar la solicitud al general en jefe americano por la manera cruel con que habían tratado a los portadores de semejantes pretensiones, pero un fraile Fr... ofreció llevar el escrito y abogar hasta el último trance por aquellas víctimas, fuesen los peligros que fuesen.

Ni ruegos, ni lágrimas, ni respetos humanos fueron capaces de ablandar aquel corazón de hiena, y se dispuso fuese llevada la orden terrible de muerte a puro e ineludible efecto.

Detrás de la plaza de San Jacinto, a la espalda de las casas que ven al oriente, se pusieron de trecho en trecho y se macizaron gruesos vigones con trabas gruesas, tendidas horizontalmente en la parte superior, colgando otras reatas verticales de espacio en espacio.

Los prisioneros fueron puestos en carros distribuidos según los claros de las vigas; a cierta distancia, entre gritos y chasquidos de látigos ataron con soga corrediza el extremo de los lazos colgantes el cuello de los prisioneros [...] y en medio de gritos hicieron correr a los caballos que tiraban de los carros; quedando balanceándose en los aires entre horribles convulsiones y muestras de dolor aquellos defensores de nuestra Patria [...].

Por supuesto que la agonía de aquellos mártires duró mucho tiempo [...]. Los cuerpos de las víctimas fueron sepultados en el florido pueblo de Tlacopac, entre Mixcoac y San Ángel (Prieto: 1985: 278-279).

La placa en San Jacinto tiene inscritos 71 nombres, de los cuales 48 son de origen irlandés, 13 alemanes y el resto de origen escocés.

Al finalizar la guerra, los irlandeses miembros del ejército mexicano participaron para sofocar algunas rebeliones en contra del gobierno de José Ma. Herrera. Alrededor de 20 irlandeses fueron apoyados por el gobierno para volver a Europa y el resto se quedó prestando sus servicios en el ejército o se incorporaron a la vida civil, asimilándose a la sociedad mexicana. Apellidos como O'Reilly, Murphy, Kelly o McDowell perduran en nuestra sociedad.

TRATAMIENTO HISTORIOGRÁFICO

La historiografía tradicional haitiana hace mención de la participación de los soldados polacos en la guerra de independencia y reconoce su valor y apoyo a la causa haitiana. A raíz de la visita de Juan Pablo II a la isla en 1983 aparecieron folletos y breves ensayos históricos que refieren el papel de los soldados polacos en la lucha emancipadora.

Por su parte, los historiadores franceses que escribieron testimonios sobre la guerra, como Pamphile de Lacroix o Lammonier de la Fosse, mencionan la participación de los polacos de forma muy general y hacen eco de los informes y cartas de generales y oficiales que resaltan la pusilanimidad y poco entusiasmo de los polacos.

En México historiadores como Guillermo Prieto, Fernando Ramírez y Manuel Payno, entre otros, hacen elocuentes elogios a la participación del Batallón de los San Patricio en la guerra con los Estados Unidos.

En contraste, los historiadores estadounidenses de la época, entre ellos Justin Smith, prestan poca atención a la guerra entre México y los Estados Unidos. En general, este conflicto es un tema descuidado en la enseñanza de la historia; los manuales escolares apenas lo mencionan.

Aquellos que han estudiado el caso de los irlandeses, como Robert R. Miller, les restan méritos, acusándolos de desertores, y minimizan su carácter de católicos. Investigaciones recientes, como la realizada por Michael Hogan, prestan un estudio más completo al respecto y enfatizan la filiación católica del batallón de San Patricio.

CONSIDERACIONES FINALES

La participación de polacos e irlandeses respectivamente en la guerra de independencia de Haití y en la guerra de México con los Estados Unidos, conflictos que guardan sus especificidades en tiempo y orígenes, nos lleva a plantear una serie de similitudes en las condiciones históricas que influyeron en la actuación de tales ejércitos.

Ambos conflictos se contextualizan en la expansión territorial y de dominio de dos naciones. Francia estaba interesada en consolidar un imperio colonial que no había cuajado en el marco del desarrollo mercantilista, y en impulsar un nuevo proyecto colonial desde la perspectiva de la pujante

burguesía revolucionaria. La posición geoestratégica de Haití facilitaría la construcción de la anhelada empresa colonial. Era por ello importante imponer la autoridad de la metrópoli y suprimir cualquier intento de autonomía o independencia de la isla. Por su parte, los Estados Unidos como nación agrícola y comercial necesitaba fincar su incipiente poderío a costa de un vecino poseedor de amplios territorios y que transitaba con dificultad en la vida independiente. Esta conquista le daba la posibilidad de fortalecer su poderío transcontinental.

En la conformación de los ejércitos invasores, polacos e irlandeses representaban a grupos marginales que recibían un trato discriminatorio. Las condiciones resultantes de su exclusión y un deseo de supervivencia influyeron, en gran medida, en la decisión de desertar y unirse al ejército enemigo. En el caso de los irlandeses, el factor religioso, utilizado hábilmente por el gobierno mexicano, contribuyó en las defecciones. Las adhesiones de legionarios y batallones de polacos e irlandeses han sido interpretadas por la historiografía de Haití y de México como la expresión de lazos de solidaridad con las causas nacionales.

Sin embargo, faltaría un estudio minucioso, que ofreciera más elementos explicativos para medir el alcance e identificación de los ideales revolucionarios resultantes de las luchas de sus países de origen con los enarbolados por las luchas de los pueblos invadidos.

No cabe duda, que la severidad de los castigos inflingidos a los desertores irlandeses respondía más que a las ordenanzas del código militar vigente, a una medida de escarmiento para un ejército necesitado de soldados para futuras contiendas militares. De igual manera, la aplicación de castigos severos y crueles se hubiera dado de manera parecida, si el ejército bonapartista hubiese salido triunfante de la guerra en Haití.

Sería interesante indagar a través de fuentes y de encuestas de opinión la trascendencia de la participación de estos soldados en el imaginario popular de haitianos y mexicanos. ❧

REFERENCIAS

Ramón Alcaráz *et al.*, *Apuntes para la guerra de México y los Estados Unidos (edición facsimilar de la de 1848)*. México: Siglo XXI, 1999.

- Marcel Auguste B. y Claude Auguste B., *La participation étrangère à l'expédition française à Saint Domingue*. Quebec: Microméga, 1980.
- *L'expédition Leclerc 1801-1803*. Puerto Príncipe: Henri Deschamps, 1985.
- Patricia Cox, *Batallón de San Patricio*. México: Stylo, 1954.
- J. B. Lammonier de la Fosse, *Segunda Campaña de Santo Domingo (Guerra dominico-francesa de 1804)*. Santiago: El Diario, 1946.
- Michael Hogan, *Los soldados irlandeses en México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2000.
- Edouard Krakowski, *Histoire de la Pologne: la nation polonaise devant L Europe* (prefacio de Paul Valéry). París: Ed., Denoël et Steele, 1934.
- Pamphile de Lacroix, *La Révolution d'Haïti* (edición anotada y presentada por Pierre Pluchon). París: Karthala, 1995.
- Jean Ledan Fils, *Les polonais en Haïti*. Puerto Príncipe: Edición del autor, 1998.
- Tadeuz Lepkowski, *Haïti*. La Habana: Casa de las Américas, 1964.
- Jerzy Lukowski y Hubert Zawadzki, *Historia de Polonia*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992.
- Thomas Madiou, *Histoire d'Haïti*. Puerto Príncipe, Librairie Henri Deschamps, volúmenes II, III, 1989.
- Antoine Métral, *Histoire de l'expédition de Saint Domingue*. París: Karthala: 1985.
- Claude Moïse (ed), *Dictionnaire historique de la Révolution haïtienne (1789- 1804)*. Montréal: CIDIHCA, 2003.
- Daniel Molina Álvarez, *Memorias de John O'Reilly*. México: Casa Juan Pablos, Instituto de Cultura de la Ciudad de México, 2002.
- John Ranelagh O'Beirne, *Historia de Irlanda*. Madrid, Cambridge: Akal, 1999.
- Jan Páchonski y Revel K. Wilson, *Poland's Caribbean Tragedy. Haitian War of Independence 1802-1803*. Nueva York: Columbia University Press, East European Monographs, 1986.
- Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*. México: Editorial Porrúa, 1985.
- Lauore Saint Juste y Enel Clérismé, *Présence polonaise en Haïti*. Puerto Príncipe: s/edit, 1983.
- Arnold Stanislaw y Marian Zychowski, *Esbozo de historia de Polonia desde los orígenes hasta nuestros días*. México: Ediciones Polonia, 1963.

La revolución silenciada

Rafael Rojas

Se ha vuelto lugar común, en la historia intelectual y política de Hispanoamérica, señalar que, a diferencia de la Declaration of Independence de Estados Unidos, las actas de independencia de las nuevas naciones hispanoamericanas no proponían un registro de derechos fundamentales. Mientras los colonos norteamericanos reproducían las nociones básicas del derecho natural y afirmaban que “todos los hombres son creados iguales” y poseen “derechos inherentes e inalienables como el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de felicidad”, los criollos hispanoamericanos se centraban en establecer la “ruptura de la dependencia del trono español” y la “recuperación del ejercicio de la soberanía usurpada”.¹

El paralelo se ha llevado, incluso, hasta la Constitución de Cádiz de 1812, en la que algunos historiadores han señalado la ausencia de una dotación de derechos naturales del hombre, en contraposición, por ejemplo, al artículo primero del Virginia Bill of Rights, de 1776, o de la Declaración Universal de Derechos del Hombre y el Ciudadano (1789), en Francia.² Como bien apuntaron Diego Sevilla Andrés, Antonio Fernández García y otros constitucionalistas peninsulares, dicha contraposición es incorrecta no sólo porque una Constitución es un documento diferente a una Declaración de Independencia –en la propia Constitución norteamericana de 1787 tampoco

¹Thomas Jefferson, *La Declaración de Independencia*. Madrid: Akal, 2009, p. 59; Felipe Tena y Ramírez (ed.), *Leyes fundamentales de México*. México D.F.: Editorial Porrúa, 1964, p. 31. Ver también David Armitage, *The Declaration of Independence. A Global History*. Boston: Harvard University Press, 2008.

²Antonio Fernández García (ed.), *La Constitución de Cádiz (1812)*. Madrid: Editorial Castalia, 2010, p. 90.

hay una dotación de derechos fundamentales— sino porque en la Constitución de Cádiz, específicamente en los artículos 4° y 13°, sí se dotaba a los “ciudadanos españoles de ambos hemisferios” de “derechos legítimos” como la libertad civil, la propiedad, la felicidad y el bienestar.³

Es cierto que la Constitución de Cádiz mantuvo la esclavitud y ni siquiera reconoció la ciudadanía de los nacidos en África o sus descendientes, a los cuales las Cortes podrían conceder carta de ciudadanía por “servicios calificados a la patria, talento, aplicación y conducta”, sólo en caso de que sus padres, madres y esposas fueran libertos y poseyeran algún oficio, empresa o capital propio.⁴ Sin embargo, el debate que precedió al artículo 22° de la Constitución, que posibilitó aquella exclusión, no fue intrascendente, con una notable participación de diputados americanos. El mismo refleja, además, el avance que desde la Revolución Haitiana experimentaban las ideas abolicionistas en América.

Como recordaba Rafael María de Labra en el clásico, *América y la Constitución española de 1812* (1914), desde marzo de 1811 comenzó a debatirse la abolición de esclavitud en Cádiz, gracias a una propuesta presentada en sesión secreta por el diputado tlaxcalteca de la Nueva España, José Miguel Guridi Alcocer, cura de Tacubaya.⁵ La argumentación de Guridi Alcocer, similar a la del diputado de Nueva Galicia, el canónigo José Simeón de Uría —defensor de la ciudadanía de las castas durante el debate del artículo 22° de la Constitución de Cádiz—, partía de la suscripción doctrinal de los derechos naturales del hombre y de la creciente tendencia abolicionista que se manifestaba en Francia y Gran Bretaña desde fines del siglo XVIII. Aunque el diputado novohispano imaginaba un periodo de transición en el que se suprimiría la trata africana y se liberaría a los hijos de esclavos, mientras se mantenía a estos en condición “servil” —“para no perjudicar en sus intereses a los actuales dueños”— su propuesta era claramente abolicionista:

³ *Ibid.*, pp. 90 y 94.

⁴ *Ibid.*, pp. 96-97.

⁵ Rafael María de Labra, *América y la Constitución española de 1812*. Madrid: Tipografía “Sindicato de Publicidad”, 1914, p. 128. Ver también José Antonio Piqueras Arenas, “La política de los intereses en Cuba y la Revolución (1810-1814)” en Marta Terán y José Antonio Serrano (eds.), *Las guerras de independencia en la América española*. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán, INAH, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2002, pp.465-483.

Contrariando la esclavitud el Derecho Natural, estando ya proscrita aun por las leyes civiles de las naciones cultas, pugnando con las máximas liberales de nuestro actual Gobierno, siendo impolítica y desastrosa, de que tenemos funestos y recientes ejemplares y no pasando de preocupación su decantada utilidad al servicio de las fincas de algunos hacendados, debe abolirse enteramente.⁶

En el trunco debate que acompañó esta propuesta de Guridi Alcocer en Cádiz, el 2 de abril de 1811, es legible la opaca resonancia de la Revolución Haitiana, de las revoluciones de independencia hispanoamericanas y, especialmente, del Decreto de Abolición de la Esclavitud, emitido por el cura Miguel Hidalgo el 6 de diciembre de 1810 en Guadalajara. Uno de los primeros inconvenientes para el buen curso del proyecto de Guridi Alcocer fue la presentación, en la misma sesión del 2 de abril de 1811, de otra propuesta del diputado asturiano, Agustín Argüelles, a favor de la supresión del comercio de esclavos, la cual estaba contemplada en el primer punto del proyecto del novohispano.⁷

Ambas propuestas se debatieron a la vez, generando la impresión de que el proyecto de Argüelles era una versión moderada del de Guridi Alcocer. Aún así, uno y otro fueron remitidos a comisiones, sin que volvieran a debatirse antes de la presentación del texto constitucional, en agosto de 1811, del que fueron excluidos. Las posiciones delineadas en el breve debate del 2 de abril de ese año permiten leer, como decíamos, las resonancias de la tradición abolicionista atlántica en Cádiz. Mientras algunos liberales americanos y peninsulares, como el quiteño José Mejía Lequerica, el castellano Manuel García Herreros, los leoneses Juan Nicasio Gallego y Evaristo Pérez Castro, el catalán Felipe Aner de Esteve y el valenciano Joaquín Lorenzo Villanueva, respaldaban la propuesta de Argüelles y hasta agregaban a la misma, como en el caso de García Herreros, la “libertad de vientre”, es decir, la automática liberación de los hijos de los esclavos –incluida en el punto tercero de la propuesta de Guridi Alcocer–, los diputados cubanos, especialmente el habanero Andrés Jáuregui, con el respaldo o la no oposición pública de Juan

⁶ *Ibid.*, pp.128-129.

⁷ *Ibid.*, p.129.

Bernardo O’Gavan, Vicario General de La Habana, lideraban el rechazo a ambos proyectos.⁸

Los defensores del fin de la trata, como Mejía y Aner, apelaban a la referencia del decreto británico de supresión del comercio de esclavos, de 1807, antes que a la Revolución Haitiana.⁹ Sin embargo, esta última emergía como referencia negativa en el debate, lo mismo entre partidarios que entre detractores del tráfico negrero. Mejía, por ejemplo, atribuía la “precariedad de la existencia de muchas provincias americanas” al “aumento de la introducción de esclavos en número indefinido” y Jáuregui, de un modo más directo y desde la posición contraria, aseguraba que la supresión del comercio esclavista amenazaría la “tranquilidad” y el “sosiego” de la isla de Cuba, territorio no convulsionado por la independencia hispanoamericana.¹⁰

Movimientos demasiado funestos y conocidos agitan una gran parte de América. Acuérdense de la imprudente conducta de la Asamblea Nacional de Francia, y de los tristes y fatalísimos resultados que produjo, además de sus exagerados principios, la ninguna premeditación y, digo más, la precipitación e inoportunidad con que tocó y condujo un negocio semejante.¹¹

A pesar de que los liberales gaditanos opuestos a la trata insistían en que su referencia no era la *Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano* (1789) o la abolición de la esclavitud en las colonias francesas por la Convención el 4 de noviembre de 1794 sino el *bill* británico contra el comercio de esclavos de 1807, el fantasma de la Revolución Haitiana reapareció en Cádiz. Tanto Jáuregui, de un lado, al hablar de “principios exagerados”, como Argüelles, del otro, al argumentar que la “prohibición (de la trata) era más digna de los súbditos de una Nación que pelea por su libertad e independencia”, aludían a la doctrina de los derechos naturales, cuya premisa fundamental era que los hombres nacían libres e iguales ante la ley.¹² Para el habanero Jáuregui, dicha premisa no era aplicable a todos los hombres.

⁸ *Diario de sesiones de las Cortes Generales y Extraordinarias*. Madrid: Imprenta de J. A. García, 1870-74, Vol. II, pp.811-813.

⁹ *Ibid.*, p.813.

¹⁰ *Ibid.*, pp.811-812.

¹¹ *Ibid.*, p.812.

¹² *Ibid.*

El dilema, que se había planteado en toda su crudeza durante la revolución de independencia de Estados Unidos, reproducía la tensión entre dos derechos naturales, la libertad y la propiedad, y a la vez dilataba las fronteras entre la libertad civil y la libertad política. Para los criollos habaneros, hacendados azucareros o traficantes de esclavos –lo mismo que para los colonos sureños de Estados Unidos– el derecho a la propiedad relativizaba el derecho a la libertad, de la misma manera que la libertad política de los blancos e, incluso, la independencia de la nueva nación, acotaban la libertad civil de los negros. La opacidad o la invisibilidad del referente de la Revolución Haitiana, dentro del propio abolicionismo hispanoamericano, no sólo tenía que ver con la crítica liberal al jacobinismo negro sino, como ha observado David Waldstreicher, con la necesidad de articular el constitucionalismo con la esclavitud.¹³

Con frecuencia, la historiografía centra la lectura de la Revolución Haitiana que hizo el liberalismo hispánico en el rechazo al jacobinismo negro. Es evidente que una porción considerable de las élites liberales y republicanas, que respaldaron el constitucionalismo gaditano o las propias independencias hispanoamericanas, vieron en la Revolución Haitiana un ejemplo negativo, en el que la ruptura del pacto colonial se daba acompañada de una inversión de la pirámide social y de un derroche de violencia racial y política.¹⁴ No es menos cierto, sin embargo, como advierte Robin Blackburn, que la Revolución Haitiana dio un impulso notable a movimientos pacíficos a favor de la abolición de la trata y la esclavitud, como los que impulsarían, en Gran Bretaña, la comunidad cuáquera, Thomas Clarkson, William Wilberforce y el Committee for the Abolition of Slave Trade, que logró el *bill* de 1807, o a rebeliones antiesclavistas como la de José Antonio Aponte en Cuba, entre 1811 y 1812.¹⁵

¹³ David Waldstreicher, *Slavery Constitution. From Revolution to Ratification*. Nueva York: Hill and Wang, 2009, pp.107-152.

¹⁴ Seymour Drescher, “The Limits of Example” en David. P. Geggus (ed.), *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World*. Columbia, Carolina del Sur: The University of South Carolina Press, 2001, pp.10-14.

¹⁵ Robin Blackburn, “The Force of Example” en David. P. Geggus (ed.), *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World*. Columbia, Carolina del Sur: The University of South Carolina Press, 2001, pp.15-22; Matt D. Childs, “A Black French General Arrived to Conquer the Island”, en *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World*. Columbia, Carolina del Sur: The University of South Carolina Press, 2001, pp.135-156.

No faltó, de hecho, en el contexto del liberalismo gaditano, alguna voz que demandara la abolición de la trata y de la esclavitud, a partir de las mismas premisas que el abolicionismo británico hizo suyas luego de la Revolución Haitiana. El Oidor de la Audiencia de Mallorca, Isidoro de Antillón, diputado a las Cortes de Cádiz por Aragón, escribió una *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*, que leyó en Real Academia de Derecho Español, ¡en 1802!, y que se editó en 1811, luego del debate del 2 de abril de ese año en las Cortes. Allí Antillón defendía el fin de la trata y de la institución esclavista en nombre del derecho natural: “el derecho de gozar de su trabajo, de disponer de su persona, de escoger el género de ocupación más conveniente, el derecho de existir políticamente”.¹⁶

Antillón cuestionaba a la tradición ilustrada del siglo XVIII, con Montesquieu a la cabeza, por la incongruencia de haber defendido, a la vez, los derechos naturales del hombre y la esclavitud de la población africana. Cuando la Naturaleza, “sabia legisladora del género humano”, había “esculpido en el corazón de los hombres el inviolable principio de la libertad y la igualdad, derechos que no se alteran o disminuyen según la diversidad de colores”.¹⁷ Llama la atención que aunque Antillón citara ampliamente las *Letters on the Slave Trade* de Clarkson y que, como éste y otros abolicionistas británicos, contemplara una abolición gradual, con indemnización adecuada para los dueños de esclavos y hasta un sistema de “sometimiento de estos a las leyes”, por medio de la educación, la concesión de tierras y la “servidumbre doméstica”, no considerara a los negros “bárbaros”, desde un punto de vista cultural o moral, sino diferentes, desde una perspectiva anatómica.¹⁸ El color negro, según Antillón, sólo reflejaba la posesión de una “crasa sustancia gelatinosa, que media entre el epidermio y la piel, provocada por el exceso de calor”.¹⁹

Tanto en el abandono del tópico ilustrado de la inferioridad cultural o moral de la población africana como en su visión de la Revolución Haitiana,

¹⁶ Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros, motivos que la han perpetuado, ventajas que se le atribuyen y medios que podrían adoptarse para hacer prosperar nuestras colonias sin la esclavitud de los negros*. Mallorca: Imprenta de Miguel Domingo, 1811, p.3. Agradezco al historiador peninsular José María Portillo el contacto con este extraño tratado (en el apartado *Textos recobrados* de esta edición de *Istor* se rescata una porción del mismo).

¹⁷ *Ibid.*, p.70.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 78-79 y 84.

¹⁹ *Ibid.*, p.71.

Antillón se separaba de las corrientes hegemónicas del abolicionismo atlántico.²⁰ La sublevación de los esclavos de Saint Domingue, en 1791, que dio origen a aquella gesta, le parecía a este liberal gaditano un elemental acto de justicia: “si los excluidos componen un número suficiente para pedir satisfacción, es de presumir que no sufrirán siempre con tranquilidad una injusticia semejante”.²¹ El trasfondo de esta rara imagen legítima de la Revolución Haitiana, en una zona minoritaria del liberalismo gaditano, tal vez tenga que ver con algunas aproximaciones al republicanismo, desde las tradiciones neoescolásticas españolas, en las que se aceptaba el derecho a la rebelión contra el absolutismo y, a la vez, no se consagraba jerarquía alguna entre los derechos naturales del hombre.

Buena parte del rechazo al jacobinismo francés y –más allá de la mentalidad racista predominante– al jacobinismo negro haitiano, dentro del liberalismo atlántico, tenía que ver con la idea liberal de que el derecho a la propiedad era tan natural, sagrado e inviolable como el de la libertad o la igualdad. Algunos estudiosos de la tradición republicana, como J. G. A. Pocock, Philip Pettit, Helena Béjar y Richard Dagger han señalado que un punto de desencuentro entre liberalismo y republicanismo sería la contraposición entre comercio y virtud y la idea limitada del derecho de propiedad defendidos por el segundo.²² La Revolución Haitiana y la originaria inspiración jacobina de sus principales líderes negros (Toussaint-Louverture, Henri Christophe, Jean-Jacques Dessalines) o mulatos (André Rigaud, Alexandre Pétion, Jean-Pierre Boyer), con independencia de la evolución ideológica posterior de cada uno, representó para muchos de sus contemporáneos hispánicos el mejor ejemplo de una radicalización republicana del liberalismo atlántico.

Es ese momento en que la propiedad y, específicamente, la propiedad de esclavos, deja de ser un derecho natural y pasa a ser un derecho civil, limitable o embargable por el poder público, el que condensa la radicalidad de la Revolución Haitiana. Una legendaria tradición historiográfica, que

²⁰ *Ibid.*, pp.47-48.

²¹ *Ibid.*, p.74.

²² J. G. A. Pocock, *El momento maquiavélico*. Madrid: Tecnos, 2002, pp.559-606; Helena Béjar, *El corazón de la república*. Barcelona: Paidós, 2000, pp.127-136; Philip Pettit, *Republicanism. Una teoría sobre la libertad y el gobierno*. Barcelona: Paidós, 1999, p.180; Richard Dagger, *Civic Virtues. Rights, Citizenship, and Republican Liberalism*, New York, Oxford University Press, 1997, pp. 104-108.

arranca con *The Black Jacobins* (1938) de C. L. R. James y desemboca en *Avengers of the New World* (2004), del profesor de Duke University, Laurent Dubois, confirma la peculiaridad de una revolución atlántica que, entre 1791 y 1804 y coincidiendo con la francesa, la norteamericana y las hispánicas, destruye, a la vez, el pacto colonial y el régimen esclavista y funda un nuevo orden republicano y liberal que recompone el sistema de propiedad del antiguo régimen. Ninguna otra revolución, entre fines del XVIII y principios del XIX, produjo un cambio tan profundo.

James narraba con inocultable admiración aquella epopeya protagonizada por 200 mil esclavos que, en doce años, liberaron a medio millón de negros, derrocaron a los ejércitos borbónicos de Francia y España y resistieron dos expediciones de Gran Bretaña y el imperio napoleónico, compuestas por 60 mil hombres cada una.²³ Para el marxista trinitario, el líder que mejor personificaba aquella revolución era Toussaint-Louverture. Según James, el caso de Toussaint, un esclavo de una estancia ganadera que había aprendido a leer y a escribir y que, a sus 45 años –luego de cuidadosas lecturas de los *Comentarios* de Julio César y de los cuatro volúmenes de la influyente *Histoire Philosophique et Politique des Établissements et du Commerce des Européés dans les deux Indes* (1770) del abate Guillaume Thomas Raynal, ilustrado jesuita que denunció el colonialismo y la esclavitud europeos en América– se pone al frente de una insurgencia anticolonial y antiesclavista, era el mejor emblema de la emancipación latinoamericana.²⁴

Raynal, que fue también lectura decisiva para Robespierre y Bolívar, era el tipo de fuente ilustrada que contribuía a vertebrar el imaginario político del republicanismo y el jacobinismo atlánticos. Para Toussaint o Bolívar lo decisivo en esas lecturas no eran los prejuicios o estereotipos del abate francés y de otros americanistas ilustrados, como Buffon, Marmontel, Robertson o de Pauw, sobre la flora, la fauna, las costumbres, la “decrepitud” o la “impubertad” de los habitantes del Nuevo Mundo, sino la crítica a la Inquisición y la esclavitud, al colonialismo y la plantación.²⁵ Es en esas

²³ C. L. R. James, *Los jacobinos negros: Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití*. México D.F.: Turner/ FCE, 2003, pp.17-19.

²⁴ *Ibid.*, pp.96-97.

²⁵ Ver Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica*. México D.F.: FCE, 1960, pp.42-47.

lecturas y en el involucramiento en el proceso mismo de la Revolución Francesa, donde Toussaint llega a la convicción de que la independencia de Haití debe ir unida a una destrucción del sistema de plantación azucarero esclavista.

En sus proclamas y documentos, Toussaint insistía siempre en defender la equivalencia de los conceptos de “libertad” e “igualdad”, en contra de las corrientes más moderadas de la Revolución Francesa. Dicha equivalencia, como bien señala Laurent Dubois, establecía para los jacobinos negros, por lo menos, tres premisas con las que simpatizaba el jacobinismo francés: la abolición de la esclavitud, la supresión de los fueros y privilegios del antiguo régimen y la limitación de las grandes propiedades.²⁶ Entre 1789 y 1794, los líderes haitianos observaron cómo las posiciones moderadas de Brissot y la Sociedad de Amigos de los Negros eran rebasadas por actitudes más radicales, en relación con la esclavitud en las Antillas, como las del abate Gregoire, Robespierre, Dupont de Nemours y el colono Moreau de Saint-Méry, quienes desde 1791 defendían la “libertad de vientre”.²⁷

Cuando en 1792 la Asamblea Legislativa decreta la igualdad de derechos políticos entre negros y blancos libres y, sobre todo, cuando el 4 de febrero de 1794 la Convención decreta, a solicitud del abate Gregoire, la abolición de la esclavitud en las colonias francesas, los jacobinos negros ven la confirmación de que la causa por la que luchaban desde hacía tres años también era defendida por el liderazgo más radical de la Revolución Francesa. Desde entonces ya será imposible para los jacobinos negros distinguir entre la “libertad política” de la nación y la “libertad civil” de todos los ciudadanos, tal y como se haría en el lenguaje del liberalismo gaditano e hispánico hasta mediados del siglo XIX.²⁸ Es por ello que el restablecimiento de la esclavitud por Napoleón, en 1802, lejos de sofocar la Revolución Haitiana atizó su ebullición, como se evidenciaría con la derrota de Leclerc y la secuela revolucionaria en las otras colonias francesas de las Antillas.

²⁶ Laurent Dubois, *Avengers of the New World. The Story of the Haitian Revolution*. Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University Press, 2004, pp.152-170 y 209-230. Ver también Laurent Dubois and John D. Garrigus, *Slave Revolution in the Caribbean, 1789-1804. A Brief History with Documents*. Bedford: Saint Martin, 2006.

²⁷ *Ibid*, pp.215-220.

²⁸ María Teresa García Godoy, *Las Cortes de Cádiz y América. El primer vocabulario liberal español y mejicano (1810-1814)*. Sevilla: Diputación de Sevilla, 1998, pp.182-192.

Al defender una idea limitada de la propiedad, en tanto derecho civil o no natural, el jacobinismo negro se colocó más allá del liberalismo atlántico. Los propios líderes del primer republicanismo hispanoamericano, como puede leerse en los decretos de abolición de la trata o de la esclavitud –casi todos graduales o parciales–, como el ya citado de Guadalajara y el de Chile, en 1811, el de Buenos Aires, en 1813, el de Simón Bolívar en 1816, el de la Constitución Argentina de 1817 o el peruano de 1821, defendieron el fin de la esclavitud no a partir de una aplicación radical de la doctrina de los derechos naturales sino de la necesidad de crear ejércitos insurgentes.

El mismo Simón Bolívar, como es sabido, tuvo hasta 1816 una posición ambivalente sobre la esclavitud, más cercana a la tradición abolicionista británica que al jacobinismo francés o haitiano. Más allá del respaldo determinante que le brindó Pétion, luego de la contraofensiva realista de 1814, y de la amistad con que lo distinguió Boyer, el legado político de la Revolución Haitiana que más valoró Bolívar, durante el proceso de constitución de las nuevas repúblicas hispanoamericanas, está relacionado con instituciones como la presidencia vitalicia y el senado hereditario, que trasplantó del sistema político haitiano –el “más democrático del mundo”, a su juicio– a la Constitución de Bolivia de 1826.²⁹

La subordinación del derecho civil de propiedad a los derechos naturales de la libertad y la igualdad no sólo garantizó el contenido antiesclavista del jacobinismo haitiano sino que creó uno de los referentes ideológicos más persistentes del nacionalismo agrario caribeño y latinoamericano de los dos últimos siglos.³⁰ Es en este sentido que puede afirmarse que el debate sobre los derechos naturales del hombre, en el siglo XIX, tiene en la Revolución Haitiana un hito fundacional, cuya radicalidad lo vuelve, de algún modo, paradigmático o inalcanzable.³¹ La esencia del jacobinismo, estudiada

²⁹ Simón Bolívar, “Discurso introductorio a la Constitución de Bolivia”, en José Luis Romero y Luis Alberto Romero, *Pensamiento conservador (1815-1898)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1986, p.6. Ver también Glodel Mezilas, “La Revolución Haitiana de 1804 y su impacto sobre América Latina”, *Escenarios XXI*, Año I, septiembre, 2010, pp.1-11, www.escenarios21.com; Alejandro F. Gómez, “La Revolución Haitiana y la Tierra Firme hispana”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos* (17/02/2006), París, pp.1-10, www.nuevomundo.revues.org.

³⁰ José Luciano Franco, *Ensayos sobre el Caribe*. La Habana: Ciencias Sociales, 1980, pp.12-30; Gerard Pierre Charles, *El pensamiento sociopolítico moderno en el Caribe*. México D.F.: FCE, 1985, pp.36-62.

³¹ Para un debate contemporáneo sobre la idea limitada del derecho de propiedad en la tradición

por Ferenc Fehér en *La revolución congelada* (1989), se manifiesta más claramente en la veloz transformación de medio millón de esclavos antillanos en ciudadanos propietarios de una nueva república que en el “terror” parisino del 93.³²

Si dicha esencia tiene que ver con la instauración acelerada de una “república de la virtud” por medio de mecanismos autoritarios de desjerarquización social, entonces la vuelta de tuerca a la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre y el Ciudadano* (1789), que propuso Robespierre en la Convención, en abril de 1793, sería uno de sus documentos básicos. Allí Robespierre proponía entender la propiedad como un derecho civil, no natural: “la propiedad es el derecho que tiene cada ciudadano a gozar y disponer de la porción de los bienes que le garantiza la ley”.³³ Y más adelante señalaba que dicho derecho estaba “limitado” por la obligación de respetar los derechos de los demás y que no podía “perjudicar la seguridad, la libertad y la existencia de nuestros semejantes”.³⁴ Finalmente, agregaba en alusión directa a la trata africana, que “todo comercio que viole ese principio es esencialmente ilícito e inmoral”.³⁵ A partir de pasajes como estos, autores como Paul Gilroy han destacado el poco reconocido rol que la Revolución Haitiana jugó en la radicalización del republicanismo atlántico.³⁶

Esa dimensión paradigmática del jacobinismo negro, desde el punto de vista republicano, fue la que llamó la atención de Susan Buck-Morss al explorar las posible referencialidad haitiana durante el proceso de escritura de la *Fenomenología del espíritu* (1807) de Hegel, en Jena, a principios del siglo XIX. A Buck-Morss le llamaba la atención el “silencio hegeliano” sobre la Revolución Haitiana, cuando ese evento, que el filósofo siguió por la prensa alemana y francesa, lo había ayudado a formular su teoría sobre

republicana ver Jedediah Purdy, *The Meaning of Property. Freedom, Community, and the Legal Imagination*. New Haven: The Yale University Press, 2010, pp.44-66 y 87-114.

³² Ferenc Fehér, *La revolución congelada. Ensayo sobre el jacobinismo*. Madrid: Siglo XXI, 1989, pp.64-80.

³³ Maximilien Robespierre, *Virtud y terror*. Madrid: Akal, 2010, p.158.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

³⁶ Paul Gilroy, *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1993, pp.1-40.

la dialéctica del amo y el esclavo.³⁷ Hegel, lector de Adam Smith –quien a su vez leyó a Raynal y siguió la descripción del sistema colonial americano de este último–, transcribía filosóficamente el proceso de la Revolución Haitiana cuando hablaba del paso del temor al amo, como “verdad” de la “conciencia servil”, al trabajo libre y a la “formación cultural” de un “sentido propio”.³⁸

Sin embargo, la *Fenomenología del espíritu*, texto básico del proceso intelectual que acompañó la transición de las monarquías absolutas al Estado liberal en la primera mitad del siglo XIX, borraba la referencia haitiana. La razón de ese silenciamiento, estudiada por Michel-Rolph Trouillot, tenía que ver el propio miedo del liberalismo atlántico al jacobinismo negro y con la desafiante reformulación que este último logró de la doctrina de los derechos naturales del hombre.³⁹ El repliegue del liberalismo hispánico, en la península y en el Caribe, sobre las demandas de abolición de la trata y preservación de la esclavitud, que observaremos a partir de los años 30 del siglo XIX, será, en buena medida, una reacción a ese miedo. ❧

³⁷ Susan Buck Morss, *Hegel, Haiti, and Universal History*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2009, pp. 21-78.

³⁸ G. W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, México D.F., FCE, 2000, pp. 117-121.

³⁹ Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past. Power and the Production of History*, Boston, Beacon Press, 1995, pp. 1-30.



APÉNDICE: UNA BIBLIOGRAFÍA SOBRE HAITÍ

André-Marcel d'Ans, *Haití: paysage et société*. París: Karthala, 1987.

Jacques Carmeleau Antoine, *Jean Price-Mars and Haiti*. Boulder, Londres: Lynne Rienner, 1981.

Jean-Bertrand Aristide, *Dignité*. París: Seuil, 1994.

Pierre M. Armand, *L'Armée d'Haïti et les événements de 1957 : notes pour l'histoire*. Québec: Centre International de Documentation et d'Information Haïtienne, Caraïbéenne et Afro-Candienne, 1988.

Charles Arthur and Michael Dash (eds.), *A Haiti Anthology: Libète*. Princeton: Markus Wiener Publishers, 1999.

Julio Jean-Pierre Audain, *Española, Saint Domingue, Haïti: Panorama histórico*. México: Talleres de Unión grafica, 1961.

_____, *Haïti: su historia y su porvenir*. Lima: Andrés Avelino Aramburu, 1948.

Michel Hector Auguste, *Haïti: la lucha por la democracia: clase obrera, partidos y sindicatos*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla, 1976.

- , *Colonisation et esclavage en Haïti: le régime colonial français à Saint-Domingue, 1625-1789*. Puerto Príncipe: H. Deschamps, 1990.
- , *Crises et mouvements populaires en Haïti*. Puerto Príncipe: Presses Nationales d'Haïti, 2006.
- Jacques Barros, *Haïti de 1804 à nos jours*. París: L'Harmattan, 1984.
- Gérard Barthélemy, *Créoles, bossales: conflit en Haïti*. Petit-Bourg: Ibis Rouge, 2000.
- Madison Smartt Bell, *Toussaint Louverture: a Biography*. Nueva York: Vintage Books, 2008.
- Dantès Bellegarde, *Dessalines a parlé*. Puerto Príncipe: Société d'Éditions et de Librairie, 1948.
- , *Histoire du peuple haïtien, 1492-1952*. Puerto Príncipe: s.n., 1953.
- Patrick Bellegarde-Smith, *Haïti: the Breached Citadel*. Boulder: Westview Press, 1990.
- Ramonina Brea, *Ensayo sobre la formación del estado capitalista en la República Dominicana y Haïti*. Santo Domingo: Editora Taller, 1983.
- José María Capó, *Tres dictadores negros: crónica de la revolución francesa en Haïti*. La Habana: Luz-Hilo, 1942.
- Fernando Carrera Montero, *Las complejas relaciones de España con La Española: el Caribe hispano frente a Santo Domingo y Saint Domingue, 1789-1803*. Santo Domingo: Fundación García Arévalo, 2004.
- Jean Casimir, *Haïti acuérdate de 1804* (traducción de Betina Keizman). México: Siglo XXI, 2007.
- Digna Castañeda Fuertes, *La revolución haïtiana, 1791-1804*. La Habana: Ciencias Sociales, 1992.
- Josefina Castro Alegret, *Crisis del sistema de dominación colonial en Haïti*. La Habana: Ciencias Sociales, 1994.
- Jacques de Cauna, *L'eldorado des Aquitains: Gascons, Basques et Bearnais aux Iles d'Amérique (XVIIe-XVIIIe siècles)*. Biarritz: Atlantica, c1998.
- Aimé-Fernand Cesaire, *Toussaint Louverture: la révolution française et le problème colonial* (prefacio de Charles-Andre Julien). París: Presence Africaine, 1961.
- Etienne D. Charlier, *Aperçú sur la formation historique de la nation haïtienne*. Puerto Príncipe: Presses Libres, 1954.
- José Chez Checo, *República Dominicana y Haïti: síntesis histórica de su problema fronterizo*. Santo Domingo: Editorial Amigo del Hogar.
- Justin Chrysostome Dorsainvil, *Manuel d'histoire d'Haïti*. Haïti: H. Deschamps, 1968.

- Hubert Cole, *Christophe, King of Haiti*. Nueva York: Viking, 1967.
- Anne-Marie Colomé, *Cité soleil à Port-au-Prince*. París, Montreal, Torino: Harmattan, 1998.
- Emilio Cordero Michel, *La revolución haitiana y Santo Domingo*. Santo Domingo: Nacional, 1968.
- Eleazar Córdova-Bello, *La independencia de Haití y su influencia en Hispanoamérica*. Caracas: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1967.
- Robert Cornevin, *Haiti*. París: Presses Universitaires de France, 1982.
- Steeve Coupeau, *The History of Haiti*. Westport: Greenwood, 2008.
- Verly Dabel, *La crise haitienne: quelle-s-issue-s-?*. Puerto Príncipe: Arnegraph, 1993.
- Gilles Danroc y Daniel Roussière, *La répression au quotidien en Haïti, 1991-1994*. París, Puerto Príncipe: Karthala H.S.I., 1995.
- Harold Palmer Davis, *Black Democracy, the Story of Haiti*. Nueva York: Dodge, 1936.
- Joan Dayan, *Haiti, History and the Dods*. Berkeley: University of California, 1998.
- Bleeker Dee, *Duvalier's Haiti: a Case Study of National Disintegration*. Gainesville: University of Florida, 1967.
- Lorimer Denis, *Probleme des classes à travers l'histoire D'Haïti*. Puerto Príncipe: Imprimerie de l'Etat, 1965.
- Martín Morúa Delgado, *Biografía del libertador Toussaint L'Ouverture*. La Habana: Comisión Nacional del Centenario de Martín Morúa Delgado, 1957.
- Alberto Despradel, *Comentarios sobre las relaciones dominico haitianas desde 1915 hasta nuestros días*. Santo Domingo: Manatí, 2004.
- Bernard Diederich, *Papa Doc y los tontons macoutes: la verdad sobre Haití*. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1986.
- Documentos para la historia de Haití en el Archivo Nacional* (compilados y ordenados por José Luciano Franco). La Habana: Archivo Nacional de Cuba, 1954.
- Laurent Dubois, *Avengers of the New World: the Story of the Haitian Revolution*. Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press, 2004.
- , *Les vengeurs du nouveau monde: histoire de la révolution haïtienne* (traducción de Thomas Van Ruymbeke). Rennes: Les perséides, 2005.
- Alex Dupuy, *Haiti in the New World Order: the Limits of the Democratic Revolution*. Boulder: Westview, 1997.
- François Duvalier, *Oeuvres essentielles*. Puerto Príncipe: Presses Nationales d'Haïti, 1968.
- John Edwin Fagg, *Cuba, Haiti and the Dominican Republic*. Englewood Cliff: Prentice-Hall, 1965.

- Robert Fatton, *The Roots of Haitian Despotism*. Boulder: Lynne Rienner Publishers, 2007.
- Carolyn E. Fick, *The Making of Haiti: the Saint Domingue Revolution from Below*. Knoxville: University of Tennessee, 1990.
- A. Firmin, *Roosevelt président des Etats-Unis et la République d'Haiti*. Nueva York: Hamilton Bank Note Engraving. París: F. Pichon et Durand-Auzias, 1905.
- Sibylle Fischer, *Modernity Disavowed: Haiti and the Cultures of Slavery in the Age of Revolution*. Durham: Duke University Press, 2004.
- Jean Fouchard, *Les marrons de la liberté*. Puerto Príncipe: Henri Deschamps, 1988.
- José Luciano Franco, *Historia de la revolución de Haití*. La Habana: IHADC, s.a.
- , *Historia de la revolución de Haití*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2004.
- Miguel Franjul, *Somoza y Duvalier: la caída de dos dinastías*. Santo Domingo: Franjul, Analistas y Asesores, 1998.
- James Franklin, *The Present State of Hayti, Saint Domingo With Remarks on its Agriculture, Commerce, Laws, Religion, Finances and Population, etc.* Westport: Negro Universities Press, 1970.
- Charles Frostin, *Les révoltes blanches à Saint-Domingue aux XVIIe et XVIIIe siècles: Haïti avant 1789*. París: l'École, 1975.
- Gusti-Klara Gaillard, *Les ressorts des intérêts français en Haïti dans l'entre deux-guerres, 1918-1941*. París: Département d'Histoire, Université de Paris VIII, 1991.
- Roger Gaillard, *La république exterminatrice*. Puerto Príncipe: 1984.
- , *Les blancs débarquent* (volúmenes I-VII). Haïti: 1982.
- David P. Geggus (ed.), *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World*. Columbia: University of South Carolina, c2001.
- , *Haitian Revolutionary Studies*. Bloomington: Indiana University, 2002.
- Herbert Gold, *Haiti: Best Nightmare on Earth*. New Brunswick: Transaction Publishers, 2001.
- María Dolores González-Ripoll, et al., *El rumor de Haití en Cuba: temor, raza y rebeldía, 1789-1844*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2004.
- Ghislain Gouraige, *L'indépendance d'Haïti devant la France*. Puerto Príncipe: Imprimerie de l'Etat, 1955.
- Johanna von Grafenstein, *Haïti*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Universidad de Guadalajara, 1988.

- María Isabel Grau, *La Revolución Negra: la rebelión de esclavos en Haití: 1791-1804*. Nueva York: Ocean Sur, 2009.
- Haití, 1986-2004: de la chute de Duvalier à l'éviction d'Aristide: une histoire politique*. Organisation des travailleurs révolutionnaires: Pantin, Les Bons Caractères, 2005.
- David Healy, *Gunboat Diplomacy in the Wilson Era: the U.S. Navy in Haiti, 1915-1916*. Madison: University of Wisconsin, 1976.
- Robert Debs Heinl, *Written in Blood: the Story of the Haitian People, 1492-1971*. Boston: Houghton Mifflin, 1978.
- Ismael Hernández Flores, *Luperon, héroe y alma de la Restauración: Haití y la Revolución Restauradora*. Santo Domingo: Lotería Nacional, 1983.
- Dolores Hernández Guerrero, *La revolución haitiana y el fin de un sueño colonial, 1791-1803*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, c 1997.
- Léon-François Hoffmann, Frauke Gewecke, Ulrich Fleischmann (dir.), *Haiti 1804-lumières et ténèbres: impact et résonances d'une révolution*. Madrid: Iberoamericana. Frankfurt: Vervuert, 2008.
- Michael S. Hooper, *Duvalierism since Duvalier*. Nueva York: Americas Watch Committee, 1986.
- Thomas Phipps Howard, *The Haitian Journal of Lieutenant Howard, York Hus-sars, 1796-1798* (editado, introducción de Roger Norman Buckley). Knoxville: University of Tennessee, c1985.
- Alfred N. Hunt, *Haiti's Influence on Antebellum America: Slumbering Volcano in the Caribbean*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1988.
- Laënnec Hurbon, *Culture et dictature en Haïti: l'imaginaire sous contrôle*. París: Librairie Editions l'Harmattan, 1979.
- , *El bárbaro imaginario*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Cyril Lionel Robert James, *Los jacobinos negros* (traducción de Ramón García). México: Fondo de Cultura Económica. Madrid: Turner, 2003.
- St. Victor Jean-Baptiste, *Haití: sa lutte pour l'émancipation deux concepts d'indépendance à Saint-Domingue*. París: Nef de Paris, 1957.
- Benoit Joachim, *Les racines du sous développement en Haïti*. París: s.n., 1980.
- Stewart R. King, *Blue Coat or Powdered Wig: Free People of Color in Pre-revolutionary Saint Domingue*. Athens: University of Georgia Press, c2001.

- Micheline Labelle, *Ideologie de couleur et classes sociales en Haïti*. Montreal: Presses de l'Université de Montreal, 1987.
- Joseph Lafontaine, *Organisation politique et administrative de la République*. Puerto Príncipe: 1992.
- Michel S. Laguerre, *The Military and Society in Haiti*. Knoxville: University of Tennessee, 1993.
- Lester D. Langley, *The Americas in the Age of Revolution, 1750-1850*. New Haven: Yale University Press, 1996.
- Las constituciones de Haïti* (recopilación y estudio preliminar de Luis Mariñas Otero). Madrid: Cultura Hispánica, 1968.
- Tadeusz Lepkowski, *Haïti*. La Habana: Casa de las Américas, Centro de Documentación sobre América Latina Juan F. Noyola, 1968-1969.
- Christian Lionet, *Haïti: l'année Aristide*. Paris: L'Harmattan, 1992.
- Mats Lundahl, *History as an Obstacle to Change: The Case of Haiti*. Estocolmo: Department of International Economics and Geography, Stockholm School of Economics, 1989.
- , *Politics or Markets? Essays on Haitian Underdevelopment*. Londres: Routledge, 1992.
- Murdo J. MacLeod, *The Soulouque Regime in Haiti, 1847-1859: a Reevaluation*. Pittsburgh: Center of Latin American Studies, University Center for International Studies, University of Pittsburgh, 1971.
- Thomas Madiou, *Histoire d'Haïti*. Puerto Príncipe: Editions Henri Deschamps, 1988-1989.
- Robert Maguire, *Demilitarizing Public Order in a Predatory State: the Case of Haiti*. Coral Gables: University of Miami, 1995.
- Leslie François Manigat, *Ethnicity, Nationalism and Politics: the Haitian Case: an Historian's View on this Complex and Controversial Question*. St. Augustine: University of the West Indies, Institute of International Relations, s.f.
- , *Eventail d'histoire vivante d'Haïti: des préludes à la Révolution de Saint Domingue jusqu'à nos jours, 1789-1999: une contribution à "la nouvelle histoire" haïtienne : traité d'histoire d'Haïti: études de quelques 65 conjonctures-problèmes dans l'évolution historique du peuple haïtien en quatre (4) tomes*. Puerto Príncipe: CHUDAC, 2001.
- , *La crise haïtienne contemporaine : une lecture d'historien-politologue, ou, Haïti des années 1990s : une grille d'intelligibilité pour la crise présente*. Puerto Príncipe: Editions des Antilles, 1995.

- , *Les deux cents ans d'histoire du peuple haïtien 1804-2004 : réflexions à l'heure du bilan d'une évolution bicentenaire: un inédit et 2 reprises*. Puerto Príncipe: Lorquet, 2002.
- Pablo A. Mariñez, *Haití y República Dominicana, relación histórico-cultural*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Casa de la Solidaridad Latinoamericana, 1993.
- Jean Price Mars, *La república de Haití y la República Dominicana: diversos aspectos de un problema histórico, geográfico y etnológico*. Puerto Príncipe: Industrias Gráficas España, 1953.
- Alix Mathon, *La fin des baïonnettes*. París: L'École, c1972.
- Auguste Maurepas, *Genèse d'une république héréditaire: Haïti, 25 mai 1957*. París: La Pensee Universelle, 1974.
- Gerard Mentor Laurent, *Compendio de historia de Haïti*. Imprenta seminaire adventiste, 1974.
- Jean Metellus, *Haïti: une nation pathétique*. París: Denoel, 1987.
- Georges Michel, *La Constitution de 1987: souvenirs d'un constituant*. Puerto Príncipe: Le Natal, 1992.
- Claude Moïse y Claude B. Auguste, et al., *Dictionnaire historique de la Révolution haïtienne, 1789-1804*. Québec: Images, CIDIHCA, 2003.
- Beatriz C. Gutiérrez Montes, et al., *Haïti: un país ocupado: sinopsis histórico-política de su lucha por la democracia*. Santafé de Bogotá: Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 1997.
- Paul Moral, *Le paysan haïtien: étude sur la vie rurale en Haïti*. Puerto Príncipe: Fardin, 1978.
- Martín Munro y Elizabeth Walcott-Hackshaw (eds.), *Reinterpreting the Haitian Revolution and its Cultural Aftershocks*. Mona: University of the West Indies, 2004.
- Gardy Louis Neptune, *Coups d'éclair dans l'histoire*. Antillas: Imp. des Antilles, 1971.
- Micial M. Nérestant, *L'église d'Haïti à l'aube du troisième millénaire: essai de théologie pratique et de sociologie religieuse*. París: Karthala, 1999.
- , *Religions et politique en Haïti, 1804-1990*. París: Karthala, 1994.
- David Nicholls, *From Dessalines to Duvalier: Race, Colour and National Independence in Haïti*. New Brunswick: Rutgers University Press, 1996.
- Hogar Nicolas, *L'occupation américaine d'Haïti: la revanche de l'histoire*. Madrid: Gráficas de España, 1956.

- Jorge Victoria Ojeda, *Tendencias monárquicas en la revolución haitiana: el negro Francisco Petecou bajo las banderas francesa y española*. México: Siglo Veintiuno Editores, Gobierno de Quintana Roo, 2005.
- Thomas O. Ott, *The Haitian Revolution, 1789-1804*. Knoxville: University of Tennessee Press, 1987.
- William Paez Piantini, *Relaciones domínico-haitianas: 300 años de historia*. Santo Domingo: Editora Centenería, 2006.
- Lyonel Paquin, *The Haitians: Class and Color Politics*. Nueva York: Multi-Type, 1983.
- Wenda Parkinson, *This Gilded African: Toussaint L'Ouverture*. Londres: Quartet Books, 1978.
- Felipe de Jesús Pérez Cruz, *Los primeros rebeldes de América*. La Habana: Gente Nueva, 1988.
- Franklin J. Franco Pichardo, *Haití: de Dessalines a nuestros días*. Santo Domingo: Editora Nacional, 1988.
- Marce Picoche, *Historia y folklore africano en América: orígenes del pueblo Haitiano*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Departamento de Etnología y Antropología Social, 1980.
- Gerard Pierre-Charles, *et. al.*, *Problemas dominico-haitianos y del Caribe*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1973.
- , *Haití: la crisis ininterrumpida, 1930-1975*. La Habana: Casa de las Américas, 1978.
- David Placide, *L'heritage colonial en Haití*. Madrid: 1959.
- Pierre Pluchon, *Toussaint Louverture: de l'esclavage au pouvoir*. París: L'Ecole. Puerto Príncipe: Editions Caraibes, 1979.
- Brenda Gayle Plummer, *Haiti and the United States: the Psychological Moment*. Athens, Georgia: University of Georgia, c1992.
- Jacques Catts Pressoir (ed.), *Haytian Papers: a collection of the very interesting proclamations and other official documents, together with some account of the rise, progress, and present state of the kingdom of Hayti*. Westport: Negro Universities, 1969.
- , *Historiographie d'Haiti*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1953.
- Mary A. Renda, *Taking Haiti: Military Occupation and the Culture of U.S. Imperialism, 1915-1940*. Chapel Hill, Londres: University of North Carolina, 2001.

- Marcia Rodríguez, *Haití: un pueblo rebelado, 1915-1981* (prólogo de Juan Bosch). México: 1982.
- Emilio Rodríguez Demorizi, *Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822*. Ciudad Trujillo: Caribe, 1955.
- Robert Rotberg, *Haiti: The Politics of Squalor*. Boston: Houghton Mifflin, 1971.
- Pierre Toussaint Roy, *Haití: las lágrimas ensangrentadas de una constitución democrática*. México: Comité Mexicano de Apoyo a Haití, 1991.
- Eric Sarnier, *El paso del viento: una historia haitiana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Pierre Étienne Sauveur, *L'énigme haïtienne : échec de l'État moderne en Haïti*. Montréal: Presses de l'Université de Montréal Mémoire d'encier, 2007.
- Bob Shacochis, *The Immaculate Invasion*. Nueva York: Penguin Books, 2000.
- Magdaline W. Shannon, *Jean Price-Mars, The Haitian Elite and the American Occupation, 1915-1935*. Nueva York: St. Martin's Press, 1996.
- Daniel Charles Spitzer, *A Contemporary Political and Socio-economic History of Haiti and the Dominican Republic*. Michigan: University of Michigan, 1972.
- Torcuato S. Di Tella, *La rebelión de esclavos de Haití*. Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social, 1984.
- Ernest Trouillot, *Historiographie D'Haiti*. México: Ed. Fournier, 1953.
- , *Prospections d'histoire : choses de Saint-Domingue et d'Haïti*. Puerto Príncipe: Imprimerie de l'Etat, 1961.
- Hénock Trouillot, *Dessalines ou la tragedie post-coloniale*. Puerto Príncipe: Panorama, 1966.
- Michel-Rolph Trouillot, *Nation, State, and Society in Haiti*. Washington: The Woodrow Wilson International Center for Scholars, 1985.
- Alain Turnier, *Les Etats-Unis et le marché Haïtien*. Washington: 1955.
- , *Avec Merisier Jeannis: une tranche de vie jacmelienne et nationale*, Puerto Príncipe: Imprimerie Le Natal, 1982.
- Bernardo Vega, *Trujillo y Haití*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1988.
- Pedro Jorge Vera, *Haití*. La Habana: Casa de las Américas, 1967.
- Paul Verna, *Robert Sutherland: un amigo de Bolívar en Haití: contribución al estudio de los destierros del libertador en Haití y de sus expediciones de los Cayos y de Jacmel*. Caracas: Fundación John Boulton, 1966.

Albert De Vidas, *The Foreign Relations of Haiti in Hemispheric Affairs from Independence to Occupation, 1804-1915*. Nueva York: New York University, 1971.

Rayford Whittingham Logan, *Haiti and the Dominican Republic*. Londres: Oxford University, Royal Institute of International Affairs, 1968.

William Woodis Harvey, *Sketches of Hayti: from the Expulsion of the French, to the Death of Christophe*. Westport: Negro Universities, 1970.

Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros, motivos que la han perpetuado, ventajas que se le atribuyen y medios que podrán adoptarse para hacer prosperar nuestras colonias sin la esclavitud de los negros*

Isidoro de Antillón

...*Quis Talia Fando...Temperet a Lacrimis!*
Virg. Aeneid. Lib. 2

ADVERTENCIA SOBRE ESTA EDICIÓN

Nueve años hace que en el día *dos de abril* tuve el honor de abogar por la libertad de los negros y por los derechos imprescriptibles del hombre, rodeado de mis dulces amigos y amados compañeros de la academia de Santa Bárbara de Madrid. En una corte donde reinaba el más absoluto y más incensado despotismo, en donde se premiaba el espionaje y la delación como las acciones heroicas se premian en una república, en donde casi todas las corporaciones de más autoridad, todos los agentes del gobierno tenían declarada guerra a la razón y proscrito al filósofo que osase invocarla, hubo ¿quién lo creyera? un congreso de jóvenes honrados, que arrojando las cárceles, los destierros y toda la indignación del favorito y de los ministros discutían libremente cuestiones muy delicadas de moral y de política, racionaban sobre la libertad del ciudadano y sobre la constitución de las sociedades; y sin acordarse de las cadenas ni de los calabozos, su lenguaje

*En el texto que cierra el *Dossier* de esta edición de *Istor*, Rafael Rojas cita este tratado, mismo que nos proporcionó y cuya primera parte publicamos. En la portada del libro dice: “Leída en la real academia Matritense de derecho español y público, el día 2 de abril de 1802. Por el Dr. Isidoro de Antillón, su individuo exento y miembro de varios cuerpos literarios. Publíquese ahora con notas en apoyo e ilustración de la misma doctrina. En Mallorca: Imprenta de Miguel Domingo. Año de 1811.” (Nota de la redacción.)

en Persépolis era el de unos discípulos de Sócrates en Atenas. Aquella academia en Madrid podría compararse al pequeño cantón de Palmyra en los inmensos desiertos de la Siria. Recibid vosotros ¡ó nombres eternamente queridos para mí!, cualquiera que sea hoy vuestra suerte en medio de las convulsiones de una patria desgraciada, recibid la memoria y el reconocimiento de vuestro antiguo compañero, en cuya imaginación jamás se presentan recuerdos más halagüeños que los de nuestro íntimo trato, de nuestro entusiasmo por el bien y la felicidad de los hombres, de nuestros votos por la destrucción de un gobierno tan opresor como insensato y por la mejora de las instituciones y de las leyes, de nuestra consagración en fin por la santa filosofía, a despecho de una situación precaria y del azote siempre levantado de la tiranía recelosa.

No creía yo ni esperaba cuando en el año de 1802 leí en la academia de Santa Bárbara mi discurso sobre la esclavitud de los negros que podría pasar en algún tiempo de un desahogo entre amigos conformes en principios y sentimientos, y menos que podría comunicarse al público por el conducto indestructible de la imprenta. Pero tampoco pensé nunca, ni aún en los delirios de la esperanza más lisonjera, que en España nueve años después llegaría a reconocerse y proclamarse la soberanía del pueblo, origen fecundo de todos los derechos del hombre en sociedad, ni que el augusto congreso de sus representantes daría al mundo el magnífico espectáculo de una sesión solemne, dedicada a romper los grillos de la esclavitud bárbara con que hemos afligido por espacio de tres siglos a los míseros habitantes de las márgenes del Níger y del Senegal. ¡Qué contraste entre los sublimes y patrióticos discursos pronunciados en las cortes con esta ocasión memorable, y las hediondas arengas de prostitución y de servilidad que formaban toda la elocuencia de los cortesanos de Carlos IV! Tan vergonzosa y amarga como es la memoria de nuestra abyección y servidumbre pasada, es gloriosa la perspectiva de nuestros esfuerzos y conatos presentes para trepar por el sendero de la razón al templo elevado de la libertad. ¡Ojalá consigamos vencer los terribles enemigos que en el mismo seno de la patria embarazan nuestra marcha atrevida! Estos enemigos, a manera del dragón del huerto de las Hesperidas, amenazan devorar al patriota decidido que se acerque a las puertas de aquel santuario, cerradas por la mano férrea de los tiranos y de sus interesados agentes, y que pretenda coger las manzanas de oro de la

felicidad social y política; felicidad de que pende en gran parte el bienestar de los hombres durante el corto periodo de su existencia sobre la Tierra.

La sesión de las cortes del *dos de abril de 1811* me ha movido pues a publicar, ya que la imprenta es libre por la ley, el discurso que acerca del mismo objeto dije en *dos de abril de 1802*. Su contenido no es menos interesante a la religión que a la humanidad; mi intención no pudo ser más pura cuando le escribí, ni mis fines más rectos al imprimirle, con la adición de algunas notas. Lo demás queda a la censura de la opinión pública, juez supremo e irrecusable, cuya voz triunfa tarde o temprano de los clamores de la ignorancia y de las calumnias enmascaradas del interés. “Si yo hubiera consultado (diré ahora, como decía un escritor respetable por su filantropía y sus desgracias), si yo hubiera consultado lo que en otros días se llamaba amor de la gloria, y seguido el espíritu de la antigua literatura, hubiera podido gastar algunos meses en pulir esta disertación; pero he creído que siendo necesaria al presente sería acaso inútil y demasiado tardía dentro de algún tiempo. Hemos llegado a una época en que los amantes de las letras deben tratar lo primero de ser útiles; en que se debe precipitar la propagación de las verdades que el pueblo puede comprender, no sea que sobrevengan movimientos retrógrados; y en que por consiguiente siendo preciso ocuparse más en cosas que en palabras, la escrupulosidad en el estilo y en la perfección de los coloridos se miraría justamente como señal de una vanidad miserable y de aristocracia literaria. Si resucitase cierto filósofo célebre se avergonzaría de pasar veinte años en hacer epigramas sobre las leyes; escribiría para el pueblo, por que la revolución no puede mantenerse más que por el pueblo, y por el pueblo instruido; es decir que escribiría buenamente, según su corazón, y no pondría en tortura sus ideas para que saliesen más brillantes.

Palma en Mallorca, 10 de julio de 1811.

I. Cuando queramos pasar revista por los diferentes derechos naturales y sociales del hombre, cuando queramos examinar sus facultades, observaremos con dolor que éstas y aquéllos han sido menos respetados y más combatidos, a proporción que son más preciosos y más imprescriptibles. En todos los países del mundo, en todos los gobiernos que sucesivamente han dirigido la especie humana, el despotismo, la ignorancia y la superstición se

han conjurado para atacar la felicidad del mayor número de nuestros semejantes. La naturaleza, en vano ha reclamado sus indestructibles privilegios; la fuerza de los opresores y el embrutecimiento de los vencidos han desoído su robusta voz; aquéllos han seguido oprimiendo y gozando, y éstos callando y sufriendo ignominiosamente. Y si algún hombre menos débil ha querido acordarse de su vergonzoso estado, si abriendo el código de la razón y viendo en él esculpidos con caracteres sagrados sus grandes y desconocidos derechos se inflamó un santo celo por el bien de sus semejantes, si se llenó de una justa indignación contra los tiranos, si lanzó un grito valiente a favor de la humanidad oprimida, la insolencia de los déspotas y la estúpida sumisión de los esclavos le sofocaron, y presto quedó reducido a llorar en oscuro silencio los males de nuestra raza. Así, oprimir por una parte, sufrir habitualmente por otra, tal es el horroroso y desconsolador retrato de toda la historia. Al considerar esto, hubo quien llevando reflexión dolorosa; y es, que si las miserias de la sociedad no han de tener fin, si han de ser perpetuas, valiera más que el hombre sensible careciera de razón: a lo menos entonces, soportando el yugo de hierro que le oprime, desconocería la injusticia del que se lo impone, ignoraría los derechos de que se le priva, y cuyo conocimiento parece no haber grabado en su corazón la naturaleza sino para agravar más sus desdichas.

II. Yo quisiera no encontrar en los anales de los pueblos tan multiplicadas pruebas de esta triste verdad; pero desgraciadamente se me presentan a cada página. La libertad individual, el derecho de gozar de su trabajo, de disponer de su persona, de escoger el género de ocupación más conveniente, el derecho de existir políticamente, este derecho, origen y fuente de todos los demás, sin el cual el hombre es nada, pues ni aún tiene seguridad de su existencia física, este derecho tan íntimamente unido con los primeros elementos de nuestra felicidad, con los sentimientos más universales de nuestro amor propio, poderoso móvil de las acciones; este derecho sacrosanto, inseparable por esencia de la naturaleza del hombre, ha sido ¿quién lo diría? el más desconocido, el más sacrílegamente burlado en todos los gobiernos, en todos los siglos. Sus escandalosas infracciones han sido continuas. Ábranse las crónicas de las grandes naciones, regístrense, aún superficialmente, sus leyes y sus hechos; a cada paso, en cada línea se ve escrito el

nombre injusto de *esclavo*, acompañándole una larga lista de los monstruosos y autorizados derechos de un *señor*.

III. Ningún gobierno, ninguna sociedad política ha sido tan sabia o tan justa, que haya observado con religioso escrúpulo el santo dogma de la libertad del ciudadano. Vosotros, señores, como yo, habéis oído ponderar desde vuestra niñez la libertad y el espíritu de igualdad de Grecia y Roma, y cuando veis al género humano dividido en dos castas enemigas, de hombres que gozan y de hombres que padecen, sin duda volvéis, como para consolaros vuestra vista hacia aquellos dos pueblos antiguos. Sin embargo, es cierto que en Esparta una aristocracia de treinta mil nobles tenía bajo un yugo horroroso a doscientos mil esclavos; que para impedir la demasiada población de aquel género de negros, los jóvenes lacedemonios iban de noche a la caza de los *ilotas* como de bestias feroces; que en Atenas, en el santuario de la libertad, había cuatro esclavos por un hombre libre; que no había ni una sola casa donde aquellos pretendidos demócratas no ejerciesen el régimen despótico de nuestros colonos de América, con una crueldad digna de los tiranos; que de cuatro millones de hombres que debieron poblar la antigua Grecia* más de tres millones eran esclavos; que la desigualdad política y civil era el dogma de los pueblos y de los legisladores, que estaba consagrada por Licurgo y Solón, profesado por Aristóteles, por el *divino* Platón, por los generales y embajadores de Atenas, Esparta y Roma, que en Polibio, Tito Livio y Tucídides hablan como los embajadores de Atila o de Tchingiskan; y que en Roma reinaron las mismas costumbres, en los que se llaman "*bellos tiempos de la república*"; allí el marido vendía a su mujer, el padre a su hijo; el esclavo no era persona, y se consideraba como jumento, a quien no se le hacía injuria azotándole, negándole el sustento físico y aún quitándole la vida; el deudor insolvente era reducido a la esclavitud; y las leyes autorizaban que un hombre libre se despojase a su arbitrio del imprescriptible e inajenable derecho de la libertad. Franqueando muchos medios de hacer esclavos, pocos y difíciles de recuperar la libertad, los romanos, por un refinamiento de tiranía, quisieron aumentar los goces y las

* La Grecia, comprendida la Macedonia, tenía 3,850 leguas cuadradas; por consiguiente estaba poblada a razón de mil almas por legua cuadrada.

riquezas de corto número de señores, reconcentrando en sus manos montones de siervos. Cuando yo examino a sangre fría estas costumbres, estos establecimientos de Grecia y Roma, dejo la ilusión que me hacía mirar con respeto tan injustos gobiernos, y me siento inclinado a abrazar el parecer de un filósofo de nuestros días, que los mira como muy semejantes al de los mamelucos en Egipto o al del rey [rey?] de Argel, y cree que no falta a los antiguos griegos y romanos, tan vociferados, más que el nombre de Hunos y Vándalos, para ser un verdadero retrato de todos los caracteres que distinguen a las naciones feroces de la media edad.

IV. La ruina del imperio romano no produjo la de la esclavitud. Los bárbaros, que sobre la destruida grandeza del pueblo rey establecieron su poder, autorizaron, bajo diferentes formas, la servidumbre de los vencidos; y en presencia de una religión, que mira a todos los hombres como iguales al pie del altar, que predica como uno de sus primeros dogmas la caridad y el amor, millares de ciudadanos arrastraron las cadenas del *feudalismo*, de la *gleba*, de la *mano muerta*; vocablos funestos con que se engruesó entonces el diccionario de la opresión. El despotismo de los reyes, que por su interés, no por el bien de los súbditos, enervaron el poder de los grandes, las luces de la filosofía y de la razón que se empezaron a escuchar con menos desprecio, acaso también los preceptos de una religión benéfica y amiga de la igualdad, cuando la superstición o la codicia de algunos de sus ministros no la desfigura o altera, produjeron en esta esenciadísima parte del bienestar de los hombres una feliz revolución; y entre el catálogo de males que afligen aun actualmente a los pueblos del mediodía y del centro de Europa, no se encuentra ya el nombre escandaloso de esclavitud doméstica. El norte de la región del mundo que habitamos, donde entre los hielos y la oscuridad se había refugiado el monstruo, proscrito de nuestras provincias, no tardará en verse libre de la ignominia de haberle acogido. La Dinamarca no tiene ya esclavos. Esperemos para consuelo y por el honor de la especie, que la Rusia, ese país donde aun tres cuartas partes de sus habitantes son esclavas, echará al fin por tierra esta detestable institución, volverá la libertad a los siervos, y abriéndose así un manantial perene de población y riqueza quitará a la Europa el remordimiento de que queden todavía dentro de su seno vestigios de un establecimiento injusto y repugnante a la razón.

V. Pero ¿quién lo creyera? Mientras la Europa se declaraba por la libertad, mientras se proscribía la esclavitud, mientras la naturaleza reclamaba por todas partes sus derechos, las leyes fomentaban, la política promovía, y los intereses sórdidos del comercio defendían con descaro otro género de esclavitud, la más injusta, odiosa e inexcusable, que hace la desesperación de los unos y es la vergüenza de los otros, que lleva los europeos a hollar por precio vil en las orillas bárbaras de Senegal los derechos imprescriptibles de la humanidad y de la razón; el comercio y la esclavitud de los negros. Este tráfico infame, borrón y mancha indeleble de la cultura europea, este mercado sacrílego contra el cual nunca ha tronado, más de lo que debiera, una religión a cuyos ojos es abominable, hace días que excita la compasión y arranca las lágrimas del hombre sensible, indigna al filósofo, y avergüenza a los gobiernos ilustrados. Vosotros me habéis encargado que os hable de él. Yo soy muy inferior a tan grande e interesante objeto, pero me considero como el eco de la humanidad ofendida; y tan augusto título, defensa tan preciosa, dan brío a mi espíritu, y llenan de un santo entusiasmo mi imaginación. Os ruego sin embargo que disimuléis sus extravíos.

VI. No empezaré mi discurso amontonando razones a favor de la libertad, y demostrando con argumentos incontrastables toda la absurdidad, toda la injusticia de la esclavitud. Montesquieu no pudo resolverse a tratar con seriedad esta cuestión. Si él creyó, y con razón, que se degradaba y hacía poco honor a los hombres empeñándose en combatir tan sacrílega institución, más justamente podré yo persuadírmelo cuando hablo a un congreso de ciudadanos ilustrados acerca de la más horrorosa, la más vil de todas las esclavitudes. Si alguno se atreviese todavía, en medio del grito de la naturaleza y de las luces del siglo, a defender este infame sistema, no merecería más contestación, dice un escritor sensible, que el desprecio del filósofo y el puñal del negro. Así, paso a indagar el origen de esta esclavitud, que despuebla al África, riega con sangre de millares de infelices la América, y cubre de ignominia a la Europa.

VII. Una reunión prodigiosa de causas físicas y morales concurrió a dar origen a la esclavitud de los negros. Desde tiempos, cuya memoria no existe, el África interior tenía la costumbre infame de vender sus habitantes, y

sobre todo en la costa de Guinea estaba autorizada la esclavitud por varias causas.* como los antiguos europeos jamás navegaron por aquellos parajes, porque creían intransitable la zona tórrida, no sacaron partido de estas miserables víctimas de la barbarie, y se excusaron el remordimiento de aumentar el número de sus esclavos con hombres arrancados de entre las arenas y tigres del África.

VIII. Cuando los portugueses a mitad del siglo xv llegaron hasta la zona tórrida, la preocupación recibida entre los antiguos y perpetrada en sus obras de que era inhabitable para la especie humana la parte más calurosa y ardiente del globo, los desanimó y los detuvo en su navegación ulterior. Las observaciones que ellos mismos hicieron, cuando se acercaron por primera vez a aquella región desconocida, parecían confirmar la opinión de los antiguos sobre la acción violenta de los rayos rectos o directos del sol. Hasta el río Senegal habían hallado la costa de África habitada por pueblos casi semejantes a los moros de Berbería; pero cuando pasaron al sur de aquel río, se les presentó la especie humana bajo nueva forma. Vieron hombres que tenían la piel negra como el ébano, cabellos cortos y ensortijados, narices chatas, labios gruesos y todas las facciones particulares que distinguen la raza de los negros. Atribuyeron sin duda esta variación extraordinaria a la influencia del calor, y comenzaron a temer que acercándose más a la línea sentirían efectos más terribles.

IX. El comercio de los portugueses con las regiones recientemente descubiertas se reducía a cera, marfil, maderas de tintes, y granos de oro que los ríos acarreaban, separándolos sin duda de las ricas minas en que suponen abunda, hasta la superficie de la tierra, el interior del África, especialmente hacia el paralelo 12 de latitud boreal en el país llamado *Banbouck*. Por lo que hace a los habitantes, aquellos que caían en manos de los intolerantes portugueses, eran reducidos a esclavitud, como enemigos del nombre cristiano.

* Es indudable, que la esclavitud existe en toda África. Si consultamos la historia, nos enseña que en la antigüedad más remota estuvo en uso entre casi todas las naciones del mundo entonces conocido. El África sola parece haber conservado sus esclavos generalmente en todas partes, aún en Egipto, por que el estado a que se hallaban reducidos los coptos antes de la invasión de los franceses, era una verdadera esclavitud. Degrandpré, *Voyage a la côte O. d'Afrique*, cap. 3.

Hacia el año 1442, algunos de estos prisioneros fueron redimidos por sus parientes, que dieron en cambio no sólo hombres de cabellos crespos y del todo negros, sino también polvo de oro. La codicia de este metal precioso, entonces más que nunca desmesurada y violenta entre los europeos, y la grande utilidad que desde luego se conoció podrían prestar en el cultivo y otras industrias los negros, empleados al principio en Portugal y en la isla de Madera, inspiraron el deseo de descubrir los países donde venían y de poseer el oro que allí se encuentra. La perspectiva de grandes riquezas acalló los terrores pánicos de pasar la línea.* Juan II a fines del siglo xv promovió con destreza este espíritu de conquista y descubrimiento que se apoderaba de la nación. Por fin los portugueses atravesaron en Ecuador, vieron por primera vez las estrellas del hemisferio austral, llevaron sus descubrimientos hasta más allá del Benin y Congo; edificaron varios fuertes; y establecieron colonias en la costa de Guinea, que luego había de ser el almacén de esclavos, y el teatro del vil mercado en que el europeo los compra.

X. Al mismo tiempo que los portugueses adelantaban tan prodigiosamente sus conquistas en la costa de África, el inmortal Colón, genio inquieto y osado, descubría, conducido por un error feliz, en la otra parte del Atlántico Ecuatorial un archipiélago de ricas y pobladas islas, que fueron subyugadas por los españoles, abriendo el camino a un inmenso continente con quien confinan, y dando materia en algunos puntos a nuevos crímenes y a todos los horrores de la codicia desenfrenada, a pesar del tierno cuidado con que nuestras leyes miraron desde luego la protección y amparo de los indios. Las grandes Antillas, especialmente la fertilísima isla *Española*, en medio de los generosos desvelos, de las benéficas disposiciones de su descubridor y de las autoridades de la metrópoli, no tardaron en convertirse en sepulcro de sus inocentes moradores; y las ventajas naturales de que gozarán en paz largos siglos, fueron un título para avivar más la rabia de algunos seres desconocidos para ellos, que mezclados con otros generosos y humanos capitanes, y predicando una religión de paz, les ofrecían con sorpresa el robo o la muerte.

* Forster, *Voyages dans le Nord*, t.2, p.3.

XI. No son estas, tiernas y arbitrarias pinturas de Ariosto, ni son exageraciones de extranjeros enemigos de la gloria del nombre español; son testimonios de un santo y virtuoso personaje que vio lo que refiere, que denunció enérgicamente el crimen a la faz del más déspota de los reyes y de los más avaros ministros, y que armado con la dulzura de una religión que se profanaba sacrílegamente, se honró con el peligroso título de *protector de los indios*, cuando el interés de la Europa y el grito adulador de los sofistas se esforzaban a negarles el connotado de hombres, y a representarles como seres de especie inferior. Puede verse en nuestro Argensola* la relación que hizo Bartolomé de Las Casas a Carlos V, al tiempo que estaba celebrando las cortes de Zaragoza en 1518. Léanse también las noticias publicadas, en un libro impreso, por el mismo Las Casas obispo de Chiapas, *si es que*, como dice el citado analista de Aragón, *hay algún lector que las prosiga con paciencia y sin lágrimas*.

XII. Aunque que Las Casas abultó notablemente los crímenes que denunciaba, por que, según la expresión de Argensola “*el fervor le calentaba el ingenio*” parece indudable el fondo de su relación, cuando se la despoja de las exageraciones acaloradas que manifiesta por sí misma. Él la hacía delante de gentes que podían desmentirle y que tenían interés en sacarle embustero, si hubiera dicho cosas sustancialmente falsas. Es preciso, señores, que sea enteramente insensible aquel cuya sangre no se hiele al oír tales excesos, que no fueron los últimos, ni solos, ni cometidos exclusivamente por los pobladores españoles. Los aventureros que causaron aquellos estragos, no contentos con haber despoblado las islas, trataron de reducir a la esclavitud los pocos indios que quedaban; y los *repartimientos*, que sucedieron a los primeros furros, eran un derecho o una autorización de esclavizar a los infelices naturales, y de hacerles morir lentamente a fuerza de privaciones, de trabajos duros, y de malos tratamientos. Las Casas atacó este nuevo invento del despotismo, y predicó en las cortes de Valladolid el santo dogma de la libertad de los hombres. Algunos castellanos, de cuyos corazones la piedad no estaba proscrita, escucharon con atención los clamores del apóstol de las nuevas regiones. Trataron seriamente de remediar las injusticias

* *Anales de Aragón*, lib. I, cap. 59.

que combatía con tanta vehemencia; pero queriendo combinar la justicia con su interés hallaban un grande obstáculo para el alivio de los indios. Estos en corto número, naturalmente perezosos y débiles, no trabajarían en las plantaciones, si se les daba libertad; y por otra parte ni los calores abrasadores de la zona tórrida ni el orgullo de conquistadores convidaban a los europeos a cultivar por sí mismos en las islas los frutos preciosos que de ellas se sacaban, o a extraer el oro de las entrañas de la tierra. Atacado Las Casas por este argumento, tuvo la fatal ocurrencia de persuadir al emperador, que esclavos negros comprados a los portugueses podrían sustituirse a los indios, con tantas mayores ventajas cuanto aquellos eran más robustos y nerviosos, y el trabajo de uno de los primeros equivalía al de cuatro de los segundos. Agradó el proyecto a Carlos V; y cuatro mil negros que se computó necesitaban entonces las Antillas, conducidos allá por mercaderes genoveses, fueron los percusores, la muestra de tantos millares de infelices como habían de seguir regando con su sangre el suelo Americano. Tal fue el origen de la esclavitud de los negros. Un exceso de piedad parcial condenó entonces la mitad del África a la más triste de las condiciones; y por una imprevisión deplorable, queriendo Las Casas disminuir los males del nuevo hemisferio, promovió en el antiguo el escandaloso tráfico del hombre comprado y vendido por el hombre.

XIII. Por muchos años los españoles y los portugueses ejercieron el comercio de los negros, por que eran los únicos interesados en sostenerlo. En el siglo xvii participó de este crimen toda la Europa comerciante. Unos piratas bien conocidos en la historia por su arrojo y valentía, con el nombre de *Filibusteres* o *Forbantes*, se establecieron en las Antillas menores, en las islas de los Caribes, y desde ellas salían a atacar con furor a los navíos portugueses y españoles, ricamente cargados con los tesoros del nuevo mundo. Homicidas y asesinos por hábito trataron de exterminar al pueblo sencillo y fiel que los había acogido generosamente. Aprobaron este infernal proyecto algunas naciones de Europa que se llaman cultas y de quienes eran la escoria los *Filibusteres*, y las islas que en breve quedaron despobladas. Cuando, después de los primeros furores, se pensó en hacer útiles tan grandes crímenes, hombres especuladores, viendo que allí no había oro, se propusieron establecer en las islas devastadas el cultivo de ciertas producciones que no

sufre el clima de Europa, y que ya son indispensables al lujo y corrupción de los europeos. Se presentaba sin embargo un terrible obstáculo, la falta de cultivadores. Sus pacíficos habitantes habían desaparecido a efectos de la rabia feroz y de la meditada y fría serie de atrocidades que cometieron los *Filibusteres*. Acostumbrados estos a gozar con presura y sin trabajo, no podían habituarse a un género de ocupación demasiado pacífico, y cuyos frutos habían de ser lentos. Recurrieron pues a los negros; las playas del África proveyeron de esclavos para entonces, y para reemplazar los muchos que perecían. Los ingleses, franceses y daneses establecieron fuertes y factorías en la costa de Guinea; las aguas del Atlántico llevaban periódicamente buques cargados de víctimas humanas; y en todo el espacio del inmenso continente de América solo ha habido una pequeña región de héroes que se haya liberado, desde el principio, del remordimiento de esta injusticia, y del escándalo de la posteridad. La misma Pensilvania ha tenido esclavos.

XIV. Los portugueses compran sus negros en el país de Angola, único resto de su antigua dominación que se extendía desde Ceuta al mar Rojo. Los holandeses envían cada año veinticinco o treinta buques y compran de seis a siete mil esclavos o algo menos. Los ingleses en ciento noventa y cinco buques transportan anualmente cuarenta mil. Los franceses, antes de la revolución, trece o catorce mil. Los dinamarqueses, en sus dos factorías de *Cristiansburgo* y *Frederisburgo*, mil doscientos, que venden a los extranjeros, por que no se presentan buques daneses para llevárselos. La España los recibe regularmente de mano de los genoveses o ingleses. En 1777 y 78 adquirió de los portugueses las pequeñas islas de *Fernando Pó* y *Annobon* cerca de la línea, con el fin de hacer por sí misma y directamente el tráfico de esclavos; pero no tuvo efecto el establecimiento que se proyectó en ellas. La insalubridad de su clima lo estorbó. ❧

Bug-Jargal*

Victor Hugo

PRIMERA EDICIÓN. ENERO DE 1826

El episodio que vais a leer, cuyo fondo está tomado de la rebelión de los esclavos de Santo Domingo en 1791, tiene cierto aire de circunstancia que hubiese bastado para que el autor no pudiera publicarlo. Sin embargo, habiendo sido ya impreso y distribuido un corto número de ejemplares de un bosquejo de este opúsculo en 1820, en una época en que la política del día se ocupaba muy poco de Haití, es evidente que si el asunto que trata ha tomado luego mayor interés, el autor no tiene la culpa. Los acontecimientos se han conciliado con el libro y no el libro con los acontecimientos.

Sea como sea, el autor no pensaba sacar esta obra en la penumbra en que estaba como sepultada; pero al saber que un librero de la capital se proponía reprimir su anónimo boceto, se ha creído en la obligación de evitar esta reimpresión poniendo él mismo al día de su trabajo, revisado y en cierto modo rehecho, precaución que ahorra una molestia a su amor propio de autor, y al susodicho librero una mala especulación.

Habiendo sabido varias personas distinguidas que ya como colonos, ya como funcionarios, estuvieron interesadas en los disturbios de Santo Domingo, la próxima publicación de este episodio, han tenido gusto en prestar espontáneamente al autor materiales tanto más preciosos cuanto que en su mayoría son inéditos. El autor les atestigua aquí su agradecimiento. Tales documentos le han sido de gran utilidad para rectificar lo que el

* Traducción del francés de Dionisio Alcalá Galiano. Esta edición de *Bug-Jargal* fue publicada en 2002 por la Secretaría de Cultura del Estado de Puebla, a la cual agradecemos el permiso para reproducir los fragmentos aquí ofrecidos.

relato del capitán d'Auverney presentaba de incompleto en lo que se refiere al color local, y de falso en lo relativo a la verdad histórica.

En fin, debe también advertir a los lectores que la historia de *Bug-Jargal* no es más que un fragmento de una obra más extensa, que había de ser titulada *Contes sous la tente*. El autor supone que, durante las guerras de la revolución, varios oficiales franceses conciertan entre sí ocupar alternativamente las largas noches del vivac en el relato de alguna de sus aventuras. El episodio que aquí se publica formaba parte de esta serie de narraciones; puede ser separado sin inconveniente; además, la obra de que debía formar parte no está terminada, ni lo estará nunca, ni vale la pena que lo esté.

1832

En 1818 el autor de este libro tenía dieciséis años; apostó que escribiría un volumen en quince días, e hizo *Bug-Jargal*. A la edad de dieciséis años se apuesta por todo y se improvisa sobre todo.

Este libro ha sido, pues, escrito dos años antes que *Han de Islandia*. Y aunque siete años después, en 1825, el autor lo haya corregido y vuelto a escribir en gran parte, es, por el fondo y por muchos detalles, la primera obra del autor, el cual pide perdón a sus lectores por hablarles de cosas tan insignificantes.

Pero ha creído que al corto número de personas que gustan de clasificar por orden de talla y de nacimiento las obras de un poeta, por oscuro que sea, no le sabría mal que les dieran a conocer la edad de Bug-Jargal; y en cuanto a él, como esos viajeros que se vuelven en medio del camino y tratan de descubrir en los brumosos pliegues del horizonte el lugar de donde salieron, ha querido dar aquí un recuerdo a aquella época de serenidad, de audacia y de confianza, en que abordaba de frente un tema tan inmenso: la rebelión de los negros de Santo Domingo en 1791, la lucha de gigantes; tres mundos interesados en la cuestión: Europa y África por combatientes; América por campo de batalla.

24 de marzo de 1832

IV

Aunque nació en Francia, desde muy tierna edad me enviaron a Santo Domingo, a casa de un tío hacendado, muy rico, de aquella colonia, con cuya hija estaba resuelto mi enlace por la familia. La habitación de mi tío estaba situada en las inmediaciones del castillo de Galifet, y sus fincas se extendían por casi toda la vega del río Acul; y aun cuando el relato de tales circunstancias lo tengan ustedes quizá por menudencias insignificantes, de ello dimana principalmente la ruina total de mi familia.

Ochocientos negros se ocupaban en la labranza de las inmensas fincas de mi tío, y debo confesar que los males inherentes a la triste condición de esclavos subían aún mucho de punto por la dureza del carácter de su amo. Mi tío se contaba entre el número, por fortuna muy escaso, de aquellos criollos a quienes la práctica de un despotismo sin límites había llegado a embotar la sensibilidad del ánimo. Acostumbrado a verse obedecido al primer indicio de su voluntad o capricho, castigaba con sumo rigor la menor tardanza o leve muestra de duda por parte de un esclavo, y a menudo las súplicas interpuestas por sus hijos servían tan sólo para encender su cólera. Así, pues, teníamos que contentarnos las más de las veces con suavizar en secreto los males que no estaba a nuestro alcance impedir.

—¡Vaya, y qué bonito está eso! —dijo a media voz Enrique, inclinándose al oído del oficial más vecino—. Espero que el capitán no dejará pasar las desdichas de los *ex negros* sin hacer una pequeña disertación acerca de los deberes que nos impone la humanidad, etcétera, etcétera. Lo que es en la sociedad patriótica de *Massiac*¹ no escapábamos a menos.

—Gracias, Enrique, por el aviso, que me excusa ponerme en ridículo —respondió con frialdad d’Auverney, que lo había oído, y en seguida prosiguió su relación.

¹ Nuestros lectores habrán olvidado, sin duda, que el Club Massiac, citado por el teniente Enrique, era una sociedad de *negrófilos* que se instituyó en París a principios de la Revolución, y que provocó la mayor parte de las insurrecciones que estallaron entonces en las colonias.

También podrá chocar la ligereza un poco atrevida con que el joven teniente se burla de los *filántropos* que aún reinaban en aquella época por la gracia del verdugo. Mas es preciso recordar que antes, durante y después del Terror, la libertad de pensar y de hablar se había refugiado en los campamentos. Tan noble privilegio costaba de cuando en cuando la cabeza a un general, pero libra de todo reproche la resplandeciente gloria de aquellos soldados que los denunciantes de la Convención llamaban “los *señores* del ejército del Rhin”.

V

En medio de tales ilusiones y de tan ciegas esperanzas, llegué a los veinte años de edad, que debía cumplir en agosto de 1791, para cuya misma época había fijado mi tío la consumación de mi enlace con María. Fácil les será a ustedes comprender que la idea de una felicidad tan cercana absorbía todos mis pensamientos, y cuán vagos, por consiguiente, han de ser los recuerdos que me quedan de las discusiones políticas que de dos años a aquella parte estaban agitando nuestra colonia. No hablaré, pues, ni del conde de Peinier, ni de M. de Blanchelande, ni del desgraciado coronel Mauduit, cuyo fin fue tan trágico. No pintaré la rivalidad entre la asamblea *provincial* del Norte y aquella otra asamblea *colonial* que usurpó el título de *general*, juzgando que la palabra *colonial* olía demasiado a esclavitud. Estas mezquindades, que conmovían a la sazón todos los ánimos, no despiertan ahora el menor interés, a no ser por los infortunios a que dieron margen. En cuanto a mí, si tenía alguna opinión tocante a los celos mutuos que reinaban entre el distrito del Cabo y el de Puerto Príncipe, debía ser, naturalmente, a favor del Cabo, donde residíamos, y asimismo a favor de la asamblea provincial, en que mi tío tenía asiento.

Tan sólo una vez me sucedió tomar parte algo activa en los debates a que daban origen los asuntos del día, y fue a propósito de aquel funesto decreto expedido en 15 de mayo de 1791 por la Asamblea Nacional de Francia, por el que se admitía a la libre gente de color a la participación de iguales derechos políticos que ejercían los blancos. En un baile que dio el gobernador de la ciudad del Cabo, muchos criollos jóvenes hablaban con vehemencia contra esta ley, que tan profundamente hería el amor propio, quizá fundado, de los blancos. No me había mezclado yo aún en la conversación cuando se acercó al corro un hacendado rico, pero a quien los blancos admitían con mucha dificultad entre sí y cuyo color equívoco daba que sospechar sobre su estirpe. Entonces me adelanté hacia aquel sujeto y le dije en alta voz:

—Siga usted adelante, caballero, porque aquí oiría cosas desagradables para los que, como usted, tienen sangre mestiza en sus venas.

Esta acusación le irritó a tal extremo que me llamó a un desafío, en el cual ambos quedamos heridos. Confieso que obré mal en provocarle; pero

lo que se llama las preocupaciones del color no hubieran bastado para empujarme a este paso. Mas aquel hombre había manifestado la audacia de elevar sus pensamientos hasta mi prima, y en el momento mismo que le insulté de manera tan inesperada acababa de bailar con ella.

De todos modos, veía yo con embriaguez adelantarse el momento que iba a hacerme dueño de María, y permanecía cada vez más ajeno a la efervescencia, siempre en aumento, que hacía delirar a cuantos estaban a mi alrededor. Fijos los ojos en mi dicha que se aproximaba, no hice alto en los terribles y oscuros nubarrones que iban encapotando todo el ámbito de nuestro horizonte político, y cuyo ímpetu debía, al descargar, desarraigar todos nuestros destinos. No es que aún los ánimos más perspicaces e inclinados a augurar mal tuvieran ya serios temores de una revolución de los esclavos, pues se despreciaba demasiado a esta raza para que inspirase susto; pero existían, sí, entre los blancos y los mulatos libres gérmenes de un odio más que suficiente para que al estallar este volcán, por tanto espacio de tiempo comprimido, envolvese a la colonia entera entre sus escombros.

En los primeros días de aquel mes de agosto, invocado por mis más ardientes votos, cierto extraño incidente vino a mezclar una inquietud imprevista con mis tranquilas esperanzas.

XV

Mi tío se indignó con la evasión del esclavo. Mandó hacer pesquisa y escribió al gobernador para que pusiesen a su disposición a Pierrot, en caso de encontrarlo.

Llegó en esto, por fin, el 22 de agosto, y mi enlace con María se celebró con gran pompa en la parroquia de Acul. ¡Cuan feliz fue aquel día en que iban a tener comienzo mis desgracias! Estaba yo embriagado de cierto júbilo, que no sabré explicar a quien no lo haya experimentado, y a Pierrot y a sus funestos vaticinios los arrojé del todo de mi memoria. Vino, al cabo, la ansiada noche, y mi tierna esposa se retiró al aposento nupcial, adonde no pude seguirla tan luego como lo deseaba. Un deber penoso, pero indispensable, reclamaba antes mi presencia: el empleo de capitán de milicias exigía que saliese de ronda por los cuerpos de guardia de la vega. Semejante precaución se había hecho en aquella época imperiosamente necesaria, de

resultas de los disturbios de la colonia; de los levantamientos aislados de los negros, tentativas que, si bien con facilidad sofocadas, se habían repetido en los meses de junio y julio, y aun principios de agosto, en las haciendas de Thibaud y Lagoscette y de resultas, en fin, y más principalmente, de las pésimas disposiciones de los mulatos libres, agriados y no atemorizados con la justicia, aun reciente, del rebelde Ogé. Mi tío fue el primero en recordarme mi obligación, y tuve que resignarme a cumplirla. Vestí, pues, mi uniforme y salí. Visité los primeros puestos sin encontrar motivos de recelo; pero hacia la medianoche, cuando recorría distraído las baterías a orillas del mar, vi despuntar en el horizonte una vislumbre rojiza, que fue creciendo y extendiendo sus resplandores por el lado de Limonade y de San Luis de Morín. Al pronto, los soldados y yo lo atribuimos todo a algún incendio casual; mas un momento después, las llamas se hicieron tan visibles, y el humo, empujado por el viento, acrecentó y espesó a tal punto sus remolinos, que tomé con rapidez el camino de la fortaleza para dar la alarma y enviar socorros. Al pasar por junto las chozas de nuestros negros, me quedé admirado de la agitación que reinaba. La mayor parte estaban aún en pie y hablaban entre sí con viveza extraordinaria, de modo que un nombre extraño, Bug-Jargal, se repetía con frecuencia en medio de aquella su ininteligible jerigonza. Logré, sin embargo, coger varias palabras cuyo sentido anunciaba, a mi entender, que los negros de la llanura del norte estaban en insurrección abierta y entregaban a las llamas los plantíos y habitaciones situadas al otro lado de la ciudad del Cabo. A la par tropecé con el pie, al atravesar un pantano, en un montón de hachas y azadones escondidos entre los juncos y los mangles. En zozobra, y no sin causa, hice poner al punto sobre las armas a todos los milicianos de Acul, y mandé vigilar a los esclavos. Con esto volvió todo a entrar en el sosiego de costumbre.

Pero, mientras tanto, parecía como que el estrago creciera a cada instante y fuera avicinándose al Limbé; hasta había quien se imaginaba oír el estrépito lejano de los cañones y de las descargas de fusilería. Hacia las dos de la mañana, mi tío, a quien había despertado, no pudiendo calmar su ansiedad, me ordenó dejar en el Acul parte de la milicia al mando del teniente, y, obedeciendo a sus preceptos, porque, según dejé ya dicho, era diputado de la asamblea provincial, salí con el resto de mis soldados en dirección del Cabo, cuando María estaba aguardándome o entregada al sueño.

Jamás olvidaré el aspecto de la ciudad al tiempo de aproximarme. Las llamas, que iban ya devorando las haciendas de sus contornos, esparcían un lúgubre reflejo, oscurecido por los torrentes de humo, que el viento empujaba por las calles. Chorros de chispas encendidas, producidas por las leves e inflamadas hojas de la caña y lanzadas con violencia por el viento, cual espesos copos de nieve, sobre los techos de las habitaciones y la jarcia de los barcos fondeados en la bahía, amenazaban a cada instante a la ciudad del Cabo con un incendio no menos espantoso del que ardía en sus inmediaciones. Era un espectáculo horrible e imponente el ver por una parte a los pálidos vecinos exponiendo la vida por disputarle al crudo azote el único asilo que de tantas riquezas aún conservaban, mientras por otra los buques, temerosos de igual suerte y favorecidos siquiera por aquel viento, tan funesto para los infelices habitantes, se alejaban a toda vela por un mar teñido por los sanguíneos resplandores del incendio.

XVI

Aturdido con el cañoneo de los fuertes, el clamor de los fugitivos y el lejano ruido de los edificios desplomados, no sabía hacia qué punto encaminar mi tropa, cuando nos encontramos en la plaza de armas con el capitán de los Dragones amarillos, que nos sirvió de guía. No me detendré, señores, en describir el cuadro que ofrecía la campiña incendiada. Muchos hay que han pintado estos primeros desastres del Cabo, y mi ánimo necesita pasar de ligero por tales recuerdos, que encierran en sí fuego y sangre. Me contentaré así con decir que los negros insurgentes eran ya dueños del Dondón, de la Madriguera Roja, de la aldea de Onanaminte y hasta de los desgraciados plantíos del Limbé, lo que me llenó de zozobra a causa de su proximidad al distrito del Acul.

Corrí precipitado al palacio del gobernador, M. De Blanchelande, donde todo se hallaba en la mayor confusión, incluso la cabeza del dueño, y le pedí órdenes, suplicándole encarecidamente que proveyera a la seguridad del Acul, que se tenía ya por amenazado. Estaban con él M. de Rouvray, mariscal de campo y uno de los más ricos hacendados de la isla; M. de Touzard, teniente coronel del regimiento del Cabo; algunos miembros de ambas asambleas, general y provincial, y muchas personas de viso en la colonia, y

en el momento de mi entrada, esta especie de consejo estaba en la deliberación con extraordinario desorden.

–Señor gobernador –decía un miembro de la asamblea provincial–, demasiado cierto es eso. Son los esclavos y no la gente libre de color. Ya hace largo tiempo que lo teníamos anunciado y predicho.

–Ustedes lo decían, pero sin creer en ello –respondió agriamente un miembro de la asamblea colonial, llamada *general*–. Lo decían para ganarse crédito a expensas nuestras: pero tan lejos estaban de creer en un levantamiento formal, que las intrigas de su asamblea fueron las que desde 1789 inventaron aquella famosa y ridícula rebelión de tres mil esclavos en los montes del Cabo, rebelión en la que se redujeron los muertos a un guardia nacional, y aun ése murió a manos de sus propios compañeros.

–Repito –repuso el *provincial*– que vimos más claro, y la causa es muy sencilla. Nosotros nos quedamos aquí para observar los negocios de la colonia, mientras la asamblea de ustedes se fue a Francia en busca de aquella risible pompa, que acabó en una reprimenda de la representación nacional; *ridiculus mus*.

El diputado de la asamblea general respondió con amargo desdén:

–Todos hemos sido reelectos unánimemente por nuestros conciudadanos.

–Ustedes –replicó el otro– han dado causa con sus exageraciones a que se paseara por las calles la cabeza del infeliz que entró en un café sin la cucarda tricolor, y de que se ahorcara al mulato Lambert con pretexto de una petición que empezaba por estas palabras inusitadas: “En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

–¡Falso! –exclamó el de la *general*–. Eso proviene de la lucha de los principios con los privilegios, de los *jorobados* y de los *torcidos*.

–¡Ya me lo tenía yo tragado que usted era un *independiente*!

A semejante apodo del diputado de la asamblea provincial, su adversario respondió con aire de triunfo:

– Eso es declararse usted un *plumero blanco*, y le felicito por la confesión.

Quizá la disputa hubiese pasado aún más adelante si el gobernador no se metiera de por medio.

–Vamos, señores, ¿qué tiene nada de eso que ver con el peligro inminente que nos amenaza? Aconséjenme ustedes en vez de insultarse los unos a los otros. He aquí los partes que me han llegado a las manos.

La rebelión estalló esta noche, a las diez, entre los negros del ingenio de Turpin. Los esclavos, acaudillados por un negro inglés, a quien llaman Bouckmann, han arrastrado tras sí a los de las fincas de Clément, Trémès, Flaville y Noé. Han incendiado todas las haciendas y asesinado a los amos, cometiendo crueldades inauditas. Uno solo hecho bastará para que puedan ustedes comprender de lleno tales horrores: ¡el cadáver de un niño ensartado en una lanza les sirve de bandera!

Una exclamación general interrumpió a M. De Blanchelande.

–Eso es lo que pasa por las afueras –continuó–. En el interior de la población todo anda trastornado. Muchos de los vecinos del Cabo han dado muerte a sus esclavos porque el miedo los ha hecho crueles; los más compasivos o más valientes se han contentado con encerrarlos bajo llave. La población blanca pobre acusa de tales desastres a los pardos de color, y varios mulatos estuvieron para caer víctimas del furor popular; de modo que, para liberarlos, les he dado a todos por refugio una iglesia, donde están custodiados por un batallón. Por fin, ahora, para probar que no son cómplices de los negros, los pardos me piden armas y que se les señale un punto de defensa.

–No se haga tal –prorrumpió una voz, que luego reconocí por la del hacendado sobre quien recaían las sospechas de no tener muy limpia la sangre, y que tuvo poco antes conmigo un desafío–. No se arriesgue usted, señor gobernador, a darles armas a los mulatos.

–Pues qué, ¿no quiere usted batirse? –le dijo con aspereza uno de los concurrentes.

Pero él, no dándose por entendido, prosiguió:

– Los mulatos son nuestros peores enemigos, y los únicos de temer. Confieso que una rebelión era de esperar; pero de su parte, y no de la de los esclavos. ¿Acaso los esclavos son nada de por sí?

El pobre hombre creía, con tales invectivas contra los mulatos, destruir en el ánimo de los blancos que le oían la idea de que perteneciese a aquella casta tan degradada; pero era demasiado ruin su intento para que se le lograra, como lo dio a entender un murmullo de desaprobación.

– Sí, señor –dijo el anciano general Rouvray– sí, señor, los esclavos son algo, porque son cuarenta contra tres, y en mal lance nos veríamos si no tuviéramos para hacer frente a los negros y a los mulatos otros blancos que los de la especie de usted.

El hacendado se mordió los labios.

–Mi general –repuso el gobernador–, ¿qué opina usted de la petición de los mulatos?

– Darles armas, señor gobernador, y correr a todo trapo –respondió M De Rouvray.

Y luego, encarándose con el pobre sospechado, añadió:

–Ya lo oye usted, caballero, y es tiempo de que vaya a tomar sus armas.

El hacendado, humillado, salió del aposento dando indicios de una ira reconcentrada. Mientras tanto, los clamores de angustia que resonaban por toda la ciudad se oían crecer de momento en momento en la estancia del gobernador y recordaban a los circunstantes el motivo de la conferencia. M. De Blanchelande entregó a uno de sus ayudantes una orden escrita de prisa, con lápiz, y rompió el lúgubre silencio en que todos escuchaban aquel espantoso rumor:

–Señores, ya se les va a dar armas a los pardos; pero aún nos quedan muchas disposiciones por tomar.

–Es preciso convocar la asamblea provincial –dijo el diputado de la misma, que tenía la palabra en el momento que yo entré.

–¡La asamblea provincial! –repuso su antagonista el de la colonial–. ¿Qué significa tal asamblea?

–¡Porque usted es diputado de la asamblea colonial! –repuso el *plumero blanco*.

El *independiente* le interrumpió:

–No conozco la *colonial* mejor que la *provincial*. No hay más asamblea que la general, ¿entiende usted, señor?

–Pues bien –replicó el *plumero blanco*–: yo os digo que la asamblea nacional de París es la única.

–Convocar la asamblea provincial –repetía, riendo, el *independiente*–; como si no hubiera sido disuelta desde el momento en que la general decidió celebrar sus sesiones aquí.

Una reclamación universal salió del auditorio, fatigado de tan ociosas disputas.

–Mientras ustedes, señores diputados, se entretienen en pamplinas semejantes –dijo un refaccionista–, ¿qué se hace de mi algodonal y el plantío de cochinilla?

–¿Y de mis cuatrocientas mil matas de añil que tengo en el Limbé?
–añadió un hacendado.

–¿Y de mis esclavos, pagados a treinta pesos, uno con otro? –prorrumpió el capitán de un buque negrero.

–Cada minuto que se pierde –proseguía otro hacendado– me cuesta, con el reloj y el arancel en la mano, diez quintales de azúcar, que, a diecisiete pesetas el quintal, hacen ciento treinta libras y diez sueldos en moneda de Francia.

–La colonial, a que usted llama general –continuó uno de los contendientes, dominando el bullicio a fuerza de pulmones–, es una usurpadora. Que se quede en Puerto Príncipe fabricando y expidiendo decretos para dos leguas en cuadro de territorio, y que nos deje aquí en sosiego. El Cabo está bajo la jurisdicción del Congreso provincial.

–Yo sostengo –respondió el *independiente*– que su excelencia el señor gobernador no goza de derecho para convocar otra asamblea que la general de los representantes de la colonia, presidida por M. De Cadusch.

–Pues ¿a dónde está ese presidente? –preguntó el *plumero blanco*–. ¿Adónde esta su asamblea? Ni cuatro individuos han llegado mientras la provincial entera se halla presente. ¿Querría usted, por casualidad, representar en su sola persona a toda una asamblea y a toda una colonia?

Esta rivalidad de entrambos diputados, fieles órganos de sus corporaciones respectivas, exigió de nuevo la intervención del gobernador.

–¿Adónde van ustedes a parar, señores, con sus sempiternas asambleas *provincial, general, colonial, nacional*?... ¿Servirá de mucho para ilustrar a esta corporación invocar así el nombre de otras tres o cuatro?...

–¡Voto a bríos! –gritó con voz de trueno el general Rouvray, dando una fuerte palmada en la mesa del Consejo–, ¡y qué endemoniados parlanchines! ¡Mejor quisiera habérmelas a voces con un cañón de a veinticuatro! ¿Qué se nos da de esas dos asambleas que se disputan el paso como dos compañías de granaderos al subir a la brecha? Pues bien, señor gobernador: lo mejor será convocarlas a ambas, y yo organizaré con ellas dos batallones para salir a campaña contra los negros. Veremos si hacen tanto ruido con los fusiles como con la lengua.

Después de esta áspera rociada, volviéndose hacia mí, que estaba a su lado, me dijo a media voz:

—¿Qué quiere usted que haga un gobernador nombrado por el rey entre dos asambleas de Santo Domingo que se pretenden soberanas? Los habladores y los abogados son quienes lo echan todo a perder aquí, como en la metrópoli. Si yo tuviera la honra de ser el señor teniente general, pondría de patas en la calle a toda esa canalla, diciéndoles: *El rey reina, y yo mando*; enviaría a Barrabás la responsabilidad hacia esos llamados representantes, y con diez cruces de San Luis, prometidas a nombre de Su Majestad, encerraría en un abrir y cerrar de ojos a todos los rebeldes en la isla de la Tortuga, habitación en algún tiempo de otros bandidos semejantes, los piratas. Joven, acuérdesse usted de lo que le digo. Los *filósofos* engendraron a los *filántropos*, quienes procrearon a su vez a los *negrófilos*, los que nos van dando a luz los *matablancos*, que así se llamaran mientras se les busca un nombre griegolatino. Esas fingidas ideas liberales con que se embriagan en Francia son un veneno bajo la latitud de los trópicos. Convenía tratar a los negros con blandura, pero no llamarlos a una emancipación tan repentina. Todos los horrores que se ven hoy en Santo Domingo provienen de la sociedad patriótica de Massiac, y la insurrección de los esclavos no es más que un golpe de rebote de la toma de la Bastilla.

Mientras que el veterano me explicaba sus opiniones políticas, respirando franqueza y convencimiento, seguían los tempestuosos debates.

Un hacendado del corto número que participaba del frenesí revolucionario, y que tomaba el título de ciudadano general C..., porque había servido de caudillo en algunas escenas de carnicería, exclamó:

—Antes se necesita dar ejemplos que pelear. Las naciones exigen lecciones terribles: atemorícemos, pues, a los negros. Yo soy quien apaciguó los levantamientos de junio y julio poniendo en la entrada de mi finca cincuenta cabezas de negros clavadas cada cual en una estaca y colocadas como árboles a estilo de alameda. Que cada uno de su cuota para la proposición que voy a hacer, y defendamos las murallas del Cabo con los negros que aún nos quedan.

—¿Cómo...? ¡Qué imprudencia! —empezaron todos a decir.

—Ustedes no me comprenden, señores —repuso el *ciudadano general*—. Hagamos un cordón con cabezas de negros que rodee la ciudad desde el castillo de Picolet hasta la punta del Caracol, y sus compañeros los insurgentes no se atreverán a acercarse. En circunstancias como las presentes es

menester sacrificarse por el bien general, y yo lo haré el primero. Quinientos negros me quedan sumisos, y los pongo a disposición de la junta.

La propuesta se recibió con un movimiento general de horror y voces unánimes de “¡Horrible! ¡Abominable!”.

–Medidas de esa naturaleza son las que lo han arruinado todo –dijo otro hacendado– Si no se hubieran dado tanta prisa en ajusticiar a los insurgentes de junio y julio, se habría podido coger el hilo de la conspiración, y no que ahora el verdugo lo ha cortado con su hacha.

El ciudadano c... observó por algunos instantes el silencio propio de un despechado, y luego empezó a refunfuñar entre dientes:

–Pues, con todo, me tenía y me tengo por persona no sospechosa. Soy amigo de todos los *negrófilos* del mundo, y corresponsal de Brissot y de Pruneau de Pomme–Gouge, en Francia; de Hans Sloane, en Inglaterra; de Magaw, en América; de Pezll, en Alemania; de Olivarius, en Dinamarca; de Wadstrohm, en Suecia; de Peter Paulus, en Holanda; de Avendaño, en España, y del abate Pedro Tamburini, en Italia.

A medida que adelantaba en su catalogo de *negrófilos*, iba alzando la voz, y, por ultimo, concluyó con decir:

–¡Pero aquí no se entiende pizca de filosofía!

M. De Blanchelande pidió por tercera vez que se recogieran los votos.

–Señor gobernador –dijo una voz–, mi parecer es que nos embarquemos todos en el *Leopardo*, que está en la bahía.

–Que se pregone la cabeza de Bouckmann –dijo otro.

–Que se le envíe un aviso al gobernador de la Jamaica –dijo el tercero.

–Sí, para que nos mande otra vez el risible socorro de quinientos fusiles –respondió un diputado de la provincial–. Lo mejor será enviar una consulta a Francia y aguardar la respuesta.

–¡Aguardar!, aguardar –prorrumpió M. De Rouvray con energía–. Y los negros, ¿aguardarán? Y la llama, tan vecina, que va a devorar a la ciudad, ¿aguardará también? M. De Touzard, mande usted tocar generala; agarre artillería y salga con sus granaderos y cazadores contra el grueso de los rebeldes. Usted, señor gobernador, establezca campamentos en todas las parroquias de Levante y guardias de observación en Trou y en Vallières, y yo me encargo de las vegas del castillo del Delfín. Dirigiré los trabajos; mi abuelo, que era maestro de campo del regimiento de Normandía, ha servido

a las órdenes del señor mariscal de Vauban; yo he estudiado a Folard y Bezont, y tengo un poco de práctica en defender un país abierto. Además, como las vegas del fuerte del Delfín, rodeadas casi por el mar y las fronteras españolas, parecen una península, se defenderán en cierta manera por sí solas. Igual ventaja presenta la península del Muelle. En fin, aprovechémosnos de todo, y manos a la obra.

El lenguaje enérgico y positivo del militar de experiencia acalló de repente toda la discordancia de votos y de opiniones. El general acertaba, y aquel instinto que cada cual posee para distinguir lo que le conviene, reunió todos los pareceres al de M. De Rouvray; y mientras el gobernador le manifestaba en un apretón amistoso de la mano cuánto agradecía el valor de sus consejos, bien que dados a modo de orden, y la importancia de su auxilio, el resto de la concurrencia reclamaba la pronta ejecución de dichas medidas. Los únicos dos diputados de entrambas asambleas rivales aparentaban disentir del asenso general, y cada cual en su rincón hablaba entre dientes de *usurpación de facultades por parte del Poder Ejecutivo*, de *resoluciones atropelladas* y de *exigir la responsabilidad*.

Yo aproveché la coyuntura para arrancarle a M. De Blanchelande las órdenes que con tal anhelo solicitaba, y salí a fin de reunir mi tropa y ponerme de nuevo en marcha hacia el Acul, no obstante el cansancio de que todos, excepto yo, daban muestras.

XVII

Iban ya despuntando los primeros albores de la mañana cuando acudí a la plaza de Armas, despertando a los milicianos, que dormían echados en sus capotes, mezclados con los Dragones encamados y amarillos, con los fugitivos del llano, con los ganados que mugían y balaban, y con los efectos de toda especie introducidos en la ciudad por los dueños de haciendas. En medio de tal desorden, iba ya logrando poner mi escasa fuerza en orden, cuando vi acudir hacia mí, a escape tendido, un dragón amarillo, cubierto de sudor y de polvo, y, adelantándome a su encuentro, supe con espanto, a las pocas y entrecortadas palabras que pronunció, que mis temores se habían realizado, que la insurrección se había propagado por las vegas del Acul y que los negros habían puesto sitio al castillo de

Galifet, donde se habían refugiado la milicia y los hacendados blancos. Y aquí convendrá decir que el castillo de Galifet era de muy poca importancia, pues en Santo Domingo se le daba aquel pomposo nombre a cualquier fortín de campana.

No había, pues, ni un momento qué perder. Busqué cuantos caballos me fue dable para montar mi tropa, y sirviéndome el dragón de guía, llegamos a la hacienda de mi tío hacia las diez de la mañana. Apenas si eché una mirada sobre aquellos magníficos plantíos, convertidos en un mar de llamas que despedían de su seno espesas olas de humo, entre las cuales cruzaban, arrebatados como leves chispas por el viento, gruesos troncos de árboles vomitando fuego. El espantoso crepitar del incendio respondía a los aullidos lejanos de los negros rebeldes, a quienes alcanzaba a oír, aunque no a divisar. Sólo me acosaba un pensamiento, del que no podía distraerme la pérdida de tantas riquezas de que hubiera sido dueño: ¡el salvar a María! Después de conseguirlo, ¿qué me importaba el resto? Sabía que estaba encerrada en el castillo, y mi única súplica a Dios era la de llegar a tiempo. Sólo esta esperanza me alentaba en mis penas y me daba las fuerzas y los bríos de un león.

Por fin, a una vuelta del camino, se descubrió el castillo de Galifet, con el estandarte tricolor ondeando aún en sus murallas, defendidas por un vivo fuego de fusilería. Solté un grito de placer:

—¡A galope, amigos; riendas sueltas y meted espuelas! —dije a mis compañeros.

Y, redoblando el paso, nos arrojamos a campo traviesa hacia el castillo, a cuyas plantas se veía la habitación de mi tío, desmantelada, pero en pie aún e iluminada por los rojizos reflejos del incendio, que todavía no había hecho en ella presa, pues el viento soplaba de la mar y estaba aislada de cualquier otro edificio.

Una multitud de negros guarecidos en la casa se mostraban a la vez en el ventanaje todo y aun en los techos, y sus armas y antorchas relucían en medio de los incesantes disparos que hacían al castillo, mientras otro y más numeroso tropel de sus camaradas subía, caía y volvía a subir de nuevo por los muros de la fortaleza, rodeados de escalas. Aquellas oleadas de negros, sin cesar rechazados y sin cesar asomando sobre aquellos cenicientos paredones, se asemejaban a un enjambre de hormigas que procuran ascender

por la concha de una gruesa tortuga, y de cuyas molestias se liberta de rato en rato el tardo animal con una sacudida.

Tocábamos, por fin, en las obras avanzadas del fuerte, y con la vista fija en el asta de la bandera, animé a mis soldados, invocando el nombre de sus familias, recogidas cual la mía al amparo de aquellos muros, en cuyo socorro íbamos. Una aclamación general me respondió, y, formando mi reducido escuadrón en columna, estaba pronto a dar la voz de carga contra el tropel de los asaltantes. En este momento, un grito agudo salió del recinto de la fortaleza; un espeso remolino de humo envolvió todo el edificio, extendiendo por algún espacio sus vaporosos pliegues en derredor de las murallas, de donde salía un rumor semejante al de un horno encendido, y, alzándose luego en el aire, nos dejó ver el castillo de Galifet, dominado por una bandera roja, anuncio de la cabal catástrofe.

XVIII

No diré lo que por mí pasó a la vista de aquel horrible espectáculo. Con vergüenza lo confieso; pero la toma del castillo, la muerte de sus defensores, la carnicería de veinte familias, tamaño, en fin, y tan universal estrago, no me ocupó ni por un instante. ¡María, perdida para mí, arrebatada de mis brazos a las pocas horas de aquella en que me había sido confiada para siempre, perdida por mi culpa, pues si no la hubiera abandonado la noche anterior para ir al Cabo por orden de mi tío, hubiese podido siquiera estar a su lado, y morir junto a ella, y con ella y en su defensa, que casi era no perderla! Tales y tan amargas ideas hicieron subir mi dolor al punto de frenesí. Había en mi desesperación algo de remordimiento. En esto, mis compañeros clamaron irritados:

–¡Venganza!

Y con el sable en la boca y las pistolas empuñadas en ambas manos, nos metimos por medio de los rebeldes vencedores. Aun cuando en número muy superior, los negros huían al acercarnos; pero delante y detrás, por derecha e izquierda, iban asesinando a los blancos y apresurándose a incendiar el fuerte; nuestro furor se acrecentaba con su cobardía.

A una puerta del castillo se me presentó Tadeo, cubierto de heridas.

–Mi capitán –dijo–: el Pierrot de usted es un hechicero, un *obí*, como

dicen esos condenados negros, o, cuando menos, un diablo. Nos estábamos sosteniendo y ustedes llegaban, con lo que quedaba todo remediado, cuando se entró en la fortaleza no se por dónde, y cate usted ahí... En cuanto a su señor tío, y su familia...y la señora...

—¿Y María? —le interrumpí— ¿Dónde está María?

En este momento, un negro de alta estatura salió de entre un parapeto incendiado, llevándose una mujer joven, que gritaba y luchaba en sus brazos. La joven era María; el negro era Pierrot.

—¡Pérfido! —le grité, y le apunte con una de mis pistolas.

Pero otro de los esclavos rebeldes corrió a cubrirle del tiro, y, atravesado por la bala, cayó muerto a mis pies.

Pierrot se volvió, y pareció como que me dirigía algunas palabras, y luego se escondió con su presa entre una maleza de canas medio abrasadas. Un momento después atravesó un perro, llevando en la boca la cuna del hermano menor de María. También reconocí al perro, que era *Rask*, y, transportado de ira, le disparé la segunda pistola, pero erré la puntería.

Eché a correr como insensato, siguiéndole las huellas, pero mis dos viajes en el curso de la noche, tantas horas pasadas sin tomar descanso ni alimento, mis temores acerca de María, la súbita mudanza del colmo de la fortuna al último grado de las desdichas, tantas violentas emociones del ánimo más aun que las fatigas del cuerpo, habían agotado mis fuerzas. A los pocos pasos empecé a vacilar, se me anubló la vista y di en tierra con un desmayo.

XXIX

Concluida la ceremonia, el obí se volvió hacia Biassou con una respetuosa reverencia, y entonces, levantándose aquel caudillo, dijo en francés, encarándose conmigo:

—Nos acusan de no tener religión; pero ya ves tú que eso es una calumnia y que somos buenos católicos.

No sé si hablaba irónicamente o de buena fe; más, al cabo de un momento, hizo que le trajesen un vaso de vidrio lleno de maíz negro y puso encima unos cuantos granos de maíz blanco, y en seguida, alzando el vaso por encima de su cabeza para que mejor alcanzase a verlo todo el ejército, exclamó:

–Hermanos, vosotros sois el maíz negro y vuestros enemigos los blancos son el maíz blanco.

En esto meneo el vaso, y cuando casi todos los granos blancos hubieron desaparecido escondidos entre los negros, prorrumpió en decir con aire de inspiración y triunfo:

–*Guetre blan si la la.*²

Otra aclamación, que retumbó en los confines de la montaña acogió la parábola del caudillo, y Biassou prosiguió, mezclando con frecuencia en su mal francés frases o españolas o criollas:

–El tiempo de la mansedumbre ha pasado.

Por demasiado largo periodo hemos aguantado en paz como los carneros, con cuya lana comparan nuestros cabellos los blancos; seamos ahora implacables como los tigres y las panteras de la región de donde nos arrancaron. La fuerza sola adquiere derechos, que todo le pertenece al que se muestra esforzado y sin compasión. San Labo³ tiene dos fiestas en el almanaque, y el Cordero Pascual no tiene más que una... ¿No es así, padre capellán?

El obí hizo una reverencia afirmativa.

–Han venido –repuso Biassou–, han venido los enemigos de la regeneración de la humanidad, esos blancos, esos hacendados, esos dueños, esos hombres de negocios, *verdaderos demonios* vomitados por las furias infernales. *Han venido con insolencia*, cubiertos, ¡gente vana!, de armas, de plumajes y de ropajes magníficos a la vista, y nos despreciaban porque éramos negros y estábamos desnudos. Pensaban, en su orgullo, dispersarnos con tanta facilidad como estas plumas ahuyentan esos negros enjambres de mosquitos y maringuinos.

Y al acabar esta comparación, tomó de manos de un esclavo blanco uno de aquellos abanicos que se hacia llevar detrás de sí y comenzó a sacudirlo con mil gestos vehementes; luego continuó:

–...pero, hermanos, nuestro ejército se arrojó sobre ellos como las moscas sobre un cadáver; cayeron con sus lucidos uniformes a los golpes de estos brazos desnudos, que juzgaron sin bríos, no sabiendo que la buena

² Mirad lo que son los blancos para con vosotros. (N. del A.)

³ Santo francés de quien no creemos que se haga mención en nuestra tierra. (N. del T.)

madera esta más dura cuando le quitan la corteza. Ahora tiemblan esos tiranos aborrecibles: *yo gagné peur!*⁴

Un aullido de gozo y de triunfo respondió a este grito de su jefe, y la catterva toda siguió repitiendo por largo periodo:

–*Yo gagné peur!*

–Negros criollos y congos –añadió Biassou–, venganza y libertad.

Gente de sangre mixta, no os dejéis ablandar por las seducciones *de los diablos blancos*. Vuestros padres están entre sus filas, pero vuestras madres están entre las nuestras. Y luego, *hermanos de mi alma*, jamás los negros. Cuando apenas un miserable harapo cubría vuestros miembros abrasados por el sol, vuestros bárbaros padres se pavoneaban con muy *buenos sombreros* y llevaban chaquetas de mahón los días de faena, y los días de fiesta, vestidos de barragán o de terciopelo, *a diecisiete cuartos la vara*. ¡Maldecid a esos entes desnaturalizados! Pero como los santos mandamientos del *bon* Giu los protegen, no maltratéis a vuestro propio padre; y si le encontráis entre los contrarios, nada os estorba, *amigos*, para que no os digáis mutuamente: *Touyé papa moé, ma touyé quenna toué*.⁵ ¡Venganza! Gente del Rey: libertad para todos los hombres. Este grito tiene eco en todas las islas: nació en *Quisqueya*⁶ y resonó en Tabago y en Cuba. Un capitán de ciento veinticinco negros cimarrones de las Montañas Azules, un negro de Jamaica, Bouckmann, en fin, fue quien primero alzó el pendón entre nosotros. Un triunfo ha sido su primer acto de fraternidad con los negros de Santo Domingo. Sigamos tan glorioso ejemplo, con la tea en una mano y el hacha en la otra. No haya compasión para los blancos, para los dueños. Matemos las familias, arruinemos sus plantíos, no dejemos en sus haciendas un árbol siquiera sin tener las raíces hacia el cielo. ¡Trastornemos la tierra para que se trague a los blancos! ¡Ánimo, pues, hermanos y amigos! Pronto iremos a pelear y exterminarlos. Triunfaremos o moriremos en la empresa. Vencedores, gozaremos a nuestra vez de todos los deleites de la vida; si morimos, iremos al cielo, donde los santos nos esperan; al paraíso, donde cada brazo tendrá ración doble de aguardiente y un peso en plata al día.

⁴ Tienen miedo. en dialecto criollo. (N. del A.)

⁵ “Mata a mi padre y yo mataré al tuyo”, execrables palabras que se oyeron, en efecto, en boca de algunos mulatos. (N. del A.)

⁶ Nombre antiguo de Santo Domingo que significa *Tierra Grande*. Los naturales le llamaban también Maití. (N. del A.)

Esta especie de sermón soldadesco, que a ustedes, señores, no les parecerá mas que risible, produjo entre los rebeldes un efecto maravilloso. Verdad es que los extraños gestos de Biassou, el acento inspirado de su voz, el extraordinario sarcasmo que cortaba a veces sus palabras, infundían a su arenga no sé qué oculto poderío de seducción. El arte con que entreveraba con sus declamaciones pormenores a propósito calculados para halagar las pasiones o el interés de los insurgentes añadía cierto grado de fuerza a aquella elocuencia, tan adecuada para aquel auditorio.

No intentaré pintar que grado de tétrico entusiasmo se manifestó en el ejército tras la alocución de Biassou. Fue un concierto discordante de clamores, de aullidos y de lamentos. Golpeábanse unos el pecho, sacudían otros sus mazas y sables, muchos permanecían de rodillas en actitud de inmóvil éxtasis. Las negras se desgarraban el seno y los brazos con las espinas de pescado que les servían para peinar sus cabellos. Las guitarras, los timbales, las cajas y los *balafos* mezclaban su estrépito con las descargas de fusilería. Era, por fin, aquello una algazara infernal.

Hizo Biassou un gesto con la mana y el tumulto cesó luego como por encanto, y cada negro fuese en silencio a ocupar su puesto. Tan severa disciplina a que había doblegado Biassou a sus iguales, por el mero ascendiente de su ingenio y voluntad firme, me llenaron, por decirlo así, de admiración. Todos los soldados de aquel ejército parecían hablar y moverse al impulso de su caudillo como las teclas del órgano ceden a los dedos del músico. ❧

Conversación en el monasterio

Roger Fry y D.S. Mirsky

Un episodio notable del exilio de D. S. Mirsky lo muestra entre los asistentes a una de las célebres reuniones de letrados en la Abadía de Pontigny, en la isla de Iona. El escenario era un monasterio cisterciense del escritor Paul Desjardins en donde, desde 1910, se celebraban reuniones anuales para discutir un tema preestablecido. D.S. Mirsky participó en la reunión de 1925, en compañía de Bernard Groethuysen, Charles Mauron, Gaetano Salvemini, nuestro Ramón Fernandez y Roger Fry, entre otros. “No soy nada más un teólogo”, le dijo Mirsky a Fry en esa ocasión, en una sobremesa dramatizable. Continuó: “Soy historiador y sé que hemos llegado a un punto en el que se ha roto la razón y estamos por iniciar una etapa de actividad violenta y convulsiva en la cual desaparecerán juntos el Pensamiento Puro y la búsqueda de la Verdad de los que usted habla”. Al igual que varios pensadores en Pontigny, Mirsky avizoró una nueva Edad Media –y además dijo estar realmente impaciente por verla y vivirla. Este diálogo lo rescató Denys Sutton, el editor de la correspondencia de Fry, y lo incluyó en *Letters of Roger Fry* (Random House, 1972) –Antonio Saborit.

Roger Fry: ¡Qué redonda resultó la conferencia de [Charles] Mauron sobre la naturaleza de la belleza en la literatura! Al fin salió algo positivo, una ponencia contundente y un punto de partida para futuras investigaciones.

D.S. Mirsky: Bueno... A mí la psicología no me gusta. Ponerse a investigar la psicología del artista me parece fatigante y estéril.

Fry: Sin embargo, es un hecho que Mauron no se puso psicológico. Estoy totalmente de acuerdo con usted en que la psicología del artista antes y durante la creación incumbe a la psicología más que a la estética, aunque

a veces la psicología pueda arrojar alguna luz sobre la naturaleza del producto estético. Pero no fue el caso de la ponencia de Mauron, según entendí. Mauron abordó cuál es la naturaleza de la sustancia con la que trabaja el artista literario –qué es con exactitud lo que el artista inventa–.

Mirsky: Eso es obvio: son las palabras.

Fry: Sí, pero las palabras con todo lo que implican su resonancia –y éste es el asunto crucial– y su significado. ¿De qué naturaleza es la materia que manipulan las palabras del escritor?

Mirsky: Muy bien, según lo que usted entendió ¿qué fue lo que Mauron dijo sobre eso?

Fry: Mauron sugirió que igual que el artista da forma a volúmenes visuales, el escritor le da forma a “volúmenes psicológicos”. Eso no quiere decir que Mauron hablara como psicólogo, sino que el tema de la ciencia psicológica –los sucesivos *états d’âme* que conforman nuestra existencia psicológica– es también la materia con la que trabaja el artista literario: modelando (según dijo Mauron) volúmenes psicológicos. Esto puede ser ínfimo incluso, como en el caso de un poema breve, un solo *état d’âme*, pero por lo general –como en una novela– los volúmenes que el escritor construye para nosotros son en extremo complejos e intrincados, e involucran innumerables *états d’âme*.

Mirsky: Claro, ya entiendo. La cosa es que mi cabeza no estaba preparada del todo para aceptar el punto de vista de Mauron y creo que lo interpreté mal. Debo corregirme.

Fry: Resulta obvio que a mí me agradó la hipótesis de Mauron porque concuerda claramente con mis propias conjeturas sobre la estética de las artes visuales. Pero tal vez lo que sentí más al escucharlo leer su ponencia fue el placer de regresar o de caer, provenientes de la dialéctica abstracta de la mayoría de los conferenciantes en Pontigny, en lo concreto o tangible y que entendí claramente las ideas –por provisionales que sean– resultantes del método científico.

Mirsky: Bueno, lo único que puedo decir es que yo no creo en la ciencia y que no me parece que la ciencia sea capaz de ofrecer algo de valor al pensamiento. A decir verdad, me resulta más redituable la teología.

Fry: Por lo que supongo que a usted le gustó mucho más la ponencia de [Ramón] Fernandez sobre la Gramática del Consentimiento del cardenal

Newman, la cual a mí me pareció casi tan fantástica por la distancia entre ella y cualquier posible realidad.

Mirsky: Fue en efecto una ponencia brillante, aunque curiosa, pues condenaba las conclusiones de Newman a la vez que exaltaba su método.

Fry: Así es, y ese método depende de no creer en la Verdad. El deseo de *creer* en un sistema determinado me parece algo muy curioso, pues es esencialmente vano. Entiendo, por supuesto, la preferencia por algún determinado sistema del Universo y en ese sentido el deseo de que ese sistema sea cierto; pero un deseo que obligue a la mente a trabajar para lograr creer en él me parece extraordinario. Cuál es la ventaja de creer en un sistema si no es que éste corresponde a una realidad exterior –y el esfuerzo por creer en determinada teoría me parece la desventaja más deliberada en la búsqueda de un sistema correspondiente–. Es como si al tratar de encontrar el peso de un objeto se cargara deliberadamente una de las balanzas, lo cual se me hace digno de Laputa o de Gotham. Ni siquiera entiendo por qué la gente odia la Verdad, pero he visto tantas veces a la gente hacer eso que ya no me impresiona. Confieso, sin embargo, que me impacta mucho que lo haga un hombre con la capacidad intelectual y la seriedad de Fernandez.

Mirsky: Bueno, Fernandez preludia la acción. Para él todos los procesos intelectuales son válidos en la medida en que ayudan a la acción. De hecho, en el fondo él es un pragmático, diga lo que diga.

Fry: Sí. Creo que ésa es la explicación, es decir, que sería una explicación si yo pudiera entender cómo es que alguien puede ser pragmático.

Mirsky: Claro que sí, es muy sencillo. El pensamiento puro, la búsqueda de la Verdad es algo anti biológico. Las personas que se esmeran en eso pierden los resortes de la acción y quedan eliminadas de la lucha por la vida.

Fry: Así que el pragmatismo es un dardo intelectual para evadir al intelecto y volver a la vida instintiva.

Mirsky: Sí, claro, y ahora mismo que la especulación y el pensamiento han echado a perder a las clases educadas de Europa es casi una bendición. No es que yo sea pragmático; yo soy, como le dije, un teólogo.

Fry: Bueno, a mí en realidad me gustaría llegar más allá de esta palabra abstracta “acción”. El deseo puro y desinteresado por la Verdad no impide al hombre hacer el ridículo como Spinoza o ser banquero o académico. No impide por fuerza criar hijos y tener una familia. No inhibe las actividades

comunes y corrientes de la vida. No hay duda que no lleva a ese tipo de acción violenta que se afana por denunciar y manejar los actos de los otros. No tiende a crear un Mussolini o un Bonaparte. Pero confieso entonces que el mundo sería mucho mejor y más próspero si tal actividad se redujera al mínimo. Este tipo de supra acción se ocupa por lo general en contravenir y tal vez por neutralizar las supra acciones de los demás. A mi entender es la máscara del criminal. Es generalmente un volado el que lleva a alguien a la cárcel o a trabajar en el gobierno.

Mirsky: Bueno, yo no soy nada más un teólogo; soy historiador y estoy seguro de que hemos llegado a un punto en el que la razón se ha roto y estamos por iniciar una etapa de actividad violenta y convulsiva en la cual desaparecerán juntos el Pensamiento Puro y la búsqueda de la Verdad de los que usted habla.

Fry: Igual que varios pensadores en Pontigny usted avizora una nueva Edad Media.

Mirsky: En efecto, y estoy impaciente por verla.

Fry: ¿Impaciente? Eso sí me sorprende. ¿Quiere ver cómo acaban los arduos logros del pensamiento europeo?

Mirsky: Europa no me interesa, ya está hecha. Me interesa Rusia.

Fry: Pero, ¿no es claro que Rusia se ha incorporado a la órbita del pensamiento europeo?

Mirsky: No, en realidad nunca, y es liberador en sí mismo y creará nuevos conceptos sobre la vida y eso es lo que me interesa.

Fry: Pero, ¿en verdad avizora una Edad Media no sólo con la indiferencia del observador histórico, sino con gusto? Por atroz que sea nuestra civilización, sólo imagine las orgías de crueldad y persecución y sufrimiento que su disolución acarrearía. Con seguridad, y aun cuando piense que nuestra civilización no tiene remedio, usted tiene que *desear* el mantenimiento de los valores con los que contamos: creer que cultivar esos valores habrá de seguir en la faz de la Tierra.

Mirsky: Soy historiador y no sé que yo tenga valores.

Fry: Entiendo muy bien que *qua* historiador sólo tenga el deseo de constatar. Y desde luego que usted puede constatar los hechos, por mucho que ellos tiendan a abolir sus valores, y aun así conservar sus valores. No veo cómo pueda ser de otro modo. ¿No cree usted que la experiencia que

acabamos de tener en Pontigny, en donde se reunieron personas de todo el mundo para intercambiar sus ideas de una manera absolutamente amistosa y sincera, fue valiosa?

Mirsky: Claro, sin duda. Pero no sé si eso es más valioso que lo que traerá consigo la Edad Media. En realidad no es tan fértil; es como si fueran las flores de invernadero de la civilización: para decoración únicamente.

Fry: Ahora entiendo. Su imaginación, al igual que la de Groethuysen, abarca un periodo de tiempo tan amplio que ya está a la espera del florecimiento que siga una vez que la Edad Media haya cumplido su ciclo y usted prevé un florecimiento aún más rico que el actual.

Mirsky: No. No lo creo. Tengo la mente fija en la inminente Edad Media.

Fry: Como usted niega los valores, supongo que no tiene sentido preguntarle cuáles son los valores que usted prevé.

Mirsky: Bueno, al menos la abolición de la ciencia. Rusia no querrá ciencia; optará por la teología.

Fry: No hay duda de que la teología destruyó a la ciencia de los griegos y trajo consigo la Edad Media, y supongo que eso volverá a pasar, y ciertamente nada fue más claro en Pontigny que el odio de todos los jóvenes intelectuales franceses hacia la ciencia. Pero usted despierta mi curiosidad. Siempre quise saber de teología y cuál es el proceso por el que el intelecto humano se siente atraído por ella. No conozco al teólogo que me lo haya podido explicar. Tal vez usted lo pueda hacer.

Mirsky: Pero ahora mismo no me he puesto a hablar como teólogo; estoy en una etapa nihilista.

Fry: Tanto mejor, puesto que como nihilista usted está bastante más cerca de mí; su intelecto es accesible y me podrá decir cómo fue que se volvió teólogo.

Mirsky: La teología tiene la gran ventaja de ser tan irracional como lo que usted conoce como la vida instintiva aunque, por cierto, no creo en el instinto. Y mientras más irracional, mejor. En verdad me gustaría creer en la teología de los antiguos griegos, pero el cristianismo está bien para mí, aunque debe ser el cristianismo de la iglesia ortodoxa rusa, no el cristianismo de la romana. Para mí, en términos generales, es la mejor explicación del mundo.

Fry: ¿Quiere decir que si mira a su alrededor sin prejuicios —el mundo que

nos revelan todos nuestros sentidos y todo lo que nuestro intelecto es capaz de hacer para colocarlos en un sistema ordenado— la ortodoxia rusa es la hipótesis más probable?

Mirsky: No, probable no. Muy improbable, pero es parte del asunto. La verdad última de las cosas es casi ciertamente improbable; hasta la ciencia no deja de encontrar la hipótesis más improbable. Casi podríamos decir que lo probable no puede ser verdad.

Fry: Tal vez, pero me quedo con mi sistema probable sólo provisionalmente hasta que no llegue a enriquecerlo con alguna nueva improbabilidad mejor. Desde luego que en lo personal no veo ningún sentido en tratar de forzar la revelación de una verdad mayor; no hay nada que hacer salvo esperarla y buscarla mientras tanto. Pero, dígame, ¿por qué entre los cientos de sistemas altamente improbables que el ingenio humano acicateó en virtud de lo fraguado por esta extraña impaciencia, es que usted eligió éste?

Mirsky: ¿Por qué no? Tal vez sea cierto que usted lo pueda desaprobar, así que lo elegí.

Fry: Tal y como el jugador siente que está obligado a elegir un número en el cual colocar su dinero y como no hay una razón válida para la elección, él elige algún accidente casi psicológico para decidirse. Yo sospecho que usted es un jugador y que el instinto del jugador es el que le hace colocar su dinero en donde lo ha puesto, digamos en el 57, y porque resulta que ése es el número que usted ha mencionado con más frecuencia.

Mirsky: Sí. Puede decir que es el número de la familia.

Fry: En efecto, todo esto es de lo más interesante. Me hace desear más que nunca un análisis psicológico, tal vez definitivo, sobre el curioso fenómeno de la convicción. Este extraordinario proceso por medio del cual de pronto la mente cristaliza un determinado esquema que puede ser tan sólido que resista una experiencia completamente contradictoria durante toda la vida, y sospecho que son diversas las razones de esta cristalización. Si supiéramos realmente por qué de pronto un jugador se hace a la idea de que un determinado número será el ganador, sabríamos por qué fue que Newman se volvió romanista.

Mirsky: Su investigación me deja helado, porque desde luego yo no creo en la ciencia y en particular en la psicología. Ve usted que yo desprecio la razón. Las únicas verdades que tienen algún valor son las verdades reveladas

directamente al hombre por las necesidades de su vida. Al hallar con lo que él puede vivir descubre lo que es inevitable y, por tanto, cierto.

Fry: Pero sin la razón no existe un término común entre las verdades contradictorias que, lo sabemos por experiencia, la vida revela a distintas personas.

Mirsky: La razón no ayuda al entendimiento de las personas.

Fry: Desde luego. Aquí estamos nosotros, difiriendo *toto caelo* en lo que el proceso de la vida y, en mi caso debo añadir: en lo que el proceso de la razón nos ha hecho creer –y sin embargo supongo que cada uno de nosotros confiere alguna importancia a nuestras diferentes verdades, no tratamos de estrangularnos, estamos de acuerdo en intentar llevar nuestros credos al único plano común posible que es el de la razón–. Hasta usted, no obstante que niegue a la razón, trata de explicarme en una secuencia lógica cuál es la naturaleza de su situación intelectual.

Mirsky: No, la razón por la cual no trato de estrangularlo a usted es que mi sistema nervioso es muy delicado. La violencia contra otro le resulta repugnante a mis nervios, nada más. La única objeción moral que tengo frente a la violencia e incluso frente a la crueldad es que me alteran los nervios.

Fry: En fin, debo estar sumamente agradecido ahora a la peculiar formación de su sistema nervioso. Pero como puedo confiar en él, permítame indagar un poco más. ¿Podría abundar un poco más en la elección de un conjunto de creencias?

Mirsky: Nada más que ahora no creo en eso.

Fry: No, pero cuando sí cree supongo que estará preocupado por su alma. A mí me da la impresión de que todos los rusos padecen una hipertrofia del alma. Conozco a una dama rusa muy encantadora que se dedica a echar a perder su vida y las vidas de los demás sólo porque tiene un alma absolutamente hipertrofiada.

Mirsky: No. No tengo noticia de que yo tenga un alma, y la verdad es que dudo tener la capacidad de iluminar mi teología. Su sinrazón es su mayor atracción, su oposición a la ciencia.

Fry: Las ventajas morales de la ciencia no son nada para usted.

Mirsky: No existen. Yo no puedo hacer nada por la humanidad.

Fry: Acepto, desde luego, que la ciencia no tiene relación directa con la moral, pero indirectamente su efecto parece ser enorme.

Mirsky: ¿Cómo es eso?

Fry: El método científico requiere una cierta eliminación del egoísmo en el hombre. Lo primero que tiene que hacer es obtener la absolución como si se estuviera confesando, y para sí mismo, que es ignorante. Pero más que eso, sus resultados tienen indirectamente una carga moral; en tanto que la religión proclama la preeminencia del hombre entre las cosas visibles, su conexión directa con seres superiores y tiende por lo tanto a exasperar su egoísmo animal. La ciencia señala, con voz no incierta, la insignificancia del hombre en el sistema del Universo. ❧

Un sabio visita a otro, con noticias de una voz censurada

Francisco J. Santamaría

Siempre le he tenido simpatía al lexicógrafo, escritor Francisco J. Santamaría (1886-1963). Su *Diccionario de Mexicanismos*¹ y su *Diccionario de Americanismos*² se alzan en mi memoria como hazañas personales comparadas a la que dieron lugar a diccionarios como el Oxford, el Webster, el Littré. No sólo me cautiva la oceánica diversidad de sus voces, sino el encarnizamiento –no encuentro otra palabra– con que el autor las documenta. Aparece Francisco J. Santamaría como un investigador de otra época, que demuestra sus conocimientos a cada vuelta de hoja con una cita literaria o una referencia histórica: con una *autoridad*. Santamaría surge en mi imaginación como una suerte de Atlas que sostuviera el mundo americano –con sus indigenismos, criollismos y mestizajes múltiples– sobre sus propios hombros.

Si el *Diccionario de Mejianismos. Razonado; comprobado con citas de autoridades; comparado con el de americanismos y con los vocabularios provinciales de los más distinguidos diccionaristas hispanamericanos* (1959) de Porrúa es un objeto tan habitual como necesario para el mexicano electivo tanto como para el nativo semiconsciente porque semialfabetizado, y uno lo encuentra fácilmente en bibliotecas públicas y privadas, el *Diccionario de Americanismos* (México: Editorial Pedro Robredo, 1942) escasea más en los estantes universitarios y escolares. Fue editado la última vez por el gobierno del

¹ Francisco J. Santamaría, *Diccionario de Mejianismos* (3ª ed. corregida y aumentada). México: Editorial Porrúa, S. A., 1978.

² Francisco J. Santamaría, *Diccionario General de Americanismos*, (2ª. ed.; 3 tomos). Villahermosa: Gobierno del Estado de Tabasco, 1988.

Estado de Tabasco, por don Enrique González Pedrero (y Julieta Campos, su áulica y conyugal consejera) quien fue, al igual que Santamaría, gobernador de dicha entidad. Debo los tomos de este *Diccionario* precisamente a don Enrique, quien llegó a trabajar como director del Fondo de Cultura Económica entre 1988 y 1989. Yo me desempeñaba como editor y soñaba con que esta casa incluyera la mencionada obra maestra de la lexicografía americana en su catálogo. Nunca pude hacerlo, pero he leído y consultado a lo largo de los años los ejemplares lexicones de Santamaría como si fuesen novelas. Un amigo que compartía conmigo ese gusto era el escritor y filósofo Alejandro Rossi. A veces nos divertíamos comparando alguna palabra presente en Santamaría con la misma o alguna afín incluida en los tomos de *El habla de Venezuela*³ de Ángel Rosenblat o con algunos otros diccionarios de americanismos (el Malaret⁴, o el de Hildebrandt⁵) donde se podía palpar lo que Alejandro llamaba “el habla de las regiones”. Sabía lo que decía. La vitalidad y la energía de Don Francisco en sus diccionarios me hacían soñar despierto. Por eso no me extraña demasiado que algunos jóvenes lingüistas lo acusaron de fantasioso y provinciano con mecánica ironía y gesto condescendiente.

Pronto me daría cuenta que eran ellos los descendientes y aldeanos y que pertenecían a la raza pre-fabricada de los investigadores improvisados a medias porque ignoran la realidad y su crudeza. Don Francisco J. Santamaría fue ciertamente un hombre de otra edad, pero definitivamente arraigado en su pantanoso Tabasco, en el tórrido puerto de Veracruz, en la ancha América, en el continente llamado México. Al final de su vida, empezó a correr su fama por el mundo. Un signo de ese curso de la voz que se va pasando de boca en boca fue la visita que el hispanista francés hizo a Francisco J. Santamaría cuando Marcel Bataillon vino a México en 1958.

³ Ángel Rosenblat, *Estudios sobre el habla de Venezuela. Buenas y malas palabras* (prólogo de Mariano Picón Salas; 2 tomos. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana, 1984.

⁴ Augusto Malaret, *Diccionario de Americanismos*. Buenos Aires: Biblioteca Emecé de Obras Universales, Sección XI, Referencia y Varios, 1946.

⁵ Martha Hildebrandt, *El habla culta (o lo que debiera serlo)* (2ª edición). Lima: Peisa, 2003.

De esa visita amistosa que el autor de *Erasmus y España* hizo a Santamaría, éste ha dejado, venciendo el pudor, una hoja perenne en su libro *Memorias, acotaciones y pasatiempos*⁶ (Cuadernos del Consejo Editorial de Tabasco, 1981), presentada y prologada por Manuel González Calzada, el autor del librito sobre *El Café París*, y quien es tío de la editora Laura Lecuona. El libro estaba esperándome en la mesa de remates de la Librería Madero de Enrique Fuentes.

Más allá de esta noble remembranza, si bien entrañable de anecdótica índole, las *Memorias, acotaciones y pasatiempos* traen la noticia de una definición censurada a don Francisco por los editores. Se trata de la acepción de la voz “tortillera”, “palabra de la cual los editores suprimieron, al imprimir su libro, la acepción de mujer que se machuca con otra” y sigue: “Citando a Ramos i Duarte en la sinonimia que de esta voz da en su *Dicc de Mejicanismos*, i en vista de que mis señores Porrúa, Hermanos i Cia., de Mejs., en prensa, me pidieron suprimir i suprimieron ‘por fuerte’ la 2ª acepción (figurada) de *Tortillera*, al llegar a citar la sinonimia del maestro Ramos, tuve a bien poner esta nota:

“Si esto también ‘está fuerte’
(i en ello de acuerdo estamos),
que corra la misma suerte
el pobre magister Ramos”.

(Es decir, que se suprimiera, como la 2ª acepción de *Tortillera*) No se suprimió.

Cabe decir que el mismo Santamaría pudo incluir esa segunda y censurada acepción en su *Diccionario de Americanismos*, al menos en la edición en tres vols. de 1988, donde queda definida esta voz en su tercera acepción como “mujer que tiene el vicio de tortillar, tortillears o echar tortillas con otra”. T-III. p. 206. La acepción no la recogen otros diccionarios de mexicanismos más modernos. —*Adolfo Castañón*.

⁶ Francisco J. Santamaría, *Memorias, acotaciones y pasatiempos (14)*. Villahermosa: Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, 1981.

1958

Agosto 12

En el Desp. de Raf. por la mañana, llega el Dr. Melo llevando a presentarme al sabio francés Mr. Marcel Bataillon, q. trae carta de introducción cerca de mí del Lic. Jorge Gurría L., de Méjico.

Marcel Bataillon es un verdadero sabio. Es Director del Colejio de France, en París, nada menos.

Entra en charla conmigo. Ha venido —dice— a Veracruz por conocerme i conocer mi biblioteca i mi fichero de cédulas del Dicc. de americanismos, q. admira con asombro.

Por la tarde se instala en mi casa, revisando libros en la biblioteca i admirando algunos. Pero me pide conocer mi fichero de cédulas del Dicc. pa. darse cuenta de cómo trabajo. Me echa una flor que casi me tumba: “A usted le pasará lo que a Cervantes: no han comprendido que su libro es el Dicc. de un mundo. Dentro de 50 o cien años empezarán a entenderlo i admirarle. La gloria siempre llega tarde”. I pienso en lo que dijo Julio Flores: “Todo nos llega tarde, hasta la muerte.” La mejor galantería que se ha dicho de mi Dicc. es la frase de este auténtico sabio Marcel Bataillon.

Cómo se aprende con estos hombres grandes por el saber. Ve mi fichero o cedulaario i exclama: “igual a mí es usted para trabajar. Me cargan los investigadores *cortados a la moda* en cédulas perfectas: todas iguales en tamaño; todas blancas: 13 X 9 cms. Lo suyo es multicolor i variado. Hace ud. una cédula del papel que primero tiene a su alcance al venirle una idea, i así, toma un sobre de carta que acaba de recibir i lo recorta de un tijeretazo, o el papel amarillo de una envoltura en cartulina o papel marquilla, o cualquier retazo que se tenga a mano; el caso es atrapar la idea i llevarla al archivo de donde a todo momento se la puede sacar para que polemice en el ambiente literario. ¡Cuántas veces también la forma, el color, una cualidad peculiar de la papeleta sirve como auxiliar mnemónico o mnemotécnico pa. encontrar una idea perdida o escondida por entre el laberinto cerebral. Esto lo apunté —dice uno— en una papeleta azul, que era envoltura, o que era el sobre de una carta; o así por el estilo. Por asociación de ideas llega uno a lo que se buscaba”. Esto i otras cosas i reflexiones interesantes brotaron de sus labios finos que aguza el sabio casi en forma de pico de ave.

En la biblioteca ha curioseado más de una cosa i emitido una opinión o hecho una observación curiosa de un libro. Abre Covarrubias, la 1ª ed. de 1611, i dice: “Yo sólo he tenido la segunda, que es más importante como instrumento de trabajo, porque contiene el Aldrete, que vale también mucho como obra de consulta lingüística”.

La observación es juiciosa i como de aquel a quien es familiar el libro, a pesar de su rareza.

Habla de autores i obras españoles con la misma familiaridad con que lo haría Menéndez Pidal (o Marañón).

I la tarde se pasó sin sentirla. El hombre nos deja en la boca el sabor de una golosina. Ø

TESOROS REGIONALES AMERICANOS

Augusto Malaret, *Diccionario de americanismos* (3ª. edición). Buenos Aires: Biblioteca Emecé de Obras Universales, sección XI, Referencia y varios, Emecé Editores, 1943.

Pascual Recuero, *Diccionario básico ladino-español*. España: Ameller Ediciones, Biblioteca Nueva Sefarad, Volumen III, 1977.

Ángel Rosenblat, *Estudios sobre el habla de Venezuela. Buenas y malas palabras. T-I* (prólogo de Mariano Picón Salas; 1ª. edición). Caracas: Ediciones Edime, 1956; 1ª. edición, en M.A., 1987; 2ª. edición, 1993; Monte Ávila Latinoamericana, 1984.

———, *Estudios sobre el habla de Venezuela. Buenas y malas palabras. T-II*, Caracas: 1ª. edición, Ediciones Edime, 1956; 2ª. edición, Ediciones Edime, 1960; 3ª. edición, Ediciones Edime, 1969; 1ª. edición en M.A., 1989; Monte Ávila Editores, 1984.

Everardo Mendoza Guerrero y José Gaxiola López (coordinadores), *Sinaloa y sus hablantes*. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa-El Colegio de Sinaloa, 1996.

Gonzalo Soto Posada, *La sabiduría criolla. Refranero hispanoamericano*. Barcelona: Veron Editores, 1997.

Martha Hildebrandt, *El habla culta (o lo que debiera serlo)* (2ª. edición). Lima: Peisa, 2003.

Carlos López, *Voces de Guatemala*. México: Praxis, 2005.

Leni Pane, *Los paraguayismos. El español en el habla cotidiana de los paraguayos.*

Asunción: Arandurã Editorial, 2005.

José Humberto Velásquez, *Leperario salvadoreño. Fichas de campo 1961-80.*

Colección Antropología (sin página legal).

El creciente divorcio de Israel con la diáspora: causas e implicaciones

Joseph Hodara

En los últimos años se verifican mutaciones estructurales e ideológicas no sólo en el interior de Israel, sino también en sus relaciones con las comunidades judías, particularmente con la que reside en Estados Unidos. Conforme a sus gobernantes, el Estado israelí constituye el epicentro de la diáspora judía; le ofrece paternal y vigilante atención a cambio de un apoyo político y económico incondicional. Desde el Holocausto y el alcance de la meta final del sionismo (la creación de una entidad nacional), este enlace desigual se antojaba axiomático. Discursos y narrativas señalaban la superioridad de la vivencia judía en Israel –autónoma y liberada de complejos– en relación a la de los núcleos dispersos en el mundo (*diáspora*, de aquí en adelante), que padecerían marginalidad e incertidumbres en las sociedades que habitan. Conforme a esta visión, la diáspora se reducirá pausada o bruscamente, y entonces sus miembros emigrarán a fin de redefinirse existencialmente en el Estado, ya sea para ejercer una existencia eximida de ambivalencias, ya sea para eludir marginalidad social y ofensas antisemitas. La emigración a Israel de más de un millón de ciudadanos que habitaban los países dominados por la Unión Soviética antes y después de su colapso fortaleció estas premisas.

Este postulado fundamental del sionismo se traduce en términos del lenguaje cotidiano. En hebreo no se usa la voz “emigrar o inmigrar” respecto a los judíos que llegan a Israel. La decisión de residir en el país se traduce como “*subir*” en tanto que abandonar el país es “*descender*”. Conceptos de origen religioso que el sionismo adoptó en el marco de una secularización generalizada de aspiraciones, palabras y símbolos originalmente de raíz metafísica y teológica.

Por obra de variadas circunstancias, anticipo un radical viraje de estos nexos. Cada una de ellas elude, a mi juicio, a un retazo de una compleja constelación; pero el conjunto remata en un resultado que considero irrefrenable: una escisión radical entre el Estado israelí y amplias agrupaciones judías que se identificarán, sin ambages, con los sistemas nacionales que habitan al tiempo que ejercerán severas críticas respecto a políticas y tendencias del país que se asumió desde su fundación como su exclusivo y legítimo representante.

En las líneas que siguen aludiré a la dialéctica antisemitismo-sionismo que explica no sólo la formación y la expansión –demográfica y territorial– de Israel en el Medio Oriente; también resume las causas de esta actitud crecientemente crítica asumida por fracciones de la diáspora. Dialéctica que se alimenta, por un lado, de la politización y manipulación descarriadas por parte de gobernantes de Israel respecto del Mal extremo fraguado contra los judíos en el Holocausto; y por el otro, a un declive relativo de las expresiones antisemitas en el mundo moderno y la aparición creciente tanto de actitudes estrictamente anti-israelíes como actos de marginalidad e incluso rechazo a un Otro que ya no es el judío.

Por añadidura, los procesos y tendencias internos en Israel que restringen sustancialmente el ejercicio de la democracia alientan esta previsible redefinición de la diáspora, especialmente entre los miembros que han internalizado un intransigente liberalismo democrático. Aludo en particular a la previsible fisonomía de Israel en la próxima década, considerando tanto la expansión demográfica y territorial religiosa no sionista en este país como los avances perceptibles de una derecha nacionalista y mesiánica. Visión que gravitará adicionalmente, a mi parecer, en el nexo Israel-diáspora.

LA DIALÉCTICA ANTISEMITISMO-SIONISMO

La nostalgia respecto a la Tierra Prometida, que los judíos abandonaron ya sea voluntariamente desde tiempos antiguos, ya sea por la brutal conquista romana de Jerusalén (año 70 de nuestra era), coexistió durante varios siglos junto con el desprecio y el violento rechazo al judío. Esta actitud, que con frecuencia se tradujo en atropellos y masacres masivas, se sustentaba en sentimientos y argumentos religiosos. La crucifixión de Cristo constituía,

en la imaginación popular orientada por la Iglesia, un pecado radical por el que los judíos y sus descendientes merecerían interminable castigo.

Los judíos, por su lado, consideraron que este injusto hostigamiento externo constituía una suerte de reto por parte de Dios, reto acaso similar al que impuso Satán –con el benéplacito divino– a Job, con el designio de probar la solidez de su fe. En el curso de los siglos, filósofos y rabinos reinterpretaron normas de conducta (como el permiso limitado a comerciar con los no judíos) con el designio de cristalizar pautas de selectiva convivencia con el entorno. Por su parte, poderes políticos (tanto en la Europa cristiana como en los centros musulmanes) respaldaron la gestación de vecindades (*ghettos*, *millets*) habitadas sólo por judíos, con el fin explícito de atenuar roces conflictivos; también les concedieron funciones (intremediación financiera y comercial) vedadas durante algunos periodos a los cristianos (la usura se consideraba en la teología cristiana una afrenta a Dios, puesto que se sustenta en el correr del Tiempo, que es creación divina).

Esta situación se tornó inviable o disfuncional desde el siglo XIX, particularmente en Europa occidental. El liberalismo político y las tendencias emancipadoras, amén de la industrialización y la creciente secularización, gestaron alternativas existenciales a los judíos. Es más: ellos se tornaron indispensables para la sociedad en general al reclamar ésta el avance de las ciencias y del comercio internacional. No pocos abandonaron los *ghettos* (particularmente en Europa occidental) dotados de una ventaja inicial: la mayoría de los hombres y la mitad de las mujeres sabían leer, hablar y escribir en más de un idioma, en contraste con la población no judía, sumida a la sazón en el analfabetismo y en breves horizontes geográficos. Rasgo que les permitió sobresalir tempranamente en todas las esferas de la ciencia y de la cultura.

Sin embargo, esta circunstancia no abatió el antisemitismo; por el contrario, sólo cambiaron sus matices: el argumento religioso cristiano se enriqueció con o fue sustituido por planteamientos económicos (“los judíos dominan las finanzas”) y raciales (“poseen una biología inferior”). La modernidad engendró así nuevas modalidades del antisemitismo al tiempo que transformó entre los judíos la nostalgia metafísica por el Retorno en un movimiento político y secular de liberación nacional.

Ciertamente, en este contexto de hostilidad plural nació el sionismo con sus múltiples modalidades. Fue un resultado del pertinaz y ahora

“modernizado” odio al judío. El periodista Zeev Herzl y el psiquiatra Max Nordau propiciaron un Estado *para los judíos*, aunque no un *Estado judío*. Ni el uno ni el otro tendieron a instalarse en el Estado propuesto; la vida en Viena o París les resultaba más cómoda. Pero el proyecto constituía sin duda una digna *alternativa* para los millones de judíos que medraban en los *ghettos* de Europa oriental.

En los inicios del siglo xx, muy pocos judíos la escogieron. La mayoría prefirió la emigración a tierras que ignoraron la intolerancia feudal, o bien la lucha en favor de una sociedad socialista conforme a las múltiples modalidades del marxismo. Apenas algunos miles de judíos llegaron a Palestina a comienzos del siglo xx. Sin embargo, el pertinaz rechazo al judío no cesó; por el contrario, se generalizó en las masas y sus expresiones se sustentaron en los modernos recursos tecnológicos. La industrialización del Mal se manifestó con primitivo e industrial refinamiento en el Holocausto.

En suma: el sionismo y su logro (el Estado de Israel) son un resultado paradójico del antisemitismo en sus múltiples y venenosas formas. Cabe añadir que la tolerancia relativa por parte de algunas naciones respecto a conductas israelíes contrarias a entendimientos convenidos entre las potencias (como la adquisición de poder nuclear) o a leyes internacionales (desde el secuestro de Eichmann en Argentina a la continuación de la ocupación y colonización de tierras palestinas, por ejemplo) emana de un *síndrome culposo* que deriva de la tolerancia o complicidad de estos factores que se tradujeron en la muerte de millones de judíos durante la segunda Guerra Mundial. Ciertamente, también cálculos estratégicos de las nuevas constelaciones del poder mundial favorecieron a Israel desde su fundación (1948).

Es convicción de no pocos políticos e intelectuales israelíes y de varias comunidades diaspóricas que el antisemitismo no ha desaparecido. Mudó de forma: ahora se manifiesta como *antisionismo*, es decir, como actitud hostil al Estado y a sus políticas. Conforme a esta postura, la crítica a Israel es una expresión sofisticada, refinada o indirecta del rechazo radical al judío. No cabe distinguir entre ambas modalidades.

A mi juicio, una postura parcialmente sostenible peca de la análoga y perversa generalización de la que adolecen los antisemitas. Es posible –incluso probable– que la expresión de censuras a Israel como Estado es en múltiples casos una expresión de la hostilidad ancestral al judío. *Pero no es*

necesariamente así. Cabe otorgar al antisionista el beneficio de la duda. No es inverosímil que acierta en distinguir entre una propensión y otra. Se trata de un deslinde que ya se perfila en múltiples círculos de la comunidad judía norteamericana.

Si se acepta que el antisemitismo fue y sigue siendo funcional para el Estado israelí (éste constituye una especie de “póliza de seguro” y de puerto generoso para los judíos diaspóricos cuando países donde habitan son trastornados por crisis de ancha magnitud y/o el hostigamiento al judío les resulta insoportable), *¿qué ocurrirá cuando la intolerancia al Otro –propensión humana de honda raíz– escoja víctimas alternativas?*

Esta es una hipótesis que la globalización torna posible e incluso verificable. El movimiento masivo de contingentes humanos desde países latinos, musulmanes y africanos a los centros de la cultura blanca y occidental está gestando sujetos alternativos de hostigamiento y rechazo. Esto se da con particular énfasis cuando estas multitudes muestran sus rasgos particulares en público (a través del lenguaje, vestimenta, mezquitas, vecindades) y representan, en el imaginario popular de los países “invadidos”, una amenaza a la identidad cultural, cuando no a la seguridad colectiva. En cualquier caso, esta hostilidad primaria al Otro se difunde reduciendo la suspicacia ancestral al judío, que en estas circunstancias se considera actor y parte de la cultura nacional en aprietos.

Si esta tendencia continúa y adquiere dinamismo, el antisemitismo en sus formas y fórmulas conocidas entrará a un arco menguante. Y así las cosas, el Estado israelí tropezará con crecientes dificultades internas y externas. Las virtudes de la “póliza de seguro” menguarán y los riesgos de la vivencia en Israel, enclavada en un medio hostil, gravitarán negativamente en la decisión de instalarse en este país. La emigración a otros países que muestran superior tolerancia se constituirá en una alternativa más razonable.

La propensión a un divorcio selectivo con Israel ya se manifiesta en diferentes comunidades diaspóricas, especialmente en fracciones de la norteamericana que cuenta con recursos propios –institucionales, legales y financieros– para encarar expresiones de intolerancia. Así, una situación similar a la que caracteriza a los nexos entre China o Japón y sus respectivas diásporas en países presididos por la democracia liberal está cristalizando

en los enlaces entre Israel y las comunidades judías dispersas en diferentes geografías. Es pertinente examinar un caso con algunos pormenores.

MUTACIONES EN LA DIÁSPORA JUDÍA EN ESTADOS UNIDOS

Transcurridos tres años de la formación del Estado israelí, sus líderes resolvieron identificarse con Estados Unidos, ya embarcada en la Guerra Fría con la Unión Soviética. Este fue un acto que sorprendió a Moscú y a las agrupaciones izquierdistas del país. Sorpresa justificada pues Israel había recibido, merced a una orden explícita de Stalin, equipos militares indispensables durante la guerra que libró contra cinco países árabes en 1948. Más aún, era entonces convicción compartida en el mundo que Hitler y el aniquilamiento industrial de judíos durante la segunda Guerra Mundial fue detenido al final de cuentas por Moscú, al precio de más de 25 millones de soviéticos muertos. Sin embargo, la presencia de una comunidad judía numerosa y activa (más de seis millones) en Estados Unidos y las inclinaciones francamente antisemitas de la Unión Soviética determinaron el viraje.

Desde entonces hasta la fecha, la dependencia israelí respecto de Washington se ha magnificado. Recibe anualmente un apoyo financiero de tres mil millones de dólares, que le ayuda a sufragar la compra de equipo bélico en Estados Unidos. Por añadidura, el influyente *lobby* judío gravita en las decisiones críticas que afectan a Israel y los aportes monetarios de múltiples miembros de la comunidad judía no son desdeñables. Sin embargo, ya se perfilan cambios sustantivos tanto en los círculos gubernamentales, particularmente en la Casa Blanca, como en los estratos ascendentes de las comunidades.

Múltiples hechos y declaraciones indican que Washington, con el liderazgo de Barack Obama, no puede ignorar el nacionalismo palestino ni los nuevos equilibrios de poder que se están estableciendo en el Medio Oriente. Las intervenciones norteamericanas en Irak y en Afganistán, su pertinaz combate al terrorismo musulmán, el ascendente poder shiita en Irán (país que en pocos años contará con armas nucleares), la crítica importancia del petróleo en Arabia Saudita y en los países del Golfo Pérsico, las insurrecciones populares en Africa del Norte y en Siria, la moderación de la

rivalidad interna entre los palestinos: algunas circunstancias que obligan a la Casa Blanca y al Capitolio a una re-examinación de la política exterior. Sin opciones importantes, Israel deberá ajustarse territorial y militarmente a estas nuevas circunstancias.

Es probable que estas redefiniciones estratégicas se manifestarán en las deliberaciones de la ONU que tendrán lugar este año en torno al reconocimiento de un Estado palestino en la fronteras fijadas en 1967. Los círculos gubernamentales israelíes y la opinión pública vislumbran un severo tsunami diplomático en los próximos meses, y aún no atinan a formular nuevas directrices y retórica ajustadas a esta previsible sacudida.

Esta emergente constelación apura cambios entre intelectuales y profesionales judíos norteamericanos. Algunas indicaciones: el senado de la Universidad de Brandeis –una creación de la comunidad judía de Boston– resolvió no adherirse a los festejos nacionales de Israel. Otra: actores y músicos de origen judío (como Woody Allen o Daniel Barenboim) censuran severamente la política israelí respecto a los palestinos. Y en fin: amplios sectores de la comunidad judía norteamericana rechazan el monopolio de la ortodoxia –legitimado por Israel– en asuntos religiosos y sociales, desde cómo se define al judío y quién ejerce la autoridad para realizar conversiones hasta el tema de la homosexualidad y el matrimonio entre personas del mismo sexo, que los ortodoxos abominan.

Las corrientes conservadoras y reformistas –que son mayoría en Estados Unidos– no se limitan a reprobar a la ortodoxia por su apego fanático a las tradiciones. Multiplican las críticas a las políticas de Israel que legitiman las prácticas ortodoxas, a las que se añaden el trato desigual a los ciudadanos árabes que la habitan y la persistencia de una ocupación territorial adversa al derecho internacional. Rabinos y rabinas norteamericanos (la ortodoxia ignora el ejercicio de ritos por parte de mujeres) procuran en los últimos años soslayar en el púlpito temas israelíes con el fin de preservar la unidad de sus comunidades. Las censuras a políticas y declaraciones oficiales (particularmente del canciller israelí Avigdor Liberman, que representa a la beligerante derecha nacionalista) se multiplican en diferentes medios. Por ejemplo, cuando el primer ministro Benjamín Netanyahu expone, en reiteradas visitas a Estados Unidos, sus alegatos sobre la seguridad de Israel y las amenazas de los países musulmanes vecinos, proliferan las protestas judías.

En respuesta, se suele endilgar a los contestatarios un presunto “auto-odio” que conduce a “impulsos autodestructivos”. Flaca hipótesis, ciertamente, para explicar un descontento justificado y creciente que se sustenta en las más nobles tradiciones del liberalismo democrático.

LA AMENAZA TEOCRÁTICA

Cabe añadir un elemento más en este cuadro. A mi juicio, la escisión entre Israel y la diáspora judía toma impulso merced al vislumbre de un escenario inquietante. No se precisa un versado futurólogo para anticipar que en la próxima década los grupos religiosos ortodoxos habrán de adquirir un peso demográfico y territorial en el país, que se traducirá en el reparto del poder en su beneficio. A pesar de las múltiples diferencias entre ellos en cuanto al estilo de orar, de vestirse y de manifestarse, todos convergen en una actitud alienada y antagónica al Estado sionista. Esta entidad profanaría –así lo postulan– el mensaje divino; lo pervierte a través de una secularidad que remata en el no-judaísmo o al anti-judaísmo. De aquí una actitud esquiva a todas las leyes gubernamentales, desde el servicio militar al ingreso activo al medio laboral. En la cotidiana convivencia con los sionistas, los judíos ortodoxos prefieren vecindades regidas por sus normas, así como el lenguaje corporal y la vestimenta que eran habituales en la Europa oriental hasta el siglo XVIII. Suelen apelar a medidas violentas contra cualquier desviación de la conducta conforme a los dictámenes de las Escrituras y de sus jefes espirituales.

Al crearse el Estado, Ben Gurión suponía que los grupos ortodoxos antisionistas tenderían a desaparecer al calor de la modernidad industrial y de la secularidad que imprimió al país. Regido por este supuesto, concedió una cuota de 400 jóvenes religiosos que se dedicarían exclusivamente al estudio de las fuentes religiosas, eximidos de las obligaciones militares; pero hoy este contingente suma 80 mil por obra de presiones políticas y por decisión de Menahem Begin en 1978. Ciertamente, esta desigualdad enciende el enojo ciudadano; pero es débil o inocuo su eco en la arena política debido al peso decisivo de las agrupaciones religiosas en las coaliciones gubernamentales.

Cabe considerar una circunstancia complementaria que explica lo apuntado: los religiosos ortodoxos se casan jóvenes (entre 18 y 20 años), engendran en promedio de seis a ocho hijos, y gozan de ayuda y de servicios estatales. Cuentan ya con 24 (de 120) representantes en el Parlamento, y su número tiende claramente a aumentar. Si estas tendencias persisten, los grupos ortodoxos –que votan conforme a los dictámenes de los rabinos– obtendrán una influencia sustantiva en el Estado con *apego a las normas democráticas* que detestan. En esta previsible coyuntura podrán cambiar el rumbo y la esencia de la ideología y la praxis sionistas. Por ejemplo, solicitar la protección de un país vecino o de algún poder mundial a condición de que éstos toleren la autonomía interna y el régimen teocrático, preferencias esenciales de los ortodoxos.

Sin embargo, no cabe excluir la “israelización” progresiva de algunos grupos ortodoxos que se manifestaría en la participación selectiva en las fuerzas militares y en los mercados laborales, con la consiguiente asimilación de símbolos nacionales al lado –o en conflicto– con los tradicionales. En tal caso la calidad estatal de Israel no se alteraría sustancialmente, pero sí se fortalecerá, en cualquier caso, la derecha nacionalista secular y mesiánica, que hace hincapié en la singularidad étnica y excluyente de los judíos.

En estas circunstancias, anticipo que la diáspora judía liberal rechazará estas tendencias, y así se fortalecerá la legítima pluralidad de corrientes –incluyendo antagonismos– que ha caracterizado a las comunidades judías desde la modernidad europea.

CODA

Esta naciente reconfiguración de los nexos entre Israel y las comunidades judías alterará el discurso histórico y sociológico que a la fecha la han sostenido. Ya no cabe aceptar sin reservas la postura de Israel como “centro” de la vida judía por varias razones. La primera: el término “judío” –y “judaísmo”– admite múltiples definiciones, desde la estrictamente religiosa a la cultural, incluyendo las que conceden la mirada *sartreana* del antisemita.

Luego, las políticas implementadas por Israel para contener el hostigamiento musulmán y palestino están perdiendo legitimidad y apoyo entre los judíos liberales de la diáspora, particularmente en Estados Unidos.

Tercero, las tendencias del público israelí en favor de la derecha nacionalista y mesiánica se contraponen radicalmente a las actitudes de élites intelectuales y profesionales de múltiples diásporas.

Finalmente, la fundada perspectiva de que grupos religiosos ortodoxos y antisionistas conquistarán democráticamente los principales resortes gubernamentales de Israel habrá de acelerar estas divergencias.

A estos factores endógenos que afectan los nexos entre Israel y los judíos geográficamente dispersos cabe añadir la perspectiva de la formación de un Estado palestino ampliamente reconocido. Es probable que la derecha dominante en Israel no lo aceptará y usará medios diplomáticos y selectivamente violentos para reprimirlo. Es un proceder apenas sensato que acentuará la deslegitimación del sionismo, *particularmente* si el Estado palestino acierta en renunciar desde sus inicios a cualquier género de militarización, depositando su seguridad en otras entidades nacionales o internacionales. ❧

Jerusalén, abril de 2011

Cajón de sastre

Hace 315 millones de años, un insecto aterrizó en el lodo, descansó un rato y voló. De manera asombrosa, la impresión de su cuerpo ha llegado hasta nosotros gracias al endurecimiento del lodo. Richard J. Knecht, del Museo de Zoología Comparada de Harvard, descubrió el fósil en el sureste de Massachusetts. El insecto pertenece a uno de los primeros grupos de insectos voladores (*New York Times*, 5 de abril de 2011).

La comunidad antropeide más antigua. El 28 de octubre de 2010, la revista *Nature* lanzó una pequeña bomba, cinco meses antes de que la OTAN empezara a bombardear Libia. En el sitio de Dur At-Talah, precisamente en el Sahara de Libia, un equipo internacional de paleontólogos y geólogos encontró los restos de unos animales muy pequeños, que no pesaban más de 450 gramos y vivieron hace 50 millones de años. Se trata de la más antigua comunidad de primates antropoides hasta ahora descubierta en África, lo cual plantea nuevas preguntas sobre la historia de nuestros antepasados.

“Adán y Eva se entendían a besos. La humanidad moderna surgió en el sur de África de una población de bosquimanos. El primer lenguaje fue el *khoisan*, donde las consonantes suenan como chasquidos y besos” (*El País*, domingo 13 de marzo de 2011; artículo de dos páginas de Javier Sanpedro).

Brenna Henn y sus colegas de Stanford y otras seis universidades, entre ellas la Pompeu Fabra de Barcelona, presentaron en la revista *Procee-*

dings of the Nacional Academy of Sciences la tesis según la cual toda la humanidad actual proviene de una población de cazadores-recolectores que se originó en el Sur de África hace 200 mil años. Hicieron la comparación genómica más amplia y avanzada a la fecha. Los humanos más antiguos presentaban una enorme diversidad genética y las poblaciones de cazadores-recolectores “son mucho más diversas genéticamente que el resto de las poblaciones africanas”.

Hace 130 mil años, los primeros navegantes del Mediterráneo empezaron la conquista de los mares y el poblamiento de las islas en el Sur de Creta (*Le Monde*, 22 de enero de 2011, Pierre Le Hir). Un descubrimiento arqueológico en el sitio de Plakias, sobre la costa sureña de Creta, modifica radicalmente la historia del poblamiento de las islas del Mediterráneo. Los arqueólogos pretenden que hace la bicoca de 130 mil años unos hombres llegaron a Creta por mar; hasta ahora se decía que la navegación no empezó antes del 10,000 A. C., cuando más, 20 mil años. La revista *Archeology* considera que la noticia figura entre los diez acontecimientos mayores del año 2010. Se encontraron más de 2000 instrumentos de piedra a los cuales atribuyen una antigüedad de 130 mil años. Como Creta se separó del continente hace cinco millones de años, aquellos antiguos artesanos tuvieron que llegar por mar...

Hace 75 mil años, en África austral, un grupo de seres humanos utilizaba técnicas que, hasta ahora, eran consideradas como nacidas en Europa hace 20 mil años (*Le Monde*, 30 de octubre de 2010, Stéphane Foucart, a partir de un artículo publicado en *Science* el 29 de octubre de 2010). El sitio de la cueva de Blombos, trabajado en los últimos 20 años, permite sostener esa nueva tesis. Por cierto, en Rusia se había descubierto el mismo tipo de instrumentos en un viejo sitio de 35 mil años; ahora se da un brinco de 40 mil años hacia atrás.

Paleontología otra vez. El análisis genético de la falange y del diente de la niña de la cueva Denisova, en el Altaí siberiano, complica nuestra genealogía (*Nature*, 23 de diciembre de 2010). Vivió hace más de 50 mil años y pertenecía a otra familia humana, de la cual se encuentran

escasas huellas genéticas tan solo entre los actuales habitantes de Papuasia y Nueva Guinea. No es ni *neandertalis*, ni *sapiens*, ni tampoco *floriensis*. Es el resultado del trabajo del equipo del Instituto Max Planck de antropología evolutiva en Leipzig, el mismo que demostró que el hombre de Neandertal nos legó 2.5 por ciento de su ADN (con excepción de las poblaciones al Sur del Sahara). La niña aquella se sitúa sobre un ramo hermano de los neandertales, por lo tanto los investigadores, si bien hablan de “denisovianos”, no se atreven a decir que es una nueva especie.

Los papiros del *Libro de la muerte del Egipto antiguo* se presentaron al público en el British Museum, por primera vez, de noviembre de 2010 a marzo de 2011. Con una antigüedad de tres mil años en promedio, estos rollos perfectamente conservados en los sarcófagos, al lado de las momias, tienen todavía sus colores originales. El catálogo de 320 páginas se llama *Ancient Egypt Book of the Dead* y tiene un costo de 30 libras.

Tras la tumba de Alejandro Magno (*El País*, 8 de marzo de 2011, Jacinto Antón). El escritor y topógrafo Valerio Manfredi acaba de publicar su ensayo *La tumba de Alejandro. El enigma* (Grijalbo, 2011) sobre la búsqueda del sepulcro del gran macedonio. Dice estar convencido de que todo lo que queda del famoso monumento en Alejandría de Egipto son los bloques de la que se conoce como la tumba de alabastro, en el cementerio latino. En cuanto al sarcófago, no se ha encontrado. Estrabón cuenta que Ptolomeo XII hizo fundir el original de oro para pagar a la tropa y recolocó a la momia en uno de alabastro. ¿Y la coraza de Alejandro? Suetonio escribe que Calígula se la hizo llevar a Roma.

La segunda Pompeya, Alliano, el mayor complejo termal de Asia Menor construido por los romanos en el siglo II d. C., podría pronto quedar bajo quince metros de agua apenas se llene la presa de Yortanlı. Alliano está a escasos kilómetros de Bergama, la antigua Pérgamo, y sólo el 20 por ciento del sitio —de una riqueza extraordinaria, con mosaicos hermosos—, ha podido ser excavado y catalogado (*El País*, 29 de enero de 2011).

El tesoro del Staffordshire (*Le Monde*, 4 de diciembre de 2010, Hervé Morin y www.staffordshirehoard.org.uk). En julio de 2009, Ferry Herbert, un inglés desempleado de 55 años, descubrió un tesoro en el campo: 1,500 objetos –más de seis kilos de plata y oro con piedras finas– con un valor de cuatro millones de euros. Leal sujeto de Su Majestad británica, señaló su hazaña a las autoridades. Es el descubrimiento más importante desde el del barco-sepulcro de Sutton Ho, Suffolk, en 1939, con su tesoro anglo-sajón del siglo VII de nuestra era. Remonta a la misma época de “los siglos oscuros” de la alta Edad Media.

Un panteón en la isla de Guadeloupe, espejo de la esclavitud (*Le Monde*, 13 de noviembre de 2010, por Benoît Hopquin). El descubrimiento –hace 15 años y después de dos ciclones– de esqueletos sobre una playa renovó los estudios de la trata de los esclavos africanos. La terrible dureza de las condiciones de vida se encuentra confirmada por el análisis de las osamentas. Un equipo de arqueólogos desenterró decenas de sepulturas de los siglos XVIII y XIX que correspondían a un panteón de esclavos. La arqueología colonial –y la más específica de la esclavitud– es muy reciente, y desde 2009 los franceses han formado un grupo interdisciplinario para usar los estudios de ADN, la paleoparasitología y los análisis isotópicos (examen de carbono y estroncio en los huesos y dientes).

En el caso del panteón mencionado de la ensenada Santa Margarita, encontraron 300 cuerpos de hombres, mujeres y niños (una tercera parte). Olivier Dufour, experto en paleopatología que ha trabajado con restos humanos que datan de la Edad Media hasta las fosas comunes de las guerras de Napoleón, declara: “Con esta población, nos encontramos en un registro atípico. Me impresiona el sufrimiento marcado en los cuerpos por enfermedades y labores extenuantes. Casi todos tienen menos de 30 años y se puede pensar que el 100 por ciento tenía tuberculosis”.

El marqués d’ Argens escribe a Federico II, rey de Prusia, para pedirle que el famoso Moisés Mendelssohn pueda vivir en Berlín, ciudad prohibida a los judíos: “Un filósofo que es mal católico, pide a un filósofo que es mal protestante, aquel privilegio para un filósofo que es mal judío”.

En 1771 se publicó en Ámsterdam el libro de anticipación de Louis-Sébastien Mercier titulado *L'an 2440, rêve s'il en fût jamais*. Esa primera edición fue traducida y publicada por la UNAM en 1987 como *Año 2440*. En ediciones ulteriores aumentadas, el autor que fue diputado durante la Revolución francesa forzó la dosis de anticlericalismo y añadió un violento ataque contra los judíos. En la página 132 de la edición mexicana podemos leer lo siguiente:

“¿Qué contenía aquella multitud de volúmenes [de las grandes bibliotecas parisinas]? En ese laberinto de libros, las ciencias sólo daban vueltas en círculo y regresaban siempre al mismo punto sin avanzar [...] Por consentimiento unánime reunimos en una amplia llanura todos los libros inútiles, frívolos o peligrosos y formamos con ellos una pirámide que parecía una nueva torre de Babel. El curioso edificio estaba coronado por periódicos y rodeado de cartas pastorales, exhortaciones del parlamento, requisitorias y oraciones fúnebres. Había quinientos o seiscientos mil comentarios, ochocientos mil volúmenes de jurisprudencia, cincuenta mil diccionarios, cien mil poemas, un millón seiscientos mil viajes y un billón de novelas. Prendimos fuego a esa masa espantosa como sacrificio expiatorio ofrecido a la verdad, el buen juicio y el verdadero gusto.”

Un volante sin fecha, en un papel vuelto amarillento por los años, lleva el título de “Pensamientos al Apóstol Madero” y dice:

Los odios mueren a la orilla de tu sepultura, como las olas enfurecidas a la orilla del mar.

Meditar sobre tu sepulcro es sentir la amargura de la gloria y descifrar el secreto de la inmortalidad.

El puñal de tus verdugos labró tu mármol eterno.

¡Traición! Por cada mártir hiciste una corona de inmortales.

El pueblo debe meditar profundamente en sus deberes cívicos, al conmemorar a los mártires de febrero.

Cecilia Zadi

Se le atribuye a Albert Einstein haber dicho que “lo más incomprensible del Universo es que sea comprensible”, pero ha sido imposible encontrar dicha cita en todo lo publicado bajo su firma. Según Gregory Chaitin, matemático, la cita verdadera, encontrada en *Física y Realidad* (1936) sería: “lo eternamente comprensible en cuanto al mundo es su incomprensibilidad” (Gregory Chaitin y www.cs.umaine.edu/chaitin, *Conversations with a Mathematician*, Springer Verlag, 2002).

El 18 de octubre de 2010 se recordó en Beizhing el aniversario número 150 del incendio del Palacio de Verano, saqueado en octubre de 1860 por un ejército europeo. Entre los saqueadores se cuenta el famoso coronel Du Pin, jefe de la contra-guerrilla en la Tierra Caliente de Veracruz y Tamaulipas a la hora de la intervención francesa. Dichos tesoros se encuentran dispersos en el mundo entero, en museos y colecciones privadas. La dirección del Palacio de Verano (Yuangmingyuan, es decir, Jardín de la Perfecta Claridad) tiene como meta, a largo, muy largo plazo, recuperar lo robado, pero sabe que la empresa presenta grandes complicaciones legales, históricas y políticas. El gobierno chino no se ha implicado en el asunto para no ver su política exterior afectada por algo que no le parece prioritario. Jackie Chan, actor de cine oriundo de Hong Kong, fue el primero en firmar la carta abierta redactada por el director del Palacio, en la que se pide “a todos los que poseen reliquias del antiguo Palacio de Verano, restituirlas”. Sobre el saqueo del 7 y 8 de octubre de 1860, el estudio más completo es el de Bernard Brizay, *Le Sac du Palais d' Été* (Éditions du Rocher, 2003).

Francia acepta devolver a Corea 287 manuscritos reales de los siglos XVII y XVIII, robados por la marina francesa en 1866 (*Le Monde*, 13 y 25 de noviembre de 2010, Michel Guerrin y Arnaud Leparmentier, enviado especial en Seúl). Contra la voluntad de la Biblioteca Nacional, el presidente Nicolás Sarkozy declaró en Seúl, el 12 de noviembre, que “estos documentos tienen realmente todo que ver con la identidad coreana” y que por lo tanto la exigencia coreana de su regreso al país era plenamente justificada. El presidente evadió la ley sobre la inalienabilidad de los bienes que se encuentran en colecciones del Estado, ofreciendo un

préstamo por cinco años, renovable todas las veces que sean necesarias. Luego, 284 altos funcionarios de la Biblioteca Nacional de Francia publicaron una carta de protesta, diciendo que este préstamo “es una restitución de hecho [...] estos manuscritos jamás volverán a Francia”. Afirman –y varios antiguos directores de Le Louvre dicen lo mismo– que se ha creado un precedente peligroso, una brecha en el principio sagrado de la inalienabilidad, de una antigüedad de dos siglos y repetido una última vez en la Ley sobre los Museos, en 2002. El presidente de la asociación de los directores de museos declaró: “Si optamos por el arrepentimiento, vaciaremos los museos en una buena tercera parte”. Ahora bien, el presidente Sarkozy no hizo más que cumplir la promesa hecha por el presidente François Mitterand a los coreanos en... 1993, a cambio de un contrato de construcción de un TGV (tren francés de alta velocidad). Desde 2004, dicho TGV corre veloz entre Seúl y Pusan.

Una buena noticia: *Istor* encontró un lugar en la lista HERA (Humanities in the European Research Area) de la European Science Foundation y su Standing Committee for the Humanities Building a European Reference Index for the Humanities-ERIH. 

Reseñas

El inicio de nuestro desastre

Luis Barrón

Pasada ya la fiebre celebratoria, ahora lo que nos queda es reflexionar sobre lo que nos dejó la miríada de publicaciones que colmaron el mercado editorial durante el año del Centenario. De la montaña de novelas, libros de fotografía, colecciones de artículos académicos y memorias de coloquios, foros, simposios y conferencias, es poco en realidad lo que aguantará la prueba del tiempo; el resto, es decir, la mayoría, quedará arrumbado en los almacenes y las bibliotecas de las instituciones académicas, las bodegas de las casas editoriales y, si acaso, las librerías de viejo.

Entre lo poco que, en la opinión de este lector, dejará huella en la historiografía de la revolución están los títulos de la colección Centenarios de Tusquets Editores, que publicó un ensayo serio e informado sobre distintos aspectos de las celebraciones, un par de biografías sobre personajes importantes de la revolución, otra sobre una de sus mujeres más destacadas, dos estudios sobre un par de sus escritores más finos y sus obras, un estudio sobre el manicomio de la Castañeda y una novela sobre la independencia. Pero, además, ofreció a los lectores uno de los estudios de historia regional más importantes que se han publicado, por lo menos en la última década, sobre el mentado movimiento: en *El derrumbe. Jalisco, microcosmos de la Revolución mexicana*, Elisa Cárdenas demuestra que, finalmente, la revolución se ganó su minúscula,¹ que para la historia es honra –nos dice–, porque al convertirse, finalmente, en “un objeto de historia y no sólo [en] una idea legitimadora del poder

¹Elisa Cárdenas Ayala, *El Derrumbe. Jalisco, microcosmos de la Revolución mexicana*, México: Tusquets (colección Centenarios), 2010, 507 pp. No deja de ser curioso que los editores del libro hayan preservado la mayúscula en el título del libro (nota de la redacción).

o un mito fundador de la identidad” (p. 12), nos permite “dimensionar lo humano” y entender tanto lo que sobrevivió a la caída del régimen de Porfirio Díaz, como las rupturas que, efectivamente, nos permiten decir con autoridad que, como decía don Luis Cabrera, “la revolución es revolución”.

El libro está organizado, de manera atinada, en tres partes, que corresponden a lo que era necesario analizar para poder explicar lo que permaneció y lo que cambió con la revolución. En la primera, “Las mieles de la dictadura”, Cárdenas reconstruye toda la complejidad del sistema político porfiriano, para explicar cómo funcionaban los mecanismos que le dieron su excepcional estabilidad. Es cierto que el estudio se centra en Jalisco, pero nos deja un mapa claro de cómo hay que hacer historia regional si es que, en el futuro, alguien toma el reto de enriquecer el cuadro y confirmar o matizar la validez, a escala nacional, del análisis propuesto en *El derrumbe* (p. 433). Además, en ese primer apartado, Cárdenas contesta a una pregunta que resulta inevitable: ¿qué fue lo que hizo que se precipitara la caída del Porfiriato? Con un análisis muy original de la famosa entrevista Díaz-Creelman, la historiadora explica por qué y cómo es que surgieron las dos oposiciones que, en el caso de Jalisco, compitieron por llenar el espacio que analizaba esas dos nuevas fuerzas políticas. Por un lado del espectro, nos explica, el reyismo fue un “movimiento antidictatorial y protodemocrático”, aunque siguió siendo también “profundamente porfiriano”, en busca del regreso al liberalismo clásico de la mitad del siglo XIX. El reyismo, por lo mismo, fue entonces un movimiento político de transición, que logró crear “un partido político tendiente hacia la modernidad”, que no es decir poca cosa. Y es precisamente por todos estos rasgos que Madero pudo acercarse a los reyistas cuando el general Reyes decidió esconder la cabeza y plegarse a los deseos del dictador. Sin embargo, dicho acercamiento no fue otra cosa que un “encuentro frustrado” –nos dice Cárdenas–, pues, sin más, fueron “dos oposiciones diferentes, una se oponía al dictador [la maderista], y la otra, a la dictadura [la reyista]” (pp. 433-434). Por el otro lado del espectro político –que en términos actuales correspondería a la derecha– los católicos se organizan abiertamente por primera vez, sin ser “la sola voz de su Iglesia, ni la marioneta de intereses clericales [ni tampoco] una continuidad llana [del] conservadurismo del siglo XIX” (p. 435).

Quizá lo mejor de esta historia es que nos explica por qué ninguna de las dos opciones tuvo éxito, al mismo tiempo que analiza, como nunca se había hecho antes, cómo cambiaron la cultura y las prácticas políticas después de la caída de Porfirio Díaz, quizá la prueba más contundente de que la revolución sí fue una revolución. Sin embargo, en la tercera y última parte del libro, “El ensayo democrá-

tico”, Cárdenas examina las consecuencias para el reyismo de no haber podido consolidarse como una opción política ante la falta de su líder natural, que terminó en el exilio; y explica cómo el partido católico fracasó a causa de sus propias contradicciones internas, “cuando el principio político del sostenimiento del orden, que se impuso en su seno, se convirtió, tras el asesinato de Madero y Pino Suárez, en apoyo al autoritarismo” (p. 436).

Después de leer *El derrumbe*, uno tiene la impresión de que, efectivamente, como se había dicho ya desde hace mucho tiempo, la revolución fue, ante todo, el inicio de una transición a la democracia, que abrió el espacio público y que exigió que los actores políticos, por primera vez, tuvieran que tomar en serio la competencia y las elecciones. El microcosmos de Jalisco –que no se había tratado con cuidado porque 1908-1913 era un período que, en general, no se consideraba para ese estado un tiempo de revolución (p. 13)– demuestra que el derrumbe del régimen verdaderamente cambió a México, pero que, al mismo tiempo, y por desgracia, la revolución no produjo las condiciones adecuadas para que se consolidara la democracia en nuestro país. Como bien dice Elisa Cárdenas, después del fracaso de Madero, poco a poco la revolución se redujo “a un bloque homogéneo”, hasta que la mal llamada familia revolucionaria quiso encarnar el espíritu de la revolución, inventando una ideología que justificó su voluntad autoritaria por encima de cualquier otra expresada a través del sufragio, cuando ésta no fuera en su mismo sentido.

En muchos sentidos, creo que después de leer *El Derrumbe*, podemos entender mucho mejor cuándo, cómo y por qué inició nuestro desastre.

Mircea Eliade y su Portugal

Mauricio Tenorio Trillo

Mircea Eliade (1907-1986) fue el historiador de la religiones más influyente de la segunda mitad del siglo xx. Sobre sus conjeturas del arquetipo y el eterno retorno, lo sagrado y lo profano, sobre sus novelas y *surmenages*, se ha escrito largo y profundo. Además, como fue el caso con Martin Heidegger, Paul de Man y E.M. Cioran, en la década de 1970, comenzaron a aparecer denuncias sobre el dudoso pasado político de Eliade. Nada nuevo. Lo curioso es que el pasado anti-democrático y autoritario de Eliade quedara tan ligado a Portugal, porque quizá no exista documento más detallado del odio a lo que Eliade llamaba el “demo-liberalismo” que su *Salazar e a Revolução*: un libro casi olvidado, raro y más que bueno, interesante,

que finalmente ve la luz en portugués a raíz de los festejos editoriales del centenario de la república portuguesa (1910).²

Cuenta Eliade en sus memorias que estando en Calcuta se fascinó por Luís de Camões, comenzó a aprender con pasión el portugués, nada difícil para él, un políglota rumano –“latino de oriente”, como el decía– y militante de la latinidad. En 1941, fue enviado de la India a Lisboa como agregado cultural de la embajada rumana en Portugal. Ahí permaneció hasta el final de la guerra. Este es el origen de su *Salazar e a Revolução*. Nada como leer la prosa pura y dura de lo que fue esa derecha europea harta de los experimentos republicanos de fines del siglo XIX y principios del XX, cansada de las débiles democracias de entreguerras, sumidas en el caos, la inflación, la violencia y la crisis económica. Una derecha, claro, anti-democrática, anti-liberal, pero de muy variadas maneras y expresiones, una de las cuales fue la rumana, con intelectuales como Eliade, Cioran o Eugène Ionesco en las décadas de 1930 y 1940. El de Eliade era un anti-liberalismo católico, por supuesto, pero ante todo “espiritual”, obcecado por la idea del sacrificio cual redención personal y social; también ese pensamiento de Eliade era anti-semita, anti-masón, pero sobre todo era un sofisticado discurso acerca de “las revoluciones espirituales”, sobre el peso de lo que entonces era máspreciado para Eliade, las tradiciones.

A diferencia de muchos otros documentos de esa derecha, el *Salazar e a Revolução* de Eliade no puede ser tratado como un estertor de juventud; el hombre rozaba los 40 cuando mandaba reportes desde el Portugal al periódico *Cuvântul* (El Verbo) dirigido por Ionesco. Como amigo del periodista –y luego biógrafo oficial de Salazar– Antonio Ferro, Eliade pronto tuvo acceso al dictador, y así se dio su *Salazar e a Revolução*. En el exilio francés después de la guerra, o en las décadas de profesor de Chicago hasta su muerte en 1986, Eliade nunca reparó en su libro sobre Salazar, nunca fue traducido ni al francés, lengua en la que Eliade solía escribir a partir de la década de 1950, ni al portugués, aunque en los cuarenta circuló en portugués uno de los capítulos del libro de Eliade más zalameros con la figura de Salazar. Tampoco se tradujo al español, aunque Salazar y Eliade habían sido muy favorables a Francisco Franco. A pesar de que historiadores de la primera línea franquista, como Jesús Pabón, admiraban a Salazar, quizá para 1950 lo último que quería el generalísimo era la traducción de un libro rumano que le recordara a la comunidad internacional sus peligrosas amistades pro-eje.

²Mircea Eliade, *Salazar e a Revolução em Portugal* (original en rumano publicado en 1942; traducción de Anca Milu-Vaidesezan). Lisboa: Esfera do Caos Editores, 2010, 253 pp.

Eliade imaginaba su libro como halago del *Estado Novo*, regeneración espiritual de la latinidad, y por ello no hacía más que hacer eco de varios intelectuales portugueses y españoles. A principios de la década de 1940, Jesús Pabón, publicó *La revolución portuguesa: la justificación y defensa de la revolución político, económica y espiritual* que el abogado católico António de Oliveira Salazar había efectuado en Portugal a partir de 1926, pero en especial a partir de 1932. Para Pabón, Portugal llevaba perdido más de medio siglo, primero con los experimentos liberales dentro de una monarquía parlamentaria y, luego, a raíz del asesinato de un monarca y un príncipe y de la revolución republicana de 1910 seguida de incursiones en excesos “demo-liberales” y socialistas dentro de una república inestable, extranjerizante y anticatólica. Para Pabón el derrumbe de Portugal se debía a la generación de estadistas/intelectuales educados en Coimbra; una ilustre generación de liberales, católicos, socialistas y republicanos (desde el gran poeta y político católico Antero de Quental hasta el político e historiador Alexandre Herculano). Según Pabón, Salazar, primero con su astuto manejo de las finanzas y luego como dictador aliado a los militares, repatrió a la historia portuguesa en el cauce de su “tradicción”, el catolicismo, el orden y la paz. Pabón pagaba el favor: como muestra Eliade en *Salazar e a Revolução*, Salazar creía que España había sufrido el mismo desvío de su tradición que Portugal durante los años de la segunda república y de la guerra civil; para Salazar, Franco no había luchado contra una república parlamentaria, sino contra el comunismo, contra esa cosa judeo-masona y anti-católica: la democracia y el liberalismo. Lo que estaba en juego en la España de 1936, escribía Salazar a Londres, no era la democracia, sino el futuro de Europa, la verdadera, la tradicional.

Salazar e a Revolução de Eliade es esto mismo, pero ensamblado como una alargada respuesta a la pregunta que Eliade se hacía en esos años: la posibilidad de una verdadera revolución espiritual en la latinidad. El resultado es un documento indispensable para la historia de todas las caras del anti-democratismo del siglo XX. Uno que mezcla una cuidadísima lectura del pasado portugués, poco común en los intelectuales europeos, cargada de lo que correspondía: el antisemitismo a manera de anti-comunismo y anti-cosmopolitismo, el anti-liberalismo como defensa del gobierno natural de los líderes tradicionales y auténticos, el racismo enmascarado de latinismo, porque lo que Eliade hace es hablar del Portugal de Salazar para hablar de la revolución espiritual que esperaba ocurriera en Rumania, un país “latino de oriente”. Pero sobre todo, *Salazar e a Revolução* es una defensa de eso que el siglo XX fascista o democrático o el posmoderno siglo XXI han sobrevalorado: la tradición, por la que tanta sangre se ha derramado. Tradición que es, claro, la religión, pero es más; es una colección de contradicciones: el anti-modernismo de los más

modernos y modernistas, el populismo de los aristócratas del saber, el misticismo de los pragmáticos del orden.

La reconstrucción de la historia portuguesa que hace Eliade no tiene desperdicio. Dedicó doce de los 15 capítulos del libro a la historia de Portugal, todo para explicar no sólo cómo surge Salazar, sino por qué era indispensable. Para Eliade el liberalismo portugués, monárquico o republicano, fue una impostura sobre las tradiciones portuguesas. La democracia y la república lo mismo, pero más peligrosamente porque no hubo apego a símbolos mínimos de la tradición (el Rey y Dios). Lo más interesante es cómo Eliade lee a los clásicos historiadores de Portugal –Herculano o Oliveira Martins– volteándolos como si se tratara de camisas, todo para vestir a la historia portuguesa con las costuras por fuera. Claro, logra que se vean diáfano las incoherencias de la demofilia liberal, de la demagogia de políticos y partidos a la luz de la necesidad de un mando espiritual duro, de la necesidad de sacrificio y amor en la política. Ahí Salazar aparece como el líder natural, todo espiritualidad y todo sacrificio, al menos en la versión de Eliade.

En realidad Salazar fue un dictador *sui generis* en la Europa de entreguerras y a lo largo del siglo xx. No fue militar como Hitler o Franco. Como Franco, era católico, casi sacerdote, un casi asceta que nunca se casó, adoptó a un hijo, y vivió toda su vida en la austeridad. Pero a diferencia de Franco, Hitler o el impostado periodista Mussolini, Salazar fue un intelectual educado en la tradición de Coimbra. No llegó al poder como líder golpista, sino como tecnócrata llamado al poder por las revoluciones militares; ya estando en el poder, se fue haciendo indispensable y dictador. Eliade, por supuesto, no menciona nada de las represiones del salazarismo. El Salazar de Eliade es ante todo el padre del *Estado Novo* sustentado en una revolución del espíritu legitimada por el amor, el apego a la tradición y al sacrificio.

Para Eliade, como para Pabón, el liberal Quental, el socialista Martins y el republicano Teófilo Braga fueron los padres del pesimismo y el odio reinante en Portugal a principios del siglo xx. El suicidio de Quental, dice Eliade, o el fracaso político de Martins y Braga, no disminuyeron sus maléficas influencias. Dejaron a Portugal con su tradición auto-devaluada, sumido en la convicción de la decadencia. Entre 1911 y 1926, Portugal tuvo 43 gobiernos, varios golpes de Estado, crisis económicas, humillaciones coloniales y de parte de Inglaterra, y un desprestigio internacional generalizado. Una nueva revolución en 1926 llevó al poder al general Óscar Carmona y con él al tecnócrata Salazar que, dice Eliade, no prometió milagros sino sacrificios: la dictadura del sacrificio por el pueblo en nombre del amor y la renovación espiritual. Se trataba de limpiar al Portugal de ideas extranjerizantes y volverlo al camino de la latinidad.

En fin, *Salazar e a Revolução* merecía ser conocido en otra lengua que el rumano, no para desprestigiar a Eliade el connotado historiador de las religiones, profesor de la Universidad de Chicago; cosa demasiado fácil. Era necesario conocer el libro para entender la historia de la más sofisticada derecha europea. En sus diarios y memorias, Eliade evoca la melancolía del campo portugués, explica cómo consiguió una entrevista con Salazar, pero no regresa al por qué de sus ideas de entonces, al por qué de su admiración por el dictador. ¿Qué pensó Eliade, ya augusto profesor de historia de las religiones, cuando la noticia de la Revolución de los claveles (1974) llegó a Chicago? Porque, creo, Eliade de Portugal no podía olvidarse, imposible que lo haya borrado de su memoria: en Lisboa, ya maduro, dio vuelo a sus pasiones sobre el sacrificio, la espiritualidad, la latinidad y... ahí murió su esposa. Para la década de 1970, Eliade acaso pensaba que hubiera sido mejor que su Portugal, su *Salazar e a Revolução*, no hubieran existido. O acaso no: secretamente se regodeaba en la *saudade* del Portugal de sus viejas ideas. Nunca lo sabremos.

La paradójica Clío

Roberto Breña

En la portada del libro que es objeto de la presente reseña, *The Historians' Paradox*,³ aparece el célebre cuadro de Vermeer titulado "Alegoría de la pintura". En este cuadro, la joven que posa para el pintor, en plena faena pictórica, supuestamente es la musa Clío, lo que explica que esta obra (también conocida como "El pintor en su estudio") haya sido escogida varias veces como portada de libros de tema historiográfico.⁴ Este libro de Peter Charles Hoffer es un texto sobre la naturaleza del quehacer historiográfico, sobre sus "recovecos" y sobre las dificultades a las que se enfrenta cualquiera que estudie historia. Estas dificultades, evidentes para todo aquel que se haya acercado a la historia para algo más que entretenerse un rato, las pone de manifiesto Hoffer desde la primera página de su libro: "Es fácil demoler la

³ Peter Charles Hoffer, *The Historians' Paradox (The Study of History in Our Time)*. Nueva York: New York University Press, 2008.

⁴ Por las similitudes que tienen con el libro de Hoffer en más de un aspecto, menciono sólo dos (los cuales, dicho sea de paso, me parecen solventes estudios introductorios al quehacer histórico): *The Pursuit of History (Aims, Methods & New Directions in the Study of Modern History)* de John Tosh (Londres: Longman Group, 1991; ed. orig., 1984) y *Las caras de Clío (Una introducción a la historia)* de Enrique Moradiellos (Madrid: Siglo XXI, 2009; ed. orig., 2001). Por motivos que se me escapan, el libro de Tosh, que es una magnífica introducción a la disciplina de la historia, sigue sin ser traducido al castellano.

idea misma de conocimiento histórico, pero es imposible demoler la importancia del conocimiento histórico.” (p. ix). De aquí el autor desprende lo que considera una “paradoja”: los historiadores no pueden saber lo que proclaman saber. Como primer paso en su intento por buscar una respuesta a la paradoja en cuestión, al inicio de la introducción, Hoffer deja bien clara la importancia y la necesidad de la historia: “Los historiadores traen a la vida lo que está muerto –seguramente la más imposible de todas las búsquedas, pero también la más humana. Sin historia, un pueblo no tiene identidad, no tiene presente y no tiene pasado” (p. 1).

Para enfrentar la paradoja mencionada, el autor propone una filosofía de la historia para nuestro tiempo; una filosofía practicable que nos permita establecer un puente hacia el pasado (una imagen a la que el autor recurrirá a lo largo del libro). Este puente, que es en realidad un método, lo presenta Hoffer en nueve capítulos. La filosofía de la historia que requiere la práctica de la historia en la actualidad es planteada por el autor con un afán, digamos, “optimista”, pues en el prefacio afirma que si bien la práctica de la historia tiene su “lado oscuro” (que él puso de manifiesto en su libro de 2004 titulado *Past Imperfect: Facts, Fictions, and Fraud in American History*), el libro que ahora nos ocupa lo concibió como un complemento que ofrezca una esperanza a las nuevas generaciones de historiadores “y de lectores de historia” (p. x).⁵ En concreto, Hoffer plantea que su libro es la continuación del propósito que Peter Novick se planteara en 1988 en su libro *That Noble Dream*, con el que intentaba provocar en sus colegas historiadores una mayor autoconciencia de la naturaleza de su trabajo, así como ofrecer a aquellos que están fuera de la profesión histórica una mayor comprensión de lo que hacen los historiadores. Cabe añadir dos cosas antes de proseguir: la primera es que, en opinión de Hoffer, la nueva filosofía de la historia debe ser diseñada por historiadores, no por filósofos (pues nadie, nos dice, ama tanto el conocimiento *histórico* como los historiadores y nadie como ellos puede dotarlo de la relatividad que le corresponde); la segunda es que resulta indispensable una filosofía sobre la historia para los tiempos que corren porque la historia nunca había tenido tanta popularidad en el mundo occidental como ahora.

⁵ El último añadido (entrecomillado) me parece importante, pues *The Historians' Paradox* no es un libro dirigido a los especialistas, sino que se inscribe en esa larga línea, sobre todo anglosajona, de ensayos de alta divulgación sobre la historia y la labor historiográfica que Edward Hallet Carr inauguró hace cincuenta años con su celeberrimo *What is History?*. Entre la larguísima lista de títulos que se pueden mencionar, refiero sólo dos que, por motivos distintos, me parecen sumamente atractivos: *In Defense of History* de Richard J. Evans (1997) y *The Landscape of History (How Historians Map the Past)* de John L. Gaddis (2002; versión en español: Anagrama, 2004).

La filosofía de la historia propuesta por Hoffer tiene como primera preocupación la lógica argumentativa, pues, como escribe al final de la introducción: “la historia es siempre argumentación” (p. 7). Es cierto, como él nos dice, que los historiadores son empíricos por naturaleza, pero para pasar de la evidencia empírica a los artículos y libros que escriben los historiadores hay un intermedio e intermediario que es el lenguaje, el cual, para resultar convincente, requiere de argumentos. De aquí esa preocupación de Hoffer, que recorre su libro, por reducir al máximo todo tipo de falacias (tan comunes muchas de ellas en el trabajo histórico).⁶

Más adelante, el autor se detiene en esa pregunta ineludible para cualquier historiador: “¿por qué?” [sucedió tal o cual hecho histórico]. Un cuestionamiento que no deja de tener algo de paradójico, pues, como Hoffer señala, si bien en cierto sentido es la pregunta más importante que se hacen los historiadores, prácticamente nunca alcanzan conclusiones incontrovertibles a este respecto. Es más, añade, muchas de las falacias más recurrentes entre los historiadores se producen por “encontrar” causas que, después de un análisis más detenido, resultan ser causas falsas o, dicho de otra manera (inapropiada lingüísticamente), “no causas”.

El quinto capítulo lleva por título “One of us is lying”. A primera vista, parecería que un capítulo sobre la mentira está de más en un libro que pretende plantear una nueva, asequible y “optimista” filosofía de la historia. Sin embargo, muy pronto queda claro al lector la importancia y pertinencia del tema. De entrada, por una razón muy simple (ante la cual, dicho sea de paso, con relativa frecuencia los historiadores nos hacemos de la vista gorda): ¿a partir de qué momento la decisión de omitir ciertos hechos equivale a mentir? La pregunta puede parecer inocente para el historiador profesional y, sin embargo, tomarla realmente en serio hace de la labor historiográfica algo sumamente arduo, exigente en más de un sentido y, quizá, menos gratificante (o, más bien, menos autogratiificante). En cualquier caso, esta pregunta es parte de esa facilidad con que podemos demoler, si nos lo proponemos, la idea de un *conocimiento* histórico (al que se refería Hoffer al principio de su libro). Ahora bien, me parece que la pregunta en cuestión es también muestra de la otra faceta de la paradoja referida por el autor: la imposibilidad de demoler la *importancia* de dicho conocimiento. Contrariamente a lo que algunos

⁶Muy en la línea del libro *Historians' Fallacies (Toward a Logic of Historical Thought)* de David Hackett Fischer, con quien Hoffer reconoce explícitamente su deuda. El libro de Hackett Fischer fue publicado hace más de 40 años; sin embargo, creo que algunos de sus capítulos debieran ser lectura obligatoria de los estudiantes de la licenciatura en historia (aunque sólo fuera para hacerlos conscientes de la enorme cantidad de falacias en las que incurren los historiadores profesionales).

lectores del libro podrían concluir con base en los casos de “fraudes” historiográficos, o simplemente biográficos si se quiere, que menciona Hoffer en este capítulo quinto (el de Michael Belleslies, el de Arthur Haley y el de Rigoberta Menchú), creo que, a fin de cuentas, no hacen más que reforzarnos en la idea de que el conocimiento histórico es posible...y muy necesario.⁷

En el capítulo siguiente, Hoffer trata el bien conocido abuso de la historia por parte de los políticos y vuelve a la recurrente presencia de falacias históricas en los libros de historia profesional. Esta última temática lo lleva a referir, citando a otros autores, la idea de que una de las principales justificaciones de las comunidades académicas es generar “intercambios críticos” (p. 126). En otras palabras, más allá de los cientos de falacias que es posible encontrar en los libros académicos de historia, siempre cabe la posibilidad de suscitar y participar en debates académicos que posean un rigor y una calidad tales que permitan justificar el trabajo historiográfico. Casi enseguida, Hoffer alude a la “buena conducta” que debe existir entre historiadores cuando se trata de simpatías políticas y, con base en la declaración de principios de la *American Historical Association*, nos recuerda algo que me parece importante transcribir: “Al practicar su oficio con integridad, los historiadores adquieren una reputación que, cabe plantear, es su activo profesional más precioso. La confianza y el respeto de los colegas y del público en general se cuentan entre los logros más grandes y más difíciles de puede lograr cualquier historiador” (pp. 126-127).

El libro que reseñamos se ocupa también del predicamento del que goza la historia en los Estados Unidos (el cual, sobra decir, es aplicable a todo el mundo occidental). Hoffer considera que los historiadores en la sociedad estadounidense se han convertido en “market commodities”. Sin embargo, una vez más, en el sentido de lo expresado en el párrafo anterior, a este respecto piensa que el historiador debe plantearse ciertas obligaciones mínimas (tanto profesionales como éticas), de manera que su participación en el mercado no responda exclusivamente a valores mercantiles: “¿Cuáles son nuestras obligaciones profesionales y éticas como proveedores de bienes en los mercados?” (p. 129). La respuesta a esta pregunta lleva a Hoffer a referirse críticamente a la aparente necesidad de publicar por publicar (una

⁷ A lo largo de este quinto capítulo, Hoffer se mueve sobre la delgada línea que separa la mentira de la verdad y el arte de la ciencia (“...la historia es la única labor académica en la que el arte y la ciencia están tan inextricablemente ligados.”, p. 104). De hecho, el autor plantea que lo que él denomina “near-lies” son parte esencial de la enseñanza y del estudio de la historia. La expresión que emplea aquí Hoffer no me parece la más afortunada, sin embargo, al final del capítulo es enfático en el sentido de que estas “semi-mentiras” son algo muy distinto de las mentiras, de los hechos inventados y de los argumentos *pro domo sua* (dicho coloquialmente, de los argumentos para llevar agua a nuestro molino).

manía que va en aumento y en la que la única perdedora es la calidad académica), al plagio (descarado o no y, en todo caso, al alza gracias a internet), a la creciente utilización de los denominados “asistentes” (que en ocasiones resultan ser mucho más que eso), a la feroz competencia por la “definitividad” (*tenure*) en el mercado académico de los Estados Unidos, a los desequilibrios permanentes que provoca la manera en que funciona este mercado y, por último, a la necesidad de sustraerse de este perverso juego mercantil. En opinión de Hoffer, los objetivos profesionales que no se expresan abiertamente, los acuerdos secretos y los intereses que caracterizan a este “juego” van en contra no solamente de la disciplina histórica en general, sino también de la respetabilidad de los historiadores que participan en él.

En el capítulo octavo, titulado “Uncertainties”, Hoffer se refiere a varios aspectos de la “crisis de incertidumbre” que, en su opinión, enfrentan los historiadores de hoy. Contrariamente a una especie de lugar común en libros como el que nos ocupa, el autor piensa que los autores llamados “deconstruccionistas” (nombrados también “posmodernos”), que con frecuencia son considerados los principales responsables de la crisis en cuestión, son pensadores profundos, de los cuales podemos aprender. Algo distinto, no necesariamente “deconstruccionista”, es la tendencia a depositar una confianza excesiva en las palabras, la utilización de un lenguaje críptico y la historia escrita exclusivamente para los colegas: “Nuestra filosofía de la historia exige transparencia, un respecto por el lector educado no especialista [*educated lay reader*].” (p. 156). Estamos aquí frente al espinoso problema de la divulgación; espinoso, entre otros motivos, porque una cosa es expresar la necesidad y la importancia de la divulgación (en términos abstractos) y otra, muy distinta, es dar cuenta de los diversos obstáculos que, en la vida real, hacen que este propósito sea algo difícil de lograr; tan es así, que, por lo menos en América Latina, los buenos divulgadores históricos son una (muy) *rara avis*.⁸

Desafortunadamente en mi opinión, Hoffer remata un libro bastante atractivo sobre el estudio de la historia con un capítulo final sobre el problema del mal que me parece difícil de justificar en un libro que pretende poner las bases de una fi-

⁸ Imposible desarrollar aquí esta cuestión; señalo, telegráficamente, algunos puntos que me parecen importantes. El primero es que son los historiadores profesionales quienes, sobre todo, deben dedicarse a la divulgación de la historia. El segundo es que los incentivos académicos para dedicar tiempo a la divulgación son escasos. A esto se añade la falta de imaginación e incluso de capacidad, por parte de no pocos académicos, para escribir para un público no especialista. Por último, contrariamente a lo que se piensa, el trabajo de divulgación debe ser muy riguroso (justamente por el público al que va dirigido); esto, aunado a la dificultad de combinar la divulgación con la idea de un lector que no sea un ente pasivo (existen mil maneras de ser “exigentes” con el lector), hacen de la labor divulgativa algo realmente difícil.

lososfía de la historia para nuestro tiempo que sea práctica, funcional y creíble. No es éste el caso con un capítulo en el que el problema del mal se mezcla con cuestiones religiosas y moralistas que me parecen fuera de lugar y, sobre todo, escasamente convincentes. En consonancia con lo expresado en este último capítulo, en la conclusión el autor recurre a la noción de la fe (en la posibilidad del conocimiento histórico, en que dicho conocimiento es “suficiente” y en que el esfuerzo del historiador “vale la pena” [*is worthwhile*], para nosotros y para quienes nos leen). Una vez más, creo que los planteamientos de Hoffer no corresponden a un libro como *The Historians’ Paradox*; sobre todo cuando afirma que la habilidad para conocer el pasado presupone una cierta fe (p. 181) o cuando el amor hace acto de presencia como otra precondition para saber acercarse a la historia (p. 182). En todo caso, creo que *The Historians’ Paradox* es un libro que, utilizando la misma expresión de Hoffer, “vale la pena”. No sólo para los estudiantes universitarios de historia, sino también para los profesores de historia de cualquier nivel e incluso para los profesionales de la disciplina. La razón principal es que si bien coincido con el autor cuando afirma que los historiadores pueden darle cierto orden al mundo que se ha ido (p. 182; es decir, que sí es posible establecer un puente hacia el pasado), creo que este orden, con todo lo relativo que pueda ser, sólo es posible si no perdemos nunca de vista los “peligros”, desafíos y (auto)exigencias que deben acompañar al historiador en todo momento. El hecho de que Hoffer retrate algunos de estos “peligros”, de estos desafíos y de estas (auto)exigencias de forma tan sugerente a lo largo de su libro tiene que ver con que, tal como lo expresa en el prefacio del mismo, concibió *The Historians’ Paradox* como una especie de despedida (*valedictory*) a una larga carrera académica dedicada a enseñar cursos de lo que él denomina en dicho prefacio “métodos históricos”.

En relación con esta preocupación pedagógica que recorre *The Historians’ Paradox*, hacia la mitad del libro su autor se detiene brevemente en el historiador estadounidense James Axtell, especialista en los indígenas norteamericanos de la época colonial, al que Hoffer se refiere como un “investigador histórico de primera” y un “muy admirado profesor de historia”. Cuando alude a la manera que tiene Axtell de entender la enseñanza de la historia, Hoffer señala algo con lo que seguramente se identifica y que, a pesar de lo evidente que puede resultar para algunos de los profesores que lean esta reseña, me parece una buena manera de cerrarla: “My goal as a teacher is to make myself *dispensable*.”⁹

⁹ P. 103 (las cursivas en la última palabra son del original). El texto de Axtell al que hace mención Hoffer, que puede resultar de interés para algunos lectores, se titula “The Pleasures of Teaching History” (www.historycooperative.org/journals/ht/34.4/axtell.html).

Memoria presente de la vieja España

Sergio Francisco Rosas Salas

Desde 1990, año con año se ha celebrado en los Reales Alcázares de Sevilla un Simposio de Historia de la Iglesia en España y América. Se trata de una iniciativa impulsada por la Academia de Historia Eclesiástica –fundada por el profesor Paulino Castañeda Delgado (1927-2007)–, con el apoyo de la Nunciatura Apostólica en España, el Arzobispado hispalense, el Cabildo Catedral de Sevilla y la Biblioteca Sacerdotal Candilejo. En 2009, bajo el sello de CajaSur, aparecieron las memorias correspondientes a los encuentros XVIII y XIX, celebrados en 2007 y 2008, respectivamente.¹⁰

El XVIII Simposio se dedicó a la Iglesia en la II República, revisitada a la luz de la reciente pugna por la memoria histórica de la España contemporánea.¹¹ A través de siete ensayos, el libro que recoge aquellas intervenciones muestra que la jerarquía eclesiástica aceptó la II República una vez proclamada, y que, ante la legislación anticlerical impulsada por el gobierno entre 1931 y 1933, los católicos decidieron intervenir en la vida política a través de la lucha electoral. Así, los autores enfatizan que el proceso central por el que atravesó el clero y la Iglesia española en aquel período fue la politización. El primer triunfo de los católicos llegó en 1933, cuando el CEDA –agrupación de partidos derechistas– obtuvo la mayoría y buscó matizar las reformas emprendidas por el gobierno de Manuel Azaña. Sin embargo, el triunfo de la izquierda unificada en febrero de 1936 a través del Frente Popular llevó a una polarización e intransigencia de ambas partes que, a la postre, desembocó en la Guerra Civil. A la par de lo anterior, los autores sostienen que la legislación republicana, y sobre todo la Constitución de 1931, fueron claramente anticlericales. El objetivo de estas medidas era la laicización del Estado y la secularización social, entendida, en palabras de Emilio la Parra, como un “proceso de autonomización de

¹⁰ Paulino Castañeda Delgado y Josemaría García de Lomas Mier (coords.), *La Iglesia y la II república. Actas del XVIII Simposio de Historia de la Iglesia en España y América*. Córdoba: Obra Social y Cultural CajaSur, 2009, 207 pp. (Col. Estudios Actas).

José María Prieto Soler y Josemaría García de Lomas Mier (coords.), *La Iglesia en tiempos difíciles (1936-1939). Actas del XIX Simposio de Historia de la Iglesia en España y América*. Córdoba: Obra Social y Cultural CajaSur, 2009, 275 pp. (Col. Estudios Actas).

¹¹ Una revisión de esta pugna a partir de la historiografía, en Jean Meyer, “Con la Iglesia hemos topado, Sancho”, en *Istor. Revista de historia internacional*. México: CIDE, número 25, pp. 99-121.

las distintas esferas de la vida humana y social con respecto a la tutela que sobre ellas ejercía la religión”.¹²

El libro publicado tras el XIX Simposio está dedicado a la Guerra Civil, y se centra en la persecución religiosa de aquellos años. Este volumen confirma que la jerarquía eclesiástica tomó claro partido por el movimiento nacional hasta 1937, como respuesta al anticlericalismo y la persecución religiosa de la II República, y como producto de la politización del clero y el laicado producida entre 1931 y 1936. Sin embargo, los autores de los ocho ensayos reunidos también intentan mostrar que la Iglesia no participó directamente en el estallido de la rebelión, y que, a pesar del apoyo a Francisco Franco, no existió un maridaje absoluto entre Iglesia y Estado, como ha sido tantas veces pregonado por la historiografía liberal.¹³

Como se ve por los argumentos esgrimidos en ambos volúmenes, la lectura que ofrecen no está exenta de las pasiones que ha suscitado el estudio de este periodo de la historia española. Frente a la postura anticlerical de historiadores como Julián Casanova, los libros que nos ocupan se ubican en una línea historiográfica similar a la de autores eclesiásticos como Víctor Manuel Arbeloa, Vicente Cárcel Ortí y Gonzalo Redondo.¹⁴ Ello no obsta para que los trabajos publicados gocen, de acuerdo con la guía y el impulso del profesor Paulino Castañeda, de rigor documental y de un buen análisis de sus fuentes.

Las Actas del XVIII Simposio, coordinadas por el propio Castañeda y por Josemaría García de Lomas Mier, inician con el ya citado artículo de Emilio La Parra. El trabajo sostiene, acorde con el argumento central del libro, que la II República buscó la secularización social a través del anticlericalismo. El trabajo muestra que había un divorcio entre el gobierno republicano, ajeno a la Iglesia, y una sociedad profundamente católica, en la cual la religión ocupaba un lugar central en las creencias y la vida cotidiana. El autor recupera los objetivos de la

¹² Emilio La Parra, “Anticlericalismo y proceso de secularización en la España del primer tercio del siglo XX”, en Paulino Castañeda Delgado y Josemaría García de Lomas Mier (coords.), *La Iglesia y la II república. Actas del XVIII Simposio de Historia de la Iglesia en España y América*. Córdoba: Obra Social y Cultural CajaSur, 2009, p. 18. (Col. Estudios Actas).

¹³ Además de las obras clásicas de Gabriel Jackson y Hugh Thomas, Cf. sobre esta visión Julián Casanova, *La Iglesia de Franco*. Madrid: Temas de Hoy, 2001.

¹⁴ Cf. Víctor Manuel Arbeloa, *La Semana trágica de la Iglesia en España (8-14 octubre 1931)*, Madrid: Ediciones Encuentro, 2006; Vicente Cárcel Ortí, *La persecución religiosa en España durante la Segunda república (1931-1939)*. Madrid: Ediciones Rialp, 1999; Vicente Cárcel Ortí, *La gran persecución. España, 1931-1939*. Madrid: Planeta, 2000; Vicente Cárcel Ortí, *Historia de la Iglesia en la España contemporánea*. Madrid: Palabra, 2002; y Gonzalo Redondo, *Historia de la Iglesia en España (1931-1939)*, tomo I, *La Segunda república (1931-1936)* y tomo II, *La Guerra Civil (1936-1939)*. Madrid: Rialp, 1993.

legislación republicana: la libertad de conciencia, la sustitución de la caridad por la justicia, la secularización de bienes eclesiásticos, la limitación de órdenes religiosas y la apropiación por parte del Estado de la educación y los servicios públicos.¹⁵ Se trata, sin duda, de un buen trabajo introductorio a la problemática general de una república que nació bajo signo anticlerical y cayó cuando se consolidaban los totalitarismos europeos. Además, muestra que se debe tener cuidado al hablar de secularización social: el proyecto de las elites no es lo mismo, incluso si se concreta jurídicamente, que la realidad social. La legislación y la realidad no son siempre equiparables. Valdría la pena pensar otras historiografías a la luz de esta reflexión.

Los siguientes cuatro ensayos centran su análisis en los sucesos de 1931. Parten del rechazo a la multicitada frase del presidente Manuel Azaña “España ha dejado de ser católica”. Rafael Sanz de Diego y Víctor Manuel Arbeloa argumentan que la Iglesia tenía una fuerza social notable, con presencia importante en la educación, la prensa y el sindicalismo y, a partir de 1933, en la política.¹⁶ Como prueba muestran que la Iglesia española aceptó la república al día siguiente de su proclamación, el 14 de abril de 1931. Uno de los matices que ofrecen ambos autores a una historiografía usualmente dicotómica es subrayar que la jerarquía eclesiástica sostenía una posición diferenciada ante el nuevo régimen. Mientras el Arzobispo Primado de Toledo, Cardenal Pedro Segura, era un convencido monarquista y férreo crítico de la república y su legislación, el Arzobispo de Tarragona, Cardenal Francisco Vidal y Barranquer, se mostró conciliador y moderado. A partir de la actuación de los dos purpurados, los ensayos muestran la participación activa de la Iglesia en la pugna política de aquellos años.

En ambos trabajos, el papel de Pedro Segura, quien renunció la mitra toledana en octubre de 1931 –a la par que Niceto Alcalá Zamora renunciaba a su posición en el gobierno republicano–, es una muestra del enfrentamiento al que llegaron Iglesia y Estado y, más tarde, del intento de conciliación entre ambas partes llevado a cabo a través de la Santa Sede. Si la jerarquía eclesiástica nacional se opuso al fin del presupuesto estatal para el clero, a la expulsión de los jesuitas, a la ley del divorcio y a que el Estado fuera aconfesional –como rezaba el artículo tercero de la Constitución aprobada en diciembre de 1931–, la Santa Sede buscó garantizar

¹⁵ Emilio La Parra, *op. cit.*, p. 23.

¹⁶ Rafael Sanz de Diego, S.J., “La situación general de la Iglesia en la Segunda república”, en Paulino Castañeda Delgado y Josemaría García de Lomas Mier (coords.), *op. cit.*, pp. 27-52, y Víctor Manuel Arbeloa, “La posible concordia entre la república y la Iglesia (abril – octubre de 1931)”, en *Ibid.*, pp. 55-84.

la posición social de la Iglesia. En este sentido, el libro muestra el papel moderado y conciliador que desarrolló en estos años el Secretario de Estado de Pío XI, el Cardenal Eugenio Pacelli –futuro Pío XII. No era una reacción tibia, como creía Segura: la Santa Sede tenía ya amplia experiencia de lo que podía ocurrir si rompía relaciones con un gobierno hostil; el temprano ejemplo de México estaba presente en las decisiones pontificias en torno a España. Luchar por las libertades de la Iglesia era garantizarle un espacio social a pesar de convivir con un Estado anticlerical. A pesar de este intento de conciliación, la intransigencia de ambas partes impidió el arreglo. La llegada del Cardenal Gomá y Pla a la mitra toledana, tan belicoso éste como Segura, llevó a la radicalización de la Iglesia en su lucha contra la república, y la postura de Azaña y la izquierda radical llevó el laicismo republicano a una mayor hostilidad hacia el clero. Para los dos autores, la Guerra Civil se vislumbra desde 1931; la rebelión de Asturias de 1934 –ante la victoria de la derecha en las elecciones– es un primer paso del conflicto bélico.

El trabajo de Daniel Tirapu se centra en la política educativa de la II República.¹⁷ A partir de este elemento, muestra el contexto social en que se instauró el nuevo modelo político. Según sus cifras, 32 por ciento de los españoles eran analfabetas, y había un déficit de más de 27,000 escuelas en el país. Uno de los problemas más graves que creó el embate anticlerical fue la pérdida de cobertura educativa: hasta entonces, el clero dirigía el mayor número de colegios. Sin embargo, Tirapu también destaca las razones republicanas para afectar el modelo confesional: la educación debía ser pública, laica, gratuita y sin distinción de género. Ello revela un aspecto más concreto de la pugna entre Iglesia y Estado.

Los dos últimos trabajos analizan un arco temporal más amplio que el primer bienio de la república. Fernando de Meer muestra que a partir de 1934 los obispos defendieron un proyecto de “recristianización” de España para enfrentar la legislación republicana.¹⁸ Por su parte, José Carlos Martín de la Hoz concluye el libro afirmando que el principal problema de la II República fue la cuestión religiosa, que enfrentó a un clero muy dividido con un grupo anticlerical también muy heterogéneo, en el cual cabían comunistas, socialistas, anarquistas y moderados. El gran problema de la república fue que las izquierdas hicieron que la política antirreligiosa pareciera la política del régimen, y no del grupo en el poder. A partir de la victoria del Frente Popular –coalición de izquierdas– en febrero de 1936, el país quedó

¹⁷ Daniel Tirapu, “La política educativa de la II república”, en *Ibíd.*, pp. 113-120.

¹⁸ Fernando de Meer, “Poder político y vida de fe en la II república”, en *Ibíd.*, pp. 121-128.

dividido en dos grandes bloques.¹⁹ A pesar de sus diferencias internas, fueron los dos bandos enfrentados entre 1936 y 1939.

En este tenor, las Actas del XIX Simposio, coordinadas por José María Prieto Soler y Josemaría García de Lomas Mier, están dedicadas a la Guerra Civil. Su objetivo es analizar tres puntos de la historia de la Iglesia en aquel trienio: la persecución religiosa, la visión de la Guerra Civil desde el exterior y la reconstrucción del país. Sin embargo, el primero de los objetivos es el verdadero eje del libro. El fin es mostrar que la Iglesia no tuvo que ver con el alzamiento nacionalista, aunque se haya adherido a él, a causa de la persecución religiosa republicana.

El trabajo de Álvaro Ferrary sirve como introducción general. Frente a los lugares comunes historiográficos que argumentan la existencia de un maridaje entre la Iglesia y Franco para luchar contra la II República, y que más tarde la jerarquía eclesiástica ofreció al Caudillo un sometimiento de la Iglesia, el historiador español sostiene que a pesar del idilio alcanzado en 1939, las tensiones entre Iglesia y Estado no desaparecieron durante el gobierno que siguió a la Guerra Civil.²⁰ Ferrary ofrece una lectura interesante de la temprana consolidación del régimen de Franco: se debió a la idea del Estado Confesional, el primer proyecto de la Iglesia como respuesta a la Revolución Francesa. Dado que la defensa de la institución eclesiástica era una obligación moral de los católicos, los gobiernos de países en donde la Iglesia católica era mayoría debían custodiar y defender, desde el Estado, la unidad católica. En el marco de la secularización y la laicidad, la aplicación de este proyecto equivalió a llevar al gobierno y a la jerarquía eclesiástica a posiciones políticas “contrerrevolucionarias”, que permitieron la confluencia de intereses entre Estado e Iglesia.²¹

En la España del siglo xx, esta unión produjo la politización de la religión y el afán del poder civil por someter a la Iglesia, acorde con la tradición regalista hispánica. Desde el punto de vista de muchos creyentes, la unidad entre ambas potestades era el mejor servicio de los católicos a España. Sin embargo, esta lectura comprometió la libertad de la Iglesia, al hacerla partícipe de la contienda, aliada del bando nacionalista y, sobre todo, actor político visible. La “Restauración de la España Eterna” implicaba la unión del Trono y el Altar.²² Según Ferrary, la Iglesia no se implicó en la revuelta de 1936, a pesar de que los católicos se adhirieron “de

¹⁹ José Carlos Martín de la Hoz, “Iglesia y sociedad en la II república”, en *Ibíd.*, pp. 129-143.

²⁰ Álvaro Ferrary, “Relaciones Iglesia – Estado, 1936 – 1939”, en José María Prieto Soler y Josemaría García de Lomas Mier (coords.), *La Iglesia en tiempos difíciles (1936 – 1939). Actas del XIX Simposio de Historia de la Iglesia en España y América*. Córdoba: Obra Social y Cultural Caja-Sur, 2009, pp. 29-61.

²¹ Cf. *Ibíd.*, pp. 31-32.

²² Cf. *Ibíd.*, pp. 34-42.

forma abrumadora” a la rebelión.²³ A partir de agosto de aquel año, esta vinculación entre Iglesia y Frente Nacional se hizo patente en un “proceso de confesionalización de la guerra”, entendida como una “cruzada” contra los enemigos de Dios y de España. Desde entonces, el episcopado español legitimó moralmente el alzamiento y, sin ser su autor, fue una de las piezas claves para su triunfo. El acuerdo entre Iglesia y Estado durante el franquismo no fue un sometimiento de la Iglesia al poder civil –como quería Franco–, sino un arreglo que permitía beneficios mutuos. Franco, no lo olvidemos, entregó su espada al Cardenal Gomá en 1939, una vez concluida la guerra.

La tesis de que la Iglesia no guardó relación alguna con el alzamiento de 1936 es la base de los trabajos de Manuel Álvarez Tardío y José Carlos Martín de la Hoz.²⁴ El primero de ellos señala que la Iglesia no fue “militantemente antirrepublicana, aunque sí beligerante contra las políticas laicas de la república”, pues los republicanos entendieron el régimen de 1931 como “un instrumento para ejecutar una política de radical transformación de la sociedad española”, que el autor considera “revolucionaria”. La secularización de las conciencias –objetivo republicano– es así para Álvarez Tardío un elemento intrínsecamente malo.²⁵ El discurso de cruzada fue respuesta a una persecución que veía el asesinato de eclesiásticos como un compromiso con la república. Por su parte, Martín de la Hoz se muestra sorprendido por “la especial virulencia con la que se desarrolló la persecución religiosa en la Guerra Civil”, y señala que hubo un divorcio entre la elite gobernante no católica y el “pueblo” creyente.²⁶ Más tarde afirma que “los obispos no fueron informados del levantamiento de tropas [de abril de 1936]”, y sostiene que la Iglesia, “a pesar de su espíritu de paz y de no haber querido la guerra ni haber colaborado en ella, no podía ser indiferente a la lucha”. El autor prueba su aserto con cifras: según sus datos, entre julio y agosto de 1936 fueron asesinados 12 obispos, un administrador apostólico, 4,182 sacerdotes, 2,365 religiosos y 283 religiosas.²⁷

Vistos en conjunto, los tres artículos hasta aquí reseñados muestran una coincidencia de la II República y el régimen de Franco ante el problema religioso: ambos querían, sin importar su posición en el espectro ideológico, una Iglesia sometida al Estado. Frente a esta realidad, la Santa Sede y buena parte de los obispos españo-

²³ *Ibíd.*, p. 45.

²⁴ Manuel Álvarez Tardío, “Justicia y Derecho en España, 1936-1940”, en José María Prieto Soler y Josemaría García de Lomas Mier (coords.), *op. cit.*, pp. 77-90, y José Carlos Martín de la Hoz, “Iglesia y Guerra Civil Española”, *Ibíd.*, pp. 175-198.

²⁵ Manuel Álvarez Tardío, *op. cit.*, pp. 79-81.

²⁶ José Carlos Martín de la Hoz, *op. cit.*, pp. 175 y 176.

²⁷ *Ibíd.*, p. 191; las cifras, en p. 185.

les defendieron, en mayor o menor medida, la libertad de la Iglesia, enfrentándose a un mismo tiempo a republicanos y nacionalistas. Frente a la clara posición partidista de la más alta jerarquía eclesiástica –como el Cardenal Segura y, más tarde, el Cardenal Gomá y Pla–, la Santa Sede guardó sus reservas ante los nacionalistas, guiada por la política moderada y conciliadora de Pacelli, y por la lucha de Pío XI contra los totalitarismos, fueran comunistas o neofascistas. Antes que la cercanía con un bando o una posición de privilegio por la íntima unión entre Trono y Altar, el Vaticano defendía la libertad de la Iglesia para garantizar su dominio social. Estas lecturas pueden ser útiles para replantear las historias regionales y nacionales del catolicismo a la luz de experiencias comparadas.

El trabajo de Benoît Pellistrandi analiza la lectura que se hizo en Francia de la Guerra Civil.²⁸ Se trata de un aporte interesante al libro. Subraya que el conflicto bélico español dividió a la opinión pública francesa –en una posición apasionada en ambos bandos– no por sí misma, sino como un reflejo de la polarización política de aquel país. El conflicto español fue también un conflicto francés. Ante el exilio masivo de republicanos en 1939, la lectura gala ofreció un saldo negativo para Franco, sobre todo después de la caída de Pétain y el régimen de Vichy. ¿Ocurrió así en otros países? El caso de México, cercano a la Guerra Civil por la llegada de exiliados durante el conflicto, puede ser otro caso interesante por analizar.

Los otros cuatro artículos se ocupan de la persecución religiosa. El obispo Antonio Montero ofrece una contribución en torno a los asesinatos de religiosos. Según sus números, más de 7,000 eclesiásticos fueron asesinados en los primeros seis meses de enfrentamiento en la zona republicana. Su texto, afortunadamente, no olvida mencionar que entre 1936 y 1939 hubo 300,000 muertos en ambos bandos.²⁹ Jesús Palomero Páramo habla de la destrucción del patrimonio artístico a causa de la guerra, y destaca el papel de la Junta Superior del Tesoro Artístico de Sevilla como un caso excepcional de defensa de la riqueza de los templos.³⁰

Por último, los artículos de María Encarnación González Rodríguez y Federico Jiménez de Cisneros y Baudín subrayan la beatificación de 498 mártires españoles, realizada en 2007 por Benedicto XVI.³¹ Entre 1987 y 2007 se han beatificado 977

²⁸ Benoît Pellistrandi, “La Guerra Civil española vista desde Francia”, en José María Prieto Soler y Josemaría García de Lomas Mier (coords.), *op. cit.*, pp. 93-114.

²⁹ Antonio Montero Moreno, “La persecución religiosa en España (1931 – 1939)”, en *Ibid.*, pp. 63-76.

³⁰ Jesús Palomero Páramo, “Estudio, propaganda y reconstrucción del patrimonio artístico tras los desastres de la incivil Guerra Civil: la irradiación del modelo sevillano (1936 – 1939)”, en *Ibid.*, pp. 157-172.

³¹ María Encarnación González Rodríguez, “La beatificación de mártires del siglo xx en Es-

españoles caídos entre 1931 y 1939, de los cuales once han sido canonizados. González realiza un análisis hemerográfico de la recepción de este evento en España, y sostiene que fueron presentados como elementos de reconciliación, a fin de superar las divisiones que ha dejado la memoria de la Guerra Civil. A partir de 2007, según la autora, hay una clara conciencia colectiva en el catolicismo español de pertenecer a una Iglesia “martirial”. Por su parte, Cisneros y Baudín realiza un breve recorrido por los 43 mártires andaluces beatificados. Entre ellos destaca a Pedro Poveda Castroverde (1874-1936), fundador de la Institución Teresiana para la Educación de Niñas Pobres, martirizado en Madrid y canonizado por Juan Pablo II el cuatro de marzo de 2003.

En términos generales, el trabajo brinda una nueva visión, bien documentada, en torno a uno de los procesos más visitados por la historiografía española, e incluso mundial. Se trata de un aporte significativo y valioso, pues ofrece no sólo una detallada reconstrucción de los hechos, sino un testimonio de que las pugnas por la memoria histórica están vivas en la sociedad española. Que las referencias a un nuevo santo andaluz cierren los ensayos reunidos en ambos ejemplares es una muestra clara de la posición que, claramente asumida, es el hilo conductor de la reflexión histórica que ofrece la Academia de Historia Eclesiástica. El trabajo refresca la historia contemporánea española, suma nuevas páginas a las miles de páginas en debate, y ofrece, para los lectores de otras latitudes, un buen instrumento para la reflexión de las propias historiografías, un pretexto para visitar historias nacionales y regionales desde una lógica atlántica, y una buena guía para la comprensión de una memoria muy presente en la vieja España.

La República en riesgo

Luis Medina

“Nadie hará por el pueblo lo que el pueblo no haga por sí mismo.” Tal es la divisa que recorre este peculiar y extraordinario libro en el cual el autor plantea una muy bien estudiada salida (que no vía) para emerger del bache en que nos empantanaron el neoliberalismo y el neopopulismo los últimos diez y siete años.³² Ha decidido el autor llamar a esa salida la Democracia Republicana. De entrada hay que decir

paña”, en *Ibid.*, pp. 117-155, y Federico Jiménez de Cisneros y Baudín, “Andaluces mártires de la persecución religiosa española del siglo XX”, en *Ibid.*, pp. 199-211.

³² Carlos Salinas de Gortari, *Democracia republicana. Ni Estado ni mercado: una alternativa ciudadana*. México: Random House Mondadori, 2010, 975 pp.

que su propuesta está lejos de la democracia popular del fenecido socialismo real y también de la democracia clásica que se agota en la mera representación política y las reglas electorales y se traduce en el dominio de los intereses creados de los partidos políticos, los grupos de interés y de presión sobre los ciudadanos, del capital sobre el trabajo y el egoísmo sobre la solidaridad.

A lo largo de 723 páginas de texto y 231 de notas y documentos de apoyo, casi dos libros en uno, Carlos Salinas, presidente de la República entre 1988 y 1994, nos presenta un diagnóstico, un análisis sobre las implicaciones de ese diagnóstico y, también, una solución. El diagnóstico parte de una afirmación contundente: en México, la República está en peligro. Y está en peligro, dice, tanto por factores internos como externos.

Los factores internos son los más peligrosos por inmediatos, pues entre ellos se cuentan las políticas impuestas por los recientes gobiernos neoliberales que ha padecido México (de Ernesto Zedillo en adelante) y de los neopopulistas con arraigo en algunos gobiernos estatales, pero principalmente en la ciudad de México. Los primeros impusieron y han sostenido una política económica antipopular; los segundos, se proponen el regreso a viejas fórmulas populistas ya superadas que reparten recursos para organizar clientelas electorales. Ambas opciones, en principio excluyentes, tienen en común algo verdaderamente letal para la convivencia en el país: el menosprecio a los ciudadanos, pues el neoliberalismo quiere sujetos pasivos e individualistas, esclavos del mercado, y el neopopulismo se ha propuesto usar al ciudadano como masa de maniobra en elecciones y manifestaciones públicas de apoyo y de ataque. De aquí que el discurso de ambos tipos de gobiernos no se refiera al ciudadano, el concepto más revolucionario que heredamos de la Francia de fines del siglo XVIII, sino a la “gente”. El término “gente” en los discursos neoliberales y neopopulistas pone en evidencia ese avieso propósito común de despolitizar y despersonalizar al ciudadano. Aquí semántica es intención. Por lo que dicen que quieren y por lo que hacen, los conoceréis.

Lo más relevante de los factores de peligro interno son los resultados de las políticas económicas del neoliberalismo, porque han ampliado la pobreza y concentrado aún más el ingreso. El primer y gran golpe provino de la crisis de 1994, el famoso “error de diciembre” del entonces recién inaugurado gobierno de Ernesto Zedillo, que al devaluar el peso y aceptar el consejo del gobierno estadounidense, centuplicó las tasas de interés, con lo cual pulverizó patrimonios, casi destruyó a la clase media y amplió los ya anchos márgenes de la pobreza ordinaria y extrema. No pararon ahí las cosas: los efectos de la crisis llevaron al fracaso a la política educativa creando una generación de analfabetos funcionales y obligaron a cinco millones de

mexicanos a tomar camino al norte para emigrar a Estados Unidos, la emigración más grande que haya conocido el país en toda su historia. A fines de 1994 se inició el tiempo perdido para México, casi 17 años de incumplidas promesas neoliberales de progreso y bienestar, periodo de magras tasas de crecimiento económico y peores indicadores en la distribución del ingreso. Y, por supuesto, el empobrecimiento generalizado explica también, según el autor, el inaudito auge del delito que padecemos en la actualidad, la plaga del crimen organizado que tanto lastima a la sociedad y que ha socavado la legitimidad de un Estado incapaz de combatirlo con eficacia. El crimen organizado tiene un ejército de reserva de amplísimas proporciones pues recluta en la pobreza y crea las condiciones para la violencia y el chantaje.

De forma paralela, esas mismas políticas neoliberales deterioraron a las instituciones y disminuyeron la democracia al focalizar en la pobreza extrema los programas sociales y entregarlos de nueva cuenta a las burocracias políticas. La focalización de los programas sociales fue recomendada por organismos financieros internacionales, en concreto el Banco Mundial, y seguida puntual y acriticamente a partir de la asunción de la presidencia de la República por Ernesto Zedillo, y fue fielmente continuada por los presidentes Vicente Fox y Felipe Calderón. Para explicar lo anterior, el autor pone especial énfasis en la eliminación del programa Solidaridad que buscaba la participación activa de los ciudadanos a los que iban dirigidos los programas sociales, en su manejo, orientación y vigilancia vía comités de beneficiarios; la destrucción del programa Solidaridad, y la entrega de los programas sociales a las burocracias oficiales y sindicales de siempre, las señala Salinas como causas de la desarticulación y el desaliento generalizado, que ahora afecta a gran parte de la sociedad mexicana y que se trasmina a todo el cuerpo político de la República. Desde mi punto de vista el autor también ilustra muy bien un doble deterioro institucional: el consciente, lo buscado, que retira al Estado de la economía vía la desregulación, y el inconsciente o indirecto, al propiciar las condiciones para que el Estado pierda el monopolio de la fuerza ante la territorialización de los grupos criminales. Por eso Salinas reitera una y otra vez que la República está en riesgo, y concuerdo con él porque el tejido social fue carcomido por la polilla neoliberal, y el ácido neo populista sólo ha venido a agravar el deterioro. Ahora ni el Estado ni el ciudadano cuentan para mantener una República sana.

Los peligros externos no son menos ominosos. Nuestra vecindad con Estados Unidos, es decir, la situación geopolítica de México, lo hacen objeto de presiones extraordinarias, particularmente en lo que se refiere a recursos naturales no renovables. La carencia en México de una política petrolera clara, objetiva, nacionalista y decidida ha creado un flanco vulnerable al país frente a las políticas de seguridad

energética de nuestro vecino del Norte, el cual parece obsesionado en asegurarse reservas de hidrocarburos a como dé lugar. A ello hay que agregar la enajenación de los medios de pagos que llevó a cabo el gobierno de Zedillo al malbaratar la banca nacionalizada a intereses extranjeros. Este último aspecto ya lo había tratado a fondo en un libro anterior titulado *La Década Perdida, 1995-2006. Neoliberalismo y populismo en México*, publicado en 2008, donde Salinas analizó cómo y por qué el neoliberalismo debilitó al Estado y denunció que el tema de la soberanía hubiera desaparecido de la agenda presidencial.

Ahora bien, la crisis mexicana tiene forzosamente que ubicarse en la crisis mundial por la que atravesamos. De acuerdo con su análisis, Salinas distingue cuatro rasgos fundamentales en esa crisis mundial; a saber: a) políticas específicamente orientadas a privilegiar al capital especulativo; b) procurar el aumento de riqueza sin ocuparse de su adecuada distribución; c) postular políticas laborales tendientes a lastimar el trabajo y debilitar a los sindicatos, y d) medidas orientadas a desalentar la participación popular en la cosa pública. En la aceptación de esa temática neoliberal, de moda en la academia estadounidense y propiciada por los organismos financieros internacionales, los últimos tres gobiernos mexicanos han sido más ortodoxos que los ortodoxos.

La tercera y última parte de su libro la dedica Carlos Salinas a sus propuestas. Con un guiño que todos entendemos, la titula “¿Qué hacer?” (Ningún neoliberal se habría atrevido a asumir un título de capítulo así). Para formular sus respuestas acude a dos pilares teóricos para fundamentarlas: el liberalismo social y la democracia republicana.

El liberalismo social al que apela es el mismo que el PRI adoptara, más como enfoque programático que formulación estrictamente ideológica, cuando Carlos Salinas era presidente de la República. Enfoque que luego, hipócrita e interesadamente, dejara ese partido de lado en la época neoliberal de Zedillo para ser sustituido por... ¿cuál opción? Hoy por hoy, nadie lo sabe a ciencia cierta dentro o fuera del PRI. Hubo un vago y no muy entusiasmado regreso a los famosos “principios de la Revolución mexicana” y al “nacionalismo revolucionario”, que hoy en día ni dicen ni explican nada. El liberalismo social, recuerdo, fue un intento de consolidar una suerte de tercera vía tratando de conciliar los famosos compromisos de la Revolución mexicana con el mercado cuyo imperio empezaba a predominar gracias a la mundialización. Fue la cúspide de la elaboración teórica de los escasos ideólogos que quedaban en el PRI para tratar de que el instituto político asendeara un camino más o menos seguro hacia el siglo XXI. Pero ahora Salinas no postula al liberalismo social tal cual en su libro; al contrario, sobre este postulado teórico,

Salinas plantea una nueva proyección. “La democracia republicana”, nos dice, “es la nueve etapa del liberalismo social: [...] Distingue entre lo social y lo que es propio del Estado; es liberacionista. Propone que los ciudadanos construyan nuevas organizaciones y que, a través del trabajo consistente, ordenado, independiente del Estado, las conviertan en nuevas instituciones”. Supone entre otras cosas “que el ciudadano asuma que su actividad política no empieza y termina en las urnas”. Al contrario, según Salinas, el peligro en que se encuentra la República exige al ciudadano “involucrarse de manera activa en las tareas de gobierno.” Quiere que el autogobierno sea “parte esencial del pensamiento republicano” y se trata de romper con “la versión inflexible de la división de poderes y el imperio de la ley, ésa donde el Estado es el único responsable del alentar la participación social, para pasar a un marco mucho más amplio, en el que los propios ciudadanos se ocupen de ejercer las virtudes de la participación activa y organizada, de una manera autónoma respecto al Estado.” Más claro ni el agua.

¿Y qué sigue? Primero, rechazar el círculo vicioso de que no hay opción más allá de la alternativa de más mercado o más Estado. Segundo, que hay que organizar a los ciudadanos (ojo, no en clientelas) en torno a sus propios intereses a fin de que asuman una actitud política combativa, independiente de manipuladores interesados, “para que obliguen al Estado a responder al pueblo, es decir, a cumplir con su deber principal”. ¿Y para qué? Pues para “que la política vuelva a ser una función de la sociedad”. Atención: este es el sentido clásico de la política de la *res publica*, de aquí el republicanismo, que trasmina todo el libro. Es en este esguince en donde adquiere toda su dimensión y claridad la propuesta de Salinas: “Un pueblo inconsciente y pasivo no tiene ni merece un gobierno eficaz”. Luego entonces no seamos ingenuos: “Antes que proponer un Estado de bienestar, hay que promover la organización popular y a través de ella obligar al Estado a proveer bienestar para todos, a través de un uso transparente y vigilado de los recursos.” Y todo ello lleva a un puñado de estrategias, entre las cuales la más provocativa por osada, es hacer una alianza entre esta movilización popular y los sindicatos situados en posiciones estratégicas en las cadenas de producción. En lo personal, me quedo con las propuestas y sugerencias sobre la organización y movilización populares, en lo cual el autor tiene completamente razón. El corolario es: sin un pueblo movilizado no hay Estado responsable. De lo contrario, el Estado responde a los intereses creados y a las ambiciones y carreras de una clase política egoísta y estulta. Los sindicatos, desde mi particular forma de ver las cosas mexicanas, me parecen, por decir lo menos, ensimismados en sus propias “conquistas” que no van más allá de la Ley Federal del Trabajo y los convenios laborales suscritos con cada empresa.

No es frecuente que los presidentes mexicanos escriban ni antes ni después de su mandato. El que fuera primer emperador de México, Agustín de Iturbide, escribió unas pequeñas memorias, muy ilustrativas de sus tiempos y padecimientos políticos, publicada durante su exilio en Livorno. Hubo por ahí una edición de las memorias de Sebastián Lerdo de Tejada impresas en Brownsville, Texas, también durante su exilio, pero que se afirma son apócrifas. Porfirio Díaz dejó que alguien escribiera sus memorias, que aparentemente revisó al dedillo, pero que no fueron más allá de Tuxtepec, por lo cual no contienen sus experiencias y reflexiones del ejercicio del mando nacional, pero resaltan sus méritos militares durante la Intervención francesa. Ya en el siglo xx, el inolvidable Emilio Portes Gil escribió una memoria de su breve mandato con el exagerado título de *Autobiografía de la Revolución Mexicana*. De Lázaro Cárdenas se publicaron sus diarios, aunque excesivamente expurgados. ¿Quién más? Miguel Alemán, recuerdo, escribió un pequeño opúsculo sobre su política petrolera durante su mandato presidencial y nada más, texto ilustrativo pero encogido a un asunto. Se habla de unas memorias redactadas por Gustavo Díaz Ordaz y revisadas por Salvador Novo, pero que no han merecido hasta la fecha el *imprimatur* de la familia. José López Portillo mandó a la imprenta su diario político, con comentarios al margen de las entradas redactados luego de haber dejado el cargo. Texto meritorio porque transmite el hecho objetivo ante el impacto de lo inmediato e incorpora la reflexión posterior. Miguel de la Madrid, consciente que su mandato iba a estar plagado de decisiones difíciles e impopulares dada la crisis económica que heredaba, mandó crear la Unidad de la Crónica Presidencial que llevó el día a día, las *res geste* del sexenio. El presidente de la Madrid añadiría un libro posterior escrito por él sobre la naturaleza del ejercicio de la presidencia y otro en coautoría con la Jefa de la Unidad de la Crónica Presidencia que contiene sus dictados diarios o hebdomadarios durante el ejercicio del cargo. Y esto era todo hasta entonces. Hasta que Carlos Salinas se empeñó en la redacción de tres libros de su puño y letra, a cada cual más voluminoso.

Sólo en un país como México puede explicarse la poca atención que se le han otorgado, sea por la clase política, sea en el ámbito culto o por los medios de comunicación, a estas obras de Salinas. En cualquier país de democracia avanzada, los escritos de ex mandatarios son sucesos políticos y literarios. Quiero suponer que se debe a la fundamentación erudita de las obras, en particular las dos últimas que van más allá de las experiencias y sucesos del mandato de Salinas, y que de alguna manera hace difícil (que no imposible) la refutación. En México, cuando no se quiere o no se puede refutar, viene el desprecio y el ninguneo.

El primer libro, verdadera rendición de cuentas, lo tituló *México, un paso difícil a la modernidad*, y fue impreso en 2000. Lo que ahí dice sobre su ejercicio del mando nacional, los problemas que enfrentó y las razones que arguye a las soluciones que dio, además de las presiones y ataques que padeció, hasta ahora no han recibido refutación alguna que valga la pena, por lo cual para los historiadores de lo contemporáneo queda como verdad establecida. Los que callan, otorgan.

El segundo libro se tituló *La década perdida, 1995-2006. Neoliberalismo y populismo en México*, y, como ya se dijo, fue publicado en 2008. Pasó sin pena y sin gloria, a pesar de lo denso e importante de los argumentos que ahí se daban. De hecho, este libro es en buena medida antecedente del que ahora comentamos, pues en aquél su autor analizó puntualmente las desastrosas consecuencias de las políticas neoliberales y neopopulistas para nuestro país.

El libro que nos ocupa en esta reseña, *Democracia republicana. Ni Estado ni mercado: una alternativa ciudadana*, marca la transformación del autor: de memorialista y protagonista de la vida política a gestor de propuestas que puedan sacar al país adelante. Desafortunadamente, porque Salinas decidió en este último libro hacer un capítulo sobre los intelectuales orgánicos que justifican el neoliberalismo (como Enrique Krauze) o el neopopulismo (como Sergio Aguayo), la prensa política y la especializada en asuntos culturales, escrita, televisada o radiodifundida, se centraron en ese pequeño pleito, dejando de lado lo fundamental, las propuestas de Salinas para el siglo XXI. Después del ínfimo espasmo de los dirigentes de noticieros televisados y radiodifundidos y de los columnistas de la prensa escrita, a quienes importa más el golpe de efecto que el análisis de fondo, a los que nos interesa verdaderamente la historia contemporánea del país y el futuro inmediato de éste, nos quedamos con el resto del texto de Salinas.

Ahí está el libro de Carlos Salinas para quien quiera leerlo en serio, pues quiero suponer que la lectura de textos fundamentales no ha sido aún sustituida por lo que otros bien colocados en los medios de comunicación quieren que pensemos. Si tal fuera el caso, este país ya no tendría remedio. No hagas caso a esos opinadores estimable lector, compra el libro y no te arredres ante el número de páginas. Te recomiendo lo siguiente: lee primero el prólogo y luego la parte tercera. Concluida esa lectura puedes atacar, según intereses e incógnitas despertadas, el resto del capitulado. Con el prólogo y la tercera parte tendrás la idea general de la propuesta; los detalles y la fundamentación, con el resto del texto. Lo que creo quiere el autor es que te pongas en acción. Cuanto antes mejor. Si quieres una democracia en la que los ciudadanos cuenten, ten claro que ésta no es la que venden los partidos políticos, es otra totalmente diferente; es la democracia republicana que empieza por la organización ciudadana. ❧

In memoriam

JACQUELINE DE ROMILLY (1913-2010)

Grecia se puso de duelo el domingo 19 de diciembre de 2010 con motivo de la muerte de la historiadora francesa, gran helenista, miembro de la Academia francesa desde 1988, en donde siguió los pasos de Marguerite Yourcenar. Jacqueline de Romilly había sido la primera mujer electa en el Collège de France en 1973, con una cátedra sobre la Grecia antigua.

Nacida en 1913, a los diecisiete años ya era la mejor helenista y latinista del concurso nacional que, por primera vez, admitía participación femenina. A lo largo de una brillante carrera académica, que empezó con una tesis sobre Tucídides (1947), este gran profesor publicó decenas de libros y artículos y se ganó el reconocimiento de Grecia. En un comunicado oficial el gobierno griego saludó a una “aliada extraordinaria y combativa”. Defendió durante decenios, con tenacidad y combatividad, una causa que muchos consideraban perdida: la de la preservación de las letras griegas y de la cultura de la Grecia antigua. El primer ministro Guiorguios Papandreu saludó a la mujer “que participó e todos los debates públicos que ponían en relieve las ideas y los valores de la antigua civilización griega”.

Francesa, recibió la nacionalidad griega en 1995 y en 2000 fue nombrada “embajadora del helenismo”. Es difícil escoger entre sus numerosos libros: *Thucydide et l'impérialisme athénien* (1947); *Histoire et Raison chez Thucydide* (1950); *La Loi dans la pensée grecque, des origines à Aristote* (1971); *La modernité d'Euripide* (1986); *Les grands sophistes dans l'Athènes de Périclès* (1988); *Alcibiade ou les dangers de l'ambition* (1995); *L'invention de l'histoire politique chez Thucydide* (2005). ❧

DOSSIER

Haroldo Dilla Alfonso

Sociólogo e historiador. Entre 1980 y 1996 fue investigador y director de estudios latinoamericanos del Centro de Estudios sobre América en La Habana. Exiliado en República Dominicana, fundó el Grupo Ciudades y Fronteras. Sus libros más recientes son *Ciudades fragmentadas* (2007) y *Ciudades en la frontera* (2008).

Johanna von Grafenstein

Doctora en estudios latinoamericanos, es profesora-investigadora del Área de Historia y Estudios Internacionales del Instituto Mora. Su libro más reciente es *Un mar de encuentros y confrontaciones. El Golfo Caribe en la historia nacional* (coautoría con Laura Muñoz y Antoinette Nelken; México: Secretaría de Relaciones Exteriores, colección México y sus fronteras, 2006).

Dolores Hernández Guerrero

Historiadora especialista en el Caribe, fue profesora del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM de 1971 a 2010. Es autora de *La revolu-*

ción haitiana y el fin de un sueño colonial, 1791-1803 (México: UNAM-Coordinación de Humanidades-Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, serie Nuestra América, 2007).

Rafael Rojas

Doctor en historia, es profesor-investigador y director de la División de Historia del CIDE. Colabora regularmente con los diarios *La Razón* y *El País*. Su libro más reciente es *Las repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica* (ganador del I Premio Internacional de Ensayo Isabel Polanco 2009; Madrid: Taurus, 2009).

COINCIDENCIAS Y DIVERGENCIAS

Joseph Hodara

Catedrático Principal en la Universidad de Bar Ilán, Israel. Ciudadano israelí, durante más de dos décadas trabajó en México en diferentes puestos: director del Departamento de Ciencia y Tecnología de la CEPAL, secretario académico del Colegio de la Frontera Norte, investigador en El Colegio de México y consultor de UNESCO. Colabora regularmente en *Nexos* y *Letras Libres*.

ISTOR

números anteriores

NÚMERO 42, OTOÑO DE 2010:

Mosaico del crimen organizado

NÚMERO 43, INVIERNO DE 2010:

Historias arqueológicas

NÚMERO 44, PRIMAVERA DE 2011:

Historias en cuerpo y mente

NÚMERO 45, VERANO DE 2011:

El Islam en América Latina

ISTOR

próximo número

NÚMERO 47, INVIERNO DE 2011:

La historia:
instrucciones de uso

PUNTOS DE VENTA

COLECCIÓN COMPLETA

Casa Refugio Citlaltépetl y Sala Margolín, México, D.F.

DEL NÚMERO 24 EN ADELANTE

EN EL DF: Librerías del Fondo de Cultura Económica (FCE),
librerías Gandhi, Péndulo de la Condesa, Siglo XXI Editores,
Librería Madero, Casa Juan Pablos, La Jornada Cuauhtémoc y
Álvaro Obregón, librerías Educal.

EN EL INTERIOR DE LA REPÚBLICA:

Ganco de Xalapa, librería de la Universidad Autónoma de
Aguascalientes, librería de la Universidad Autónoma de Chiapas, librerías
del FCE de Monterrey y Guadalajara, librerías Educal de Campeche,
Carrillo Puerto, Chetumal, Cuernavaca, Mérida, Morelia, Nuevo Laredo,
Oaxaca, Puebla, Querétaro, Salamanca, Taxco, Villahermosa, Xalapa,
Zacatecas y Zapopan.

ISTOR

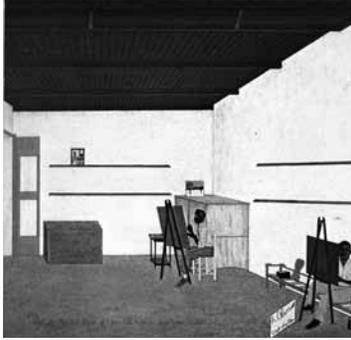
salud mental

VOLUMEN 34 • NÚMERO 3 • MAYO-JUNIO 2011

- » Intervenciones terapéuticas breves en estudiantes universitarios con dependencia al alcohol.
- » Efectos de una intervención a familiares de consumidores de alcohol en una región indígena en México.
- » Insomnio, estrés y canabinoides.
- » Resiliencia: ¿es posible medirla e influir en ella?
- » Definición e impacto de las depresiones resistentes/refractarias al tratamiento.



INSTITUTO NACIONAL
DE PSIQUIATRÍA
RAMÓN DE LA FUENTE



ISTOR

año XII, número 46, otoño de 2011, se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2011 en los talleres de Impresión y Diseño, Suiza 23 Bis, Colonia Portales, C.P. 03300, México, D.F. En su formación se utilizaron tipos Caslon 540 Roman de 11 y 8 puntos.

El tiro fue de 1000 ejemplares.